

LOS **BASTARDOS**
DE **PIZZOFALCONE**

MAURIZIO DE GIOVANNI

Roja & Negra

En la comisaría del distrito de Pizzofalcone está destinado Giuseppe Lojacono, inspector de origen siciliano que fue acusado de vender información a la mafia y para quien Nápoles debía servir de correctivo.

El nuevo equipo de investigación también acaba de aterrizar en la comisaría: los llamados «bastardos», seis policías que han sido enviados allí para sustituir a agentes corruptos. Pero esa no es la única peculiaridad que comparten estos antihéroes: todos tienen algo que ocultar o que hacerse perdonar y nada que perder. Por eso, cuando una dama de la alta sociedad, Cecilia de Santis, aparece brutalmente asesinada en su elegante apartamento de la playa, se vuelvan en la investigación con sorprendente celo.

Los bastardos de Pizzofalcone

Maurizio de Giovanni

Traducción de
Celia Filipetto

Título original: *I Bastardi di Pizzofalcone*

Primera edición: enero de 2016

© 2012, Giulio Einaudi editore, S.p.A., Turín. Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Thésis Contents s.r.l. en colaboración con book@

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49.08021 Barcelona

© 2016, Celia Filipetto, por la traducción

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-16195-44-2

Depósito legal: B-25752-2015

Compuesto en M. I. Maqueta, S. C. P.

Impreso en Liberdúplex

(Sant Llorenç d'Hortons, Barcelona)

A Severino Cesari.

Hermano de todas las palabras.

Mar.

Mar en el aire. Mar en la calle.

Mar en el cielo, hasta las ventanas cerradas de los pisos más altos.

Mar en los oídos, amortiguando el zumbido del viento.

Mar en las rocas, rompiéndose a sí mismo con gritos roncós.

Mar en gotas, mar que vuela. Mar que bulle.

Se parece a tu maldita nieve, ¿sabes? Que se agita, que confunde, que por un momento impide ver el panorama y luego se posa en el fondo.

Aunque, bien pensado, no siempre en el fondo. A veces de costado. Esta vez, de costado. Se queda mirando mientras se pone de costado, despacio. Al otro lado.

Una sola persona en la calle. Yo. Por lo

demás, a esta hora y con este tiempo, ¿a quién se le ocurriría salir a la calle? Y arriesgarse a ser arrastrado lejos por el viento, hasta quién sabe qué isla.

Ojalá.

No puedo creer que lo haya hecho. Pero sí, lo hice. No quería, no lo tenía planificado. Creía que hablaríamos, que ya estarías convencida. Que dirías: Está bien, lo he entendido. Que dirías: De acuerdo, tienes razón, tú ganas. Lo dejamos, me voy.

Creía que no me costaría demasiado conseguir que entraras en razón. Pero... no hubo manera. Qué terca eres.

Eras.

Dios, cuánto mar en el aire. Y qué ruido. Me ensordece. Me confunde.

Tenía que hacerlo; lo sabes, ¿no? Era necesario.

Porque el amor es así. Puedes disimularlo

durante mucho tiempo, ocultarlo tras las miradas y los gestos cotidianos. Puedes tenerlo ahí, en silencio, cultivarlo como una planta; pero el día en que decides sacarlo a la luz del sol, entonces ya no lo dominas. Manda él. Manda el amor. Decide por ti, se abre como una flor hermosa, exige todo el espacio.

En cambio tú, nada. No quisiste dejarle un espacio al amor. No quisiste dar ese paso. Peor para ti.

Deberías haberlo leído en mis ojos. Deberías haber comprendido. Disponías de todo el tiempo para comprender que no aceptaría un no. Que perdería la cabeza. Lo llevaba escrito en los ojos.

La nieve. Tu maldita nieve artificial. Parece este mar que me moja como una lluvia, que me llena la cabeza de viento y agua.

No veo tus ventanas cerradas. Demasiado viento, demasiado mar en el aire.

Como tu nieve, esa que te gustaba contemplar mientras se arremolinaba detrás del cristal ocultando el paisaje. ¿Imaginabas que precisamente esa nieve sería para ti la última?

Y de hecho ascendió. Por última vez antes de empezar a caer. Del lado contrario a la sangre.

Cuando la nieve se posó, ya eras un recuerdo.

Giuseppe Lojacono viajaba en el asiento del pasajero de la patrulla móvil, la espalda erguida, las manos posadas sobre los muslos. Tenía pinta de chino, y con ese apodo se referían a él sus colegas, a sus espaldas, claro, no era de los que dan demasiadas confianzas. Los pómulos altos, los ojos oblicuos que, cuando se concentraba, cerraba hasta convertirlos en dos ranuras, el pelo negro, lacio, desgredado, el cuerpo huesudo en permanente tensión, como si de un momento a otro fuera a salir disparado. Algunas arrugas en la comisura de la boca permitían deducir que pasaba de los cuarenta, aunque no por mucho.

Pensaba. En lo fácil que había sido perder todo aquello que, con esfuerzo y aplicación, había logrado construir. Y pensaba que en ese mismo momento, a finales de marzo, en su casa ya habían

florecido los almendros y que el sol permitía ir a la playa a reflexionar mirando el mar; en cambio ahí, donde se encontraba, todavía parecía pleno invierno, el viento se alternaba con la lluvia y en las aceras las mujeres corrían detrás de sus paraguas rotos, mientras en el atasco los coches inmóviles berreaban de frustración con irritados y continuos bocinazos.

Pero su casa estaba lejos, muy lejos en el tiempo y el espacio. Y a esas alturas quizá ya se había vuelto inalcanzable. Además, allá ya no lo querían. Demasiado incómodo, como amigo, como pariente, como colega.

Repasó mentalmente la conversación con el comisario Di Vincenzo, a cuyas órdenes lo habían puesto. Nunca se habían caído bien, pero una vez cerrado el caso del Cocodrilo, la situación se había vuelto bastante insoportable.

El Cocodrilo. El anciano desconocido y desesperado que había asesinado a cuatro chicos.

Y que él, investigando sin autorización, había encontrado tras descubrir su identidad y su móvil. Mientras toda la policía de la ciudad hurgaba en los armarios de siempre, la camorra, los negocios sucios, la droga, sin llegar a nada.

Aquella historia le había permitido rehabilitarse parcialmente, pero su popularidad entre los compañeros había bajado unos cuantos puntos. Alguien que no conoce el terreno, que no tiene contactos con confidentes y que soluciona una serie de crímenes tan complicados a fuerza de pura lógica. Y le saca las castañas del fuego a la jefatura provincial de policía, puesta entre la espada y la pared por la prensa y la opinión pública.

Así las cosas, algo había que hacer con él. No podían dejarlo en la oficina de denuncias de una comisaría en una zona donde proliferaba el crimen. Ahora le correspondía un escritorio; de lo contrario, a falta de acontecimientos con que llenar

la primera plana, algún diario se preguntaría adónde habría ido a parar el hombre que había descubierto al Cocodrilo.

Di Vincenzo se había resistido durante un tiempo para terminar cediendo y confiándole, muy a su pesar, algunos casos abiertos que llevaban años atascados. Por otra parte, nadie podía cuestionar las tareas que consideraba oportuno asignar a sus hombres.

Y hacía un par de días lo había mandado llamar. Y le había hablado de la comisaría de Pizzofalcone.

Esa, reflexionó, era quizá la mejor solución, como suele hacerse siempre cuando se sale de Guatemala para entrar en Guatepeor.

El joven agente que iba al volante trató de entablar conversación en dos ocasiones, pero sus frases de circunstancias cayeron en el vacío. Tras lo cual se limitó a conducir en silencio y a lanzar rápidas ojeadas al pasajero.

El perfil del siciliano lo inquietaba. Al conductor le habían llegado todo tipo de comentarios sobre el inspector: que lo habían echado de la brigada móvil de Agrigento porque un colaborador de la justicia había declarado que pasaba información a la mafia. Según se rumoreaba, no encontraron pruebas y, como siempre en esos casos, consideraron oportuno apartar al sospechoso.

Estando de servicio, se había cruzado con él unas cuantas veces en la entrada de la comisaría y, naturalmente, conocía el caso del Cocodrilo. Había sido la comidilla de toda la ciudad. Durante semanas, además, incluso una vez resuelto el caso, antes de que alguna novedad —otra sangre, otra muerte— ocupara su lugar en las páginas de los diarios y en la televisión. No estaba en condiciones de juzgar cuál era la situación real. Pero se sentía incómodo al lado de aquel hombre taciturno.

—¿Pongo la sirena, inspector? —le preguntó —. Vaya atasco. En esta ciudad, a la que caen dos gotas todo el mundo saca el coche.

—No, deja —contestó Lojacono sin apartar la vista del vehículo que tenían delante.

La cola dio una especie de respingo y volvió a detenerse; tal vez, a algunos kilómetros de allí un semáforo se había puesto rojo.

El viento descargaba ráfagas de lluvia salobre sobre el parabrisas, directamente del mar. Siroco.

* * *

Sin apartar la vista del escritorio, Di Vincenzo le señaló a Lojacono una silla.

—Siéntese, por favor.

Rebuscó entre los papeles. Se quitó las gafas, se apoyó en el respaldo del sillón.

—Así que está revisando unos cuantos expedientes, ¿no es así, Lojacono? A lo mejor con

su intuición conseguimos que la cosa se mueva. Asuntos antiguos, me hago cargo. Pero alguien bueno, realmente bueno, ve cosas que a los demás se nos escapan.

El inspector siguió callado, sin cambiar de expresión.

Di Vincenzo tamborileó sobre el escritorio y siguió diciendo:

—Aunque no es tan sencillo. Visto desde fuera todos se creen que nuestro trabajo es como en las series norteamericanas, que nos lanzamos desde un puente y caemos sobre las motos en marcha, que nos tiroteamos en plena calle con los delincuentes. Pero no, papeles, papeles y más papeles. Sin contar los golpes de suerte, claro está. Siempre pueden darse.

Los ineptos, pensó Lojacono, atribuyen a la suerte los éxitos ajenos. Le hubiera gustado disponer de un céntimo por cada vez que había oído decir aquello.

—Comisario, ¿me necesita para algo? Aquí me tiene.

Di Vincenzo asintió sin disimular el resentimiento que destilaba su mirada.

—Hablando en plata, Lojacono, estoy seguro de que ese numerito que montó con la historia del Cocodrilo es producto de una mezcla de teatro y suerte. Con el curioso aderezo de la relación de confianza que mantiene con la dottoressa Piras, en cuyos detalles no quiero entrar.

La vulgar referencia a la Piras, la magistrada encargada que impuso a Lojacono como investigador en el caso del Cocodrilo, no tenía más propósito que ofender; pero al inspector le entró por un oído y le salió por el otro. Imaginaba lo que decían de él y de Laura, guapa y poco proclive a las relaciones humanas, pero que no ocultaba la simpatía que sentía por él.

—Comisario, yo le caigo gordo y usted a mí también. Por el bien de ambos, limitemos la

conversación a lo estrictamente necesario. Así que insisto, ¿me necesita para algo?

A Di Vincenzo le tembló un músculo de la mandíbula y por sus ojos pasó una sombra enfurecida, pero consiguió dominarse.

—Tiene razón, Lojacono, usted me cae gordo. Y por eso me alegra comunicarle lo que enseguida le diré. Me solicitan que destine a otra comisaría a un investigador por un plazo todavía no establecido. De todos mis hombres, puedo acreditar que en este momento usted es el único que no lleva ninguna investigación.

Lojacono se encogió de hombros; no quería servirle las cosas en bandeja.

—Pero me imagino que se trata de un traslado facultativo. Y necesita mi consentimiento. Por escrito. De modo que si quiere que me vaya, tendrá que convencerme. ¿No es así?

Di Vincenzo hizo ademán de levantarse, pero se dejó caer de nuevo en el asiento estirando los

labios.

—No dudo de su dominio del procedimiento. Es típico de los gandules echar mano de las precauciones sindicales. Sí, es así. Pero también es cierto que, si no acepta, puedo destinarlo a cualquier otro puesto. Y esta especie de beneficio derivado del Cocodrilo no le va a durar para siempre.

Lojacono esperó un instante y luego dijo:

—Entonces hábleme de ese encargo. Quién sabe, a lo mejor acepto.

El comisario volvió a animarse ante la idea de poder quitarse de encima a aquel siciliano de expresión indescifrable, con el que evitaba ensañarse por temor a las posibles reacciones de la fiscal Piras; para colmo, en caso de una persistente negativa de Lojacono, se vería obligado a desprenderse de algún otro hombre de su confianza, y ya bastantes dificultades tenía para sacar adelante el trabajo con los recursos

limitados con que contaba. Debía convencerlo. Trató de mostrarse conciliador.

—En cierto modo se trata de un reto profesional. ¿Ha oído hablar de la comisaría de Pizzofalcone?

Lojacono siguió mirando fijamente al comisario y este decidió continuar:

—Se trata de un distrito no muy amplio pero muy poblado que comprende una parte de los Quartieri Spagnoli y va bajando desde de ahí hasta el paseo marítimo. En una palabra, cuatro mundos, como se decía hace tiempo: bajo proletariado, pequeña burguesía, alta burguesía comercial y aristocracia. Todo menos la industria, en tres kilómetros lineales escasos. Una de las comisarías más antiguas de la ciudad, pequeña pero estratégica. —Di Vincenzo arrugó la frente y cambió de tono, se disponía a señalar algo desagradable—. Hace más o menos un año, hubo una importante incautación. Una partida de cocaína

sin cortar que acababa de llegar a los Quartieri; mucho, muchísimo material. Pero declararon bastante menos de la mitad.

—¿Quién? —preguntó Lojacono en voz baja.

—Lo destaparon tarde. Fueron cuatro colegas, todos de investigación. Una bonita operación, cruce de datos, vigilancias, irrupción en el preciso momento de la entrega, ni un minuto antes como para no encontrar nada, ni un minuto después como para dar tiempo a los delincuentes a organizar una defensa. Algo limpio, rápido, incruento. Y, obviamente, hubo interés por parte de todos en declarar una cantidad de material muy inferior a la incautada, interés de la camorra, que aligeraba así considerablemente los cargos y, por desgracia, interés de los colegas, que se montaron un despacho por su cuenta.

El inspector guardó silencio; por primera vez compartía el sentimiento del comisario. Un asunto feo. Realmente feo. Para cualquier policía

honrado.

—Uno de ellos —prosiguió Di Vincenzo— tenía un hijo enfermo de cáncer. Otro estaba separado y la ex lo había dejado en la calle. Al padre del tercero acababan de declararlo en quiebra, el cuarto jugaba a las cartas. Se miraron a la cara y bastó un segundo. Conocía a dos, habría puesto la mano en el fuego por ellos. En fin... Con una cantidad como aquella, cuando cambian los equilibrios del tráfico hay que pedir permisos y autorizaciones a los titulares de zona, y a la larga se nota. Y los compañeros de la DIGOS también lo notaron. Meses de escuchas telefónicas, fotos, filmaciones. Y al final los cogieron. A los cuatro.

Una repentina ráfaga de viento sacudió la ventana.

—Comprendo —dijo Lojacono—. Mal asunto. Di Vincenzo suspiró.

—También cayó Ruoppolo, el comisario, un colega mayor a punto de jubilarse, una magnífica

persona, lo conocía muy bien. Ojo, muy honrado, pero era el responsable de algunos controles. Y lo jubilaron anticipadamente. El jefe de policía estuvo un par de meses dudando si cerrar o no Pizzofalcone y ampliar la competencia territorial de las comisarías limítrofes. Al final tomó otra decisión.

—Y ahí entramos nosotros.

—Exacto. Necesitan cuatro investigadores y los han pedido a las cuatro comisarías más grandes. El nuevo comisario es Palma, un tipo joven, con ganas de hacer carrera, viene del Vomero, quizá lo recuerde de la reunión que tuvimos por lo del Cocodrilo. Yo en su lugar no habría aceptado nunca, tiene todas las de perder.

—Y usted me ha propuesto a mí —dijo Lojacono con una mueca.

Di Vincenzo levantó una ceja.

—Si me hubieran dado tiempo, lo habría hecho. En estos casos siempre se aprovecha para

quitarse de encima a las manzanas podridas. Pero quien lo pidió personalmente fue Palma. Al parecer usted lo impresionó mucho justamente en esa reunión. Es un pringado, ya me di cuenta entonces. Yo, claro está, enseguida di mi autorización. ¿Qué me dice?

El inspector se quedó callado un buen rato y al final dijo:

—¿Qué pierdo si acepto? ¿A qué me expongo?

Di Vincenzo resopló, perdió los estribos y dio un manotazo sobre el escritorio que esparció documentos, bolígrafos, lápices y gafas.

—Se expone a que falle la empresa de mantener abierta la comisaría. A que la cierren definitivamente y, en el peor de los casos, a que los manden a todos a sus destinos anteriores, o a otros, como espero y deseo, porque mientras tanto todos nos pondremos manos a la obra para conseguir sustitutos. Y naturalmente, se expone a formar parte de un grupo de tipos que molestan en

el puesto que ocupan y cuyos superiores no ven la hora de quitárselos de encima. ¡Todos renegados, bastardos o inútiles!

Lojacono no se dejó impresionar.

—Comisario, hubiera aceptado irme incluso a la Patagonia con tal de largarme de aquí. Pero quería prolongar la incertidumbre. ¿Cuándo empiezo en mi nuevo puesto?

La mujer entra y da un portazo.

Antes de que la puerta se cierre del todo, él alcanza a ver la expresión de asombro de un par de empleados, plasmada como en una pintura hiperrealista que quiere condensar en una sola imagen el pasmo, la incomodidad y el terror. Uno de ellos se levanta a medias de la silla, con la idea de impedir la irrupción. Como si eso fuera posible.

El hombre suspira, encajando la cabeza entre los hombros para absorber el ruido de la puerta que golpea en la jamba poniendo a prueba su resistencia.

—¿Qué coño vas a hacer? ¿Lo has decidido? ¿Vas a decírmelo?

Los brazos en jarras, las largas piernas ligeramente separadas, la mandíbula apretada.

La roja cabellera despide llamas, como si estuviera ardiendo, los ojos también. Guapísima, piensa él. Guapísima incluso cuando está enfadada.

Algo que últimamente ocurre a menudo, la verdad.

—No grites. ¿Te has vuelto loca? ¿Quieres airear todas nuestras cosas?

Ella baja el volumen, aunque no tanto.

—Tengo que saber qué quieres hacer. Se terminó. Porque el papel de la imbécil que se la deja meter doblada por el profesional maduro no va conmigo. Porque soy de las que te dejan con el culo al aire, y tú lo sabes. No puedo creer que haya aguantado tanto tiempo.

Él sabe de sobra que, si empieza a lloriquear, ella se enfurecerá todavía más. Intenta pensar deprisa.

—No se trata de tomarle el pelo a nadie. Es complicado. Toda una vida... Tenemos cosas en

común, por motivos fiscales muchas están a nombre de ella. Además, es una cuestión moral, a una persona como ella no se la puede echar de la noche a la mañana con una patada en el trasero. Además, están los amigos, todos los contactos, incluso políticos. No es sencillo.

—¿Amigos? ¿Políticos? Me importan una mierda tus contactos, ¿estamos? ¡Te pongo a parir delante de todo el mundo! A ti que todo te viene de la curia, ¿qué crees que diría su eminencia si llegara a enterarse de mi existencia, de mi condición? ¡Te mandarían a tomar por saco, te mandarían!

Se acomoda mejor en el sillón, entrelaza los dedos frente a la cara con aire pensativo. Debe mantener la frialdad.

—Muy bien. Así lo perdemos todo. ¿Te conviene? ¿Y le conviene a...? En fin, ¿nos conviene? ¿No sería mejor esperar el momento adecuado? Puede incluso que consigamos que

alguien nos lo resuelva todo. Te he dicho que hablaré con ella. Lo haré. De todas maneras, habrá que hacerlo. Es una persona razonable y, sin duda, no es ninguna estúpida.

Ella lo observa sin pestañear con esos ojos verdes. El pecho le sigue subiendo y bajando por la respiración agitada. A él le resulta imposible dejar de contemplarlo fascinado.

—Más te vale que lo hagas pronto. Si no, voy yo y se lo digo cara a cara. Quizás entre mujeres nos entendemos mejor y no necesitamos ir con tantos rodeos. Quizás le llevo un regalo y le explico que quien se cruza en el camino de una como yo lleva todas las de perder.

Él lo sabe, sabe que lo haría. Que a ella le va bien, de maravilla acometer las situaciones de frente.

—Maldita sea, si no bajas la voz, no hará falta que vayas. No te imaginas la de espías suyos que hay aquí dentro. No te serviría de nada

ir a verla. A ti jamás te diría que sí. Se limitaría a pensar que hay una batalla que empeñar, incluso se convencería de que como no he ido yo a hablar con ella, no tengo valor de dejarla y que todavía le queda algo por reconquistar. Dios no lo quiera. Nos meteríamos en un lío interminable, es hija de un ex magistrado todavía influyente. Soy yo quien debe hablar con ella.

La mujer se acerca, felina como un tigre antes de abalanzarse sobre la presa. Apoya las manos abiertas sobre el tablero del escritorio, las uñas largas y rojas apuntan hacia el hombre.

—Entonces —susurra—, hazlo. Habla con ella ya mismo. Si no, juro que voy yo y acabamos con todo. De un modo u otro.

El acceso a la sede de la comisaría de Pizzofalcone estaba en el patio de un edificio antiguo, con el enlucido de la fachada desconchado y parcheado en múltiples ocasiones. A Lojacono le produjo una sensación de decadencia y abandono, algo por lo demás frecuente en los barrios más antiguos de la ciudad.

Tras despedirse con un gesto al conductor, que salió derrapando y con la sirena puesta, subió un breve tramo de escaleras que llevaba a una salita iluminada con lámparas de neón: ahí la luz no llegaba ni siquiera a mediodía.

Detrás del mostrador encontró a un agente repantigado en un sillón, enfrascado en la lectura de un diario deportivo. Se olía un aroma a café que venía de una máquina, delante de la cual dos guardias charlaban y reían socarrones. El agente ni

siquiera levantó la vista. Lojacono se acercó en silencio y esperó, clavando la vista en el policía uniformado.

Tras un intervalo, el agente apartó la vista del diario y adoptó una expresión interrogante.

—Usted dirá.

—Soy el inspector Lojacono. Creo que el comisario me está esperando.

El hombre no soltó el diario ni cambió de postura.

—Primer piso, la oficina del fondo.

Lojacono no se movió.

—Levántate —murmuró.

—¿Qué? —dijo el policía.

—Que te levantes, cabrón. Dime tu nombre, apellido y grado. Y date prisa o salto por encima del mostrador y te agarro a patadas en el culo.

El inspector no había cambiado de tono ni de expresión, pero fue como si hubiese gritado. Los dos que tomaban café intercambiaron una rápida

mirada y se marcharon a toda prisa sin decir ni pío.

El agente se levantó con dificultad mostrando la chaqueta entreabierta sobre la barriga prominente y el cinturón desabrochado. Tenía el cuello abierto y el nudo de la corbata flojo. Se puso firme, la mirada perdida en el vacío.

—Agente Giovanni Guida. Comisaría de Pizzofalcone.

Lojacono siguió mirándolo fijamente.

—Escúchame bien, Giovanni Guida, de la comisaría de Pizzofalcone. Tú eres lo primero que ven quienes entran aquí, de manera que es normal que piensen que todos damos asco, igual que das asco tú. Y a mí no me gusta dar asco a la gente.

El hombre se quedó mudo, los ojos inexpresivos. Uno de los dos guardias que tomaban café se asomó y desapareció enseguida.

—Si vuelvo a encontrarte como acabo de verte, te llevo al patio y te reviento a patadas

durante una hora. ¿Entendido? Así después das parte.

—Disculpe, inspector —murmuró el agente Guida—. No volverá a ocurrir. Es que aquí ya no viene casi nadie. La gente prefiere... La gente presenta las denuncias ante los carabineros. Lo prefieren desde... desde hace un tiempo.

—Me da igual —dijo Lojacono—; aunque conviertan esto en un monasterio de clausura, tú debes presentarte como es debido.

Cruzó la puerta interior mientras Guida se metía la camisa dentro de los pantalones, colorado como un tomate y maldiciendo por lo bajo.

Un breve pasillo llevaba a las escaleras. De reojo Lojacono vio desorden, dejadez y abandono. Notó que lo invadía la angustia y se preguntó si volvería a recobrar el entusiasmo que alguna vez había sentido por su oficio.

El despacho del comisario estaba al final de la escalera. Encontró a Palma detrás del escritorio,

concentrado en añadir folios a una carpeta. Lojacono se acordó de él en cuanto lo vio, un hombre de unos cuarenta años, aspecto desaliñado, la camisa arremangada, barba de dos días. Más que desaliñado, daba la sensación de ser una persona en continua actividad.

El comisario Palma notó la presencia de Lojacono y sonrió de oreja a oreja.

—¡Por fin has llegado, Lojacono! Contaba con verte hoy. Te habría llamado, pero como formalidad antes debía hablar contigo Di Vincenzo, ese viejo carca. Por favor, siéntate.

El inspector dio un paso al frente. La ventana estaba cerrada, a través de los cristales mojados por las rachas de lluvia se veía el mar agitado por la tempestad, ocupado en su milenario intento por derribar el castillo de toba que se proyectaba sobre él desde tierra firme. Aquella ciudad siempre se las ingeniaba para sorprender, regalándote escorzos imprevistos de ilusoria

belleza.

—Bonito, ¿eh? Un panorama maravilloso, pero no debemos permitir que nos distraiga. Tenemos mucho que hacer. Siéntate, siéntate. ¿Quieres un café?

—No, gracias, comisario. ¿Cómo está?

—¡Qué mal empezamos, Loja'! —exclamó Palma extendiendo los brazos—. Debemos tutearnos, aquí somos cuatro gatos y tenemos que remar en la misma dirección. Además, casi todos somos nuevos, llevo aquí desde el lunes pasado, los demás llegaron en los tres últimos días, tú eres el último. Mira, ahora que estás aquí, podemos celebrar la primera reunión, ¿qué me dices? ¿O prefieres instalarte antes?

El inspector se sintió arrollado por el entusiasmo del comisario.

—No hay problema, si quiere... si quieres, empezamos ahora mismo.

—Estupendo, no perdamos tiempo, te estaba

esperando. ¡Ottavia! ¡Ottavia!

Se abrió una puerta lateral y se asomó una mujer vestida con traje chaqueta.

—Diga, comisario.

—¿Qué es eso de «diga»? Habíamos quedado en que nos tuteábamos, ¿no? Pasa, pasa. Te presento al inspector Giuseppe Lojacono, última adquisición de la comisaría. Loja', te presento a Ottavia Calabrese, la vicesuperintendente, que ya estaba aquí. Su ayuda nos resultará inestimable para ambientarnos.

La Calabrese dio un paso al frente, y Lojacono, que se había puesto de pie, le estrechó la mano. Una hermosa mujer de algo más de cuarenta años, sobria, con aspecto cansado y el cabello recogido en la nuca.

—Bienvenido, inspector. Estoy a su disposición para lo que necesite.

La voz, cálida y grave, era firme y bien modulada. A Lojacono le gustaba juzgar a la gente

por la primera impresión, y estaba dispuesto a cambiar de opinión si los hechos demostraban que se equivocaba. Y la vicesuperintendente Calabrese le gustó.

—¡Hay que ver, Ottavia! —rió Palma—. Está claro que te cuesta lo del tuteo. Loja', la Calabrese es un genio de la informática. Si necesitas algo de internet, ella te lo encuentra. Ottavia, por favor, avisa a los demás y diles que nos reunimos en la salita. Pidamos unos cafés y una botella de agua mineral, así celebramos el nuevo curso. Acompáñame, Loja', los esperaremos allí.

Las paredes. Las paredes de esta habitación.

Mide seis pasos y medio; mejor dicho, ocho y tres cuartos. Y deben de ser otros ocho por el otro lado. Lo recuerdo del colegio, para medir el área de un rectángulo se multiplica el lado largo por el corto. Me gustaba ir al colegio. Pero después, cuando llegué a tercero de la secundaria, dejé de ir, naturalmente.

Para medir el lado corto hay que tener en cuenta el armario empotrado, de manera que para dar el paso hay que apartarse un poco hacia un lado, y eso añade casi un cuarto de paso a la medida. Y en el lado largo hay una baldosa medio rota justo donde se pone el pie después del tercer paso.

Aquí dentro se aprenden muchas cosas. Desde las ventanas del balcón, por ejemplo, se ven

cinco apartamentos del edificio de enfrente. Si pudiera salir, vería otros, creo, pero más vale que no. El otro día puso un trocito de papel y comprobó si seguía ahí. Seguía ahí, porque ni se me ocurrió abrir la ventana del dormitorio. Si después no lo encontraba, ¿qué iba yo a decirle? Fui afortunada al no abrir la ventana.

Llevo ya quince días aquí. Él vino ayer, vete a saber cuándo podrá volver. Me dijo: Espero que sea pronto, eso espero.

Calculo que ocho pasos y tres cuartos serán unos siete metros. Una habitación enorme. Y solo para mí; también hay un dormitorio, una cocina y un baño. Nosotros vivíamos en un bajo, en un piso la mitad de este, éramos cinco y estábamos la mar de contentos. Soy realmente afortunada.

Eso sí, puedo subir la persiana. No toda, me dijo que toda mejor no, aunque haya cortinas; pero me deja subirla un poco. Me gusta mirar fuera, me entretengo viendo lo que hace la gente.

Por ejemplo, en el tercer piso vive una vieja a la que le gusta asomarse como a mí. Me parece que ella también me ha visto.

Siete metros de largo por seis de ancho. Más de cuarenta metros cuadrados en una sola habitación. Madre mía, soy realmente afortunada.

Y me ha dejado mucha comida, tengo el frigorífico lleno a reventar de cosas. ¿Quién había visto tanta abundancia como esta? Me parece imposible.

Aunque a veces una se ahoga aquí dentro. Me hizo encender el aire acondicionado, me dio el mando a distancia, y hay que ver cómo nos reímos porque yo no entendía cómo funcionaba.

También tengo una lavadora que seca lo que lava, algo increíble, un milagro. Yo le dije que no me hace falta, total, para estos cuatro trapos que tengo, puedo tenderlos encima de la bañera, pero no quiso atender a razones, me dijo que debo

contar con todo lo necesario. Como una reina. Con esas palabras lo dijo, como una reina. ¿Quién iba a decirme a mí que me convertiría en una reina?

Lo tengo todo bien limpio, aunque aquí no se ensucie nada. Cuando viene no quiero que piense que descuido la limpieza. En cuanto termino, me pongo a ver la televisión, ese mando a distancia sí que lo entiendo. Pero pongo el volumen muy, muy bajo, me ha dicho que nadie debe oírme, aunque la voz que se oiría sería la de los programas, no la mía.

Yo lo espero, lo espero siempre. De vez en cuando me telefona, es el único que tiene este número. La última vez dejó que mi madre me saludara. ¡Qué alegría oír su voz! ¡Qué contenta se puso la pobre! Me contó que él le ha comprado un montón de cosas, que le ha conseguido trabajo a mi padre y a dos de mis hermanos, y que todos están bien. Me dijo: Gracias, tesoro de

mamá. Gracias. Y yo me sentí orgullosa.

Ahora tengo que comer. Me dijo que debo cuidarme, que soy demasiado guapa y que no tengo que ponerme fea, si no, me echa. Lo dijo riendo, pero a mí me dio miedo. Tengo dieciocho años y, según él, las chicas de mi edad se ponen feas tanto si comen mucho como si comen poco. Por eso me trajo las cosas que tengo que comer, y me hizo una lista de lo que debo prepararme cada día y a qué hora.

Colgué la lista en la puerta del frigorífico con un imán en forma de cochinilla, y así, poco a poco, leo y cocino, y como a mis horas.

Hace un momento me he asomado y he visto a la vieja que miraba hacia aquí.

Me da miedo esa vieja.

A saber qué quiere de mí.

—Muy bien, aquí estamos —dijo Palma—. Para esta reunión esperamos al inspector Lojacono, la última incorporación de nuestra plantilla. Ahora que no falta nadie nos podemos presentar.

Lojacono confió en que la actitud afable y alegre del comisario tuviera por finalidad motivar a los presentes y fuese producto de un optimismo que, a su juicio, era injustificado. El grupo era poco selecto y, como había subrayado Di Vincenzo con malicia, se componía de los descartes de las comisarías de la ciudad, y esos descartes llenaban los huecos dejados por policías desleales y corruptos, que habían manchado la imagen de los colegas y alcanzado la crónica nacional.

Por otra parte, reflexionó Lojacono, él también era uno de esos descartes; y de él también se decía

que era desleal y corrupto.

—No voy a ocultaros que no será una empresa fácil —siguió diciendo Palma-. Todo el mundo me desaconsejó que aceptara este encargo, y la verdad es que incluso el jefe de policía estuvo dudando hasta último momento si cerrar o no la comisaría. Pero a mí me gustan los desafíos, y acabé aceptando. Si sale bien, saldrá bien para todos; si no, yo me llevaré la peor parte, porque, por un motivo u otro, dudo que a vosotros os interese regresar al lugar de donde habéis venido.

En la pausa que siguió, Lojacono echó un vistazo alrededor de la mesa ovalada, grande, de madera clara, cubierta de polvo y quemaduras de cigarrillos. Eran siete personas, él incluido, de distinto sexo, edad, aspecto físico y expresión; se preguntó qué los habría conducido hasta ahí, qué historias llevaban a sus espaldas.

Como si acabara de leerle el pensamiento, el comisario dijo:

—Me gustaría que nos presentáramos, como si no nos conociéramos de nada. Yo soy Gigi Palma, el comisario de Pizzofalcone. Siempre a vuestra disposición, nunca cierro la puerta de mi despacho, a menos que tenerla abierta incomode a quien esté hablando conmigo. Estoy convencido de que trabajando mucho y con honestidad, al final, se consiguen resultados, incluso satisfactorios. Intento no tener prejuicios, paso olímpicamente de lo que se ha escrito de cada uno de vosotros; de hoy en adelante, estáis limpios. Buena suerte. Empezaría por los que ya estaban aquí, contadnos algo...

Señaló a la mujer que le había presentado a Lojacono. Ella asintió y con voz calma y melodiosa dijo:

—Soy Ottavia Calabrese, vicesuperintendente. Me encargo de las investigaciones informáticas y de la secretaría, pero también de las relaciones con la prensa. En los últimos tiempos esta tarea ha

sido un infierno, créanme, aunque de las cosas... de los hechos ocurridos se ocupó el portavoz del jefe de policía. Como podréis imaginar, los inspectores de asuntos internos pasaron la comisaría por el tamiz. Se creían que iban a cerrarla, este intento por mantenerla abierta es una bonita sorpresa. Espero que salga bien.

El suspiro de la mujer fue recibido por una risita nerviosa generalizada.

Tomó la palabra un hombre de aspecto mayor, calvo, la voz ronca.

—Giorgio Pisanelli, subcomisario. Antes de que os lo preguntéis, os lo digo yo, tengo apenas sesenta y un años.

Se oyeron más carcajadas, que el hombre recibió con plácida indiferencia.

—Llevo quince años en esta comisaría —prosiguió—. Podría haber hecho carrera, pero mi mujer... En fin, que por una cuestión familiar decidí anteponer otras cosas. Diría que soy la

memoria histórica de este lugar, vivo en el barrio y más o menos conozco a todo el mundo. Los de asuntos internos se miraron con lupa hasta el último documento que pasó por mis manos y se aseguraron de que yo no fuese corresponsable con quienes os precedieron. Puedo decir sin lugar a dudas que soy una persona honrada y que lo descubrí en esa ocasión.

Se mostró satisfecho al comprobar que todos reían, incluido Palma. Lojacono pensó que debía de ser un tipo competente porque había captado que había de quitar hierro al asunto.

Palma señaló a la única otra mujer presente, una muchacha delgada, que llevaba ropa pulcra y neutra.

—Me llamo Alessandra di Nardo, agente auxiliar. Vengo de la comisaría del Decumano mayor.

Lo dijo mirando al frente, sin dirigirse a nadie en particular y sin emoción en el tono.

Palma indicó a Lojacono.

—Este es el inspector Lojacono, de la comisaría de San Gaetano.

El comisario apuntó con el dedo a un muchacho sentado al lado del inspector.

Como si respondiera a un mando a distancia, se levantó de un salto. Era un hombre bajito, con un extraño peinado estilo Elvis que ocultaba una calva incipiente en lo alto de la cabeza y dos largas patillas. Su piel tenía un tono anaranjado, efecto de la insistente permanencia bajo la lámpara bronceadora. Para acentuar su aspecto ridículo, se quitó con estudiada lentitud las gafas de aviador de cristales azulados y dijo:

—Soy Marco Aragona, agente especial. Vengo de la jefatura central.

Lojacono pensó que la situación era peor de lo que había imaginado y que no resultaría sencillo conseguir que aquella comisaría alcanzara un nivel decente. Palma suspiró; fue la primera vez que el

inspector lo vio vacilar sobre las posibilidades reales de éxito.

—Bien, bien —dijo—. ¿Y tú, el del fondo?

En la otra cabecera de la mesa había un hombre corpulento, de aspecto siniestro, que no se había sumado a los comentarios y las carcajadas. Con los dedos de la mano izquierda tamborileaba sobre la mesa mientras mantenía la derecha debajo del tablero. El pelo muy corto, el cuello largo y la mandíbula marcada daban más relieve a la expresión ceñuda de sus ojos.

Se presentó con visible disgusto.

—Francesco Romano, asistente jefe. Vengo de la comisaría de Posillipo.

Palma asintió.

—Muy bien, ya nos hemos presentado. Nuestra limitación con respecto a las demás comisarías está en que en esta los nuevos somos mayoría. Por ello no puede haber ese espíritu de cuerpo, ese conocimiento mutuo que suele constituir una

ventaja.

—Puede decirse que exageraron con el espíritu de cuerpo a los cuatro que la cagaron con lo de la droga —comentó el muchacho bronceado, riendo socarrón.

Palma lo fulminó con la mirada; Lojacono comprobó cómo se transformaba el comisario cuando se quitaba la máscara de la benevolencia a toda costa.

—Agente Aragona, otro comentario como ese y de una patada en el culo te mando de vuelta a la jefatura central. Y te aseguro que pateo con fuerza.

Aragona se hundió en la silla como si quisiera desaparecer.

—Como os decía —prosiguió Palma—, debemos hacer un esfuerzo y aprender a conocernos lo antes posible. Las investigaciones se harán caso por caso y rigurosamente en pareja. De momento, para poder seguir mejor los temas y apoyarlos desde aquí, Pisanelli y Calabrese, que

conocen la comisaría, trabajarán dentro. Vosotros os turnaréis fuera y os apoyaréis en ellos. ¿Está claro?

Tomó nota de la aprobación general y asintió satisfecho.

—Bien. He mandado preparar una sala grande con seis escritorios. Estaréis juntos, así os familiarizaréis. Suerte.

Y se levantó.

* * *

Minutos más tarde, a solas en su despacho, el comisario Luigi Palma, apodado Gigi, repasó por enésima vez las fichas que le habían enviado confidencialmente desde la oficina central de personal.

De Pisanelli y de la Calabrese, los dos que había conocido ahí, no había mucho que saber. Como había dicho el propio subcomisario, habían

examinado al microscopio sus vidas profesionales, y si entonces no había aparecido nada, quería decir que no había nada. Por otra parte, se trataba de personal de oficina, gente poco habituada al trabajo de calle.

La Di Nardo era joven, veintiocho años recién cumplidos; le gustaban las armas, tenía la nota máxima en todas las pruebas de tiro, y esa pasión había sido su perdición; en la comisaría se le había disparado la pistola, en circunstancias poco claras.

Romano era un tipo impulsivo: había agarrado del cuello a un sospechoso y le había puesto un ojo a la funerala al colega que intentó y consiguió impedir que cometiera una estupidez.

Palma soltó un largo suspiro y se rascó la cabeza. Aragona, el muchacho bronceado de la actitud ridícula, era un recomendado, sobrino del delegado del gobierno de una ciudad de Basilicata. Conducía como un loco, lo habían

apartado de la escolta de dos magistrados. En la jefatura central todavía no se creían que hubiesen podido librarse de él.

¿Y Lojacono? Bueno, él tenía ese feo asunto del colaborador de la justicia que había mencionado su nombre en Sicilia. Pero Palma lo había visto en acción en el caso del Cocodrilo, y le había gustado. Él mismo se había empeñado en solicitar su traslado, mucho más que su colega Di Vincenzo en quitárselo de encima. Su intuición le decía que era un hombre competente. Y honrado.

El comisario Luigi Palma, apodado Gigi, confiaba en no equivocarse.

Confiaba con todas sus fuerzas.

Sentada en su trono, doña Amalia tenía los ojos clavados en la ventana de la cuarta planta del edificio de enfrente. En el balcón, para ser precisos; y como era sabido, doña Amalia era precisa. Muy precisa.

Había notado algo raro casi de inmediato, diecisiete días antes. Había seguido los trabajos de rehabilitación del apartamento; duraron poco pero se hicieron muy bien, al menos por lo que se alcanzaba a ver desde su puesto de vigilancia; debían de haberse gastado un dineral. Doña Amalia lo había comentado incluso con Irina, y como siempre, la muy golfa había contestado sí, sí, aunque en realidad pensara en sus cosas: tal vez en algún viejo rico al que, cuando bajaba a hacer la compra, se trabajaba para redondear el sueldo. Nunca le alcanzaba el dinero a esa golfa. Entre el

que gastaba en la ciudad y el que enviaba a su pueblo, a saber qué lugar de mierda sería. Le había enseñado algunas fotos: si hasta en fotos daba asco, cómo sería al natural.

Doña Amalia no podía moverse ni levantarse. Tenía artrosis, una grave forma de artrosis, decía ella con trágico orgullo; los dolores eran lancinantes, a duras penas conseguía llegar al retrete, pero ni muerta permitía que la golfa le pusiera la cuña, aunque tuviera que ir al retrete a rastras. En fin, que cuando se levantaba de la cama se dejaba vestir por la golfa y con el andador iba hasta el sillón, y ahí se instalaba. Y pasaba el día con el televisor encendido y mirando fuera.

Su hijo vivía en Milán, a fuerza de pretextos ya ni siquiera iba a verla para las fiestas. Se había juntado con una, otra golfa, seguro, que le impedía ver a su madre, que tantos sacrificios había hecho por él. El muy desgraciado creía que enviándole dinero acallaba los remordimientos de conciencia.

Como si el dinero lo fuera todo.

A doña Amalia no le funcionarían las piernas, pero la cabeza sí. La tenía fresca como una rosa de mayo, y todos los engranajes funcionaban de maravilla. Seguía los acontecimientos del mundo y estaba atenta a los cambios. A la golfa de Irina, que decía sí, sí, pero no se enteraba de nada, le comentaba que los cambios son los que te indican hacia dónde va el mundo. Todos los cambios, desde los más pequeños a los más grandes, tenían un sentido en el panorama general.

¿La tipa de Canal 5, esa con voz de hombre, hacía un programa sobre los viejos? Era una señal. ¿El nuevo papa era argentino? Era una señal. ¿Un soldado mataba a su mujer para juntarse con otra militar? Era una señal. Lo difícil, mi querida golfa ucraniana, era unir esas señales. La clave estaba en la interpretación. En comprender el sistema de señales y, por tanto, los cambios.

El apartamento del edificio de enfrente, por

ejemplo, era una señal. Una señal importante. Importantísima.

Ahí vivía antes una familia normal. Horrible, pero normal. El padre, que no estaba nunca. La madre, una gorda asquerosa que se pasaba el día colgada del teléfono; la veía pasearse una y otra vez delante de todas las ventanas gesticulando con el auricular agarrado entre la cabeza y el hombro; doña Amalia no se explicaba cómo se las arreglaba para no quedarse torcida. Dos hijos adolescentes, la chica que se llevaba a sus amiguitos y se encerraba con ellos en su cuarto; el chico, que en lugar de estudiar tocaba la guitarra y fumaba a escondidas en el balcón.

Y así de repente se marcharon. Quizá les habían hecho una buena oferta, porque doña Amalia no había visto las señales de movilización típicas de una mudanza: llegó un camión como quien no quiere la cosa y en apenas dos días recogieron sus trastos y se largaron a saber dónde.

Doña Amalia no iba a echarlos de menos, no tenía nada que mirar, ya los conocía demasiado bien.

Las obras las hicieron a toda prisa porque, según sus observaciones, en el apartamento había un montón de trabajadores durante muchas horas al día. Desde su puesto de vigilancia podía encuadrar casi todas las habitaciones, y esos trabajaban con las ventanas y las puertas de los balcones abiertas de par en par. Instalaron incluso aire acondicionado en todas las habitaciones. Un lujo, vamos. Llevaba meses pidiéndole al tacaño de su hijo que le pusiera aire acondicionado en cada cuarto, pero él lo mandó colocar únicamente en el salón, decía que era malo para los huesos. Como si los huesos de doña Amalia pudiesen empeorar.

Después había llegado ella. Una persona sola, una mujer joven.

Debió de llegar por la noche, porque doña Amalia no se había enterado de nada, y eso que doña Amalia montaba guardia todo el día, desde el

amanecer hasta bien entrada la noche. Primero habían llevado los muebles, todos nuevos; después, un par de cajas con ropa de cama, en las que doña Amalia había reconocido la marca de una famosa tienda del centro. Y así, de repente, empezaron a verse algunas luces y el fulgor azul de la televisión.

En una ocasión se había abierto la ventana del que, con toda probabilidad, era el dormitorio, y un tipo moreno había estado trasteando con el picaporte; después había vuelto a cerrarla, y a partir de ahí nadie había vuelto a descorrer las cortinas. Ninguna de las cortinas de todo el apartamento. No era posible.

Al tipo de la ventana no se le había vuelto a ver el pelo. Solo se veía a una muchacha pasar por detrás de las cortinas. La reconocía por su silueta. Una vez había acercado la cara a la ventana del balcón de la sala y doña Amalia se había quedado sin aliento, le había parecido hermosa.

Hermosísima. Incluso ella, capaz de encontrarle defectos a cualquiera, debía reconocer que la cara de la chica era perfecta. Pero aquella fue la primera y la última vez, no volvió a verla más.

A través de la golfa de Irina, doña Amalia había mandado preguntar con discreción a los tenderos de la zona. Nadie, pero nadie sabía quién vivía en el apartamento. Nadie era su proveedor, nadie subía la compra, nadie tenía como cliente a la muchacha hermosa. Nadie.

Según doña Amalia, esa señal era difícil de interpretar. Muy difícil. De manera que debajo debía de ocultarse algo, algo muy gordo, porque cuando las señales no encajaban en un sistema, entonces había algo que no cuadraba.

Doña Amalia esperó. Y esperó un poco más. En el barrio todo seguía su curso, pero el apartamento de enfrente no acababa de encajar en ningún sistema. Trató de hablar del asunto con su hijo en la única conversación semanal que lograba

conseguir, pero le contestó como la golfa de Irina: sí, sí. Y con un pretexto cualquiera puso fin a la llamada telefónica.

Todo era tan raro que, al final, doña Amalia envió a la golfa de Irina a que llamara al portero automático. Le dio instrucciones precisas, debía decir que buscaba a la señora Esposito, la que vivía en el primer piso; después, en cuanto le contestaran, con aire inocente debía decir: Ay, disculpe, me he equivocado de piso; a continuación debía regresar corriendo a contarle a doña Amalia cómo era la voz de quien había contestado. Pero no contestó nadie, aunque la golfa de Irina afirmó haber llamado dos veces. Y eso que la muchacha estaba en casa, porque doña Amalia la había visto pasar por detrás de las cortinas. ¿Cómo era posible que no contestara al timbre? A lo mejor estaba averiado, no habría sido nada raro. Maldita tecnología; años antes hubiera bastado con hacer unas preguntas al portero, pero

ahora, con lo que costaban, ya nadie tenía portero.

Detrás de la ventana de la sala, mientras en la calle el viento y la lluvia ululaban obligando a los transeúntes a buscar refugio en los portales, doña Amalia entornó los ojos. Cuando una señal no era interpretable, no formaba parte del sistema. Por tanto, había que comunicarlo.

Llamó a la golfa de Irina y le pidió que le alcanzara el teléfono.

Antes de ir a cenar al sitio de siempre, Lojacono recibió la llamada de Marinella.

Desde que se habían reconciliado tras meses de doloroso silencio, hablaba con ella a diario. Todavía era pronto para que se vieran, pero el progreso era evidente: Marinella pasó del mutismo a los monosílabos, luego a algún frío relato sobre la vida que llevaba; la evolución de sus conversaciones había sido larga y difícil.

Lojacono adoraba a su hija, y su ausencia había estado a punto de hacerlo enloquecer; pero al día siguiente de resolverse el procedimiento abierto en su contra y de su traslado, su mujer no había dudado en ponerse en su contra, no tanto porque lo considerara culpable de las acusaciones presentadas, sino por el retroceso social que aquel episodio había supuesto. Sentirse una paria, ver

que le cerraban las puertas, que sus amigos la evitaban: una culpa infamante que no precisaba sentencias para descontar su pena.

Y lo peor fue que a Sonia y a Marinella las trasladaron a Palermo para protegerlas de las posibles represalias; Lojacono no lograba imaginar por qué regla de tres hubieran podido vengarse en su familia por algo que no había hecho, pero todos tuvieron que adecuarse a las decisiones del juez.

Marinella tenía quince años, y a los problemas de comportamiento propios de los adolescentes se añadió su carácter cerrado y reacio a la novedad y las amistades; apartarla de sus rutinas y de una ciudad pequeña como Agrigento, donde todos se conocían desde generaciones, había tenido el efecto de una bomba atómica en un atolón. Oír a su madre derramar veneno sobre su padre y culparlo de todas las dificultades, por nimias que fuesen, hizo el resto, y Lojacono acabó perdiendo el

contacto con su hija.

Sin embargo, cuando se encontró ante la sangre inocente de las víctimas del Cocodrilo, la ausencia de Marinella de su vida le resultó insoportable y, desatendiendo los acuerdos de separación y las normas del sentido común, la había llamado por teléfono sin ninguna esperanza de que le contestara.

Marinella lo sorprendió y no solo aceptó la llamada sino que reanudó el contacto de forma regular. Poco a poco le fue hablando de sus dificultades para adaptarse a la nueva vida, de las difíciles relaciones con sus compañeros del colegio y los profesores. De ese modo, Lojacono siguió a su hija a través de los contactos que hacía y que luego se transformaron en amistad: una vecina que iba con ella al colegio, otra compañera que se había sumado a ellas. Ahora Marinella tenía un grupo de amigos con los que salía habitualmente, iba al cine o a comer una pizza.

Para evitarle situaciones incómodas con la madre, que pretendía autorizar todos los contactos con él, no la llamaba; esperaba que fuese Marinella quien lo hiciera. Temía cortar el delgado hilo que tanto le había costado volver a atar, consciente de que él tampoco era muy comunicativo. Pero el silencio también era hermoso cuando al otro lado del teléfono había alguien a quien querías mucho.

—Hola, pa. ¿Qué haces? ¿Estás cenando? —
La voz de la chica sonó excitada.

—Todavía no. Se me ha hecho tarde. Me han...
He cambiado de oficina.

—¿En serio? ¡Genial! De vez en cuando es bueno cambiar, ¿no? Además, donde estabas antes no te encontrabas a gusto. Yo te lo notaba por la voz.

Por la voz, nada menos. Las mujeres tienen antenas ya de adolescentes.

—¿Y tú? ¿Cómo ha ido el trabajo de latín?

—Bien, bien, creo. Estudio con Deborah, es muy buena, hicimos la misma traducción. Pero la gran novedad es otra. ¡Esta noche voy a una fiesta! Me han invitado al cumpleaños de una compañera. Lo organizan en un lugar de las afueras de Palermo.

Una fiesta. Las afueras de Palermo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo vas a ir? ¿Con quién?

—Ay, pa. ¿Qué? ¿Ya estás preocupado? No pasa nada, que no es un *rave*. Es el cumpleaños de una compañera, una repetidora, y cumple dieciocho. Estoy contenta de que me haya invitado, hasta hace unos días no sabía ni quién era yo. ¡Habrá chicos! ¡Y baile!

Cuidado, pensó Lojacono. No le enfríes el entusiasmo, de lo contrario no te contará nada más.

—¿Lo sabe mamá?

—¡Nooo! Si se lo digo empezará a tocarme las narices y no habrá quien la pare. No sabe nada. Le he dicho que duermo en casa de Enza, así se pone

contenta y hace lo que le canta.

—Mari, no hables así. No me gusta. Tampoco me gusta que le mientas a tu madre. Yo estoy lejos, no puedo ayudarte si necesitaras algo y...

—¡Hay que ver! —exclamó con voz más dura—. ¿Es que a ti tampoco voy a poder contarte mis cosas? ¿Es eso?

—No, no es eso. Me fío de ti, eres inteligente y madura. Pero por ahí hay gente que... Si supieras las cosas que veo a lo largo del día... En fin, ve a esa fiesta. Pero con el teléfono conectado y la batería cargada, y si necesitas algo, lo que sea, me llamas enseguida. ¿De acuerdo?

Nuevamente tranquila, pero circunspecta.

—De acuerdo, pa. Quédate tranquilo. Mañana te llamo y te lo cuento todo. ¿Vale?

—Sí, tesoro. Espero tu llamada. Y por favor...

—Ya lo sé, el teléfono conectado y la batería cargada, te lo juro. Adiós, pa. Hasta mañana.

Y de pronto se quedó otra vez solo, con el

teléfono mudo en la mano y una preocupación más que lo haría pasar mala noche.

* * *

Mientras enfilaba el callejón que llevaba al restaurante de Letizia, le dio tiempo a analizar su falta de reacción al oír a Marinella decir: Así mamá puede hacer lo que le canta.

En otra época, algunos meses antes, aquella frase se le habría asentado en el estómago para agujereárselo y anidar luego en el intestino, provocándole horas de malestar. Sin embargo, ahora, nada. Una extraña, eso era Sonia. Le parecía increíble haber compartido con ella tantos años, proyectos, programas para un futuro que luego se malograría. Una extraña. Ojalá iniciara una relación estable que suavizara la acritud con que lo trataba y que le permitiera a él retomar las relaciones con su hija de forma no clandestina, a la

luz del sol.

Letizia lo vio entrar con el rabillo del ojo porque, como todas las noches, lo estaba esperando. Le bastó con echar un vistazo para comprobar su humor; se preguntaba cómo podía ella, que nunca había tenido habilidad para comprender a los hombres, intuir el estado de ánimo de Lojacono, pese a que sus ojos oblicuos no cambiaban nunca de expresión. Pero las comisuras de la boca, su postura, los movimientos de sus manos le hablaban con claridad. Tal vez solo se trataba de prestar atención. Tal vez fuera porque lo que para él era una hermosa y cálida amistad, para ella era otra cosa, aunque jamás lo habría reconocido, ni siquiera para sus adentros.

Lojacono ocupó la mesa del rincón que ella le reservaba incluso cuando, como ocurría a menudo, tuviera una lista de espera de un kilómetro. El restaurante de Letizia estaba de moda, gracias también al atractivo y la simpatía de su dueña. A

los clientes les encantaba la cocina típica, y el pecho abundante y la sonrisa eran una guarnición muy agradable.

Por otra parte, a las señoras les resultaba tranquilizador que la mujer no pasara nunca de los modales amables y abiertos, pero sin excesivas confianzas, y llenaban el local con la esperanza de que la dueña cantara alguna canción, como solía hacer a veces. Además, se divertían al ver su comportamiento con el hombre de rasgos orientales, el único que no notaba que Letizia estaba enamorada de él; comer bien al tiempo que asistían a una telenovela en directo. ¿Qué más se podía pedir?

—¿Qué te pasa? ¿Estás preocupado? Es Marinella, ¿eh? —comentó, sentándose a la mesa y secándose las manos en el delantal.

Él levantó apenas la vista del plato de *rigatoni* al ragú que se estaba zampando.

—Un día de estos me tendrás que decir qué le

pones al ragú. Me abre el apetito incluso cuando no tengo hambre. Y ya que estás, cuéntame cómo haces para leerme el pensamiento. Esta noche tiene una fiesta de cumpleaños.

—¿Y? ¿Qué hay de malo en eso? Un cumpleaños. No es nada peligroso, creo.

—Que no es peligroso lo dices tú —contestó Lojacono con la boca llena—. Todo es peligroso si tienes quince años y eres una chica guapa. ¿Sabías que la mayor parte de las iniciaciones en la droga se producen en ocasiones así?

—Estás loco. ¿De qué droga hablas? —preguntó Letizia riéndose—. ¡En lugar de alegrarte de que por fin tiene amigos! Y todo por una fiesta de cumpleaños. Tú sí que deberías ir a alguna fiesta. Te estás volviendo viejo y triste, Peppuccio.

Era la única que llamaba a Lojacono como hacían los amigos de su pueblo cuando era jovencito.

—Si no fuera viejo y triste, ¿tú crees que

vendría aquí a comer?

Letizia se disponía a responder a tono cuando sonó el móvil de Lojacono. En la pantalla destelló el nombre «Laura», bien visible también para Letizia. El inspector se disculpó y salió a la calle, seguido por el humor repentinamente pésimo de la restauradora y las miradas curiosas de los clientes.

—¿Qué tal el primer día de clase?

El acento sardo y la voz alegre pusieron a Lojacono de buen humor, a pesar de que en cuanto salió del local lo embistió una violenta ráfaga de viento y lluvia; pero por algún oscuro motivo no le apetecía hablar con ella delante de Letizia.

—Hola. Tú siempre al tanto de todo, ¿eh? ¿Puede saberse cómo te has enterado?

La mujer rio socarrona; Lojacono tuvo la impresión de estar viéndola, hoyuelos incluidos.

—Es que soy magistrada y a mí no se me puede ocultar nada. Especialmente si algo me interesa, siempre consigo enterarme. ¿Cómo te ha

ido?

—No sé qué decirte. Palma, el comisario, me parece un tipo simpático y competente. Los demás se mantienen a distancia, salvo uno, un tipo joven, un auténtico mamón.

—Hum, ese debe de ser Aragona —reflexionó la Piras—. ¿Uno bronceado de lámpara, que se viste como un detective de serie de televisión?

—Pero ¿esto qué es? ¿Has puesto cámaras ocultas en todos los rincones? —le preguntó Lojacono, divertido—. Sí, es ese. ¿Cómo lo sabes?

—Antes estaba en la jefatura, intentaron endosárselo a todo el mundo, incluso a mí como escolta, ya sabía yo que acabarían enviándolo ahí. Es sobrino de un delegado del gobierno, no sé de dónde, y no pueden hacerle nada. Vete con ojo, no lo dejes conducir porque está loco de atar, una vez por poco no lo acogoto. ¿Y el resto? ¿Hay mujeres?

Mírala, pensó Lojacono. La pregunta crucial.

—Dos. Una señora que ya estaba en la comisaría y una chica rara, que no mira a nadie a la cara y a la que le encantan las armas. ¿Por qué lo preguntas?

Se la imaginó pensativa, en pos de vete a saber qué fantasía. Hacía tiempo que no se veían, pero hablaban por teléfono con frecuencia. Entre ambos se estaba creando una extraña amistad, tirante como la cuerda de un violín sobre la intuición recíproca y tácita de que se gustaban, y mucho.

—Por curiosidad. En una de esas encuentras novia, ¿no?

El tono era despreocupado, alegre; las intenciones, bien distintas.

—Lo dudo mucho. Al menos no ahí dentro. A lo mejor la encuentro en otra parte.

Laura se rió, y él, sin un motivo exacto, imaginó sus pechos bajo la camisa.

—El día menos pensado a lo mejor ella te

encuentra a ti. Seguimos otro día, inspector Lojacono. Y me sigues contando qué tal te va en el colegio.

Aterido y mojado por la lluvia, el inspector entró en el local; Letizia se había sentado a otra mesa, reía y le daba la espalda.

Mayya abrió la puerta; no la encontró cerrada con llave como de costumbre.

El notario debió de regresar tarde, como ocurría a veces, y quizá se le había olvidado. En el pasado ya había ocurrido, no con frecuencia, pero había ocurrido. Depositó en la entrada las bolsas de la compra, tratando de mojar el suelo lo menos posible. Un viento muy fuerte encrespaba el mar haciéndolo llegar hasta la acera de enfrente, y de tanta agua que había en el aire, resultaba imposible saber si llovía o no.

Mayya pensó en su ciudad de Bulgaria, tan lejos de cualquier mar, ahí, la lluvia era lluvia y el sol, sol; aquí no había manera de saber qué tiempo hacía.

Se quitó el abrigo, lo colgó en el armario de la entrada. Todo estaba en silencio y no se notaba

olor a café, la señora no se había levantado aún; qué raro, ya eran las ocho: debería haber estado en pie desde las siete al menos. Quizá no se encontraba bien, o quizás había trasnochado.

Mayya llevaba unos días preocupada por la señora. Le tenía aprecio, era buena y amable, jamás levantaba la voz; en comparación con otras jefas que había tenido era maravillosa. Y hasta las amigas con las que se reunía los jueves en la plaza de la estación confirmaban con sus relatos que debía considerarse realmente afortunada.

Pero la señora no era feliz. Mayya lo tenía claro: algo la angustiaba, y mucho. No es que se mostrase franca con ella, no, era una persona reservada, y Mayya no era entrometida, al contrario. Pero los silencios no mienten, como decían en su país, las palabras, sí, los silencios, no. Y en los silencios de la señora, en su mirada perdida en el vacío, no había serenidad. Sino otra cosa. Miedo, tal vez.

Quizá era mejor que hubiese decidido dormir un rato más, pensó Mayya; en ocasiones, durmiendo mucho y de un tirón recuperas la tranquilidad y puedes ver las cosas con optimismo.

La muchacha avanzó en la oscuridad y comprobó distraídamente que las ventanas cerradas confirmaban que nadie se había levantado aún. Fue hacia la cocina: prepararía el desayuno, café largo con leche y galletas. Se preguntó si el notario estaría en casa, y recordó que en las perchas del armario de la entrada no había visto su abrigo. A lo mejor ya se había ido; o, lo más probable, no había regresado.

Lo veía poco, al notario. Ella terminaba de trabajar por la tarde, mucho antes de que él regresara de la notaría. Se había cruzado con él un par de veces por la mañana, ella entraba y él salía, y en otras dos ocasiones en vísperas de fiesta, cuando se quedaba unas horas más. Era un hombre apuesto, alto y distinguido, con abundante pelo gris

y un físico cuidado; pero a Mayya no le caía bien. Había notado sus ojos fríos sopesándola de arriba abajo, como se mira a las vacas en el mercado. Conocía demasiado bien a ese tipo de hombres; el menos adecuado para la señora.

Mientras colocaba las galletas en la bandeja y esperaba a que se hiciera el café, se preguntó cómo podía una pareja tan mal avenida seguir junta durante tantos años, y además, sin hijos. Los hijos unen, constituyen el tema del que los padres hablan continuamente. Los hijos afianzan la sociedad entre marido y mujer, y cuando ya no queda nada más, al menos están ellos. Entre la señora y el notario, ni siquiera eso había.

Así las cosas, pensaba Mayya, era normal que buscaran algún pretexto para mantener la mente ocupada. Y, a ser posible, el cuerpo. Pasaban mucho tiempo fuera de casa; el notario, con su trabajo, las partidas de cartas y a saber qué más, y la señora, con sus recogidas de fondos para obras

de beneficencia, los tés con las amigas, el círculo. Y la colección de bolas de cristal.

La muchacha negó con la cabeza mientras servía el café. Cada cual tiene sus manías. La señora coleccionaba esas horribles esferas de vidrio que, al agitarlas, sembraban nieve artificial sobre el paisaje y las figuras del interior. La señora les tenía tanto cariño que ni siquiera a Mayya le permitía quitarles el polvo; una vez por semana, durante una mañana entera, lo hacía ella misma, con guantes de látex. Era el único momento en el que, entre centenares de pequeñas bolas de vidrio como pompas de jabón, parecía realmente feliz.

La colección de la señora era famosa, todos los amigos que iban de viaje contribuían aportando por lo menos una pieza. Cierta vez había ido incluso una periodista a fotografiarla rodeada de bolas de cristal con su nieve, y la señora le había enseñado con orgullo a Mayya el diario con la

foto. Hasta llegó a decirle que tarde o temprano organizaría una exposición en algún lugar y donaría el dinero a obras de beneficencia. La verdad es que a Mayya le parecía absurdo que alguien pagara por ver esos objetos, pero, ya se sabe, la gente hace cosas raras.

Sujetó la bandeja y, caminando despacio en la penumbra para no caerse, entró en el dormitorio de la señora; gracias a la luz que se filtraba por los postigos vio que la cama estaba hecha y que en la habitación no había nadie.

Raro. Muy raro.

Si hubiese tenido que marcharse de improviso, la habría llamado al móvil; cuando tenía algo urgente que decirle, usaba el teléfono y siempre le preguntaba si la llamaba en mal momento. ¿Cómo era posible que se hubiese olvidado de avisarle?

Fue hacia la sala de las bolas de nieve. A lo mejor se había quedado dormida en el sillón con un libro en la mano; era su habitación preferida. El

viento ululaba desesperado ante los obstáculos que impedían su enceguecida carrera. El mar embestía feroz la calle, tratando de invadir el espacio que le había sido vedado.

El sillón estaba vacío. Una nube huyó del sol, un rayo atravesó la oscuridad iluminando el suelo de la habitación, y fue a detenerse en un cristal reluciente debajo del sillón.

Mayya vio que se trataba de una de las bolas de cristal con nieve artificial dentro, y se preguntó qué hacía en el suelo.

Antes de darse cuenta de que en el suelo también estaba el cuerpo de la señora, con la nuca rota y una mancha de sangre coagulada alrededor de la cabeza.

La bandeja cayó al suelo con un estrépito de porcelana hecha añicos, esparciendo galletas y café con leche por todas partes.

Mayya se llevó las manos a la cara y gritó.

La vicesuperintendente Ottavia Calabrese salió de la comisaría volviendo distraídamente la cabeza hacia Guida, el agente de guardia en la entrada. Lo encontró irreconocible: la corbata anudada impecablemente, peinado, la chaqueta abrochada, bien sentado con la mirada clavada al frente. Siempre lo había visto como un elemento más del paisaje, una especie de estatua de cartón piedra que representaba a un borracho de uniforme leyendo un diario deportivo; ahora hasta parecía un policía de verdad.

Reconoció que algo estaba cambiando en la comisaría. Mérito del comisario, un hombre fuera de serie, así lo había considerado desde el momento en que lo vio asomarse a su despacho y pedir permiso, con sonrisa insegura como un muchacho que entra por primera vez en su nueva

clase.

Palma le había caído bien enseguida a Ottavia. Su aspecto desaliñado, el pelo revuelto, la camisa arremangada. Y el aire alegre y joven que había llevado hasta aquellas viejas paredes. Además, en el dedo no llevaba alianza, quién sabe por qué, quién sabe si estaba soltero o divorciado, o tal vez viudo. Aunque, con frecuencia, los viudos solían seguir llevando alianza.

Ella nunca se ponía la alianza. Y no era viuda.

Antes de tomar el funicular pasó por la tienda de comida preparada. No tenía ganas de ponerse a cocinar, además, era tarde. En la oficina siempre terminaba tarde. No le molestaba quedarse, lo hacía adrede. Hacía tiempo que el trabajo era lo mejor del día. Para las mujeres, el trabajo no acaba nunca; y para las policías es aún peor.

En el vagón repleto, con el bolso en una mano y el paquete de comida en la otra, no encontró un solo sitio donde sentarse. Repantigado en un

asiento, un chico le echó una mirada desafiante, subió el volumen de los auriculares y luego se puso a mirar por la ventanilla, mascando chicle con la boca abierta.

Ottavia notó una presión a su espalda y un molesto restregarse contra el trasero. Resopló: todas las noches la misma historia. La multitud, apretada como sardinas en lata, y un imbécil que le echaba el ojo y se le tiraba encima. Era consciente de ser dueña de unas curvas generosas y un físico en forma que procuraba ocultar con ropas sobrias y pasadas de moda, pero era inútil, siempre había alguien que se daba cuenta.

No se dio la vuelta, habría sido peor. Bajó la vista e identificó la punta de un mocasín negro, apuntó y pisó. Un solo golpe con el tacón, de canto en el dedo gordo. Un suspiro de sorpresa, una maldición a media voz; Ottavia se dio la vuelta, miró fijamente al viejo baboso que tenía a su espalda y dijo: Disculpe, ¿me pasa el otro pie, así

hacemos un trabajo simétrico? El hombre se abrió paso entre la multitud, mirándola de reojo, y se fue a buscar otros culos menos reactivos y más manejables.

Del funicular a su casa había casi un kilómetro. Las tiendas estaban cerradas pero, de todos modos, Ottavia tardó más de lo necesario. Mis pies, pensó, traicionan a mi corazón. Sacó las llaves del bolso con exagerada calma, imaginando que se movía debajo del agua. Después, con un suspiro, abrió la puerta.

—Cariño, ¿eres tú?

Cómo coño se las arreglaba para estar alegre, tierno y afectuoso incluso después de un intenso día de trabajo. Ottavia no se lo explicaba.

—Sí, soy yo. ¿Quién iba a ser si no?

Gaetano, su marido, se asomó alegre desde la puerta de la cocina.

—¡Hola! ¿Has visto qué viento? La parabólica flamea como una bandera, solo se ve el digital

terrestre. ¿Quieres un aperitivo?

Mientras se quitaba el collar y los pendientes, Ottavia respondió con voz cansada:

—No, gracias. Estoy hecha polvo. He comprado algo de comida, esta noche no me apetece cocinar.

—¿Cocinar? ¿Estás de broma? Ya me he encargado yo de eso, cariño. ¡Verás cómo te chupas los dedos! *Fettuccine* con setas y nata, y escalopines al limón. He traído una botella de tinto, un Aglianico, como a ti te gusta. Dentro de cinco minutos estará todo listo, ponte cómoda.

Delante del espejo del lavabo, donde había ido a desmaquillarse, Ottavia pensó que estar casada con Superman era una pena superior a su capacidad de aguante. Un ingeniero muy valorado, con una gran preparación, ganaba un dineral, tenía quince personas a su cargo y, además, encontraba el tiempo y las ganas para comprar una botella de Aglianico y preparar *fettuccine* con setas. En

cualquier país civilizado, pensó, lo habrían pasado por las armas en la plaza pública.

Entró en el comedor y echó un vistazo al sofá. Como siempre, Riccardo estaba allí. Como siempre, con un bolígrafo en la mano. Como siempre, garabateando en un papel. Como siempre, encerrado en un mundo donde no entraba nadie.

Gaetano llegó con una fuente humeante en las manos y una mancha de nata en la mejilla.

—¡A la mesa, familia! Riccardo, tesoro, ¿has visto? ¡Ha llegado mamá!

Lentamente, el chico levantó la cara del papel y paseó la mirada ausente por la habitación; se detuvo en Ottavia, y con voz cavernosa dijo:

—Mamá, mamá, mamá, mamá, mammmm...

Por la comisura de la boca le cayó un hilo de baba. La mano seguía trazando metódicamente unos círculos en el papel, todos concéntricos, sin sobrepasar nunca los márgenes de la zona cuadriculada, como dibujados con compás. Mamá.

La única palabra inteligible que pronunciaba en trece años de vida, mezclada con los murmullos indescifrables con los que acompañaba los programas de televisión. Nada más. Nada, nunca. Ni una sola ventana en el mundo del que era el único habitante.

Ottavia se acercó al chico, le acarició la cara tan parecida a la suya. Lo hizo levantar, lo acompañó a la mesa donde Gaetano, sin dejar de parlotear sobre lo maravillosamente bien que le había ido el día, servía en los platos una ración de *fettuccine* como para quitar el hambre a un equipo de fútbol, suplentes incluidos. Ottavia se preguntó qué cenaría esa noche el comisario Palma.

Mamá, mamá, dijo Riccardo. Gaetano la miró con ternura.

Ottavia empezó a comer mientras pensaba en cuánto los odiaba.

En el antiguo comedor de la comisaría, Palma había mandado instalar una sala para los agentes, después de tirar un tabique de cartón yeso con el que alguien había transformado una bonita sala luminosa en dos cuartitos oscuros y tristes.

Las seis mesas estaban dispuestas de tal modo que permitían cierta intimidad si se hablaba por teléfono en voz baja; sin embargo, era fácil llamar la atención de los demás. Lojacono se instaló cerca de la ventana que daba al castillo en medio del mar; mentalmente le reconoció al comisario cierta habilidad estratégica en la gestión de recursos: la única manera de conseguir cierta amalgama entre personas tan distintas era mantenerlas juntas el mayor tiempo posible.

Comprobó que el primero en llegar había sido Pisanelli, el subcomisario veterano de

Pizzofalcone. Había colgado un gran tablón de corcho a su espalda, y con alfileres estaba pinchando con cuidado una serie de fotos y recortes de periódico. Al notar su perplejidad, la Calabrese, que se peleaba con los cables de dos ordenadores colocados encima de su mesa, abrió los ojos de par en par y le susurró:

—Es una manía suya. Son todos los suicidios que ha habido en el barrio en los últimos diez años. Está convencido de que en realidad son homicidios y reúne material para demostrarlo.

Desde el fondo de la sala, Pisanelli se volvió hacia ellos.

—Te he oído, Ottavia. Sé que le estás diciendo que soy un viejo loco.

No parecía enfadado. Más bien triste. La Calabrese le contestó:

—Que no, Giorgio, no le estoy diciendo eso. Le estaba explicando qué son esos recortes y esas fotos. Si no, vete a tú saber en qué trama

internacional andará pensando Lojacono.

El hombre se dirigió directamente al inspector con tono amable.

—El problema, querido Lojacono, es que a veces no vemos más allá de nuestras narices. Elegimos el camino más cómodo. Si quieren hacernos pensar que alguien se ha suicidado, basta con que deje una notita y todo resuelto. A mí no me parece justo que si una persona está sola en el mundo, y quizá deprimida, se la tire a la basura como un trapo viejo. Creo que tiene derecho a una investigación, a algunas pesquisas. Eso es todo.

Aragona, el muchacho bronceado, mientras dejaba sobre su mesa un portadocumentos de plata que no hubiera desentonado en el Quirinal, pero que allí no pintaba nada, comentó ácido:

—Cómo se nota que aquí no hay nada serio que hacer. Si debemos ocuparnos de suicidios imaginando que son homicidios, el siguiente paso es el tres sietes.

—Entonces te deseo que vivas muchos años, amigo mío —le dijo Pisanelli con evidente fastidio—. Y que te veas viejo y solo, como muchas de estas personas de mi tablón. Así, si alguien te «suicida», te archivarán deprisa y corriendo y nadie se acordará de ti.

Ottavia abrió la boca como para intervenir, luego la cerró y siguió desenredando la madeja de cables.

La muchacha callada llamada Di Nardo, según recordó Lojacono, preguntó a Pisanelli en voz baja:

—¿Hay alguna conexión entre los suicidios? ¿Has encontrado algo?

Parecía realmente interesada. El hombre la escrutó un momento para asegurarse de que no le tomaba el pelo y luego contestó:

—No, conexiones directas todavía no. Me ocupo de esto fuera del horario de trabajo, el grueso del material lo tengo en casa. Pero hay

algunos detalles que dan que pensar. El uso recurrente de ciertas palabras en las cartas de despedida. El hecho de que muchas de ellas estén escritas a máquina o con ordenador, algo que uno no haría en un momento extremo. La incoherencia de algunas de las formas en que ciertas personas... en fin, en que se quitaron de en medio si atendemos a su personalidad y su perfil psicológico. Una serie de detalles que...

Fue interrumpido por Romano, el tipo corpulento, que se había dejado caer en una silla y miraba absorto por la ventana.

—Si uno se mata, se mata. Es una cobardía, significa que no tiene valor para vivir. La vida hay que enfrentarla de cara aunque sea una mierda.

Su voz resonaba como un trueno lejano. Aragona rio socarrón.

—Así que alguien que salta desde un viaducto de treinta metros sería un cobarde. O alguien que se dispara en la boca con un fusil o que se toma

una botella de ácido. A mí me parece que hace falta más valor para morir que para vivir.

Mientras Romano se disponía a replicar, entró Palma, agitado, con un papel en la mano.

—Muchachos, empieza el baile. Y con algo bien gordo. Han matado a una mujer en el paseo marítimo, la esposa de un notario. Irán Lojacono y Aragona.

Vamos a ver: ¿qué hora es?

A esta hora ya la habrán encontrado.

Habrá sido la criada, la búlgara. Te habrá buscado por la casa, en la cocina, en el dormitorio. Puede que haya tratado de abrir la puerta del baño para comprobar si estabas dentro. Y la puerta se habrá abierto sobre el silencio y la oscuridad.

La casa habrá estado desierta. En silencio, salvo por el fragor del viento en la calle. Ningún otro ruido.

Habrá avanzado insegura por el pasillo. Puede que haya pensado que te habías ido.

A saber cómo sería si las emociones quedasen suspendidas en el aire como un olor. Si en el aire hubiese flotado el perfume de tu sonrisa triste, la última vez que vi tu cara. A saber qué perfume

habría tenido tu sonrisa.

Te habrá buscado, la criada búlgara. Moviéndose circunspecta entre muebles y alfombras, procurando no tirar nada, en la oscuridad. Es probable que pensara que te habías quedado dormida en algún rincón y por eso ni siquiera habrá encendido la luz para no despertarte.

Pero no existe ese peligro, ¿verdad? Porque a ti ya nadie te despertará.

A saber qué habrá hecho al encontrarse ante ti. De lo que queda de ti, para ser exactos. Un fardo en la penumbra, las ventanas cerradas reteniendo la noche.

Me asomo. Sigue el viento y por el cielo se arrastran negros nubarrones. Ya no llueve.

Sin embargo, a pocos metros de tu cuerpo muerto, el mar seguirá bullendo en el aire, llenando de sal las paredes de los edificios, los balcones. A tu alrededor todo está inerte.

Inmóvil.

Tus bolas de nieve, por ejemplo. Centenares, quizá miles. Llenan los estantes, ordenadas de esa manera extraña tan propia de ti. La nieve artificial depositada tranquilamente en el fondo, a la espera de ser agitada. A saber adónde irán a parar ahora, tus bolas de nieve. Habrá que pensar qué hacer con ellas.

Con todas ellas menos una. Creo que esa seguirá otro camino. Se paseará por los laboratorios y los tribunales para acabar en una caja, arrumbada en algún estante olvidado, donde pasará años y años hasta que la tiren a la basura. Esa bola es especial. Única. La de la muchacha que toca la guitarra. La que tiene la superficie manchada de sangre.

La que te arrancó la última sonrisa sin tristeza, y después, la vida.

A saber qué hará la criada cuando comprenda. Cuando se dé cuenta de que eres tú,

eras tú la de la cabeza rota en el charco de sangre. Creo que gritará. O tal vez no. Es gente dura la de su país.

Ahora empieza lo difícil. Para mí, para nosotros que seguimos aquí.

No para ti.

Para ti todo ha terminado.

Lástima. Si hubieses sido razonable.

Si no me hubieras dado la espalda.

Al oír a Palma, Aragona saltó como un resorte, dispuesto a la acción. Lojacono, por su parte, lanzó al comisario una mirada de muda súplica que su superior se afanó por no captar mirando para otro lado.

—Conduzco yo, sé dónde está —dijo el joven cogiendo el papel con las señas.

—Haced como os parezca —comentó Palma encogiéndose de hombros—. No hay prisa, ya están ahí dos patrullas móviles, y el forense y la científica van de camino. A esta hora hay tráfico.

—¿En serio? —respondió sardónico Lojacono mientras se ponía el abrigo—. A ver, ¿quién me hace una tabla con las fechas en las que en esta ciudad no hay tráfico? A lo mejor en agosto.

Usaron un coche utilitario, sin distintivos, aparcado en el patio. Aragona ya había puesto el

motor en marcha antes de que Lojacono hubiese subido a bordo, y arrancó a toda pastilla cuando el inspector todavía tenía un pie en el suelo.

—¿Estás loco, Aragona? ¿Quieres atropellar a alguien? Venga, debutemos matando a unos cuantos vecinos del barrio, que ya nos aprecian mucho.

El muchacho conducía como si la calle estuviera desierta, haciendo que los transeúntes huyeran en desbandada. Con el rabillo del ojo Lojacono vislumbró a una anciana que se apartó a tiempo de un salto digno de una bailarina clásica, y oyó la invectiva en dialecto que le dirigió al conductor, con la que estuvo totalmente de acuerdo, pese a no comprender su significado.

—Tranquilo, Loja', no te preocupes. Hice un curso avanzado de conducción, y controlo.

—¿Dónde hiciste ese curso, en la trena? Ya has oído que no hay prisa. ¿Para qué carajo corres tanto?

Aragona no aminoró la marcha.

—Es un honor trabajar contigo. Joder, el hombre que encontró al Cocodrilo! Durante semanas solo se habló de ti y de que hiciste quedar como el culo a todos los comisarios de la investigación. ¡Un mito!

—Para lo que me ha servido —observó Lojacono entre dientes, agarrándose del asidero—. No me han dejado volver a casa.

—Ese es otro cantar. Por lo que sé, alguien de tu tierra considera que, aunque no haya pruebas, estabas en contacto con esa gente. Pero no desesperes, en una de esas, si haces bien tu trabajo, te mandan de vuelta para casita.

Lojacono observó el perfil de su colega, empeñado en tratar de matar a quien se interpusiera en su camino.

—¿Qué sabes tú de mis cosas, Arago'?

—Buf, yo sé muchas cosas. Ya te he dicho que vengo de la jefatura central. Por ahí pasa toda la documentación, y si uno tiene los enchufes

adecuados, siempre descubre lo que quiere descubrir. Yo, sin ir más lejos, cuando salió la oportunidad de Pizzofalcone leí los expedientes de los candidatos de los que querían librarse las distintas comisarías. Un muestrario de desesperados.

—¿Y cómo es que dejaste que te mandaran a ti también? Si no me equivoco, podrías haber elegido un destino más cómodo, ¿no?

—Pues no, para mí es el destino ideal. Piensa un poco, aquí ocurrió algo muy grave, que humilló a toda la policía de la ciudad. Querían cerrar la comisaría; de hecho, han enviado a los peores policías con los que contaban. ¿Me sigues?

Lojacono había notado que al hablar, Aragona reducía un poco la velocidad, por ello se sometió al sacrificio de escuchar sus desvaríos para salvar a algún peatón inocente.

—Te sigo. Cuéntame más.

—¿Sabes cómo llaman los demás policías de

la ciudad a los de esta comisaría? Los bastardos de Pizzofalcone. ¿No te parece magnífico?

—No me parece nada —contesté Lojacono encogiéndose de hombros—. ¿Qué tiene de magnífico?

El muchacho miró fijamente a Lojacono y rozó a un ciclista que derrapó y se subió a la acera.

—Pues que si hacemos algo bueno, nos convertimos en héroes; y si no hacemos nada, todo sigue como está.

—Vamos a ver, Aragona, ¿a ti no te importa nada hacer bien tu trabajo? ¿Y si alguien quisiera ser policía por el gusto de serlo?

El agente puso cara de ofendido.

—Serás malpensado, claro que eso es lo principal. Pero uno tiene que preocuparse también por su carrera, ¿no? Ahora bien, si eres un descarte, como ocurre con nosotros cuatro, es más difícil demostrar que eres competente. Pero justamente por eso resulta más estimulante.

—Lo de descartes me parece exagerado.

Aragona se puso serio.

—He visto los documentos. Te lo digo con conocimiento de causa, todos nosotros tenemos alguna tara. Di Nardo, por ejemplo, la chica callada, la de las armas. Ya sabes que dentro de la comisaría no se pueden llevar armas cargadas y sin seguro, es taxativo. Pues bien, ella llegó incluso a efectuar un disparo dentro de la comisaría. Y por un pelo no se carga a un compañero. ¿Te imaginas?

Lojacono, zarandeado entre la puerta y el asiento, tuvo que reconocer:

—Caramba con la muchachita. No la veía yo como pistolera. Y el otro tipo...

—Francesco Romano. ¿Sabes cómo le decían sus compañeros? Hulk, le decían. Pero sin que él lo supiera, si no, les arrancaba la cabeza. No controla ni la fuerza ni la ira. La tercera vez que agarró del cogote a un sospechoso, lo

suspendieron de empleo. Cuando se reincorporó, lo mandaron para aquí.

Lojacono asintió.

—Hum, sí, la verdad es que tiene pinta de nervioso. De mí ya lo sabemos todo. ¿Y de ti, Aragona? ¿De ti se sabe todo?

El muchacho se puso a la defensiva.

—Verás, Lojacono, en mi caso, el hecho de ser... de llevar cierto apellido ha creado unas expectativas exageradas. Y cuando eres el centro de todas las miradas, acabas haciendo tonterías. O te las hacen hacer. Pero a mí me la suda, tarde o temprano demostraré a todos que estaban equivocados. A lo mejor hasta con tu ayuda. Fíjate, ya estamos. Hemos llegado en dos minutos.

Lojacono se bajó del coche como una exhalación.

—Tarde o temprano tendré que acordarme cómo dar las gracias a Dios por seguir con vida. La próxima vez conduzco yo, que quede claro.

Anda, vamos.

En cuanto pisaron la calle, fueron abofeteados por el viento y el mar que llegaba hasta la acera.

A pesar del mal tiempo, alrededor del portón se había reunido una pequeña multitud. La entrada al edificio se encontraba en un lateral de la fachada que daba al paseo marítimo; se accedía a ella desde la plaza que se abría hacia el interior, y que por el otro lado daba a la Villa Comunal.

Levantando la voz para imponerse al viento, Lojacono le preguntó a Aragona:

—Esta es una zona rica, ¿no?

El agente asintió, cerrándose el cuello del impermeable y sujetándolo con la mano.

—¡Joder, si es rica! La más rica de la ciudad. Y además, está en el paseo marítimo, aquí las casas no tienen precio. Son monumentos.

Frente al portón había dos patrullas móviles y una ambulancia con las luces intermitentes encendidas. Lojacono se identificó y preguntó a

uno de los dos agentes de uniforme cuánto llevaban ahí.

—Unos veinte minutos, inspector. Y hace como diez que llegó el forense. Está en la cuarta planta.

—Eso significa que nos han llamado con retraso —comentó Aragona—. Se lo pensaron un poco. Está claro que no se fían aún.

Al entrar, Lojacono se detuvo, observó el portón y no halló signos de que lo hubiesen forzado. Luego enfiló la amplia escalera de mármol.

Aragona se había ido hacia el ascensor, pero luego siguió a Lojacono.

—¡Oye, que está en la cuarta planta! ¿Por qué vas por las escaleras?

El inspector siguió subiendo despacio, los ojos clavados en los peldaños de mármol reluciente.

—Porque si has matado a una persona, cuando te vas no usas el ascensor. Al menos, no siempre. Y si sales corriendo, es posible que se te caiga

algo. O que te caigas tú. Oye, Aragona, yo he venido a trabajar y no a hacerte de tutor. Fíjate en lo que hago, trata de entender por qué lo hago y deja de tocarme los cojones. Si luego ves que no entiendes ni deduces, entonces pregúntame y te contestaré. ¿Estamos?

—Oye, que yo también soy investigador —protestó el agente con cara de ofendido—. He estudiado y me sé las cosas. Solo quiero verlas in situ, porque todavía no he tenido la ocasión.

—De todos modos, me parece que no hay nada en las escaleras. O el asesino se largó con cuidado o tenías razón tú y bajó en el ascensor. O puede que se lo llevara volando el viento.

En el rellano de la cuarta planta había una sola puerta de madera oscura sin placa con el nombre; junto a la jamba, un timbre rojo en la boca de un pequeño león de bronce. Haciendo mucha ostentación, Aragona observó el lateral de la hoja de la puerta para asegurarse de que no hubiera

signos de rotura. Muy a su pesar, Lojacono sonrió. Detrás de una segunda puerta, en cuyo centro había un cristal opaco decorado con algo parecido a un anagrama, había un distribuidor; la luz diurna provenía de otra puerta más, a través de la cual se filtraba una conversación agitada. Lojacono y Aragona entraron siguiendo las voces.

—¡Hay que ver! ¿Cuántas veces tengo que repetir siempre lo mismo? ¡Una, cien, mil veces, siempre lo mismo! No debéis tocar nada, ¿entendido? Nada, hasta que lleguemos los de la científica y yo. ¡Pero si es de manual, coño! ¿Es que no os enseñan nada en la escuela?

Hablaba un hombre recio, de unos cuarenta años, que llevaba el pelo muy corto y vestía suéter y vaqueros.

Un policía de uniforme protestaba débilmente.

—Pero, doctor, ¿qué he hecho de malo? Solo he abierto la ventana para ventilar un poco, olía a encierro. Además no se veía nada, corríamos el

riesgo de tirar algo. Pero he cerrado enseguida...

El doctor no estuvo de acuerdo.

—Aparte de que aquí no huele a nada, porque el cadáver está relativamente fresco, ¿no ha visto el viento que hay? Estamos en un cuarto piso. Si hubiera habido papeles y documentos, se habrían volado todos y esto sería un caos.

Lojacono consideró oportuno intervenir.

—El doctor tiene razón. Siento que hayamos llegado tarde, hubiéramos vigilado la escena del crimen. —Se acercó al hombre que se estaba poniendo una bata y unos guantes—. ¿Qué tal, doctor? Soy el inspector Giuseppe Lojacono. Este es el agente especial Aragona, venimos de la comisaría de Pizzofalcone.

El hombre lo escrutó, todavía ceñudo.

—Pizzofalcone, ¿eh? Con fuerzas nuevas. Espero que les vaya bien. Claro que es difícil hacerlo peor que quienes los precedieron. Soy Lucio Marchitelli, médico forense. El afortunado

al que suele tocarle esta zona.

Lojacono echó un vistazo a su alrededor. El lugar era extraño: un cuarto amplio, dos balcones, uno de ellos con los postigos abiertos, dos puertas de acceso. Una mesa, cuatro sillas. Un sillón de piel verde oliva. En una larga pared un solo mueble de madera oscura, hecho a medida, con cinco estantes profundos repletos de ejemplares de un mismo objeto dispuestos en varias filas: bolas de vidrio con nieve artificial en su interior.

El policía de uniforme que antes había discutido con el forense se acercó e hizo un amago de saludo militar.

—Agente Gennaro Cuomo, inspector. Fuimos los primeros en llegar de la jefatura central. A sus órdenes.

Lojacono estaba mirando el suelo. El cuerpo, tirado boca abajo, pertenecía a una mujer de mediana edad, vestida con una bata rosa ligeramente levantada sobre las piernas. Llevaba

medias, en un pie una pantufla, la otra a pocos centímetros. La cara gris estaba apoyada sobre la mejilla. El ojo visible, entreabierto a un panorama de la vida que se acaba, era inexpresivo. Rasgos regulares, pensó Lojacono; el físico rollizo, las pantorrillas hinchadas, las piernas regordetas.

Cerca de ella, en el suelo, una bandeja caída, café con leche y galletas. Una taza rota.

Observó otra vez el cuerpo: en la nuca una mancha oscura de sangre. En la alfombra sobre la que yacía la mujer, a la altura de la cabeza, un charco de sangre.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—La criada búlgara —contestó Cuomo al instante—. Se llama... —consultó un papel, silabeando las palabras—: Mayya Ivanova Nikolaeva, el primero es el nombre de pila. Es la muchacha que está llorando en la otra habitación y dice que no quiere verla. La víctima se llamaba Cecilia de Santis, casada con Arturo Festa,

notario. La criada dice que él no está en casa y no sabe adónde ha ido.

—Ve a hablar con ella —le ordenó Lojacono a Aragona—. Averigua el número de la notaría, o el de su móvil, a ver si lo localizamos. Quiero saber dónde está.

El agente se dirigió hacia el interior del apartamento, contento de tener una tarea concreta a la que dedicarse. Lojacono se concentró en el forense al que, entretanto, se había sumado un ayudante que tomaba notas en una libreta mientras el médico se movía alrededor del cadáver.

—Vamos a ver, Matte', en primer lugar, cuando lleguen, díles a los de la funeraria del Ayuntamiento que tienen que esperar un poco para que podamos comprobar la ropa y lo demás, así evitamos contaminaciones durante el transporte. ¿Listo? Apunta.

De un maletín de cuero depositado en el suelo sacó unos instrumentos y empezó a recitar su

letanía. Las manos apartaban los tejidos por sus bordes, introducían termómetros, desplazaban los miembros con movimientos leves; la muerta se dejaba hacer, dócil como una muñeca, como un maniquí. Lojacono escuchaba y memorizaba los datos con atención: sabía que las primeras observaciones eran muy importantes.

—Temperatura ambiente en proximidad al cadáver: veinte grados centígrados. Los radiadores funcionan, pero no a pleno rendimiento. El cadáver yace en posición de decúbito prono, con la cabeza girada a la izquierda, el lado derecho de la cara está apoyado en el suelo, el brazo derecho, semiflexionado, y el izquierdo, estirado al lado del tronco. Miembros inferiores extendidos y paralelos. Los pies se presentan girados hacia dentro... Matte', apunta, «en opistótonos», que luego yo ya me entiendo. Viste bata de raso, color rosa viejo, con cinturón puesto, camión de color blanco roto, con apliques de

encaje, medias pantis color carne, bragas de encaje del mismo color. Alrededor del cuello lleva un cordoncillo blanco. Tras darle la vuelta al cuerpo se comprueba que del cordón cuelga un par de gafas con montura color burdeos, de las utilizadas para leer, cuya lente derecha está rota en el mismo lado, a la altura del puente. Se hace constar que se quitan las prendas al cadáver con el fin de examinarlas por separado y, posteriormente, llevar a cabo los análisis biológicos que se consideren necesarios. Cadáver de ciento sesenta y nueve centímetros de alto, distribución de la grasa de tipo ginoide.

Con un suspiro, el forense se acuclilló cerca de la cara y siguió dictando:

—Párpados abiertos. Córneas levemente opacas y presencia de manchas de Sommer-Larcher en las partes laterales de la esclerótica. De la cavidad bucal fluye un líquido rosado. Pérdida de material hemático por la oreja

izquierda que se deposita en parte en el suelo y en parte alrededor del pabellón auricular y la mejilla homolateral y los mancha. Tras el examen exterior preliminar se comprueba que los tejidos de la región occipital izquierda presentan una consistencia pastosa, compatible con derrame subgaleal. No obstante la abundante cabellera se puede comprobar que en la región occipital la piel aparece afectada por un cambio de color del rojo al azulado. La inspección permite comprobar, asimismo, que en el centro de dicha zona discrómica hay una pequeña herida lineal de aproximadamente un centímetro y medio; en una primera observación tras apartar suavemente los bordes, dicha herida permite entrever puentes de tejido conjuntivo con traumatismo lacerocontuso y discreta pérdida hemática. Las demás superficies cutáneas no presentan lesiones traumáticas.

Le dio la vuelta al cuerpo, abrió con delicadeza la bata y subió el camisón.

—En la zona paraumbilical presenta una cicatriz antigua con un eje mayor de aproximadamente un centímetro. Otras dos cicatrices, con eje mayor de medio centímetro, están ubicadas en la línea biespinal ilíaca a cinco centímetros a la derecha y a la izquierda respectivamente de la línea media. Dicho conjunto de cicatrices puede atribuirse, con gran probabilidad, a un acceso quirúrgico para laparoscopia. No hay presencia de material extraño debajo de las uñas de las manos que, por lo demás, están enteras y pintadas con esmalte blanco debidamente aplicado. Rigidez cadavérica generalizada. Presencia de hipostasis en la zona anterior, compatible con posición prona, excepto en las áreas de decúbito, que ya no pueden comprobarse mediante digitopresión. Temperatura rectal del cadáver, veintiséis coma cinco grados centígrados. La revisión termina a las nueve horas. Ah, Matte', apunta que la ventana estaba cerrada.

Tras observar al afligido Cuomo, que se miraba la punta de los zapatos, Lojacono contempló el panorama que ofrecía la ventana abierta. Un espectáculo extraordinario de viento, mar y cielo, al fondo se veía la península que cerraba el golfo. Pensó que teniendo la suerte de vivir en un lugar así, lo que correspondía era sentarse y pasarse el rato mirando por la ventana y no dejarse matar de un golpe en la cabeza con la bata puesta.

—Doctor Marchitelli, ¿se ha hecho una idea de cuándo pudo ocurrir?

El médico se levantó con dificultad y se quitó los guantes de látex.

—Inspector, por ahora solo podemos decir que han pasado entre nueve y once horas desde que la señora aquí presente murió a raíz de un violento traumatismo craneal en la zona de la nuca. Mucho más no le puedo decir. No parece haber señales de forcejeo. Ahora la mandaremos al depósito de

cadáveres para la autopsia.

Tras saludar con una inclinación de la cabeza se marchó en el preciso momento en que llegaban los hombres de la policía científica con sus monos blancos. No tardaría en comenzar otra representación a base de destellos de flashes, polvos esparcidos sobre todas las superficies, en busca de marcas y huellas. Pero faltaba algo fundamental, y el inspector confiaba en que no se lo hubiese llevado el asesino: sabía bien que la posibilidad de descubrir al culpable dependía en gran medida de que se encontrase de inmediato ese algo.

Lojacono se acuclilló.

Justo debajo del sillón de cuero se vio cara a cara con una chica hawaiana que tocaba la guitarra y le sonreía desde el interior de una bola de vidrio.

Manchada de sangre.

El asistente jefe Francesco Romano le da vueltas a lo ocurrido la noche anterior. Tras regresar a casa, para ser más exactos.

Le está dando vueltas sentado a su mesa, mientras observa por la ventana el viento que mueve las nubes, mientras sus nuevos compañeros se afanan alrededor de sus mesas inútiles, como si acabaran de mudarse. A quién carajo le importará la nueva mesa, piensa Romano. ¿Qué soy yo aquí, un empleado? ¿Un asesor fiscal, un contable? Yo soy policía. A eso me dedicaría si me dejaran.

Con los dedos de la mano izquierda tamborilea sobre la mesa, mientras hunde la derecha en el bolsillo. Siempre tiene la mano derecha en el bolsillo. Para que esté tranquilita. Para que nadie la vea. Piensa en esa mano como en un animal poco doméstico, como en uno de esos perros

peligrosos, prohibidos por ley, que solo se pueden pasear si se llevan atados bien cortos y con un buen bozal. El problema de esa mano es que el asistente jefe Romano no le puede poner bozal. El día anterior tampoco pudo.

El día anterior estaba de especial mal humor. El primer día en el nuevo puesto de trabajo había sido un golpe de gracia para su depresión. Lo destinaron a formar parte de un grupo de hombres perdidos, en una comisaría famosa en toda la región por la infidelidad y la incapacidad de quienes habían trabajado en ella. A formar parte de los bastardos de Pizzofalcone. A él, nada menos, que había resuelto decenas de casos. A él, el policía más honrado e incorruptible que había. Precisamente a él.

Había que verlos a sus nuevos colegas. Aquello parecía el carrito de un traperero. El vertedero de la policía. Uno que quizá era mafioso; otro, un jovencito recomendado e inútil,

que juega a ser policía; otra, psicópata obsesionada con las armas; otra, tranquila madre de familia; otro, un viejo que ve fantasmas de asesinos entre una serie de suicidas. Por no hablar del comisario que, con su fingido entusiasmo, parecía un vendedor de aspiradoras.

¿Cómo ha ido a parar ahí? ¿Por qué está él también en ese vertedero?

Por culpa de la mano, piensa. De la maldita mano derecha, ahora metida en el bolsillo de los pantalones. Hasta que salga otra vez y cause más daño.

Recuerda la última vez, la que dio lugar a la suspensión. Recuerda a aquel caraculo de la camorra, un tipo imbécil y pequeñito: no me podéis hacer nada, decía, y se le reía en la cara. Nada de nada. Lo sé yo y lo sabéis vosotros, que llevaba la droga encima; que fui yo quien descargó la pistola sobre ese cretino de mierda. Pero como la tiré en una alcantarilla y luego limpié todo bien,

no me podéis acusar de nada. Y tengo un abogado que es de lo mejor. Hágame caso; le aseguro que esta noche salgo de aquí antes que usted. Y era verdad, Romano sabía que era verdad. Y la mano había caído sobre la garganta de aquel cabronazo, sin que el asistente jefe pudiera controlarla.

Diez días de suspensión. Y con dos asquerosos hilos de baba cayéndole de las comisuras de la boca, el imbécil de comisario le dijo: Roma', en esta comisaría ya no tienes nada que hacer. Se acabó. Coge tus cosas, porque aquí no vuelves a poner los pies. Y así había sido.

Diez días encerrado en su casa. Sin nada que hacer. Él, que no lee, que no escucha música, que no mira la televisión. Tener que tragarse películas sosas, con policías más falsos que Aragona, el chico bronceado de lámpara que parece una parodia, y que ahora es uno de sus compañeros. Con razón se vuelve uno loco, piensa Romano. Con razón acaba uno haciendo cosas que

normalmente no haría.

Giorgia. La única que le hace compañía. Y que lo irrita aún más, tanta miradita de soslayo, tanta vigilancia disimulada, todo el rato, todo el rato. ¿Cuánto llevan casados? Ocho años. Sin hijos, no han venido, nadie tiene la culpa: análisis, viajes esperanzadores, cálculos de días fértiles, por las noches oírla llorar con la cara hundida en la almohada mientras se hacía la dormida. Y después silencio. Mucho silencio. Toneladas de silencio, suspendido en el aire como un maldito tufo, como un miasma insoportable.

En esos casos uno se agarra al trabajo. Sobre todo si en tu trabajo eres competente, capaz. Sobre todo si el trabajo es tu pasión, lo que quisiste desde niño. Y entonces, de golpe, el trabajo se fue a la mierda. Y él también.

La noche anterior Romano no encontró a Giorgia en casa. Había salido. A lo mejor se había ido a dar un paseo, o a ver al idiota de su padre, su

papaíto lindo, al que acudía para lloriquear por su triste destino.

La casa vacía, a oscuras. Fría. Después de haber pasado el primer día en el vertedero, después de haberse convertido en un bastardo de Pizzofalcone.

Cuando ella regresó, al cabo de media hora, él se estaba hundiendo en el silencio, a oscuras. Se le había acercado murmurando una excusa; a él, que en un momento tan difícil y complicado había esperado tenerla a su lado. Si no lo hubiese mirado, si no le hubiese hablado, habría sido mejor. Pero no, con su puta voz lloriqueante, con su conmiseración, había murmurado: Perdóname, lo siento. Lo siento.

¿Te apiadas de mí, Giorgia? ¿Te doy pena?

La mano había hablado por él. Antes de que él pudiera pensar, antes de que pudiera imaginar siquiera una respuesta, el animal-mano había reaccionado. Y la había golpeado con un revés, en

esa boca con mohín compasivo. Ahora, al día siguiente, sentado a su nueva e inútil mesa, el asistente jefe Francesco Romano, al que sus compañeros apodaban Hulk sin que él lo supiera, notaba el corte en el dorso de la mano, hundida en el bolsillo. El corte del incisivo izquierdo de Giorgia, su mujer, que, por suerte, no se había partido al recibir el tortazo.

No se había levantado del sofá en toda la noche. La había oído sollozar mucho rato en la cama. Por absurdo que pareciera, había esperado que le dijese: Anda, ven, no ha pasado nada. Ven a acostarte. Olvidémoslo. Pero no se lo había dicho.

Cuando a través del viento llegó la primera luz del alba, se levantó y fue al dormitorio. Su mujer se había dormido al fin, con un pañuelo apretado entre las manos, una arruga en los ojos. El labio superior hinchado, allí donde la había golpeado.

Dios, cuánto la quería.

Dios, cuánto la odiaba.

El vendedor de aspiradoras se asomó a la sala de agentes con su asqueroso entusiasmo.

—Romano y Di Nardo, venid a verme. Tenemos que comprobar una denuncia.

Lojacono se reunió con Aragona en la cocina, después de haber indicado a los de la científica que debajo del sillón había una bola de vidrio que había hecho una brillante carrera al convertirse en el arma del delito.

El agente especial estaba de pie, con una libreta de apuntes en la mano; delante de él, derrumbada en una silla, tapándose la boca con un pañuelo, estaba una rubia guapa con los ojos enrojecidos llenos de lágrimas. Aragona le informó de que se trataba de la criada búlgara, Mayya Ivanova Nikolaeva, y que estaba conmovida.

El inspector lo ayudó en el interrogatorio y descubrió que la muchacha estaba muy encariñada con la difunta Cecilia de Santis, casi una santa, buena, amable, generosa, etcétera, que jamás había

tenido un reproche para ella, que se apreciaban, etcétera, que la difunta estaba plenamente satisfecha con su trabajo, etcétera. No, no había más personal de servicio, en la casa solo vivían la difunta y su marido, el notario ausente. Que muchas noches este último no regresaba, era un profesional importante y, con frecuencia, tenía que salir, etcétera. Que la señora se pasaba la mayor parte del día en casa, que tenía una gran pasión por su colección de bolas de cristal con nieve, ¿han visto las bolas de cristal con nieve? Que la señora se encargaba de limpiarlas y ordenarlas. Que había llegado como todos los días y preparado el desayuno de la señora. Que...

—¡Madre mía! ¡Me cayó bandeja en sala de señora! ¡Tengo que limpiar, todo sucio, ahora!

Mayya hizo ademán de levantarse y Lojacono la detuvo poniéndole la mano en el hombro.

—Señorita, yo no me preocuparía por la sala. Mis colegas están registrándola. Dígame, ¿sabe si

la señora había recibido alguna amenaza? ¿O si había alguien que le tenía manía por el motivo que fuese?

—No —contestó la búlgara con ojos desorbitados—, señora buena, señora buena con todos. Todos quieren a señora, nadie tiene manía.

Claro, pensó Lojacono. Lógico. Nadie le tiene manía a la señora.

—Necesitamos el número del marido, debemos localizarlo de inmediato.

—Yo no tengo número notario —contestó Mayya negando con la cabeza—, nunca hablo con él, señora habla con él. Pero número notaría está escrito en pizarra.

Señaló con la cabeza una pizarra colgada en la pared de la cocina donde, escrito con buena letra, se veía un número al lado de las palabras: notaría de Arturo. Lojacono reflexionó sobre la conveniencia de poner sobre aviso al notario y evitar que pudiera recibir la noticia a través de

algún empleado y poder así controlar con más facilidad su reacción. Mientras pensaba en eso, advirtió que, como de costumbre, el marido era el primer sospechoso.

Aragona lo sorprendió al sugerir:

—Podríamos buscar el móvil de la señora. A lo mejor encontramos el número de su marido.

—Así es —convino Lojacono—. Quizá esté en el dormitorio, porque en la sala no lo he visto. Una cosa más, date una vuelta con la señorita, y mirad bien por todas partes. Quiero saber si falta algo, en especial entre los objetos de valor.

Como siguiendo un único razonamiento, Lojacono sacó el móvil y marcó el número de la comisaría. Respondió Guida, el agente de guardia, al primer timbrazo. Lojacono se identificó y la voz del hombre se hizo alta y clara; el inspector tuvo la sensación de estar viendo cómo enderezaba la espalda. Pidió que le pasara con Ottavia Calabrese.

—Hola, Lojacono, dime.

—¿Has terminado de conectar los ordenadores? —preguntó Lojacono.

—Todo a punto. ¿Qué tal por ahí? ¿Qué necesitas?

—Aquí todo más o menos controlado. Ahora están los de la científica. Ya se han llevado el cuerpo al depósito. Oye, ¿me harías una búsqueda de largo alcance en internet?

—Claro. ¿Qué quieres que te busque?

—La fallecida es la mujer de un notario, creo que bastante importante, porque su casa es de revista de arquitectura. Ella se llamaba Cecilia de Santis, él es el notario Arturo Festa.

—¿Necesitas algo en concreto?

—No, por ahora no. Todos los datos importantes que encuentres. En cuanto tengas un panorama general, llámame al móvil.

—El motor de búsqueda —le informó Ottavia con tono absorto— me da la dirección de la

notaría, no está lejos de ahí: via dei Mille, número treinta y dos. A pie tardas cinco minutos. Para lo demás te llamo dentro de un rato. ¿Quieres que le diga algo al comisario?

Lojacono pensó un momento.

—Ya que estás, dile que se ponga en contacto con el juez y que le avise que estamos en ello.

—¿Aragona va contigo?

A Lojacono le pareció notar cierta ironía en el tono de su colega.

—Sí, por desgracia. Pero esta vez vamos andando. Te doy un consejo, nunca, jamás, pero jamás se te ocurra ir con él en el coche. ¿Entendido?

La Calabrese rio a carcajadas.

—Ya me lo habían dicho algunos compañeros de la central. Hasta dentro de un rato.

Seguido de la muchacha, Aragona regresó a la cocina agitando un móvil envuelto en un pañuelo.

—¡Que te he oído! Estás más seguro conmigo

en el coche, a doscientos por hora, que sentado en esta cocina con el teléfono en la mano, te lo digo yo. Aquí tienes el móvil de la señora. Estaba en la mesita de noche, apagado y cargándose. No lo he tocado. ¿He hecho bien?

—Ves demasiadas series de televisión, Arago’ —dijo el inspector soltando un suspiro—. En cualquier caso, es mejor una precaución de más que una de menos. Ahora podéis ir a ver si falta algo.

Encendió el teléfono y esperó a que tuviera cobertura. Lojacono comprobó las últimas llamadas hasta la noche anterior, recordando que el forense había fijado la muerte de la mujer como máximo once horas antes. Había un par de llamadas de «Desconocido», una de «Adele», dos de «Monica» y una de «Arturo», la última a las veintidós y diez.

El inspector consideró la conveniencia de usar el mismo teléfono para llamar al notario, pero

luego pensó que era mejor no alterar el contenido de la memoria del aparato. Apuntó los datos en la libreta y entregó el móvil a sus colegas de la científica para que comprobaran las huellas y lo enviaran al análisis electrónico.

A continuación se acercaría a la notaría, en la dirección facilitada por Ottavia, con la esperanza de que ya hubiese alguien. Le gustaba mirar a la cara a las personas cuando notificaba un delito. Decían muchas cosas las caras de las personas.

Se disponía a ir hacia la puerta cuando casi se lleva por delante a Aragona, que entraba muy agitado.

—Lojacono, tenías razón. Faltan algunos objetos de plata, unos que estaban en la mesa de la sala donde encontraron el cadáver, otros en el pasillo y en la entrada.

—¿Es todo?

—Sí —respondió Aragona—, en el dormitorio de la señora no falta nada, el joyero sigue encima

de la cómoda con todas las joyas dentro, en la mesita de noche también están las que se quitó para ir a dormir. En el estudio del marido, que tenía la puerta cerrada, sigue el pisapapeles de oro, que para mí que vale lo mismo que mi casa, muebles incluidos, y una colección de monedas guardada en una vitrina que es un espectáculo. Está todo, menos esos objetos de plata. Dice la chica que había un jarrón, un centro de mesa, un par de marcos con sus fotos y una estatuilla.

Lojacono trataba de pensar a toda prisa. Llamó a Cuomo, el policía de uniforme de la jefatura central.

—Tómale declaración a la señorita Nikolaeva, que te dé la lista de los objetos que echa en falta. Y por favor, que sea una lista bien detallada. Pídele luego los datos, dirección, copia del documento, número de móvil, para poder localizarla cuando sea necesario. Señorita, por ahora no puede salir de la ciudad. Y debe

mantenerse localizable. Vamos, Aragona. Tenemos que hacer.

Por la calle solo monosílabos. Los dos sumidos en sus pensamientos; por otra parte, ¿qué tenían en común? ¿De qué habrían podido hablar?

De momento, la auxiliar Alessandra di Nardo y el asistente jefe Francesco Romano solo tenían en común el hecho de haber sido destinados a la misma comisaría, conocida en el ambiente de las fuerzas del orden de la ciudad con el apelativo poco afectuoso de los bastardos de Pizzofalcone. Demasiado poco para entrar en confianza. Podía decirse que no era esa la mejor base para una franca amistad.

Por ello, se dirigían en silencio, con el viento de cara, a comprobar los motivos de una sórdida e incierta denuncia telefónica. Una mierdosa denuncia telefónica. Recogida por un agente desarreglado, sumido en un estado catatónico

detrás del mostrador de la entrada que, en otras comisarías estaba llena de gente, pero ahí era desolada como el desierto de Gobi.

Aparentemente de una mujer que, en contra de las costumbres de la ciudad, no había guardado el anonimato, al contrario, había querido dejar constancia pormenorizada de sus datos y había repetido nombre y apellido un par de veces, Amalia Guardascione, dictado con claridad la dirección y el número de teléfono. Seguramente una mitómana chiflada, pensó Romano. Pero como atender con meticulosidad todas las comunicaciones formaba parte de la política del representante de aspiradoras que tenían como comisario, pues ahí estaba, en la calle, yendo a comprobar las previsibles fantasías de una previsible loca.

Por otra parte, era mejor que estar con los pies encima de la mesa mirando las nubes y pensando en el labio superior hinchado de Giorgia.

La Di Nardo notaba el peso tranquilizador de la Beretta 92Sb modificada que portaba en el bolsillo del pantalón ancho. Había comprado el arma en una web especializada y la había hecho registrar; tenía algunas piezas de polímero, eso la hacía más manejable que el modelo de metal. Según había podido comprobar a lo largo de interminables sesiones en el polígono, este detalle reducía considerablemente el tiempo de extracción. Claro que hacía falta una mano mucho más firme para no perder precisión, pero ese era un peligro que no corría Alex, como la llamaban sus escasos amigos.

Porque Alex era ella misma únicamente cuando disparaba. Con fusil, pistola o metralleta, Alex se sentía feliz y realizada cuando una prolongación de su propio brazo despedía letales pedacitos de metal. Cuando destrozaba una diana, cuando acribillaba una silueta.

Alex practicaba constantemente. Se había

obligado a tomarse días de vacaciones, iba a la vieja casa que su familia tenía en el campo, se apostaba detrás de las ventanas con un ángulo de tiro muy reducido y disparaba sobre blancos cuidadosamente repartidos de antemano.

Le había enseñado a disparar su padre, general del ejército retirado. El capitán, después coronel Di Nardo, hubiera preferido un varón, pero el destino y la inútil de su mujer no habían podido darle más que aquella hija de constitución frágil, por tanto, nada que mereciera excesiva atención. Pero un día se la llevó al polígono a practicar, y la pequeña había demostrado su increíble talento, bien mirado, siempre podían tener un tema del que hablar.

Desde entonces Alex disparaba. En cuanto podía, en las condiciones que fuera, disparaba. Para tener un tema de conversación con su padre, por el que sentía una devoción perruna, disparaba. La única ocasión en que él le sonreía. Y casi el

único pasatiempo que ella tenía.

Casi.

Llegaron a la dirección que el agente Guida les había apuntado. Era una zona popular que unos diez años antes se había puesto de moda, surgida, por tanto, al calor de los precios y las ambiciones, pero la revalorización se había detenido mucho antes de haberse completado. El efecto era de crecimiento abortado, con una mezcla de tiendas de nivel y comercios de tipo medio-bajo, donde las obras nuevas se alternaban con edificaciones en ruinas. El edificio donde residía la señora o señorita Amalia Guardascione era, en general, decente, con un zaguán limpio y un ascensor que funcionaba.

Salió a abrir una chica extranjera, criada o cuidadora, de cuerpo huesudo y ojos pequeños y claros. Un fuerte olor a sofrito de ajo impregnaba el ambiente. La chica acompañó a los dos policías hasta una sala decorada con muebles viejos pero

en buen estado, con tapetitos bordados por todas partes, en la mesa, en el respaldo del sillón y los sofás, en el aparador. Por debajo del sofrito de ajo se colaba un penetrante olor a orina que delataba la presencia de una persona anciana con problemas de incontinencia. En efecto, en un sillón dispuesto junto a una ventana se veía a una señora monumental, de expresión hosca, las piernas cubiertas con una manta. A Romano le asombró no ver ahí también un tapetito bordado.

—Buenos días, soy el asistente jefe Romano y esta es la agente auxiliar Di Nardo, de la comisaría de Pizzofalcone. ¿Es usted la señora Amalia Guardascione?

La mujer los escrutó en silencio. Destilaba desconfianza por todos los poros. Al final contestó con voz profunda:

—Sí, soy yo. Enseñenme sus identificaciones. Y tú —añadió dirigiéndose a la chica extranjera— ya te puedes ir, que aquí no pintas nada. —

Mientras los dos policías le entregaban las placas, masculló por lo bajo—: Gofa chismosa.

Tras un atento control a través de unas gafas colocadas sobre la punta de la nariz, se consideró satisfecha, devolvió las identificaciones a los agentes y dijo:

—Con que sin uniforme, ¿eh? Hasta en eso ahorran. A mí me gusta que los policías parezcan policías. Y una mujer, además. En fin, habrá que conformarse.

Romano y Di Nardo se miraron con cara de asombro; el policía dijo:

—Señora, acaba de denunciar un posible delito. ¿Quiere contarnos de qué se trata? Así no le haremos perder el tiempo y puede volver a sus quehaceres.

La ironía manifiesta cayó en saco roto porque doña Amalia asintió satisfecha.

—Así es. No perdamos el tiempo. Me paso gran parte del día sentada cerca de esta ventana y a

veces me fijo en las ventanas de enfrente.

Alex pensó que no le hubiera gustado vivir al alcance de la vista de aquella mujer.

—Una de esas ventanas, ¿la ven? En el cuarto piso de ese edificio.

Romano echó una mirada distraída al otro lado de la calle. Confirmó para sus adentros que aquella era una clamorosa pérdida de tiempo.

—Es un apartamento rehabilitado, las obras terminaron hará cosa de veinte días. Después vino a vivir alguien.

Se acomodó mejor. El sillón gimió.

Tras un prolongado silencio durante el cual los dos policías se miraron con incomodidad creciente, Di Nardo preguntó:

—¿Y quién fue a vivir ahí?

Doña Amalia asintió satisfecha, como la maestra cuando un alumno demuestra haber atendido la lección.

—Eso mismo pregunto yo. ¿Quién fue a vivir

ahí?

Romano empezó a impacientarse.

—Señora, le repito que no tenemos tiempo que perder. Si tiene algo que decir, dígalo. De lo contrario, nos vamos y disculpe las molestias.

La mujer lo miró disgustada.

—Mi querido... ¿Cómo ha dicho? ¿Asistente jefe? Esa es precisamente la cuestión. En ese apartamento vive alguien a quien tienen prisionero.

—¿Cómo que lo tienen prisionero? ¿Qué quiere decir?

Doña Amalia juntó las manos.

—¡Ay, Jesús! Vamos a ver, según usted, ¿qué quiere decir que te tengan prisionero? La persona o las personas que están ahí dentro nunca salen. Nunca se asoman. Nunca abren las ventanas. Nunca contestan al portero automático. Insisto, están prisioneras. Y ustedes deben averiguar por qué, para eso los he llamado.

Romano suspiró.

—Señora, el hecho de que alguien no salga de casa y no se asome a la ventana no quiere decir que esté prisionero. Y eso, suponiendo que sea así. A lo mejor los habitantes de esa casa entran y salen, pero fuera de los horarios en que usted vigila, por decirlo de algún modo. O a lo mejor se asoman, pero por otro lado del edificio que usted no alcanza a ver desde aquí, por ejemplo.

La mujer negó, convencida.

—No. Le puedo asegurar que no es así. Como ve, no puedo caminar. Para todo dependo de esa golfa ucraniana que os ha abierto la puerta, y no es fácil. Pero la cabeza me funciona a la perfección; estoy aquí todo el santo día y le garantizo que en esa casa ocurre algo raro, muy raro. Hace años que estoy así. Mi único pasatiempo es mirar desde esta ventana y nunca, insisto, nunca me he empecinado en nada que luego resultase un error. Una mujer apartó la cortina y se asomó una vez, una sola vez; le vi la cara, una chica joven y muy

hermosa. Tenía el mismo rostro que la virgen. Y ojos de miedo. Ya les digo yo, a esa chica la tienen prisionera; y a lo mejor ahí dentro hay más gente, pero eso no puedo asegurarlo. Ahora bien, si quieren comprobarlo, lo comprueban; si no quieren, ya se pueden volver a su despacho. Yo tengo la conciencia tranquila, allá ustedes con la suya.

La mujer concluyó su largo discurso, lanzó un suspiro, cogió el bastidor que tenía sobre una mesita cerca del sillón y se puso a bordar; justificó así la presencia de tanto tapetito y dejó bien claro que daba por concluida la conversación.

Romano miró otra vez a la Di Nardo y luego dijo:

—Señora, una denuncia es algo serio. No se hace a la ligera y no se toma a la ligera. Usted ha presentado una y espero que lo haya pensado bien antes de llamar al 113. Nosotros, que la hemos recibido, procederemos a hacer las

comprobaciones oportunas. Gracias y que tenga un buen día.

Sin levantar la mirada de su labor, la mujer gritó con voz estridente:

—¡Irinaaaa! ¡Acompaña a los señores a la puerta, muévete!

Llegarán.

Llegarán y se pondrán a hacer preguntas.

Escarbarán en las frases, en las expresiones. Tratarán de captar el color de los sentimientos, husmearán como perros en busca de un motivo para el odio.

Tal vez busquen donde no deben, porque no hurgarán en el amor. Sin embargo, a veces es precisamente el amor lo que pone fin a la vida. El amor es una corriente poderosa, les diría; el amor es como un río que fluye tranquilo y bello y, pasado un meandro, en apariencia igual a los anteriores y que no se diferencia de todos los del recorrido desde la fuente, al llegar al mar, encuentra un abismo y se convierte en cascada violenta y temible.

Se puede vivir del amor, les diría. El amor es

esa fuerza que te agarra de la mano y te conduce al final del día, del mes, del año y de la noche. El amor es sueño, solo ilusión: pero puedes conservar y cultivar esa ilusión, hacer que crezca e instalarte en su interior.

Llegarán y, tal vez, hurguen en los documentos en busca de un rastro maloliente de dinero e intereses. Tal vez encuentren algún rastro y piensen haber dado con el camino adecuado.

Yo, en cambio, les diría que buscasen en las caricias. En los suspiros y en la piel, ahí les diría que buscasen. Porque tal vez ahí esté la razón de todo, en una amistad de hace tiempo, en una mirada que alguien fijó en los ojos de otra persona durante más de una fracción de segundo. Porque así es como se genera una ilusión, con una mirada y una fracción de segundo. Y se imagina algo, y se acuna ese algo en brazos como un recién nacido para que crezca, y se

alimenta ese algo hasta que se hace grande y ocupa todo el espacio.

Yo les diría que el amor tiene la culpa de todo. Que aquel que se cruza en el camino del amor siempre corre serio peligro. Porque el amor es fuerte, y cuando va hacia el mar no sabe de obstáculos y arrastra, derriba y fragmenta, y se lleva los trozos.

Les diría que no buscaran en el dinero, porque los motivos del amor son más fuertes que cualquier interés. Y les diría que traté de hacerle entender que era absurdo ponerle obstáculos al amor. Le expliqué, con el corazón en la mano, que después de ese último meandro, en apariencia igual a los anteriores, se abría un abismo. Que no era como las otras veces, que ahora todos debíamos tomar una decisión. Pero no quiso escucharme.

Los veremos hurgar en los motivos de siempre, pero no mirarán en el sitio adecuado.

Porque no pensarán en el amor y en sus razones.

Eso les diría, si plantearan las preguntas adecuadas. Les explicaría por qué ocurrió.

Por qué lo hice.

Pero no diré nada, porque no mirarán donde deben. Y pagará quien es justo que pague.

Pagará el amor.

Tardaron cinco minutos exactos en llegar a la dirección que Ottavia Calabrese le había pasado a Lojacono. Una placa de bronce reluciente, al costado del portón del elegante edificio, anunciaba: «Arturo Festa, Notario».

Era temprano, faltaba poco para las diez. El inspector se preguntó si habría alguien en la notaría. Carecía de motivos razonables para seguir demorando la comunicación de la noticia al marido. Tenía el número de su móvil, podía tratar de localizarlo. Pero quería observar las reacciones de las personas cercanas al notario cuando conocieran la noticia del asesinato.

Se acercaron al portero, un hombrecito de mediana edad que metía catálogos publicitarios en los buzones. Sin siquiera darse la vuelta, el hombre inclinó la cabeza y les indicó el inicio de

la escalera.

—Entresuelo, escalera A —dijo.

Eso quería decir que ya había alguien.

Aragona llamó al timbre y desde dentro accionaron el portero automático. Entraron en una salita y fue a recibirlos una muchacha gafuda, baja y gordita, con aspecto expeditivo.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarlo?

—Tal vez, buenos días —saludó el inspector—. Me llamo Lojacono, y este es el agente Aragona, de la comisaría de policía de Pizzofalcone. Tenemos que hablar con el notario Festa.

La chica no pareció sorprendida, no debía de ser raro que la policía se presentase en la notaría.

—Lo siento, en este momento el notario no está. ¿Puede decirme de qué se trata? ¿Tenían ustedes cita, hablaron con él directamente?

—¿Cuándo cree que podremos encontrarlo? Se trata de un asunto privado y muy urgente. Usted

es...

—Perdóneme, no me he presentado. Soy Imma Arace. Me encargo de la caja y de los trámites con letras de cambio, a esta hora es la única actividad de la notaría. Los demás empleados llegan más tarde, ahora solo estamos Rino, el responsable de presentar las letras, y yo. Lo siento, no sé cómo puedo ayudarlos.

—¿Cuántas personas más trabajan aquí, señorita? ¿Y a qué hora llegan?

—Hay otras dos empleadas, llegan sobre las diez y media. Nosotros nos marchamos antes, el turno que hacen ellas no coincide con el nuestro. Tendrían ustedes que esperar —echó un vistazo al reloj— más o menos media horita a que llegue el resto de la plantilla.

Lojacono y Aragona se miraron.

—Entonces, quizá podamos hablar con ustedes dos mientras esperamos a que lleguen los demás empleados y el notario. Y una cosa, señorita, es

necesario que me diga dónde se encuentra el notario.

La señorita Arace percibió el cambio de tono de Lojacono, más directo y urgente. Y se dio cuenta de que la presencia de los dos policías no se debía a ninguna diligencia de oficio, debía de tratarse, sin duda, de algo más serio.

—Acompañenme, por favor.

Los condujo a una sala amplia, con las paredes revestidas de madera, donde había seis mesas. En una de ellas un gordinflón de gafas gruesas clasificaba una serie de letras en pilas separadas.

El hombre entornó los ojos cuando oyó entrar a los tres. La mujer se dirigió a él con tono preocupado.

—Rino, han venido estos señores de la policía. Quieren hablar con nosotros. Preguntan por el notario.

El hombre dejó las letras de cambio que tenía en la mano, rodeó la mesa y se puso al lado de

Imma. Vistos así, juntos, parecían parientes, los dos gordinflones, los dos gafudos, los dos temerosos y sorprendidos.

—Preguntan por el notario. El notario no está en la ciudad. ¿Se lo has dicho?

—Claro que se lo he dicho —protestó la chica con tono ofendido—. ¿Me tomas por tonta? De todos modos quieren hablar con nosotros.

—Quieren hablar con nosotros. ¿Y qué podemos decirles nosotros si el notario no está? Tendrán que pasar más tarde.

La muchacha se impacientó. Evidentemente, Rino era un poco tonto.

—Habla tú con ellos. Te repito que yo ya se lo he dicho. Y prefieren esperar.

—Prefieren esperar.

Aragona miró a Lojacono: era como una farsa. La costumbre de aquel hombre de repetir siempre la última frase de la chica parecía salida directamente de la comedia del arte.

El inspector rompió el encanto del dúo.

—Debemos hablar con el notario, del que ustedes tendrán los números telefónicos. Y debemos hablar con él ahora mismo.

El hombre se pasó una mano temblorosa por el mechón de cabellos peinados con primor que surcaba lo alto de su cabeza, por lo demás calva, como para controlar que estuviera en orden.

—Hablar con él ahora mismo. El notario está en un congreso, en Capri. Debería haber regresado ayer, pero como hubo mar gruesa, interrumpieron el servicio de aliscafos. Sigue todavía allí y no sabemos cuándo podrá regresar. Si podemos ayudarlos nosotros...

Miró con expresión dubitativa a su colega, que bajó la vista. Ahí había algo que no funcionaba, pensó Lojacono. Y jugó de farol.

—De acuerdo, entonces nos ponemos en contacto con la comisaría de policía de la isla. Seguramente me podrán indicar el nombre del

hotel y el número de teléfono. Imagino que para ustedes el notario siempre debe de estar localizable, ¿no es así, señor...?

El hombre boqueó un par de veces, como si no le saliera la respuesta. La muchacha lo sacó del apuro.

—Salvatore de Lucia. Ya les he dicho que es el responsable de presentar las letras de cambio, se ocupa...

Aragona la interrumpió levantando una mano.

—Después nos lo cuenta, señorita. Ahora lo único que nos hace falta es saber dónde está el notario. Es urgente.

La dureza de las palabras del agente asustó todavía más al hombre, que balbuceó:

—En realidad... el paradero del notario es una información confidencial. Muy confidencial.

Miró de reojo a Imma.

—Ya no lo es —intervino Lojacono—. Ahora debe decírmelo. No hay más remedio.

De Lucia clavó la vista en el suelo y murmuró:
—Está en Sorrento con... de vacaciones.

Regresa hoy, a última hora de la mañana. Pero por favor, nadie debe enterarse. Y mucho menos su... su familia.

Se había puesto tan colorado que daba pena. Su compañera lo miraba disgustada, y Lojacono se preguntó si aquella actitud se debía al hecho de que el hombre había revelado un secreto o al hecho de que hubiese tratado de ocultar la aventura del notario.

—No se preocupen por la confidencialidad de la información —dijo Aragona a los empleados—. Esta mañana, la mujer del notario, la señora Cecilia de Santis, ha sido hallada sin vida en su apartamento.

Fue como si alguien hubiese hecho un disparo. El hombre miró fijamente a Aragona con cara de incredulidad, como si acabara de oír un chiste sin gracia. La mujer era el vivo retrato de la sorpresa,

los ojos y la boca abiertos como tres oes mayúsculas. Se echó a temblar y, acto seguido, rompió a llorar. De Lucia levantó el brazo con timidez y luego lo apoyó sobre los hombros de su compañera. Lojacono sintió pena por los dos.

—Lamento haberles dado la noticia de esta manera, pero era para que entendieran lo urgente de la situación. Y ahora, por favor, ¿me pueden decir cómo localizar al notario?

El notario no estaba localizable. Tenía el móvil apagado y los dos empleados afirmaron no conocer el nombre del hotel en el que se había alojado esa noche y la anterior porque, según consiguieron deducir los policías de los monosílabos con que los empleados mantuvieron la reserva, el señor Festa se había marchado el sábado por la mañana, es decir, dos días antes.

Ni una palabra, obviamente, sobre quién había viajado con él; pero Lojacono tenía la impresión de que los empleados lo sabían a la perfección.

No quedaba más remedio que esperar. En la hora siguiente llegaron las otras dos empleadas, y de inmediato fueron puestas al corriente de lo ocurrido.

La primera había superado hacía rato los cincuenta, una mujer enjuta, de labios apretados y

aire pragmático; su nombre, pronunciado como si se tratase de un cargo honorífico, era Raffaella Rea, llamada Lina, se ocupaba de las formalidades posteriores a las estipulaciones. Al enterarse de la muerte de la señora Festa palideció y se dejó caer en una silla, de la que ya no se levantó. Manifestó no tener idea de dónde estaba el notario, y cuando supo que De Lucia había desvelado el misterio, lo obsequió con una mirada que habría podido incinerarlo.

La segunda, que llegó casi con la lengua fuera, era una rubita guapa e hiperactiva llamada Marina; tal como aclaró enseguida, se encargaba de todo lo relacionado con las inscripciones por vía informática, una parte ya muy importante del trabajo de toda notaría, así como de las certificaciones. Recibió la noticia del homicidio con gran asombro y desconcierto; estuvo un buen rato meneando la cabeza con gesto de gran melancolía y luego, muy afligida, fue a sentarse a

su sitio. Fue la primera en recuperarse del golpe y ofrecer a los policías un café que preparó utilizando un hornillo que había en un cuartito.

Lojacono quería tenerlos a todos vigilados para impedir que a escondidas pusieran sobre aviso al notario. Mientras esperaba, llamó a la comisaría para informar y enterarse de qué había encontrado Ottavia en internet.

Lo atendió la propia Calabrese.

—Hola, Lojacono. Iba a llamarte. Palma ha hablado con el juez y le ha dicho que estáis en la notaría. A lo mejor se pasa por ahí. La científica está terminando con las pesquisas, dejamos una patrulla móvil en el lugar, si el notario pasara por casa de Festa antes de ir a la notaría, nos avisan y luego os avisamos a vosotros.

—¿Has encontrado algo interesante en internet?

—Personajes poco comunes, la señora y el notario. Ella sale en una porrada de páginas web,

sobre todo relacionadas con galas benéficas, suscripciones y actividades sociales. Una auténtica benefactora. Por algunas referencias parece que era de familia rica, muy rica. Por su parte, el notario es una figura muy mundana: figura en montones de listas de invitados, fiesta por aquí, fiesta por allá, inauguraciones, cócteles. Lo curioso es que nunca, repito, nunca los citan juntos; él va por su lado, y ella va, mejor dicho, iba por el suyo. En fin, que llevaban vidas separadas. O al menos es lo que se deduce de las páginas web. Un detalle más; en una web de cotilleos vi un post bastante reciente en el que se habla de «un nuevo amor» del notario que, dicho sea de paso, a juzgar por las fotos es un verdadero guaperas. Ahora bien, un nuevo amor presupone otros anteriores; para mí que el tipo va saltando de cama en cama.

Lojacono valoró la eficiencia de su colega, una ayuda muy útil,

—Gracias, Ottavia. ¿Te ocupas de informar a Palma? Nosotros seguimos aquí, esperando al notario.

—Claro, hablo yo con él. Ah, Lojacono, un consejo: intenta que nadie se ponga a trastear en el ordenador del notario, aunque para ponerle el precinto tenemos que esperar al juez. En una de esas encontramos algo interesante.

—Recibido.

—Ah, ¿sabes que Romano y Di Nardo han salido a comprobar una denuncia? Esperemos que vaya bien, esos dos, así juntos, me dan miedo. Hasta luego.

* * *

Lojacono permitió que continuara la actividad normal de la notaría con tal de que nadie se alejara. Llegaron algunos clientes a pagar letras y cheques, de los que se ocupó Imma; De Lucia

siguió ordenando su colección de títulos de crédito, pero le temblaban las manos y, de vez en cuando, hacía una pausa y miraba el vacío.

Las otras dos mujeres ni siquiera intentaron fingir que trabajaban. Lina, la mayor de las empleadas, se asomaba insistentemente a la ventana que daba al patio con la esperanza de ver llegar al notario; la otra, Marina, seguía sentada con los ojos gachos y las manos entrelazadas.

Arturo Festa llegó casi una hora más tarde, alrededor de las once. Parecía de magnífico humor. Era un hombre de buen aspecto, de menos de sesenta años, alto, cabello entrecano, vestía un elegante traje deportivo, lucía un bronceado natural, ligero y sano, en cara y cuello, que asomaba a través de la camisa desabrochada. Llevaba un bolso en bandolera, que podía contener lo necesario para un par de días. Estaba solo.

En cuanto entró advirtió enseguida algo raro en el ambiente. Lina hizo ademán de ir hacia él, pero

Aragona se interpuso rápidamente.

Lojacono dio un paso al frente y dijo:

—¿El notario Festa? Soy el inspector Lojacono, de la comisaría de Pizzofalcone. Este es el agente especial Aragona. Tenemos que hablar con usted. ¿Podemos pasar a su despacho?

El notario frunció el entrecejo e intercambió una mirada con sus empleados. Imma se deshizo otra vez en lágrimas.

—Por supuesto. Síganme, por favor. Por aquí.

Una gran puerta en el fondo de la sala daba al despacho del notario; todas las paredes estaban tapizadas por estanterías llenas de libros que daba al ambiente el aspecto cálido y tranquilizador de una biblioteca. La mesa era amplia y antigua; un cristal protegía el tablero historiado, de gran valor. Enfrente había dos butacas de cuero; en el otro extremo del despacho, una mesa ovalada y ocho sillas.

El notario les señaló las butacas, pero

Lojacono y Aragona no se sentaron, de modo que él también siguió de pie.

—Lo siento —dijo entonces Lojacono—, pero debo informarle de que esta mañana, en su casa, Cecilia de Santis, su esposa, ha sido hallada sin vida por la criada. Según parece sufrió una muerte violenta.

Las palabras cayeron en el silencio. Festa se puso blanco, le fallaron las piernas y se apoyó en la mesa. Seguía mirando fijamente a los dos policías, como si esperara que le dijese que se trataba de una broma macabra y absurda. Se llevó una mano temblorosa al cuello y luego dijo:

—No. No. Se equivocan. No es así. No es ella. Yo... hablé con ella anoche. No. Les digo que no es posible.

Lojacono suspiró.

—Por desgracia, señor Festa, no se trata de un error. La muerte se produjo a última hora de ayer.

Festa se dirigió a la puerta cerrada. Estaba

realmente afectado o quizá, pensó Lojacono, era un magnífico actor.

—Tengo... tengo que ir con ella. Verla con mis propios ojos, Tengo que ir a casa.

—Es inútil, señor Festa. Se la han llevado. Más tarde podrá pasar por el depósito para el reconocimiento, pero la chica, la criada, ha confirmado que era ella. Lo lamento.

El hombre rodeó la mesa arrastrando los pies. De golpe pareció un viejo. Se dejó caer en el sillón y se tapó la cara con las manos. Pasaron unos segundos, luego bajó las manos. Parecía embargado por un dolor inmenso.

—¿Quién... quién ha podido hacer algo así? ¿Y la violencia... cómo ocurrió?

Lojacono trataba de analizar la reacción del notario. La experiencia le decía que no hay dolor más auténtico que el fingido.

—Parece que faltan algunos objetos de valor, unas piezas de plata. Las puertas de entrada al

apartamento y el portón de la calle no fueron forzados, de modo que la señora le abrió al agresor, o quizá el asesino disponía de las llaves. La señora... recibió un golpe en la nuca, es posible que con un objeto que encontramos en el suelo, manchado de sangre. Creemos que no sufrió.

El notario asintió, empezó a temblarle el labio inferior. Luchaba por no llorar, pero las lágrimas le brotaron solas y le surcaron las mejillas.

—Objetos, dice. ¿O sea que fue un robo? ¿Cecilia murió por un atraco? ¿Dónde, en qué habitación? ¿Con qué la golpearon?

Lojacono no quería revelar demasiados datos, nunca se sabía, en una de esas, el notario podía hablarle de detalles que, si se le adelantaba, nunca iba a saber.

—A la señora la encontraron tirada en el suelo, en la habitación donde tenía las bolas de cristal. En cuanto al objeto, hasta que no tengamos el informe de la policía científica, no podemos

comprometernos.

Festa asintió otra vez, sin dejar de llorar a su manera rara y silenciosa. Luego le dijo a Lojacono:

—Estoy a su disposición. ¿Cómo puedo ayudarlo a descubrir... a descubrir quién lo hizo?

Lojacono suspiró. Ahora venía lo difícil.

—En primer lugar debo preguntarle dónde estaba usted ayer entre las ocho de la tarde y las doce de la noche. Y si hay alguien que pueda confirmarlo.

El notario lanzó una mirada hacia la puerta que daba a la sala de los empleados. Lojacono trató de seguir sus pensamientos: tal vez se estaba preguntando si alguno de ellos había revelado a los policías que la historia de Capri era un pretexto.

—Mi esposa sabía que estaba en Capri por un congreso y que no pude volver porque había mar gruesa. En realidad estaba en Sorrento.

—¿Y a qué se debe esa mentira? —preguntó Aragona.

El notario lo miró con cara inexpresiva, después le contestó a Lojacono:

—Estaba en compañía de... de una persona. Y no quería que Cecilia se enterara.

—¿En qué hotel estaba? —preguntó Lojacono sacando la libreta—. ¿Se registraron ustedes?

—Nos alojamos en casa de unos amigos. Ellos no estaban y me dejaron las llaves.

—Tiene que darnos el nombre de la persona, señor Festa. Necesitamos confirmar su versión.

El notario pareció despertar de un estado de inconsciencia, como si en ese mismo instante cayera en la cuenta de que se encontraba en su despacho.

—Me parece que voy a necesitar un abogado. Sí, necesito un abogado. Y no creo que sea conveniente que conteste a más preguntas, inspector. Le ruego que me disculpe, pero ahora

me gustaría estar solo.

—Señor Festa —dijo Lojacono, tratando de recuperar terreno—, nuestras preguntas no tienen más finalidad que saber en qué dirección debemos investigar, eso es todo. Si usted no tiene nada de que preocuparse...

Festa lo interrumpió y en voz baja, pero con tono decidido, le dijo:

—Lo comprendo, inspector. Pero debo cubrirme, precisamente porque yo no he sido. Y no quiero que se involucre a... a gente que no tiene nada que ver.

—Entonces ¿nos permite que hablemos con sus empleados y comprobemos el sistema informático?

El notario se levantó. Seguía afligido, pero se estaba recuperando a toda prisa.

—Le repito, inspector, primero quiero hablar con mi abogado. Creo que es necesario. Ahora, si me permiten, quisiera ir a mi casa y ver qué ocurrió. Por ello...

Mientras señalaba la puerta del despacho para invitar a los policías a que se marcharan, esta se abrió y entró una mujer joven y muy hermosa que saludó y dijo con un marcado acento sardo:

—Buenos días, soy Laura Piras, magistrada de la fiscalía, y a partir de este momento tomo las riendas de la investigación.

Al salir de la casa de doña Amalia, Romano y Di Nardo se detuvieron en la acera sin saber bien qué hacer. Los dos consideraban que la señora era una mitómana, pero lo que el asistente jefe había dicho sobre la seriedad de las denuncias era cierto.

Tras un largo silencio, la Di Nardo, con el tono de voz suave que la caracterizaba, propuso:

—Yo iría a tocar el timbre. Después nadie podrá decir que no lo comprobamos. Hay noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de posibilidades de que nos abran y nos inviten a café, así podemos volver a ver a la señora y decirle que se quede tranquila y se deje de jugar con el teléfono.

Romano estuvo de acuerdo.

—Tienes razón, ya que estamos, no perdemos nada. Aunque la verdad es que me siento muy

imbécil siguiendo las fantasías de una loca.

Se acercaron al portero automático. Había dos apartamentos por piso, y la única placa sin nombre correspondía a uno del cuarto. Romano pulsó el timbre, esperó y volvió a pulsar; no contestó nadie.

Los dos policías se miraron, indecisos. Luego, en un arranque, la Di Nardo llamó al timbre del otro apartamento del cuarto piso cuya placa decía: «Casa Sprint S.R.L.». El portón se abrió enseguida con un chasquido.

El ascensor los dejó en un rellano en silencio. A un lado, una puerta cerrada; al otro, otra abierta, y dentro, un mostrador atendido por una chica morena. Por los anuncios supieron que se trataba de una agencia inmobiliaria. La chica los saludó amablemente.

—Buenos días. Pasen, pasen, por favor. ¿Qué tipo de apartamento buscaban?

—Gracias, señorita —dijo Romano y le reveló

el motivo de su visita—. No venimos por eso, sino a pedir una información. ¿El otro apartamento de este rellano está ocupado?

—Lo arreglaron hace poco y ya está ocupado. Por desgracia, no pasó por nuestra agencia, sino que fue una transacción entre particulares.

—¿Y sabe quién vive ahí? ¿Ha visto a alguien entrar o salir o...?

La chica se concentró.

—No, ahora que me lo pregunta, nunca me he cruzado con nadie ni he visto entrar o salir a nadie. Pero yo solo estoy un par de horas por las mañanas, luego salgo a enseñar los pisos a mis clientes. No sabría decirle. ¿Y por qué están interesados? ¿Quiénes son ustedes?

Romano se identificó y enseñó su placa.

—Se trata de una investigación de rutina, es para comprobar los papeles.

Cuando se hacía una vaga referencia a la burocracia, la gente se tranquilizaba, y la chica no

fue una excepción. Atendió una llamada telefónica. Los policías aprovecharon para despedirse por señas y salieron.

Se detuvieron delante de la puerta del apartamento de enfrente. Romano llamó y en el interior se oyó el eco del timbrazo. Silencio. Llamó otra vez. Silencio. Romano tendió los brazos con gesto de impotencia, se dio media vuelta para ir hacia el ascensor justo cuando desde dentro alguien preguntaba con un hilo de voz:

—¿Quién es?

En un primer momento los dos creyeron haber experimentado una ilusión acústica, después se dieron cuenta de haber oído en serio la pregunta. Una voz de mujer, muy débil. Romano acercó la cara a la puerta.

—Buenos días, señora. ¿Puede abrirnos, por favor? Hemos venido a hacer una comprobación.

Siguió un largo silencio. Y luego:

—¿Una comprobación? ¿Qué comprobación?

¿Quiénes son ustedes?

Intervino la Di Nardo, al considerar que la voz de una mujer podía tranquilizar a la ocupante del apartamento.

—Somos de la policía, señora. Abra, no hay ningún peligro.

—¿La policía? ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—No, señora —contestó Romano—. No es nada grave. Se trata de una comprobación de rutina. ¿Puede abrirnos, por favor?

Otra pausa. Y luego:

—No, no puedo.

—¿No puede?

Silencio absoluto, ni un solo ruido. Al otro lado de la puerta, la mujer mantuvo un largo silencio al cabo del cual dijo:

—No quiero. No quiero abrir. No sé quiénes son y no quiero abrir.

—Acaba de decir que no puede. ¿Qué quiere decir?

—Me he equivocado. He dicho que no quiero.
Váyanse, gracias, no necesito nada.

—Señora, ¿quién vive con usted? ¿Hay alguien más ahí? ¿Señora?

Al cabo de otro silencio, respondió:

—No. No hay nadie. Vivo yo sola. No necesito nada. Ahora váyanse, que tengo que hacer.

Oyeron unos pasos que se alejaban de la puerta, luego una música que venía de la radio o de la televisión. Llamaron otra vez y el volumen de la música aumentó. Entonces fueron para el ascensor.

Ya en la calle, Di Nardo preguntó:

—¿Y ahora qué?

Romano reflexionó.

—Técnicamente hemos hecho la comprobación, ¿no? Hemos ido al lugar, hemos hablado con quien vive en el apartamento y hemos oído de viva voz de la presunta víctima del delito que no hay tal delito. De modo que podemos dejar

de indagar.

—¿Qué me estás diciendo? —La muchacha no estaba de acuerdo—. Si fuera cierto lo que sostiene la Guardascione, es decir, que la chica está prisionera, y bajo amenaza, hubiera dicho exactamente lo que ha dicho. ¿Crees que basta con una comprobación de este tipo, como la llamas tú?

—Explícame, entonces, qué harías. ¿Cuándo te darías por satisfecha?

—Quiero ver qué pasa en esa casa —respondió Alex sin dudar—, eso quiero. Si no tienes nada que ocultar y dos polis llaman a tu puerta en pleno día, abres, los dejas pasar y los invitas a café. Te echas unas risas con ellos, te despides burlonamente con la manita de la vieja cotilla y por la noche se lo cuentas a tus amigos en el pub.

—A lo mejor pensó que no éramos policías —insistió Romano con poca convicción—. En estos tiempos es peligroso abrir la puerta a unos

desconocidos, aunque se identifiquen. A lo mejor es una inmigrante clandestina o algo así y teme meterse en líos. O bien ocupa la casa de otra persona y no tiene permiso para abrirle la puerta a nadie.

—Todos supuestos que merecen investigarse, ¿no te parece? Además, primero dijo «No puedo abrir», y luego dijo «No quiero abrir». Un lapsus significativo, diría yo. Anda, Romano, que tú también hueles a quemado. A lo mejor no es nada, estoy de acuerdo contigo; pero a lo mejor ahí ocultan algo. Y por desgracia, la violencia contra las mujeres es algo bastante frecuente. Venga, por favor, pidamos una orden para entrar y así nos quedamos tranquilos.

Ante los ojos de Romano surgió la imagen de Giorgia que dormía con la frente fruncida y el labio hinchado; le tembló un músculo de la mandíbula.

—Está bien, de acuerdo. Vayamos para la

comisaría y hablemos con Palma. Pidamos una orden al juez y volvamos para ver qué pasa.

Ha sido esa maldita vieja. Sé que ha sido ella.

Cuando vi su mirada de mala supe que no traería nada bueno.

¿Ahora qué hago, qué hago?

Policía, dijeron. A lo mejor era mentira, a lo mejor esos dos querían venderme algo, querían robar, querían hacer una de esas entrevistas, yo qué sé... O eran realmente dos policías. Creo que sí, que eran dos policías, y los mandó la vieja que se pasa todo el santo día mirando mis ventanas. ¿Qué coño quiere de mí? ¿Por qué no se meterá en sus asuntos y me deja hacer mi vida?

¿Ahora qué hago, qué hago?

Él me dio ese número, pero me dijo que no lo utilizara nunca. ¿Para qué me lo das entonces?,

le contesté. Y él me dijo: por si pasa algo realmente grave, muy grave. No es mi número. Me dijo. Te atenderá otra persona, tú le das tu nombre y luego me avisan. Él sabe cómo localizarme.

A ver, ¿esto es o no es algo grave? ¡Yo qué sé!

No puedo perderlo todo. Si por un motivo u otro él piensa que lo molesto, que no soy lo que él dice, una cosa bonita y nada más, me cambia. Se busca otra, total ¿sabes cuántas encuentra mejor que yo? Y yo de vuelta a la mierda, y a mi familia se le acaba el bienestar, y mis hermanos ya no tendrán trabajo. Cualquiera pretexto le vale. Si llamo, a lo mejor me manda buscar y me cambia por otra.

¿Y si no llamo y esos vuelven? Y si, como hacen en las series de la tele, ¿vienen otra vez y tiran la puerta abajo? ¿Qué les digo, quién soy y por qué estoy aquí?

¿Qué hago, qué hago, qué hago...?

Si vuelven y tiran la puerta abajo, a lo mejor me detienen, y si eso pasara sería todavía peor, aunque yo nunca diría su nombre.

Pero si me detienen, seguro que él se busca otra y me sustituye.

Seguro, seguro: tengo que avisarle.

¿Dónde está el papelito con el número? Aquí está. Me dijo: es el único número que puedes marcar. Ningún otro. Solo este.

Así que yo marco este número. Ya mismo.

Maldita vieja, ojalá ardas en las llamas del infierno.

Tras dejar a Aragona vigilando la notaría, la juez Piras y Lojacono salieron del edificio y fueron recibidos por el azote del viento que seguía soplando.

La juez se había hecho cargo de la situación con energía y competencia, ahorrándole al inspector el mal trago de tener que hacer marcha atrás para salir del callejón sin salida. Los trámites burocráticos tardarían algunas horas, el notario podía pedir ayuda a un abogado, pero el ordenador ya había sido embargado, y, entretanto, podían proceder a hablar con cuantas personas considerasen oportuno interrogar; en primer lugar, los empleados de la notaría.

—Verás, Laura, por la actitud que han tenido, sus miradas y expresiones, estoy convencido de que saben mucho de la vida del notario. Si

dejamos que se vean a solas, se pondrán de acuerdo en dar una única versión y ya no averiguaremos nada. Por eso ha sido fundamental tu llegada. Gracias.

—Si espero a que des señales de vida, me salen canas —le soltó ella, maliciosa—. Agradece a tu comisario; en cuanto intuyó lo que pasaría nos puso sobre aviso. Y agradece que yo estuviera de guardia, porque de haber estado algún colega mío al oír el nombre de Pizzofalcone habría pasado el aviso a los carabinieri. Por otra parte, el querido Palma tuvo el buen tino de no venir él también y de dejarte trabajar. No lo hacen todos. Otros, en su lugar, habrían venido volando para colgarse la medalla.

Lojacono tuvo que reconocer que era así.

—Tienes razón. La verdad es que Palma no está mal. Sin duda, comparado con el capullo de Di Vincenzo hay un cambio cualitativo importante. Pero dime la verdad, esto de Pizzofalcone... ¿es

una especie de castigo, de destierro o qué? Aragona me contó algo sobre los motivos por los que los demás están aquí, y he de decir que me impresionó bastante.

La mujer arrugó la nariz. Lojacono la encontró irresistible.

—Aragona está loco, estoy pensando en ordenar que le retiren el permiso de conducir. Cuando me hacía de escolta estuvo a punto de matarme, y no me hace ninguna gracia pensar que vas con él en el coche. Pizzofalcone tiene mala fama, es normal que no haya cola para ir a trabajar ahí, como es normal que los demás comisarios hayan enviado a gente a la que, por un motivo u otro, querían quitarse de encima. Pero eso no significa nada. Tú trabaja como yo sé que sabes trabajar, y todo irá bien.

Lojacono la observó un momento, mientras se cerraba el cuello del abrigo, mientras el viento le alborotaba el pelo. Hubiera querido conocerla en

otra vida, cuando no le tenía miedo a nada y creía tanto en sí mismo como para pensar que una mujer como ella podía encontrarlo interesante.

Por su parte, la Piras pensaba que Lojacono era el primero que le interesaba de veras desde la muerte de Carlo, la única pareja que había tenido hacía unos años. Y que el trabajo ya no podía llenar su vida como hasta ese momento. Lo observó un buen rato, los ojos almendrados, los pómulos altos, el pelo negro y lacio, veinte centímetros más alto que ella, tacones incluidos. La fantasía le sugirió pensamientos obscenos que se esforzó por dominar.

A Lojacono le sorprendió aquella expresión absorta.

—¿En qué estás pensando?

—En que has saltado otra vez a la pista. Y que a lo mejor retomas esa carrera que creías muerta.

—Tonterías. Sabes que paso olímpicamente de la carrera, antes también pasaba. Lo que me

interesa es seguir en este trabajo que, dicho sea de paso, es el único que sé hacer. En fin, que no soy carne de despacho.

—No me lo creo. También te gusta no tener gente por encima que te dé órdenes, de manera que la carrera te sirve para poder hacer lo que te dé la gana. Además, ¿no querías regresar a tu tierra como un vencedor? ¿No te da gusto demostrar que lo que dijeron de ti era mentira?

A Lojacono le pareció que esa referencia a su posible regreso a casa no era solamente profesional; o tal vez deseaba que no lo fuera.

—Ha dejado de ser mi casa. Ahora que sé cómo se comportaron todos, ya no me encontraría a gusto. Además, a mí lo único que me importa es mi hija, y por suerte, hemos vuelto a hablar. Mira, ya que estoy, aprovecho y la llamo, ayer fue a una fiesta y estoy preocupado.

Laura se echó a reír.

—Pero qué tierno, el papaíto se preocupa. Haz

esa llamada y luego ponte a trabajar, que hay que interrogar a cuatro empleados. Yo me vuelvo al despacho, hablamos más tarde. Y recuerda, nada de iniciativas arriesgadas. El notario Festa conoce a todo el mundo, y si quiere, nos para enseguida los pies. Si se llega a rebotar, llámame e intervengo yo. Hasta luego, inspector.

Se dio media vuelta para marcharse. Como de costumbre, el abrigo, el traje chaqueta serio y el escaso maquillaje no conseguían ocultar las curvas que la habían convertido en blanco de las ocurrencias de casi todos los abogados, policías y jueces de la ciudad. Lojacono suspiró y cogió el teléfono.

—Hola, Marinella. ¿Qué haces?

—Hola, pa. Estaba durmiendo...

—¿Cómo que estabas durmiendo? ¡Pero si es casi mediodía! ¿No has ido al colegio?

—No, pa. Me he quedado aquí, en casa de... de Enza, ayer se nos hizo tarde y...

—Pero ¿cómo que estás en casa de Enza? ¿A qué hora terminó la fiesta?

—Ay, pa, ¿tú también? ¡No fastidies! Ya tengo bastante con la tonta de mi madre, que me habrá llamado como cien veces...

—No quiero fastidiar, pero dijiste que no te quedarías hasta muy tarde y...

—... Pues se me hizo tardísimo. ¿Qué pasa, no te fías de mí?

La voz se vuelve dura, recelosa. La somnolencia se disuelve en la rabia y la decepción.

—No, no, me fío de ti. Solo quería asegurarme de que estabas bien, eso es todo. Perdona si te he despertado.

—Estoy muy bien. Solo quiero dormir un rato. Ayer nos divertimos, pero se nos hizo tarde, más de lo previsto. Nada más. Y ahora, si no te importa...

—Claro, cariño, sigue durmiendo. ¿Hablamos

luego?

—Adiós, pa. Tranquilo, ya te llamo yo.

Tranquilo, pensó Lojacono regresando a la notaría.

Tranquilo, ¡y un cuerno!

El subcomisario Giorgio Pisanelli toca brevemente el timbre, como suele hacer, antes de abrir la puerta con la llave. Cariño, ya estoy en casa, dice.

Corre al cuarto de baño, llega justo a tiempo, cinturón, cremallera. Lanza un suspiro, pensó que no llegaba, pero el chorrillo se corta enseguida y eso que parecía que tenía veinte litros. Pero no, apenas llenaría una de esas cápsulas de café, ni siquiera eso.

Se lava las manos. Hoy, en la oficina, habré ido al baño como veinte veces. A saber si alguien lo habrá notado. Lo dudo, ahí todos van a la suya. Menos mal.

Cariño, hoy han venido los nuevos. No están mal. Ya se sabía que a los bastardos los iban a sustituir por los descartes de las otras comisarías,

gente a la que, por un motivo u otro, ya nadie quiere. Aunque esperaba algo peor. Mucho peor.

Se mueve sin encender las luces en un ambiente que conoce como la palma de su mano.

Ahora ha ido a la cocina a prepararse un té ligero. Debería cenar, pero no tiene hambre. Habla en voz baja, en dirección al dormitorio.

Uno de ellos viene de Sicilia nada menos. ¿Te acuerdas cuando fuimos a Siracusa a ver las tragedias? Daban Esquilo. Fuiste muy crítica, pero los actores no estuvieron tan mal después de todo. Pero él no es de Siracusa, sino de Agrigento, creo. Parece oriental, tiene los ojos almendrados y nunca cambia de expresión, tendrá algún antepasado chino. Creo que es un tipo competente.

Se quita la chaqueta. La coloca en el respaldo de una silla, no vale la pena colgarla en el armario, total mañana volverá a ponérsela. Se desanuda la corbata.

Hay dos que se parecen, un hombre y una

mujer. Hablan muy poco, miran a su alrededor como desorientados. A lo mejor tienen miedo. Vete a saber, quizá de sí mismos. Así son las cosas, cariño; cuando te equivocas una vez, crees que puedes volver a equivocarte. Y no aprecias el hecho de que te han dado otra oportunidad. Eso es lo importante, tener otra oportunidad. Ojalá yo la hubiese tenido.

Otra vez el pinchazo y esas dolorosas ganas de orinar. No han pasado ni cinco minutos. Maldita sea. Sigue hablando desde el baño, levanta la voz.

El otro es un chico, un fanfarrón, tendrías que ver cómo va vestido. Para mí que se cree que es un policía de la televisión. Pero es alegre. A lo mejor se le puede sacar algún partido.

Se lava otra vez las manos. Esto de mear tan seguido hace que parezca uno de esos maniáticos de la salud, piensa, que se lavan las manos cada dos minutos.

Va a la cocina. El té está listo. Echa la leche,

abre un paquete de galletas. De chocolate, venga. Hay que darse un poco de marcha.

Cariño, hoy he hablado con Lorenzo. Todo bien. Iba con prisa, tenía clases. Sí, ya lo sé, siempre tiene clases. Lógico, es profesor universitario, y no mecánico ni profesional autónomo que puede tomarse cinco minutos para hablar con su padre; depende de unos horarios. Además, ya se sabe, las universidades del norte no son tan tolerantes como las nuestras. Las de allá son estrictas. No, no hablamos mucho. Está bien, es lo importante. Creo que sigue con la misma chica, no se lo he preguntado, la verdad. Ya sabes que entre hombres no se habla de ciertas cosas, si me lo quiere decir, me lo dice, si no, pues no.

Lleva la bandeja con el té y las galletas al despacho y enciende la lámpara. La luz ilumina una pared llena de recortes y fotos, y una estantería repleta de legajos y carpetas, archivados y clasificados con una serie de etiquetas con sus

nombres. Madre mía, qué desorden. Un día de estos tendré que ponerme a reclasificarlo todo.

Va al dormitorio desabrochándose la camisa.

Cariño, no tengo sueño. ¿Te importa si trabajo aquí? No te importa, ¿eh? Siempre has sido muy comprensiva y dulce.

Se quita la camisa, la deja en la cama y coge la vieja sudadera de estar por casa. Estira la espalda dolorida porque la noche anterior se quedó dormido sentado a su mesa con la cabeza entre los papeles. Por suerte me despierto siempre por las ganas de hacer pis, murmura.

Mira la cama. Vacía. Y suspira: hay que tener paciencia, cariño mío. Sé que un día le echaré el guante. Es cuestión de tiempo.

Y regresa a su despacho; allí, entre las fotos pegadas en la pared está la de una mujer que le sonrío con ternura.

Hasta luego, cariño.

—El abogado ha sido claro. No debemos vernos ni llamarnos por teléfono. Será solo durante un tiempo.

—Tú estás loco. ¿Y por qué? No tiene sentido. Di más bien que quieres aprovechar para alejarme de ti. Pero no pienso consentirlo, ¿lo entiendes? ¡No pienso permitirlo!

—Que no, que no es eso. Sino todo lo contrario. Si queremos protegernos, si queremos...

—Déjate de tonterías. Ese abogado tuyo es un imbécil, o lo estás utilizando para tus fines. La verdad es que quieres romper conmigo, que querías hacerlo desde... desde antes. Esa es la verdad.

—No lo entiendes. No quieres entenderlo. ¿No ves que te estoy llamando desde otro

número? ¿No te das cuenta... no entiendes lo que ha pasado? El abogado ha sido claro, no tengo que contestar ninguna pregunta. ¿Y sabes por qué? Porque no tengo pruebas. Porque no tenemos pruebas. No nos registramos en ningún hotel; no hay testigos; nadie nos ha visto. Ni una puta prueba, ni siquiera de que estuvimos ahí, y que no salimos en todo el tiempo.

—Claro, porque cuando uno va a follar se lleva testigos: venga, por favor, pasad todos y dejad vuestro nombre y apellido, y, si no os importa, también el código fiscal, así nos facilitáis el trabajo de investigación. La culpa la tienes tú con tu estúpida manía de guardar las apariencias, de que nadie se entere. Tanto escondernos, tanto escondernos y ahí tienes el resultado.

—Te lo repito, el abogado ha sido claro, si quieres mantenerte al margen de este asunto, no debemos hablar ni vernos. Es la única manera.

—¿Y los imbéciles de tus empleados, que siempre me han odiado? ¿Cómo vas a hacer para convencerlos de que no cuenten nada de nosotros? Ya sabes que a la mínima oportunidad, me echarán mierda encima.

—No, no, quédate tranquila. Les doy de comer, nunca harían nada que pudiera perjudicarme. ¿Y tú qué? ¿Crees que podrás portarte bien?

—Me hablas como si fuera una niña. Nada que ver con... con antes. Me parece que no era tan niña cuando a ti te convenía. Me portaré bien si creo que me tengo que portar bien, pero ya sabes que puedo ser muy, pero muy mala. Yo no soy como tus otras putitas. Soy una mujer, una mujer con cojones, más cojones que tú, y te lo he demostrado.

—No digo eso, querida. No digo eso. Lo único que digo es que ahora estamos en peligro, hasta el punto de que para llamarte tengo que utilizar

una tarjeta a nombre de otra persona y que luego destruiré. El abogado dice...

—¡Basta ya con el puto abogado! Dile a tu abogado que dentro de poco ya no podremos ocultarnos. ¡Que todo deberá salir a la luz del sol, de lo contrario, soy capaz de cualquier cosa!

—A ver si lo entiendo, ¿qué quiere decir que eres capaz de cualquier cosa? ¡Estoy hasta los huevos de tus amenazas! ¿Es que no entiendes lo que ha pasado? ¿No te das cuenta? Ella está... Dios, ni siquiera consigo decirlo. ¿Es que no tienes corazón?

—¿Y? Todos los días muere gente, en todas partes, a cada momento. Además, ¿no lo habías dicho tú mismo? «Cómo me gustaría que desapareciera.» ¿No te acuerdas? Me lo dijiste mientras me tenías desnuda entre tus brazos. ¡Y no una vez, sino unas cuantas! Así que ahora tendrías que estar contento, ¿no? Al menos ten el valor de ser coherente contigo mismo.

—Yo... me siento culpable. Me siento morir. Por haberlo pensado, por haber... Dios mío, Dios mío...

—¿Estás llorando? Pues llora. Eres un inútil, no sé cómo he podido enredarme contigo de esta manera. Pero ahora no hay vuelta atrás. ¿Lo entiendes? Ahora hay que ir hasta el final. Solo faltaría que consigas que te metan en la cárcel.

—Es un peligro concreto, ¿te das cuenta? Una posibilidad. Por eso, aunque no lo hagas por mí, debes tener cuidado, debemos tener cuidado. Hazlo por nosotros. Hazlo por...

—... por él, sí. Lo hago por él. Pero que no se te olvide, tienes que arreglarlo todo muy, muy pronto. Que no voy a esperar mucho.

—Haré todo lo posible. Te lo prometo, pero por favor, nada de disparates. Te lo pido por favor.

—Así me gusta, que hagas todo lo posible.

El notario salió del despacho para irse a su casa. Su cara estaba marcada por el dolor, la preocupación y un súbito e inmenso cansancio; se encontraba a años luz del hombre juvenil, bronceado y de buen humor que apenas unas horas antes había aparecido después de un fin de semana que, evidentemente, lo había satisfecho.

Lojacono y Aragona lo vigilaban de cerca; tal como habían convenido con la Piras, intentaron captar las posibles miradas de advertencia a los empleados que estaban a punto de ser interrogados. Pero Festa mantuvo los ojos tristes clavados al frente, sin mirar a nadie. Rea, la empleada mayor, dio un paso al frente, como para acercarse, pero se detuvo cuando vio que el notario no tenía intención de hablar con nadie.

—La notaría está cerrada —murmuró Festa

antes de salir—. Avisen a los clientes que tenían cita que para las urgencias pueden dirigirse al notario Dal Canto. Ya los llamaré, por ahora no quiero que me molesten.

La puerta se cerró a sus espaldas con un ruido sombrío. Lojacono y Aragona se metieron en un pequeño despacho vacío donde se reunirían con los empleados de uno en uno para hacerles algunas preguntas. El inspector sabía que se trataba de interrogatorios informales, sin valor en el juzgado; no obstante, en esa fase de las pesquisas necesitaban algún rastro, y el rastro solo podía distinguirse en el terreno fresco.

La primera fue Raffaella Rea, la empleada que llevaba más tiempo en la notaría.

—Desde que abrieron esta oficina, inspector, hace más de treinta años. Éramos jóvenes y estábamos llenos de pasión. El trabajo era distinto, cada escritura era una historia, no existían estos trastos malditos, estos ordenadores, que lo

uniforman todo. ¿El notario, dice? El notario es una persona maravillosa, inteligente, apasionado, irónico y amable. Se enfrenta a todo de cara, sin cejar nunca. A la señora la veíamos poco, muy poco. Recuerdo que hace muchos años venía aquí a diario. Después, poco a poco, empezó a hacer su vida. Y el notario... El notario es un hombre al que no hay que dejar solo. Que pueda estar solo. Con eso no he querido decir que tuviera alguna relación, no son asuntos que me incumban. Pero ni se le ocurra pensar que fue él quien pudo hacerle daño a su mujer. El notario es un hombre demasiado recto y limpio.

Al observar los labios apretados, los ojos diminutos detrás de las gruesas gafas, el gesto duro y las arrugas alrededor de las comisuras de la boca, Lojacono percibió que las palabras dejaban traslucir la devoción perruna que la mujer sentía por Festa. Ella jamás habría dicho nada que pudiera comprometer al notario.

Trató de internarse por el sendero de los celos.

—A veces ocurre que un hombre exuberante, apasionado, lleno de vida, se siente solo si quien está a su lado no lo sigue. Son cosas que pasan. Y en tal caso también puede ocurrir que busque compañía.

Lina bufó.

—Compañías pasajeras, inspector. Cuenta quien se queda siempre, sin pedir nada a cambio.

—Como la señora, ¿no?

—Sí, como la señora. Pobre señora.

—¿Dónde estaba el notario ayer noche? ¿Y dónde estaba usted?

Detrás de las gafas las pupilas despidieron un destello.

—No estábamos juntos, inspector. Yo estaba en casa, con mi madre y mi hermana, viendo la televisión. Puede comprobarlo. En cuanto al notario... mejor se lo pregunta a él.

—Pero ¿usted dónde cree que estaba?

—Es un hombre lleno de vida, inspector. Pero nunca le haría daño a nadie. Y mucho menos a su mujer. Estoy segura.

* * *

Antes de hacer pasar a otra persona, Aragona habló con Lojacono. Su molesta costumbre de quitarse y ponerse las gafas azuladas con un gesto lento, perfeccionado tras practicar durante horas viendo series policíacas norteamericanas, había alcanzado niveles paroxísticos.

—Para mí que en el silencio de su cuartito de solterona esta piensa en el notario mientras se mata a cochinadas. Me parece a mí que no lograremos que nos diga dónde estaba él anoche ni con quién,

—Sí, con esta lo tenemos muy chungo. Pero tú apúntalo todo, así luego comprobamos las coartadas. Venga, haz pasar al siguiente.

Imma Arace, la muchacha que les había abierto cuando llegaron a la notaría, no había dejado de llorar un solo instante. Retorcía entre sus manos un pañuelo empapado y tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Seguía sorbiéndose los mocos y de vez en cuando se sonaba ruidosamente.

Aragona la miraba con repugnancia.

—Señorita, tiene que dejar de llorar. ¿Estaba muy encariñada con la señora?

—No, ¿cómo se le ocurre? La vi una sola vez, hace dos años, en una fiesta sorpresa que organizamos por el cumpleaños del notario. ¡Apenas la conocía!

El agente la miró perplejo.

—Entonces ¿por qué llora tanto?

—Me conmuevo cuando oigo estas cosas. Además, lo siento mucho por el notario, pobrecillo. Aunque...

Lojacono se puso alerta.

—Aunque... ¿qué?

La mujer hizo una mueca.

—Aunque el notario es hombre, y los hombres enseguida se consuelan.

Aragona se quitó las gafas con un amplio gesto de la mano y clavó en Imma los ojos sin broncear; parecía el negativo de un panda, pero la mujer no se mostró impresionada.

—¿Con otra mujer, quiere decir?

Imma Arace parpadeó sorprendida.

—¡No va a ser con otro hombre! Oiga, que el notario no es de la acera de enfrente.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—¿Que cómo lo sé? Pues lo sé. Lo veo. En fin, que cuando alguien es gay, se nota, ¿no? Por cómo se mueve, por cómo habla...

Lojacono decidió poner fin a aquella discusión de opereta.

—Señorita, ¿le consta a usted que el notario

tenga alguna relación con una mujer?

La pregunta cayó en el silencio. Tras una prolongada vacilación, la señorita respondió:

—No. La verdad es que no sé si tiene una relación. Pero sí puedo decirle que le gustan las mujeres.

No quiso añadir más. Cuando salió, Aragona susurró.

—Loja', esta también sabe algo. Pero aquí nadie habla.

—Así es. Creo que de estos interrogatorios no sacaremos nada en limpio. Pero debemos insistir, porque después, cuando el notario se haya organizado, seguro que nadie dirá ni media palabra.

Aragona hizo pasar a Rino de Lucia.

El responsable de las letras de cambio era el único hombre de la notaría, aparte del notario, y no habrían podido ser más distintos. Con gesto nervioso seguía arreglándose el mechón ralo en lo

alto de la cabeza con el que procuraba disimular la calva; las gafas gruesas como culos de botella devolvían una imagen ampliada de sus ojos miopes.

—Ay, inspector, no quiero ni pensarlo, pobre señora. Y pobre el notario, tendrá el corazón roto, llevaban casados muchos, muchísimos años...

Lojacono asintió cansadamente.

—Oiga, De Lucia, ¿usted conocía a la señora?

—¿Que si conocía a la señora? Ya lo creo, inspector. Llevo más de veinte años trabajando aquí; además, el notario me utiliza también como chófer. Me ocupo de tramitar las letras y por la tarde no hay mucho que hacer. La señora no conduce... no conducía, y algunas veces yo la acompañaba en el coche del notario a hacer compras o a alguno de sus actos de beneficencia. Una mujer maravillosa, inspector. ¡Una santa! Siempre amable con todos.

Tras montar el numerito de las gafas, Aragona

preguntó:

—¿Y nunca le habló de nadie que pudiera tenerle manía por algún motivo? ¿O le comentó si últimamente tenía algún problema, alguna preocupación?

—¿Alguna preocupación? No, ninguna. No hablábamos mucho, la verdad. Yo la esperaba en la puerta de su casa, ella subía, saludaba, buenos días o buenas noches, me decía adónde quería ir, y yo la llevaba. Y nada más.

En efecto, pensó Lojacono, nadie hubiera hecho confidencias a alguien que tenía la terrible costumbre de repetir la última frase que le decían.

—Cuando vinimos, usted sabía que el notario estaba en Sorrento y no en Capri, según le había dicho a su mujer. ¿Cómo lo sabía?

—¿Cómo lo sabía? Lo sabía porque el notario siempre tiene que estar localizable para firmar los protestos de las letras. Son fechas ciertas y alguien tiene que ocuparse de la tarea. Yo soy el

encargado y tengo que poder localizarlo esté donde esté.

—¿O sea que también sabía con quién estaba?

El hombre empezó a sudar; la frente ancha se le cubrió de una fina capa de sudor.

—¿Sabía con quién estaba? No sabía con quién estaba, inspector. Le he dicho que debía estar localizable, no que haya ido a buscarlo. No fue necesario.

—De Lucia, ya sabe que no le conviene mostrarse reticente. No sé, a lo mejor el día de mañana, si se llega a descubrir que encubrió al notario y él cometió un delito, usted también puede verse en un aprieto.

—Yo también puedo verme en un aprieto. ¿Cómo no voy a decirle algo tan importante, inspector? Yo le tenía aprecio a la señora, y pensar que, pobre mujer, estuvo... no quiero decirlo siquiera, sola en casa, encerrada con este temporal de viento, mientras su marido no estaba...

La verdad es que yo no sé nada. Nada, la verdad.

Aragona miró a Lojacono desconsolado antes de ponerse otra vez las gafas.

* * *

Quedaba Marina Lanza, la rubita de aspecto eficiente, encargada de los ordenadores. Era la empleada de la notaría con menos antigüedad porque, como explicó a los dos policías, el notario tuvo que reconocer al fin la completa incapacidad de la señora Rea para aprender a manejar los ordenadores del despacho.

—Y no hay que ser ingeniero informático, que quede claro. Basta con tener algo de lógica y la mente abierta, cosas de las que la querida señora no anda sobrada.

Lojacono registró la manifiesta fisura en el seno de la notaría. Quizá quedaba aún un resquicio de esperanza.

—Dígame, señora, ¿imagina dónde y con quién estaba ayer el notario?

La mujer hizo una mueca irónica.

—Estaba en Sorrento, o en un sitio parecido. En su casa, seguro que no.

Lojacono asintió.

—Sí, nos lo dijo. Pero, si he de serle franco, me interesaba conocer su opinión.

—Mi opinión, dice. Mire, mi opinión es que el notario es un tipo al que le gusta la buena vida, inspector. Pero yo trabajo aquí y quiero seguir haciéndolo. Se trata de un puesto cómodo y, a fin de cuentas, bien pagado en relación con lo que hay que hacer. Claro que el ambiente deja bastante que desear, pero yo voy a lo mío, y como aquí nadie sabe nada de lo que yo hago, no me molestan.

—Lo que diga quedará entre nosotros, se lo aseguro —intervino Aragona blandiendo las gafas—. Puede hablar con toda confianza, señorita.

A juzgar por la expresión embobada de su

compañero, Lojacono cayó en la cuenta de que estaba cortejando a la rubita y temió que aquello hiciera que la muchacha se echara atrás; pero no, pareció sentirse halagada y se sonrojó.

—Sí, señorita. Y yo no le tengo miedo a nadie, y mucho menos a esa vieja bruja de Raffaella Rea. En cuanto a los otros dos, no cuentan para nada, son unos inútiles. Pero si me asegura discreción, sobre todo con el notario...

Aragona inclinó teatralmente la cabeza hacia un lado, observando a Lojacono y llevándose la patilla de las gafas a la boca. El inspector tuvo que hacer un esfuerzo para no reírsele en la cara, pero asintió y le siguió el juego.

—Hable, señorita, hable —confirmó el agente, que ya se había hecho cargo del interrogatorio—. Como le he dicho, todo quedará entre nosotros.

—La semana pasada —dijo Marina—, una mujer joven y muy guapa entró en la notaría hecha una furia. No saludó a nadie, se metió en el

despacho del notario y cerró de un portazo. Se oyeron gritos, pero no se entendía lo que hablaban. Los demás se miraron como si supieran de qué se trataba, pero desde que trabajo aquí yo no la había visto nunca. Después se marchó. También sin saludar.

Aragona y Lojacono esperaron, pero, al parecer, la chica no tenía nada más que contar.

—¿Y nadie dijo nada? —preguntó el inspector—. ¿Sus compañeros no hicieron ningún comentario?

La chica miró fijamente a Aragona, como si esperase autorización para contestar. Cuando el agente le indicó por señas que continuara, la muchacha miró hacia la puerta cerrada y susurró:

—Raffaela Rea, esa vieja solterona, dijo: Será desgraciada. A media voz, como si hablara sola. Y la Arace se echó a reír. De Lucia, como de costumbre, escondió la cara entre sus letras de cambio y no dijo ni pío.

—¿Y no tiene usted idea de cómo se llama esa mujer? —preguntó Lojacono.

—Claro que sí. Se llama Iolanda Russo. Me lo dijo la Arace aquel mismo día. Me contó que es una asesora fiscal a la que el notario conoció cuando tuvo que autorizar la escritura de un cliente común. Que llevan un año juntos y que al principio ella estaba siempre aquí, pero que hace unos meses dejó de venir.

—¿Y usted cree que anoche el notario estaba con la tal Iolanda Russo?

—Sí —asintió Marina, convencida—. Cuando ella se marchó, el notario salió muy pálido de su despacho y dijo que ese fin de semana estaría fuera, pero que debíamos decirle a todo el mundo que se había ido a Capri a un congreso.

Aragona y Lojacono le dieron vueltas al dato. Tras lo cual el inspector preguntó:

—Señorita, ¿cómo funcionan los ordenadores del despacho? ¿Cada empleado dispone de un

terminal, con su correo electrónico o...?

—Los ordenadores están conectados en red. Hay un correo electrónico del despacho y otro personal del notario. A Rea y De Lucia se les puede presentar alguna urgencia cuando el notario no está, así que tienen permiso para enviar correos desde su terminal. Pero creo que no pueden acceder a su dirección personal.

—De manera que si el notario mantuviera una correspondencia privada, solo se vería desde su terminal, ¿es así?

—Seguramente. Desde cualquier otro terminal seguro que no. Aunque la verdad es que a él no le va mucho esto de la informática, una vez me comentó que no tenía ordenador en su casa, y mucho menos un portátil.

Lojacono tomó mentalmente nota para pedirle al técnico de la central que se llevara el ordenador del notario; tenía curiosidad por ver qué contenía. Despidió a la rubita y le dio las gracias.

—¿Puede darme su número, señorita? — preguntó Aragona calzándose las gafas—. Por si nos hiciera falta algún otro dato...

Alessandra Di Nardo, llamada Alex, hubiera preferido cenar con la televisión apagada.

No es que le gustara demasiado charlar en la mesa, pero ese volumen, demasiado bajo para oír lo que decían y demasiado alto para no ser oído, la fastidiaba. Si así lo quería el general, no había nada que hacer.

Desde su jubilación, el padre de Alex había aumentado notablemente su estatus de centro absoluto de la vida familiar, ya de por sí invasor. Sus necesidades y sus exigencias siempre habían tenido una importancia fundamental, pero ahora que forzosamente el tiempo que pasaba en casa se había ampliado en desmesura, eran casi inevitables los enfrentamientos por cualquier asunto. Y tratándose del general, en los enfrentamientos solo cabía un único resultado: él

tenía la razón.

Mientras comía en silencio, Alex lanzó una mirada a su madre, una mujer ordenada y silenciosa que, como mínimo una vez por minuto, observaba a su marido para adelantarse a sus deseos o necesidades. Toda la vida al servicio de ese hombre. Qué lamentable.

Por su parte, el general se alimentaba sin mostrar aprecio alguno por lo que comía, con el tenedor se iba llenando la boca, hasta dejar el plato vacío. Alex no habría sabido cuántas veces le había oído hablar de las dificultades épicas por las que había pasado en países remotos, de los ejercicios o de las misiones secretas en las que durante días no había tenido qué comer, para terminar diciendo que había que respetar el hecho de contar con un plato de comida caliente en la mesa. Qué coñazo.

Eso sí, ella jamás se había mostrado aburrida de oírlo. Cuando su padre hablaba, se detenían los

relojes de la casa y todos, personas y objetos, contenían el aliento a la espera del oráculo. De repente le faltó el aire.

—Mamá, voy a salir después de cenar. Hemos quedado con los colegas de la nueva oficina.

—Me alegro. Un buen plan, ¿no? ¿Ya habéis hecho amistad?

Lo preguntó dirigiéndose al general, que gruñó sin apartar los ojos de la pantalla del televisor.

—No —contestó Alex—, es que el comisario trata de que formemos equipo. Nada más. Para que nos veamos fuera del despacho; como somos pocos, se puede hacer.

—¿Y hay hombres solteros?

La pregunta llegó enseguida, sin mediar siquiera una aproximación más lateral. El general iba al grano.

—No lo sé. Quizá.

Veintiocho años y sin novio. El único tema de conversación de Alex con su padre, aparte de las

armas y el polígono de tiro.

La madre intentó llevar la conversación por otros derroteros.

—Tal vez el ambiente será mejor que en el otro sitio, ¿no? Y no tendrás los mismos... No tendrás problemas.

Problemas. En cierto sentido, ella había causado los problemas, no los había tenido.

—Ya he terminado. Voy a arreglarme.

* * *

Había veladas en que Alex no soportaba estar en casa. En su interior algo se ponía a gritar y entonces ella tenía que salir. Siempre había sido así, pensó mientras conducía en medio del tráfico que iba hacia las afueras de la ciudad. Existían dos Alex: una parecida a su madre, silenciosa y sumisa, y la otra guardada bajo llave en un cuarto del fondo de su alma, esa que de vez en cuando

lloraba con tanta fuerza que era imposible no oírlo.

Dos. Dos naturalezas, dos personas. Luz y sombra. A lo mejor, pensó, todo el mundo es así. A lo mejor no hay diferencia entre mamá y yo, entre el general y yo. Somos todos iguales, con un lado oscuro y otro luminoso.

Pensó otra vez en Romano, el compañero con el que había pasado la mañana indagando en lo que quizá no era más que la fantasía de una vieja. O quizá no. Él también, con lo callado que era, a lo mejor tenía aspectos positivos; tal vez era un buen padre, tal vez delante de una cerveza, con sus amigos, perdía esa expresión afligida que llevaba impresa en la cara.

Ella no era muy distinta, pensó mientras las luces del centro le arrebataban el sitio a la semipenumbra de la periferia. El silencio, la puerta cerrada. Quizá la última vez en que el lado en sombras y el iluminado coincidieron había sido en el colegio, doce años antes. Aquel verano

maravilloso de los dieciséis años. Hacía mucho tiempo. Demasiado.

Alex conducía despacio; su utilitario se desplazaba lento por calles casi desiertas. La noche de un día laborable, en época de crisis. Le gente salía cada vez menos. Aunque no como la mujer que esa mañana había contestado a través de la puerta cerrada; según decía la vieja no salía nunca.

Alex había percibido cierta indecisión en aquella voz. Y al otro lado de la madera y la cerradura, también un punto de miedo. ¿Miedo a qué? ¿A perder algo? ¿A la ira de alguien? El miedo siempre es hijo de la violencia, pensó Alex. Lo que ocurre es que hay muchos tipos de violencia. Por lo tanto, hay muchos miedos.

Pensó en el general mientras adelantaba a un autobús medio vacío. Mi miedo. O quizá yo soy el suyo. Ahora que está viejo, ahora que de su vida no se espera ya nada, yo me he convertido en su

miedo, porque a mi edad no pienso en un marido y en un hijo. Me observas a escondidas, general. Sé que me observas. Pero ahora me toca a mí no dar pie a tu deseo de conocerme. Demasiado tarde, general. Ahora es tarde.

Sin saber por qué se acordó del comisario Palma. Un jefe extraño, alegre y sociable. Tal vez porque acababan de empezar y quería motivarlos debidamente. ¿Cómo hubiera sido tenerlo a él de padre en lugar del general? Tal vez nada hubiera cambiado. O tal vez sí. De todos modos, no tenía sentido pensarlo.

La cuestión era que Palma no tenía nada que ver con el imbécil del comisario Rigoni de la comisaría del decumano mayor. Un viejo que le temía hasta a su propia sombra. Se acordó de la cara que puso cuando salió del despacho al oír el disparo. Su expresión de terror, de incertidumbre. Y después la rabia contra ella.

No he perdido nada, pensó Alex, poniendo el

intermitente y entrando en aquel patio anónimo. Nada de nada. Qué más da el lugar. Lo importante es que pueda hacer mi trabajo.

Aparcó en una plaza oculta a la vista y se bajó del coche. Discreción, pensó sintiéndose más tranquila. La discreción era la principal característica del lugar, eso hacía que fuese poco frecuentado.

Subió en el ascensor que del garaje llevaba directamente al guardarropa. Sacó un pañuelo del bolso con el que se cubrió el pelo corto y una máscara negra. Entregó a una chica el impermeable, la chaqueta y el bolso; el top negro y los pantalones ceñidos que llevaba le habían parecido un correcto punto intermedio entre una Alex y la otra.

Una pieza de jazz caliente y cautivadora la recibió mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, apenas atenuada por las luces suaves y de colores. Fue a la barra y pidió una copa. Ya no

necesitaba armarse de valor como las primeras veces; pero se había acostumbrado al calor del alcohol que fluía por su cuerpo, y lo asociaba al ambiente.

Se le acercó un hombre sin máscara, de cabello entrecano, ojos oscuros, sonrisa artificial. Un tipo seguro de sí mismo. Le preguntó si podía invitarla a una copa; le dijo que no. Se le enfrió de inmediato la mirada y sin despedirse se perdió en la oscuridad. Alex no había ido para encontrarse con alguien así.

Con la copa en la mano se internó en el local. Sabía bien adónde ir, pero le gustaba llegar despacio, como quien no quiere la cosa. Le gustaba imaginar que se encontraba en ese lugar por pura casualidad, sin un ejercicio de voluntad. Como si no hubiese sido una poderosa y urgente voluntad lo que la había llevado hasta allí.

Cruzó algunas salas, todas sumidas en la penumbra, donde la música se difundía con

discreción para permitir el diálogo y, al mismo tiempo, asegurar una total confidencialidad de las conversaciones. Muchos llevaban máscara, como ella; otros iban a cara descubierta. Alex sabía que a veces el placer radicaba precisamente en exhibirse y revelar la propia identidad. Para ella no.

A veces había fantaseado con encontrarse con algún conocido. Le daba risa de solo pensarlo. A ella no la habrían reconocido, y se hubiera divertido viendo la verdadera naturaleza de la gente; incluso la del propio general. Pensó en la imposibilidad de esa situación; lo más transgresor que había hecho el general en toda su vida había sido fumar en los baños del colegio.

Vio pasar dos hombres agarrados de la mano, llevaban máscara, Más allá un hombre presentó a la mujer que lo acompañaba a otro, que la besó en la boca.

Empezaba a calentarse el ambiente. Alex bebió

un sorbo.

Llegó a una sala más amplia donde bailaban lánguidamente al ritmo lento de la música. Se detuvo y observó la escena. De pie, en los costados, entrevió a una mujer sola. Alta, pelirroja, de cabello largo, una máscara de brillantitos le cubría los ojos y la nariz. Llevaba un escote pronunciado y los hombros al descubierto; los pechos grandes, apenas caídos, sueltos debajo del exiguo vestido negro. Piernas largas, desnudas, zapatos brillantes de lentejuelas. Atuendo agresivo y aire cohibido; típico de quienes pisaban por primera vez aquel lugar.

Alex se le acercó, alentadora. Le susurró algo al oído y la muchacha sonrió, tensa. Tras un momento, le tendió la mano y empezó a mover las caderas al ritmo de la música. Bailaron un rato así, sin tocarse, mirándose a los ojos detrás de las máscaras, mientras a su alrededor todo se desdibujaba y desaparecía, dejando sitio solo para

el saxofón y el perfume que exudaba la delicada capa de sudor de sus cuerpos. Tras unos minutos solo quedaron ellas dos, la muchacha delgada y flexible en top y pantalones y la pelirroja delicada y femenina de largas piernas desnudas. Se acercaron imperceptiblemente y sus pezones se rozaron provocándoles una descarga eléctrica que las hizo estremecer.

Alex acercó los labios a los de la chica, que saboreó el perfume del alcohol, el carmín y el misterio. Los ojos verdes languidecieron y perdieron la vergüenza.

Se besaron, las lenguas pegadas, mientras el deseo cobraba forma y superaba todas las barreras hasta dominar el pensamiento. La canción dio paso a otra, sin solución de continuidad, acompañando el movimiento de los cuerpos. Alex puso una mano en la nuca de la pelirroja, que a su vez apoyó las manos en las caderas de la otra. Las bocas se separaron y dejaron que los ojos se dijeran lo que

la piel ya sabía.

Alex aferró a la mujer de la mano y la condujo hasta la puerta que daba a las habitaciones reservadas donde los clientes del local podían al fin estar consigo mismos.

Y el lado en sombras se iluminó.

La noche anterior, al terminar los interrogatorios en la notaría, Lojacono había llamado a la comisaría y había comunicado las novedades.

—Iolanda Russo, asesora fiscal —había apuntado Ottavia—. Me pongo en marcha. Oye, ha dicho el comisario que mañana por la mañana nos quiere aquí para una reunión operativa. Pisanelli está preguntando por ahí sobre la víctima, y deberíamos recibir un primer informe de la científica. La casa del notario está rodeada de periodistas, ya se ha difundido la noticia.

El inspector consideraba que esas reuniones eran una pérdida de tiempo y, en cualquier caso, le gustaba trabajar solo: la presencia de Aragona le molestaba, aunque debía reconocer que, por increíble que pareciese, el agente especial había cumplido su cometido al ejercer en Arace cierta

fascinación.

Llegó a la oficina temprano y se sorprendió al encontrarse a Ottavia y Pisanelli en sus puestos y trabajando.

—Pero ¿qué es esto? ¿No fuisteis a dormir a casa?

—Claro que fuimos —contestó la mujer riéndose—. Pero ya sabes cómo es este trabajo, se te mete en un rincón de la cabeza y desde ahí sigue rumiando. Tengo novedades para ti. Pero te las cuento después, en la reunión.

Pisanelli, que estaba leyendo el diario, intervino:

—Yo también tengo novedades. Para variar, volvemos a ocupar las primeras planas y tenemos todas las miradas clavadas en nosotros.

Entretanto había llegado Romano con cara de no haber dormido demasiado. Había tenido una larga discusión con su mujer, a la que intentó pedir perdón por haberle pegado; ella no había dejado

de llorar un solo instante; para que ella se calmara, el policía se vio obligado a irse otra vez al sofá.

—Madrugadores, ¿eh? Mejor así. ¿A qué hora llega el jefe? Tengo que pedir autorización para entrar en un apartamento.

—No debería tardar —contestó Ottavia— ¿Es por la denuncia de ayer, la que hicieron por teléfono?

Entró también Alex con gafas de sol y dijo:

—Esa misma. Buenos días a todos. En ese piso pasa algo raro.

—Menuda noche, ¿eh, colega? —comentó Pisanelli tras observarla—. Lógico, a tu edad... Lo he mirado en el archivo, no hay denuncias anteriores de Amalia Guardascione; no es de las que con tal de hablar con alguien llaman al 113 y denuncian lo primero que les pasa por la cabeza.

—Así, de entrada —intervino Romano—, me pareció un poco sin fundamento. Pero después, efectivamente, esa tipa no nos abrió la puerta.

—No solo eso —concluyó Alex—, tuvo unas vacilaciones muy raras. Y nadie ha visto nunca entrar o salir gente de ese apartamento.

Palma apareció en la sala de agentes y se mostró satisfecho de lo que vio.

—Qué bien, ya estáis aquí bien temprano. Bueno, parece que la cosa marcha. A ver, Di Nardo y Romano, tenéis pensado seguir investigando la denuncia de la Guardascione.

Antes de que los dos pudiesen responder, llegó Aragona silbando. En cuanto vio que ya estaban todos en la oficina, interrumpió bruscamente la melodía, echó un vistazo al reloj de la pared y al de pulsera para comprobar si coincidían y dijo abrumado:

—Perdonadme, pero son las ocho. ¿Había reunión y yo sin enterarme?

—No, Aragona, no te preocupes —dijo Palma riéndose—. Está claro que somos todos muy madrugadores. Buena señal.

Di Nardo trató de volver a centrarse en el tema del apartamento cerrado y la mujer misteriosa.

—Comisario, pensaba pedir una orden de registro. Tenemos que averiguar qué pasa en ese piso.

Romano intentó quitarle hierro al asunto, temía que acabara siendo una pompa de jabón y los acusaran de exceso de celo.

—Que quede claro que no tenemos mucho en qué basarnos. Se trata más bien de una sensación, es todo. Pero sí, los dos creemos que hay que investigar. Más que nada para quedarnos tranquilos.

Palma tomó nota y dijo:

—De acuerdo, entonces. Me fío de vuestras sensaciones. Ottavia, pidamos una orden al juez de guardia; Di Nardo, danos toda la información, dirección, hora de la denuncia, los datos que ya tenéis, etcétera. Tratemos de resolverlo esta misma mañana. Y ahora, aprovechando que estamos

todos, pasemos al otro tema.

Sacó una pila de diarios de una bolsa y los desplegó encima del escritorio de Ottavia.

—El asesinato de Cecilia de Santis sale en las primeras planas de todos los diarios de la ciudad. A algún imbécil, uno de los agentes de la central que se presentaron con las patrullas móviles o la criada búlgara, se le escapó que faltan unos objetos de plata y eso bastó para dar pie a una avalancha de comentarios, que si falta seguridad, que si los ladrones campan a sus anchas. Como sabéis, una cosa es un homicidio pasional, y otra muy distinta, un robo con un muerto.

—Nadie se ha preocupado de mencionar que ha muerto una mujer —comentó Lojacono con amargura—, prescindiendo de quién es. A la gente solo se le ocurre preguntarse si eso mismo les puede pasar a ellos o si hay una historia de cuernos detrás. Como de costumbre.

—Por desgracia para nosotros —reconoció

Palma—, somos el centro de todas las miradas, no solo de la opinión pública, sino también de nuestros superiores. Ayer recibí una llamada directa del jefe de policía. Me preguntó que cómo lo veíamos, si necesitábamos ayuda e incluso si queríamos pasarle la pelota a la central.

—¿Y tú qué le dijiste, Palma? —Lojacono lo miró inexpresivo.

—¿A ti qué te parece? Que la situación está bajo control, que no necesitamos nada y que nos arreglamos solos. Eso le dije. Pero ahora sabemos que no disponemos de mucho tiempo.

—Que faltan objetos de plata es un hecho —intervino Aragona—. Según la criada, no muchos, pero que faltan algunos, seguro.

—¿Había señales de que hubieran forzado la puerta, el portón o alguna ventana para entrar? —preguntó Romano—. No sé, un cristal roto, una bisagra desatornillada...

El agente especial representó el numerito con

el que se quitaba las gafas azules, añadiéndole la variante de la frente arrugada y la voz con una octava menos.

—No, nada. Evidentemente la mujer conocía a quien la mató y le abrió ella misma.

Ottavia y Pisanelli disimularon la risa tapándose la cara con la mano y el diario.

—O el asesino tenía llave. Lo que nos lleva otra vez al notario, dónde estaba, con quién estaba, etcétera. El robo de la plata puede ser una simple tapadera.

—¿Qué clase de mujer era la esposa del notario? —preguntó Di Nardo—. ¿Alguien se la tenía jurada?

Palma estaba satisfecho: la participación compacta en la discusión era una magnífica señal.

—Pisanelli, tú que conoces a todos en el barrio, ¿puedes contestar?

—Gracias por tu apreciación, Palma. Conozco a mucha gente, sí, y en todos estos años he

aprendido cómo moverme para conseguir información. He preguntado por ahí y ampliado lo que recordaba. —Puso orden en sus notas, se calzó las gafas y prosiguió—: Vamos a ver. Cecilia de Santis, cincuenta y siete años. Pertenece a una familia importante de constructores y empresarios hoteleros, riquísimos y muy bien considerados. Rotary, asociaciones y todo lo que hace falta para estar en el centro de la vida de la alta burguesía. Cecilia, bien educada y rica, es poco agraciada, de estatura media, rellenita; pero es culta e inteligente, aunque no muy extrovertida. En la universidad se enamora del notario, tienen la misma edad; él viene de Basilicata, de familia humilde, trabaja de camarero para pagarse los estudios.

—Como si lo viera haciendo de camarero, con ese aire arrogante —comentó Aragona poniéndose las gafas—. Lo habrán puesto a parir.

—A lo mejor por aquella época no era

arrogante. En fin, se conocen y se enamoran. La familia de ella, según me dicen, se oponía; les costó convencerlos, según parece unos primos de ella tardaron como diez años en recibirlos en su casa. Prácticamente ella lo mantuvo hasta las oposiciones. Pero él era un tipo capaz y las ganó a la primera.

—Sin ninguna intervención de arriba, imagino —comentó Romano, riendo malicioso.

—No sabría decirte —contestó Pisanelli encogiéndose de hombros—. La cuestión es que ese mismo año se casan. Y poco a poco él se convierte en uno de los más prestigiosos profesionales de la ciudad, se ocupa de algunas de las fusiones de empresas más importantes. En cambio ella abandona toda aspiración profesional, que por otra parte parece no haber tenido nunca, y se dedica a tejer la red de contactos de su marido.

—¿Y qué tal iba el matrimonio? —preguntó Di Nardo llena de curiosidad.

—Con altibajos, parece. No pudieron tener hijos, y quizá eso los alejó. Aragona y Lojacono ya lo conocen en persona. Es un hombre apuesto, atlético, juvenil; además tiene poder, el mejor cosmético del hombre. Pero ella aparentaba los años que tenía. Según parece al menos en tres ocasiones a lo largo de los años él tuvo relaciones que no se preocupó por ocultar. Ella, por su parte, llevó siempre una vida discreta.

—¿Y cómo se tomaba las aventuras del marido? —preguntó la Calabrese.

—Rara vez se los veía juntos, solo en las ocasiones realmente importantes. Y no se le conocían reacciones fuera de tono, escándalos ni cosas así; no eran propias de ella. No obstante, desde hace cuatro o cinco años parece que todo había vuelto a la normalidad. Hasta hace unos meses, cuando él empezó a frecuentar otra vez ciertos círculos acompañado de una mujer mucho más joven.

Ottavia cogió una hoja de la impresora y empezó a leer:

—Iolanda Russo, asesora contable y fiscal de armas tomar, apenas veintiocho años pero bastante conocida; está especializada en relaciones con los bancos y se ocupa de renegociar importantes líneas de crédito. Se conocieron por motivos de trabajo, la compra-venta de unos inmuebles. En un primer momento se ocultaban, después empezaron a mostrarse como pareja establecida. Ella es pelirroja, más bien llamativa, elegante; la obsesionan los zapatos, los lleva de plataforma y tacón de doce centímetros.

Todos la miraron perplejos obligándola a ponerse a la defensiva.

—¿Qué pasa? Las webs de cotilleos traen todo tipo de noticias, o sea que...

—De modo que la víctima es un personaje por descifrar —prosiguió Pisanelli—. Hice un par de preguntas informales por ahí, y la baronesa

Ruffolo, una antigua amiga mía que la conocía muy bien, me dijo que si somos muy discretos y prometemos no revelar lo que nos diga, nos cuenta algo sobre cómo era y qué vida llevaba.

Lojacono recibió la noticia con placer.

—Bien, es algo interesante. Pero, como es lógico, no hay que abandonar el supuesto del robo, aunque el hecho de que no haya signos de fuerza resulta muy raro. ¿Dónde podemos ver a esa baronesa?

—En el círculo náutico La Vela, lugar de encuentro de las damas de la alta sociedad. Allí se reúnen para jugar sus partidas de buraco, llenarse los pulmones de alquitrán, el hígado de alcohol, y lanzarse dardos envenenados. Avísame cuándo quieres ir y yo la llamo; en general, suele estar ahí a partir de las cuatro de la tarde.

—A lo mejor antes nos damos una vuelta por la casa del notario —intervino Aragona—. No sé, le hacemos unas preguntas al portero o a los

tenderos de la zona.

—Yo en vuestro lugar —sugirió Romano—, investigaría un poco más a la criada... Si no he entendido mal, es búlgara. No es que sea prejuicioso, pero a veces hay malintencionados que, sin que ellas se enteren, las utilizan para colarse en las casas. Al fin y al cabo tiene las llaves, ¿no? Eso podría explicar la ausencia de fuerza o fractura.

—La misma historia de siempre —resopló Di Nardo—. Cuando hay una mujer de por medio, le echan la culpa. Vamos a ver, seguro que la criada sabía dónde guardaba la señora los objetos de valor. Siendo así, no se habría limitado a llevarse unas cuantas baratijas.

Tras considerar ese aspecto, Aragona dijo:

—A mí también me pareció que la chica estaba realmente desconsolada. A lo mejor la señora sorprendió al ladrón, que se la cargó con lo primero que encontró a mano, es decir, una de las

bolas de cristal con nieve dentro, y al huir arrastró con todo aquello que encontró en su trayecto hacia la puerta, es decir, en el pasillo y el vestíbulo. De haber sido la chica, ¿por qué iba a regresar y arriesgarse a que la viesen?

—No he querido decir que la chica estuviera de acuerdo —se defendió Romano—, o que sea la asesina. Alguien pudo haberle quitado las llaves para hacer una copia, por ejemplo. Era una idea como cualquier otra.

Con espíritu práctico, Palma trató de fijar una línea de actuación.

—A ver, primero habláis con el portero y con los vecinos del edificio del notario, y, ya que estáis, tratáis de comprobar si la criada tuvo o no algo que ver, después os dais una vuelta por el círculo náutico. Mientras, pedimos los resultados de la autopsia y el informe de la científica y revisamos el ordenador del flamante viudo, a ver qué encontramos.

—Nos queda la parte más difícil de la investigación —comentó Lojacono asintiendo—, averiguar dónde estaba el notario cuando su mujer murió. Y la asesora fiscal, que, a juzgar por lo que cuenta la nueva amiga de Aragona, parece que la semana pasada le montó al notario un buen numerito. Estaría bien enterarnos de lo que se dijeron y qué decidieron hacer el fin de semana.

—Tengo un amigo que trabaja en el laboratorio de informática —intervino Ottavia—. Puedo llamarlo y pedirle que haga un análisis rápido del ordenador del notario, y si encuentra algo que me lo diga antes que a nadie.

Palma se mostró entusiasmado.

—Así me gusta, Ottavia. Tu amigo no podrá decirle que no a alguien como tú.

La mujer se sonrojó, pero por suerte nadie se dio cuenta. El comisario prosiguió:

—Por mi parte, hablaré con la juez Piras para mantenerla al tanto de las investigaciones, aunque

me ha dicho que se fia ciegamente de Lojacono. Si necesitáis algo, llamadnos enseguida. Seremos unos bastardos, pero demostremos a todos que sabemos trabajar.

Una vez por semana Ottavia Calabrese llevaba a su hijo a la piscina.

Riccardo iba tres veces, pero la sensibilidad y la dedicación de su padre, que se ocupaba de casi todo lo relacionado con su hijo, permitían a Ottavia limitar su obligación a un día. Y sin embargo, eso también le pesaba.

No era porque tuviese que organizar sus turnos para disponer de tiempo libre; ni porque se viera obligada a conducir por la ciudad, algo que detestaba. Tampoco porque tuviese que pasar una hora y media en un lugar húmedo, que apestaba a cloro y sudor, y aguantar el descarado cortejo del instructor. No era nada de eso, pero Ottavia no soportaba estar sola con su hijo.

No sabía decir cuándo había comenzado esa sensación. Durante muchos años, cuando se dieron

cuenta de que Riccardo vivía en su mundo, del que no salía nunca para interactuar con el resto de la humanidad, había sido una madre entregada y afectuosa, volcada en las necesidades del niño. Había aceptado que no hubiese lesiones que curar, operaciones capaces de ofrecer la posibilidad de una vida normal a Riccardo y, por tanto, a la familia. Había comprendido que mientras viviera, su hijo seguiría así, con escasas e imperceptibles mejorías.

No habría podido tener un marido mejor. Gaetano se había vuelto todavía más amable, enamorado, afectuoso. Vivía para su mujer y su hijo, ponía todo su empeño, asumía la mayor parte de las tareas relacionadas con Riccardo y pasaba muchas horas con el chico; sin embargo, era como si Riccardo no viera a su padre. Solo existía Ottavia, mamá, la única palabra que había pronunciado de forma inteligible desde su nacimiento.

Mientras esperaba quedarse a solas con su hijo en el vestuario para desnudarlo y ponerle el traje de baño, Ottavia retrocedió en el tiempo para tratar de entender cuándo había empezado a percibir su casa como la celda de una cárcel. Si le hubiera ocurrido desde el principio, habría sido comprensible: no todos disponen de la fuerza necesaria para soportar semejante carga. Pero no había sido así.

Había amado a su marido. Llevaban mucho tiempo juntos. Lo había apoyado en su carrera y él había hecho otro tanto con ella, sabiendo que desde niña había querido ser policía. Habían pasado por muchas cosas juntos, y Riccardo llegó cuando formaban una pareja tan fuerte como para soportar también eso. Habían dado lo mejor, eran el ejemplo de todas las asociaciones de padres de las que habían formado parte.

Se aseguró de que estaban por fin solos. Riccardo no quería que ella lo ayudara a ponerse

el bañador delante de los demás chicos. Sacudía con fuerza la cabeza y gemía, llamando la atención de todos. Era mejor esperar.

Se dejó quitar la sudadera y los vaqueros. Una vez más Ottavia comprobó qué crecido estaba, quizá incluso más que sus compañeros. El vello de la cara, el tórax y el pubis se hacía más espeso y resaltaba sobre la piel blanca. Mamá, mamá, dijo con voz profunda.

Ottavia no le contestó. Sabía que no era más que la reproducción de un sonido, la mera constatación del hecho de que estaba allí, cerca de él. Le puso el bañador, primero una pierna, luego la otra; se preguntó cómo serían las cosas ahora que estaba claro que Riccardo entraba en la pubertad. En su trabajo había tenido ocasión de ver escenas terribles, actos de violencia atroces perpetrados por retardados que vivían su sexualidad explosiva sin saber controlarla; deseó con todas sus fuerzas que su hijo no estuviese en

esa categoría.

Por distintos motivos, al pensar en el sexo se le encogió el estómago. Esa noche Gaetano había intentado acercarse, y ella se había hecho la dormida. Una vez más. Se preguntaba cuánto podría aguantar así a fuerza de pequeñas excusas y aplazamientos.

Mientras iba hacia el borde de la piscina, llevando a Riccardo de la mano, pensó en unos meses atrás, cuando había decidido ser sincera consigo misma y admitir que ya no soportaba más la presencia de su marido y su hijo. Al principio había sido un alivio, e incluso algo divertido: hablar con el mismo tono de siempre, decir las mismas cosas mientras, en lo más íntimo, deseaba encontrarse a miles de kilómetros de allí.

Después había tomado conciencia de su situación y empezado a considerar su casa como la celda de una cárcel, sin contar siquiera con la esperanza del final de su condena. Y cuanto más la

colmaba de atenciones su marido, más pronunciaba su nombre Riccardo con la cabeza apoyada en su hombro, mayores eran sus ganas de huir lejos de ahí.

El instructor se hizo cargo de Riccardo con un afectuoso saludo y a ella le lanzó una larga mirada.

Ottavia era una de esas bellezas plenas, maduras, que quizá no impresionan de entrada pero que después, a fuerza de verlas, saben apasionar; el pelo castaño y ondulado, los ojos del mismo color, alegres e irónicos, la boca enfurruñada y el cuerpo suave pero tonificado nunca dejaban de atraer a los hombres, que aumentaban sus atenciones con Riccardo con el fin de establecer contacto con la madre. Así había sido con médicos, enfermeros, profesores. Ella ya no hacía caso, jamás había sentido la necesidad de otro hombre: lo único que quería era liberarse, incluso de ese vago sentido de culpa que la acompañaba siempre.

La atracción que sentía por Palma, el comisario, era un hecho del todo nuevo, y no sabía cómo manejarlo. Guardaba esa emoción en lo más íntimo sin cultivarla más que en la fantasía, y, por ahora, prefería que solo fuese una prueba de que seguía viva.

Riccardo se metió en el agua mientras ella subía a las gradas, con los demás padres. El médico había recomendado que Riccardo hiciera un curso de natación, pues precisaba de una actividad física constante. El chico estaba contento, iba de buena gana, y aparte de los problemas en el vestuario, a Ottavia le parecía que le hacía bien. Por lo demás, desde niño, a su hijo le había gustado el agua, un elemento que le mejoraba sensiblemente el humor.

Lo observó mientras se ponía a nadar braza en el carril asignado a su curso. Al lado de ella, dos madres hablaban de peluqueros, el mío es bueno, el mío también, el mío es simpático, el mío

también, el mío sabe hacer los pies, el mío es rápido. Hacía calor, el olor a cloro le producía una leve náusea. Pasó un cuarto de hora.

En un momento dado, Riccardo invirtió el ritmo de la respiración al perder la coordinación de la brazada, y tragó agua. Ella lo advirtió enseguida, vio por un instante la expresión de terror en los ojos de su hijo, que no emitió sonido alguno, ni trató de pedir socorro. Fueron quizá un par de segundos, que parecieron una eternidad. El instructor le enseñaba a patalear a una niña del carril de al lado, el niño que nadaba detrás de Riccardo estaba todavía a media piscina de distancia y no llegaría a tiempo para darse cuenta de la dificultad de su compañero. A su lado, las mujeres seguían cotorreando sobre centros comerciales.

Como un fogonazo a Ottavia le pasó por la cabeza la imagen de una vida libre de compromisos, sufrimiento, consultas médicas

interminables e inútiles, discusiones infructuosas con los maestros de apoyo. Como un fogonazo a Ottavia le pasó por la cabeza la imagen del fin del único motivo por el que ella y Gaetano seguían juntos, y, por tanto, de su renacimiento como mujer. Como un fogonazo a Ottavia le pasó por la cabeza la imagen de un mundo nuevo, libre de esa vaga sensación de culpa por no ser una buena madre que la acompañaba cada instante de su vida.

Y como un fogonazo a Ottavia le pasó por la cabeza la imagen de una enfermera que depositaba entre sus brazos aquel diminuto fragmento de vida que era su hijo.

Entonces se levantó de un salto y lanzó un grito ronco.

* * *

—Le juro, señora, que no sé cómo ha podido ocurrir. Habrá visto que hoy Adelia no ha venido...

—No se preocupe, son cosas que...

—No, señora, me preocupo, vaya si me preocupo, ya sabe que nosotros siempre vigilamos de cerca a los chicos.

—Le repito que no tiene importancia, lo único que importa es que me haya dado cuenta a tiempo.

—Ya sabe usted que Riccardo es uno de los chicos más queridos. No irá usted a pensar que no le prestamos la atención necesaria, justamente a él.

—Dejémoslo así. Como ve, todo se ha resuelto de la mejor manera. Solo ha tragado un poco de agua. Ya ha visto que no quería salir de la piscina, se pone muy contento cuando está aquí.

—Entonces ¿puedo contar con que... en fin, con que lo dejamos correr? La clase que viene ya tendré aquí a Adelia, y le aseguro que me pondré yo personalmente al lado de este hombrecito; y a lo mejor le enseño a nadar mariposa. Se le da muy bien... Parece mentira, justamente él...

—Cuenta con ello. Además, tengo que darle

las gracias porque mi hijo ha aprendido a nadar enseguida. Es usted muy amable.

—¿De veras no quiere tomar nada? ¿Un café, un zumo? ¿Nada? ¿Qué puedo hacer para que me perdone?

—Nada, gracias. Mejor dicho, el miércoles cuando venga mi marido a traer a Riccardo, no le diga nada. Es muy aprensivo y es posible que le dé por pensar que lo de nadar es peligroso y no lo traiga más. Y a Riccardo le encanta venir a la piscina. No sabrá decir una palabra, pero yo noto que le gusta.

—Nadie se enterará de lo ocurrido, solo faltaría, por la cuenta que me trae. No sabe cómo se lo agradezco.

* * *

En el coche, mientras regresaban a casa, al notar la presión de la cabeza de Riccardo en el hombro,

Ottavia lloró.

Lloró todo el trayecto.

Cuando Lojacono y Aragona llegaron a las inmediaciones del edificio entre la piazza Vittoria y la via Caracciolo, el viento había amainado; las olas ya no llegaban a la calle y la espuma del mar no se arremolinaba en lo alto de las rocas, pero en el cielo se iban acumulando unos negros nubarrones.

—Loja' —dijo Aragona tras olfatear el aire como un sabueso—, me parece que nos pillaré un buen chaparrón. Tendríamos que haber venido en coche.

—Prefiero estar mojado y vivo antes que seco y muerto, gracias, me gusta ir a pie. Es incomprensible esa manía de ir en coche que tenéis en esta ciudad. De la comisaría hasta aquí habrá un kilómetro, tal vez menos. Además, tú eres un crío.

—Y me gustaría llegar a viejo —rebatíó el agente con convicción—. Ese kilómetro es cuesta arriba, no lo olvides. Fíjate, ahí tienes al portero, una raza en vías de extinción, con lo que cuestan.

En el zaguán había una portería de madera oscura, que remontaba a mucho antes de la guerra; sin embargo, se trataba de un edificio de altísimo nivel desde su construcción, ocurrida a finales de siglo XVIII, que había sobrevivido intacto a las crisis económicas. Dentro de la portería había un mostrador, y detrás, una puerta que daba acceso a la vivienda del portero, precisamente a la cocina, en la que se veía a un hombre preparándose un café.

Una patrulla móvil de la central seguía estacionada en la calle con dos policías aburridos en su interior. Ni rastro de periodistas; era evidente que sabían que ahí ya no encontrarían nada que filmar o saber sobre la muerte de la señora Festa.

Llamaron al cristal de la portería. El hombre en el interior se dio media vuelta, les indicó que aguardaran señalando la cafetera para justificar la espera.

Aragona y Lojacono se miraron desconsolados. El portero se asomó.

—¿Les apetece una tacita de café? Esta mañana esto era un infierno, entre policías y periodistas, no sé si sabrán que ha habido una desgracia...

Aragona rio con malicia y luego se quitó las gafas con su típico gesto televisivo.

—Y todavía no ha terminado, porque nosotros venimos de la comisaría de Pizzofalcone. Soy el agente especial Marco Aragona y este es el inspector Lojacono. ¿Y usted es...?

—Pasquale Mascolo, para servirlos. Discúlpeme, no quería decir que molestaban, solo que lo de esta mañana ha sido un alboroto.

—Me lo imagino —asintió Lojacono—. De

todos modos, no fue una desgracia, sino un homicidio. Por eso, señor Mascolo, si no le importa, nos gustaría hacerle unas preguntas.

Tranquilizado por el tono afable del inspector, el hombre dijo:

—Como les decía, acabo de hacer café. Pasen, pasen, les sirvo una tacita y así no estamos aquí fuera con este viento.

La cocina de Mascolo era un cuartito diminuto, pero limpio y acogedor; el aroma del café recién hecho y la luz que entraba por el portón e iluminaba los escasos muebles muy gastados daban al ambiente una atmósfera de otros tiempos. El propio Mascolo encajaba ahí a la perfección: era un hombre mayor, de más de setenta años; tenía el cabello blanco bien corto y llevaba unos tirantes que le sujetaban los pantalones de raya diplomática de color gris oscuro, camisa blanca con corbata negra y chaqueta azul. Parecía salido de una comedia de Eduardo de Filippo, hasta tal

punto que a Lojacono, que en su primera vida había devorado sus comedias por televisión, le pareció un *déjà vu*.

—Todavía no me lo puedo creer, pobre señora. La conocía desde hacía años, cuando todavía vivía mi mujer; la vi entrar en este edificio recién casada, y ahora la he visto salir en un ataúd. Qué disgusto. ¿Cuántas cucharaditas de azúcar?

Aragona había sacado su libreta.

—Dos y media, gracias. ¿A qué hora abre y cierra la portería, señor Mascolo?

—Abro a las siete de la mañana y cierro a las ocho de la tarde. De tres a cuatro de la tarde descanso un poco, pero no cierro el portón, solamente esta puerta que da a la portería.

—Te gusta amargo el café, ¿eh? —comentó Lojacono lanzándole una mirada a Aragona—. Para mí una sola, gracias. ¿Y anteayer vio salir a la señora, señor Mascolo?

—No, no la vi. Claro que podría haber salido

y regresado en un momento en que yo no estaba. Entre repartir el correo, recoger la basura y demás, no paro. Y ya les he dicho que de tres a cuatro no estoy en la portería. Pero seguro que no la vi, me habría fijado.

Aragona sorbía el café con un ruido molesto que Lojacono consideró penalmente punible. Le lanzó una mirada aviesa que el muchacho no captó.

—¿Por qué dice que se habría fijado?

—Porque la señora salía muy poco. Casi nunca, diría. De vez en cuando venía el coche del notario a recogerla, pero regresaba enseguida. Era amable, aunque reservada, quizá no le gustaba el alboroto.

Aragona se sirvió otra taza de café, y, tras echar otras tres cucharaditas de azúcar en el líquido negro, se puso a revolverlo.

—Perdone, ¿y el notario? ¿Estaba en casa con ella?

—No —dijo Mascolo soltando una risita—,

digamos que el notario lleva otra vida. Sale temprano por la mañana, y casi nunca lo veo regresar cuando estoy con la portería abierta, ni siquiera cuando cierro fuera de mi horario. En el último año los habré visto juntos un par de veces. Como mucho.

Lojacono se esforzaba por reflexionar, distraído por el ruido que hacía Aragona mientras sorbía el café con satisfacción.

—Volvamos al otro día. ¿Vino alguien a ver a la señora Festa? No sé, ¿llamaron al interfono, preguntaron por ella?

—No, inspector. Mientras yo estuve, no. Además, anteayer hubo esa tormenta de viento, el mar entró casi hasta el zaguán, me deslomé para secarlo todo. En la calle no había un alma. Se lo comentaba a la pobre señora Festa, que hacía años que no se veía tan mal tiempo. Las estaciones están cambiando y el clima...

—Disculpe —lo interrumpió Lojacono,

levantando la mano—, pero ¿no ha dicho que desde anteayer no veía a la señora? ¿Cuándo habló con ella?

—Usted me preguntó si la había visto salir —puntualizó Mascolo, serio—, y yo insisto, no la vi salir. Pero la vi en su apartamento por la mañana. Me llamó ella, como suelen hacer los propietarios cuando necesitan que les haga pequeños remiendos o reparaciones. Los postigos del baño pequeño no cerraban bien, se había oxidado el pestillo. Se lo desbloqueé, le puse un poco de lubricante y cerré la ventana, como quería la señora.

—¿Y qué tal la vio? —preguntó Aragón—. ¿Nerviosa, preocupada por algo, enfadada, triste...?

—No, no. Estaba en bata, con un paño en la mano, limpiaba su colección de las bolas de cristal con nieve dentro, hay que ver cuántas tenía. Si hasta me pidió perdón por la molestia, ella a mí, imagínese. Me comentó que tenía miedo de que

con el viento tan fuerte se abriera alguna ventana y quería que los postigos estuviesen cerrados. Me dio veinte euros de propina, era generosa, pobre señora. Pero yo la vi tranquila, como siempre. Ah, también estaba la criada, Mayya, que me dijo: ve con cuidado, no me ensucies el suelo. Ni que hubiese ido a su baño para ducharme.

—Mientras usted estuvo en el apartamento, ¿fue alguien? —insistió Aragona—. ¿Llamó alguien por teléfono? ¿Cuánto tiempo estuvo y qué hora era? Trate de acordarse, es importante.

Mascolo reflexionó y luego dijo:

—No. No fue nadie, ni llamó nadie. Habré estado unos diez minutos, alrededor de las once. Subí porque es una hora con poco movimiento y puedo ausentarme.

—He visto que en el rellano solo está la puerta del notario —intervino Lojacono—. ¿Quién vive en el piso de arriba? ¿Y en el de abajo?

—Este es un edificio antiguo, solo hay un

apartamento por planta; bueno, algunos propietarios lo han dividido, pero por dentro. Se entra siempre por una única puerta, y luego hay una especie de división. En el piso de abajo y en el de arriba, el tercero y el quinto, están las oficinas de un banco de inversión y el despacho de un asesor fiscal. Obviamente, el sábado y el domingo cierran y no hay nadie.

Aragona preguntó sin mucha convicción:

—¿Y este fin de semana no fue nadie a esas dos oficinas?

—No, nadie.

—Un último detalle —dijo Lojacono poniéndose de pie—, ¿vio usted al notario después de la desgracia? Cuando regresó a casa, ¿estaba solo?

Mascolo adoptó una expresión compungida.

—Claro, vino ayer, a última hora de la mañana. Arriba todavía estaban algunos colegas suyos, los del mono blanco. El notario estaba solo.

Esperó a que terminaran, después lo vi salir con una maleta. Me acerqué a él para darle el pésame, ay, Dios, qué cara tenía, me asusté, parecía haber envejecido cien años. Me dijo que se iba al hotel Vesuvio, de aquí cerca, en el paseo marítimo, y que si necesitaba algo, allí lo encontraría. Pobrecillo, a saber cuántos remordimientos, siempre dejaba sola a la señora.

Cuando se disponían a marcharse, Lojacono sintió el impulso de subir otra vez al apartamento.

Con el tiempo había aprendido que seguir su instinto no era más que prestar atención a una parte del pensamiento que seguía trabajando en el límite de la conciencia. Y con frecuencia, precisamente por eso, era el mejor pensamiento, porque podía concentrarse sin las distracciones del mundo exterior.

Aragona lo siguió sin protestar; sabía que le quedaba mucho por aprender y, pese a todos sus defectos, tenía la virtud de reconocer la mayor experiencia de su colega, al que apoyaba sin pedir muchas explicaciones.

En la puerta encontraron al policía de guardia enviado por Palma. Lojacono valoró la actitud del comisario, no invadía parcelas entrometiéndose en

la investigación, y ofrecía el apoyo adecuado. El policía les abrió y los dejó entrar.

En el apartamento vacío reinaba una atmósfera sombría; Lojacono comprobó con un estremecimiento que se había convertido en un lugar sin alma, que tardaría mucho tiempo en volver a ser una casa, y eso, quizá, solamente si allí se instalaba otra familia. Según lo que había aprendido tras más de veinte años de profesión, cuando se producía una muerte violenta, el aire pasa a ser portador de un dolor inmenso y ya no se purifica más que con la presencia de quienes nada saben de ese dolor.

La luz gris del cielo cargado de lluvia se filtraba por la ventana de la sala, la única que no tenía la persiana echada. Era evidente que el notario, tras pasar por ahí a recoger lo que necesitaba para irse al hotel, había querido limitar al máximo su presencia y no se había preocupado por abrir los postigos para que entrara la luz.

Comprensible, pensó Lojacono.

Recorrieron en silencio las habitaciones. Era un piso inmenso pero frío. Se notaba que la mayor parte de las estancias, el estudio, el salón principal, las habitaciones de invitados, pese a estar en orden y limpiísimas, llevaban tiempo sin usarse. Se detuvieron en uno de los baños de servicio, cuyos postigos supuestamente había arreglado Mascolo. Aragona los abrió, examinó el pestillo, comprobó que estaba limpio y aceitado, y con un movimiento de cabeza le indicó a Lojacono que todo coincidía con la declaración del portero.

Por último, de tácito acuerdo, los dos recorrieron la habitación donde se había cometido el delito. Qué paradójico, pensó el inspector, la estancia donde había actuado el homicida era la única donde entraba la luz del sol.

Por las ventanas del balcón se veía la imagen de un golfo gris, con el mar muy agitado y las nubes que se perseguían por el cielo. En el agua

había un petrolero fondeado, rojo y negro, enorme, se asemejaba a una ballena de paso. La península, al otro lado del mar, era un perfil oscuro que tendía un dedo hacia el gris, como queriendo indicar la silueta de la isla, a poca distancia de ahí. Lojacono pensó en lo hermosa que llegaba a ser esa ciudad. Vista de lejos.

Se acercó al lugar de la alfombra donde había una mancha oscura. Se preguntó qué habría pensado la señora antes de morir. Le habría venido bien conocer su último y fugaz pensamiento antes de que se cerniera la oscuridad de la noche. Quién sabe si había pensado en el amor, si se había acordado de algo o de alguien. Si la habían sorprendido.

Levantó la vista hacia la pared cubierta de estantes llenos de bolas de vidrio de lo más variopintas. Cada una de ellas guardaba en su interior un objeto, un panorama, un monumento, un personaje. Comprobó que eran de tamaños muy

diferentes y se preguntó en qué orden estarían dispuestas.

Vistas a contraluz las estanterías estaban impolutas, sobre la madera oscura aún no se había depositado una capa de polvo que, con el paso de las horas, se acumularía, uniforme, en toda la habitación. Se acercó para ver mejor.

Enfrente de la mancha oscura, las bolas encerraban monumentos y panoramas europeos. Lojacono recorrió los estantes en toda su extensión y enseguida se dio cuenta de que las bolas de vidrio estaban colocadas por países y continentes. De izquierda a derecha, los lugares más cercanos, y a continuación, con método y esmero, los más lejanos. Era así en los dos primeros estantes contando desde abajo. Más arriba, se encontraban las dedicadas a festividades: bolas navideñas, pascuales, de temas religiosos de distinto tipo, de Buda al crucifijo, de Mahoma al candelabro de siete brazos. Lojacono se preguntó cómo se le

podía ocurrir a alguien coleccionar objetos así.

—Me pregunto cómo se le ocurre a alguien coleccionar cosas así —comentó Aragona—. ¡Qué grima me dan!

—A algo tenía que dedicarse. Por lo que he entendido, la señora vivía en soledad.

—La verdad, no me explico que alguien con pasta pueda estar deprimido —resopló el agente—. Vamos a ver, en África, donde no tienen qué comer, ¿hay deprimidos? ¿Y anoréxicos o bulímicos? Estas soledades son la enfermedad del dinero, te lo digo yo.

Ostentando cierta insensibilidad frente a los profundos planteamientos sociales de Aragona, Lojacono seguía con la mirada una hipotética trayectoria de los acontecimientos. Al final dijo:

—Y yo me pregunto lo siguiente: si oyes un ruido, entras en la habitación y te encuentras con un ladrón, ¿tú qué haces?

—Perdona, no te sigo.

—La señora llega a esta habitación, ve a alguien con los objetos de plata en la mano, alguien que, dicho sea de paso, entró sin forzar las puertas, pero por ahora no tengamos en cuenta ese detalle. ¿Tú en su lugar qué hubieras hecho?

Aragona estaba desorientado. Trató de imaginarse la escena.

—Yo qué sé, ¿me pongo a gritar? ¿Trato de detenerlo?

—Sí. O tratas de huir, de alejarte. Y en tal caso, ¿hacia dónde vas?

Aragona indicó inseguro la puerta que daba al vestíbulo.

—Trato de irme hacia las escaleras.

Lojacono asintió, ensimismado. Cuando se concentraba de ese modo, sus rasgos orientales hacían que pareciese un monje budista meditando.

—Sin embargo, ella fue hacia la otra puerta, como si hubiese querido huir hacia el interior del apartamento. Donde no hay salidas. Y de eso no

cabe ninguna duda, porque la golpearon en la nuca, de modo que estaba de espaldas al asesino.

—A lo mejor no lo había visto y sencillamente pasó por aquí antes de irse a la cama después de saludar a estas horribles bolas de cristal. O quizá pensó en encerrarse con llave en el dormitorio y telefonar para pedir ayuda.

Lojacono asintió muy a su pesar.

—Sí, puede ser. No sabemos dónde estaba el asesino, a lo mejor le cerraba el paso hacia la puerta, pero es raro porque en ese caso la habría golpeado en la sien, no en la nuca. Además, la víctima se habría encontrado entre el asesino y los estantes de las bolas de nieve, entonces ¿cómo iba el asesino a agarrar el arma del delito?

El agente seguía el análisis con sumo interés.

—Tal vez estos trastos tienen valor. En el fondo, nosotros no entendemos nada. A lo mejor había venido para llevarse justamente eso. Un robo por encargo. Convendría que buscáramos en

el sector de los coleccionistas de objetos de mierda.

Lojacono no estaba de acuerdo.

—No, me parece absurdo. Aunque quizá valga la pena echar una mirada más a fondo al arma del delito. Lo que está claro es que el asesino no vino aquí para matar. De haber sido así, habría traído un arma o incluso usado las manos, pero no golpeado a la señora con un objeto que encontró de pura casualidad.

—¿Y tú qué crees que pasó? ¿Dónde iba la señora? Y, sobre todo, ¿cómo entró el asesino?

—No tenemos datos suficientes —contestó el inspector tras meditar un buen rato—. Debemos reunir más información. Para mí que o no vio quién estaba en la habitación o lo conocía, y se sentía tan segura como para darle la espalda. No había señales de lucha, la señora tenía la ropa en orden, el forense no descubrió signos de violencia en el cuerpo.

—Tenemos el detalle de la puerta abierta sin roturas. Aunque es verdad que alguien pudo robarle la llave a la criada, o a la señora misma, o al notario. Pero en ese caso tendría que haber conocido las costumbres de la víctima para no entrar sabiendo que a esa hora estaba en casa.

—O quizá era alguien conocido —añadió Lojacono—, y le abrió la puerta, luego discutieron y cuando la señora dio por terminada la conversación, se volvió de espaldas para marcharse. Pero el asesino no dio por terminada la conversación y la acabó a su manera.

—¿Y los objetos de plata?

—Pueden ser una tapadera. Una especie de resarcimiento por una ofensa, un recuerdo que llevarse. No sería la primera vez, lo he visto antes. La clave está en que entendamos quién era la víctima, es la única manera de explicarnos su comportamiento.

Aragona se rascó la cabeza, perplejo.

—Sabemos muy poco de ella, la verdad. A lo mejor conseguimos algún dato más, como dices tú, de la baronesa Fulana de Tal, esa con la que ha quedado el viejo chocho de Pisanelli, en el círculo náutico.

—Para mí tú estás más chocho que Pisanelli —replicó Lojacono con brusquedad—. Por cierto, llamaré a la comisaría, a ver si hay novedades.

Atendió Ottavia, con voz menos alegre que de costumbre.

—¿Hay algún problema? —preguntó Lojacono—. Te noto rara.

—Me duele un poco la cabeza, nada del otro mundo. Oye, tengo noticias para ti. Han encontrado los objetos de plata robados. En un contenedor, a unos doscientos metros del lugar del delito. Los tiene la científica; si quieres echarles un vistazo, puedes pasarte por ahí antes de ir a la cita con la baronesa Ruffolo en el círculo náutico.

La pizzería Il Gobbo era una feliz anomalía.

En medio de la zona bien del barrio, entre tiendas de marca y floristerías elegantes, se encaramaba una callejuela tan estrecha que los coches no circulaban; a pocos metros estaba la entrada de la pizzería con su minúsculo letrero, y en el interior, una escalera que conducía a la salita con menos de diez mesas y un balconcito.

El jorobado que daba nombre al local había muerto hacía años, pero aparecía en una foto amarillenta, con chaquetilla y sombrerito de pizzero, bajito y torcido como un signo de interrogación, flanqueado por dos caballeros bigotudos metidos ahí de contrabando gracias al rótulo manuscrito que rezaba: Di Giacomo y Scarfoglio. Ahora regentaba el local su nieto, un hombretón huraño que, a pesar de tener una

columna vertebral perfectamente recta, había heredado el sobrenombre, y estaba dotado de una considerable barriga que lo confinaba en la entrada, entre la caja y el horno: la escalera hacia la planta de los clientes era demasiado estrecha y él no cabía. Del servicio se ocupaba Yula, una muchacha polaca ágil y delgada, cuyas facciones constituían una atracción más del local.

Giorgio Pisanelli veía dos veces por semana al Gobbo, el único amigo que le quedaba; el único para el que no guardaba secretos, y el único del que aceptaba bondadosos reproches por sus elucubraciones.

Según lo habitual, lo recibió Yula como si llevara aguardándolo toda la vida.

—¡Hola, dottore! Monacello espera en tu mesa.

Pisanelli trepó las escaleras. Leonardo Calisi, apodado 'o *Munaciello*, el monjecito, era un franciscano del convento de Maria Annunziata.

¿Qué otro mote ponerle cuando medía metro y medio, y con su sayo y sus sandalias, incluso en invierno, el pelo blanco y los ojos azules, y esa expresión pícaro siempre estampada en la cara recordaba al duende? Si alguna vez se había aparecido en persona, el Munaciello, huésped fijo de las leyendas napolitanas, duende amante de las bromas y las pequeñas ofrendas, solo podía parecerse a él.

Lo encontró sentado a la mesa cerca del balcón, aguardando con paciencia.

—Ya está bien, ¿cuánto más vas a hacerme esperar? ¿No sabes que tengo una parroquia que atender? ¡Diez minutos para llegar hasta aquí, diez minutos para regresar y una hora esperando a que llegues!

Pisanelli se defendió de las estocadas verbales del fraile levantando las manos.

—¡Qué exagerado! Habíamos quedado a la una y es la una y diez. Además, el barrio entero sabe

que hace años que nadie va a la parroquia, podrías cerrarla y nadie se enteraría.

—¡Cómo te atreves, descreído! —exclamó el padre Leonardo haciéndose el ofendido—. Cuán cierto es que cada cual mide el corazón ajeno según el propio. Tú no vienes nunca a la iglesia y por eso piensas que los demás tampoco. Sin embargo, la parroquia de Maria Annunziata es la única del centro de la ciudad que crece, tanto en número de fieles como de ceremonias. Mis cofrades y yo estamos muy ocupados, y tú me creas un problema de conciencia por venir aquí a comer en lugar de estar trabajando con ellos.

Pisanelli se sentó haciendo una leve mueca de dolor.

—Una asociación para delinquir, eso es lo que sois tus cofrades y tú; el día menos pensado le pido a algún experto en delitos financieros que os investigue, seguro que descubrirá un buen chanchullo. Para mí que blanqueáis el dinero de la

camorra.

—Es verdad —asintió el fraile—, pero sé que eres mi amigo y no se lo contarás a nadie. Por cierto, ¿te duele? Acabas de hacer una mueca...

—No entremos en detalles —pidió el policía con un gesto vago—, de lo contrario nos arruinamos la comida. Duele a veces y solo un poco.

—No entiendo tu despreocupación. Si en lugar de sandalias llevara botas de alpinista, te agarraría a patadas. ¿Cómo es posible? Tienes una enfermedad que hoy es perfectamente curable, y no solo no te cuidas sino que la ocultas. ¿Te has vuelto loco?

—Leona', te lo he dicho y te lo repito, no tengo ganas de hablar. Corren tiempos extraños, por menos de nada te declaran no apto para el servicio activo y te mandan para casita, con tus pensamientos y tus fantasmas. Y después de la marcha de Lorenzo, a mí no me queda otra cosa

que el trabajo, ya lo sabes. Sin el trabajo ya estaría muerto, desde que... en fin, que estaría muerto. Así que no se lo digo a nadie, y tú tampoco, de lo contrario faltarás al secreto de confesión.

El fraile trató de llamar la atención de Yula para hacer la comanda.

—Aparte de que no me lo dijiste en la confesión, por lo que técnicamente no debo mantener el secreto, no sabría a quién contárselo, cabezota, que no eres más que un poli cabezota. Ah, aquí estás, Yula, cariño, tráenos dos margaritas con *mozzarella* doble y un par de croquetas de patata, como siempre. Date prisa, que tengo que irme. ¿Qué más, alguna novedad?

Pisanelli hizo un gesto vago.

—Bueno, ya lo sabes, el último es de hace seis meses, ese hombre que se colgó en el cuarto de baño. Conseguí hablar con su hija, está en Canadá, y ni siquiera ha venido para el entierro porque,

según dijo, andaba mal de dinero.

—¿Y qué más te ha dicho?

—Pues... qué más me ha dicho... Que no entendía por qué la llamaba, que su padre debería descansar en paz, que era su decisión, criticable pero comprensible. Que tenía ochenta años, que no se había resignado nunca a la muerte de la madre, que, dicho sea de paso, falleció hace veinte años. Y que en la nota que dejó lo explicaba todo. En fin, chorradas. Eso me ha dicho. Antes de colgarme el teléfono.

—¿Y con eso no tienes bastante? —preguntó el padre Leonardo con tristeza—. ¿Puede saberse por qué tienes esa obsesión? Es algo terrible, un pecado mortal, un delito contra la vida eso de suicidarse. Pero la gente lo hace, lo ha hecho siempre, y, por desgracia, lo seguirá haciendo.

—Hay suicidios y suicidios, Leona' —dijo Pisanelli frunciendo el entrecejo—. Algunos son creíbles, se explican por las circunstancias,

muchachos abandonados por sus novias, drogadictos con el síndrome de abstinencia, y ahora que hay crisis, empresarios arruinados por las deudas y la mafia. Pero tienes que explicarme cómo es posible que un hombre se quite la vida porque se ha quedado viudo hace veinte años. Y que se cuelgue del gancho de la lámpara del cuarto de baño, haciendo equilibrio al borde del inodoro, con ochenta años cumplidos y prácticamente inmovilizado por la artrosis, y que en la nota, escrita en letra de imprenta, anotara: «No aguanto más». Sin firma, sin preaviso. Y todos los demás siguen la misma pauta, viejos, solos, deprimidos, una línea continua que empezó hace diez años, toda gente del barrio, todos dejan una nota con una sola frase, en letra de imprenta o escrita en el ordenador, nunca de su puño y letra. No me dirás que resulta curioso.

El fraile alzó al cielo los ojos azules y con un tono de simulada desesperación dijo:

—Dios mío, ayúdalo. Pero ¿se puede saber qué quieres demostrar? ¿Que la desesperación de sentirse viejos, solos e inútiles, no es una fuerza suficiente para llevar a la gente a acabar con todo? Mira ahí fuera, entre la muchedumbre inmensa que invade las calles, hay más soledad de la que puedas imaginar. Te lo digo yo, que me paso horas en el confesionario oyendo a la gente hablar de los fantasmas que apesadumbran su corazón. A algunos les falta el valor, pero créeme, son muchos los que a diario quisieran poner fin a sus vidas. A veces es muy difícil convencerlos de que, a pesar de todo, la vida merece la pena.

El policía esperó a que Yula les sirviera los platos y que el fraile se persignara antes de responder:

—Eso que me dices ya lo sé. Y sé que te esfuerzas por llevar consuelo a las casas de la gente como si fueras un verdadero Munaciello. Pero yo no lo veo nada claro. Hay demasiados

puntos en común, demasiadas cosas raras.

Leonardo devoraba la pizza con evidente placer.

—Mmm... dime tú cómo se puede dudar de la existencia de Dios después de comer una pizza margarita. Bendito sea Il Gobbo, y tú también, que me pagas el almuerzo en consideración a mi voto de pobreza. Volviendo a lo nuestro, ¿no crees que esa idea del asesino en serie de deprimidos huele demasiado a telefilme norteamericano? En nuestro país esas cosas, al menos esas, no pasan. Además, ¿se puede saber qué interés tendría ese individuo?

—No he dicho que exista un asesino en serie —protestó Pisanelli, poniéndose a la defensiva—. Lo único que digo es que el archivo de estos casos es apresurado, eso es todo. Que estos muertos se merecían algo más de atención, antes de ser liquidados con un sello al pie de un certificado y un entierro de tapadillo. Y que después de un hecho así, el silencio es lo más cómodo para

todos, incluidos los parientes.

—Pobre amigo mío. Trasladas tu dolor a los demás, eso es lo que haces. Desde que se ha ido la pobre Carmen, no te resignas. Suele ocurrir. Si supieras la de veces que lo veo...

—Carmen no tiene nada que ver, Leona' —lo cortó el policía con frialdad—. Carmen era una mujer enferma que no pudo enfrentarse a la fase terminal de su enfermedad. Que aprovechó mi ausencia y la de su hijo para tomarse una caja entera de pastillas. Ella lo hizo de verdad. Estos son otra historia.

—Fui el último que vio a Carmen, ¿te acuerdas? A ella debemos agradecerle que tú y yo nos hayamos conocido, cuando buscaba en la fe consuelo para su depresión. Y te repito lo que te dije entonces, que hablar con ella era como asomarse a un abismo. Estaba desesperada, su estado psicológico era irreversible. Pero estoy convencido de que al final encontró la fe. Y que el

Señor la acogió en su seno, pese a que lo que hizo fuera terrible. La aterraba el dolor que le produciría el cáncer antes de morir. El miedo dominaba su cerebro, y por eso lo hizo, no porque hubiese dejado de amarte.

Pisanelli disimuló las lágrimas mirando por la ventana. A pocos metros, en el balcón de enfrente, unas sábanas ondeaban al viento como banderas blancas.

—Hablo con ella, ¿sabes, Leona'? Sigo hablando con ella como si estuviera viva. Vuelvo a casa y le hablo. A veces me paso toda la noche hablando con ella. ¿Crees que me estoy volviendo loco?

El fraile rozó la mano de su amigo con dulzura.

—No, mi querido hermano, no te estás volviendo loco. Le hablas porque Carmen está de verdad contigo, cerca de ti. Y te mira y te sigue, y espera que te libres de tus obsesiones. Y que vayas al médico para que te cures y vivas muchos años

más. Porque tú quieres vivir, ¿no?

El hombre clavó los ojos henchidos de lágrimas en los de su amigo y contestó:

—Sí, Leonardo. Quiero vivir. Y quiero vivir para saber con certeza si estos muertos abandonaron esta vida por su propia voluntad o alguien se encargó de sacarlos de este mundo. Para eso quiero vivir. Y por eso me guardo lo de mi cáncer de próstata y no se lo digo a nadie. Primero resuelvo este asunto y después ya me puedo morir yo también.

Las oficinas y los laboratorios del gabinete interregional de la policía científica eran una célula de eficiencia y modernidad dentro de un viejo cuartel situado en el centro de la ciudad: uno de esos lugares en los que, al entrar, se tiene la impresión de haber cambiado de planeta con un solo paso.

El edificio era austero y gris, erigido ciento cincuenta años antes con fines militares desde el principio; un amplio patio, una columnata, una hermosa escalera de piedra. Luego, en el interior, pasillos limpios, iluminación intensa y difusa, mujeres y hombres de bata blanca que iban de puerta en puerta a toda velocidad, concentrados en sus tareas, nadie holgazaneaba ni se entretenía en las inmediaciones de la máquina de bebidas.

Lojacono y Aragona fueron recibidos en la

entrada por un guardia que, tras tomar sus datos, les indicó una sala de espera. Al cabo de unos minutos llegó un hombre delgado, con entradas, la bata abierta sobre una camisa azul y pajarita, unas gafas de leer colgadas del cuello y otras de miope en la punta de la nariz.

—Buenos días, soy el superintendente Bistrocchi. ¿Y ustedes son...?

Los dos policías se presentaron. Ante la sola mención de la comisaría de Pizzofalcone, la expresión de cordialidad se esfumó al instante de la cara del superintendente y dio paso a una abierta desconfianza.

—Ah, Pizzofalcone. Al final no la han cerrado. ¿Qué necesitan?

Con la esperanza de recuperar un mínimo de credibilidad, Aragona trató de exhibir su famoso movimiento de las gafas.

—Necesitamos más datos sobre el homicidio de Cecilia de Santis, ocurrido en la via

Caracciolo, presuntamente la noche del domingo al lunes pasado. Ya se hicieron las pesquisas y según acaban de decirnos...

—No podemos decirle nada —lo interrumpió Bistrocchi con brusquedad—. Recibirán el informe oficial a su debido tiempo.

—Eso ya lo sabemos —intervino Lojacono, que hasta ese momento había guardado silencio—. La cuestión es que, como tú bien sabes, las primeras horas son muy importantes. Y según acaban de decirnos, tal como te estaba comentando Aragona, han encontrado el botín y ahora lo tenéis vosotros para examinarlo, por eso pensábamos que...

—No hay nada que pensar —lo interrumpió Bistrocchi—. Nuestra actuación sigue siempre y de forma exclusiva los conductos oficiales. Esto es un laboratorio, aquí no se trabaja a ojo. Cuando terminemos con los análisis que haya que hacer, entonces conoceréis los resultados. Antes no.

Aragona rechinó los dientes y dirigiéndose a Lojacono, le dijo:

—Porque somos de Pizzofalcone, ¿te das cuenta, Loja'? Si fuéramos de otra comisaría, ya nos habrían dado lo que pedimos extraoficialmente.

El superintendente no se inmutó.

—Pensad lo que queráis. No estoy autorizado a adelantar nada.

—¿Sabes lo que creo, Aragona? —le preguntó Lojacono a su colega—. Que es hora de que vayamos a tomarnos un café. Pero sin alejarnos demasiado.

En cuanto salieron del cuartel, Lojacono sacó el móvil. A Aragona no le cabía la rabia en el cuerpo.

—¡Será cabrón! ¡Estoy hasta los huevos del rollo ese de los bastardos de Pizzofalcone! Dime tú si nos tienen que colgar a nosotros el sambenito por lo que hicieron esos cuatro delincuentes

imbéciles hace un año, idiotas miserables, que no son más que...

Lojacono alzó la mano para interrumpir sus lamentaciones.

—Hola, Laura. Soy yo. ¿Te molesto?

—¡Pero qué sorpresa más agradable! — contestó la hermosa voz de acento sardo—. Fíjate, iba a llamarte para que me informaras confidencialmente cómo tenemos la investigación. Estoy en contacto con Palma, pero me interesaba saber algo de primera mano.

—Precisamente para eso te llamaba. Ya sabes que si puedo, procuro no molestarte.

Por el teléfono se oyó la carcajada de la Piras.

—Para el caso, procuras no llamar en general, no solo para no molestar. ¿Qué pasa?

Lojacono dijo que estaba con su colega delante de las oficinas de la científica y le resumió lo ocurrido con Bistrocchi.

—... y necesitaríamos enterarnos de las cosas

enseguida. Ya sabes que los primeros días son fundamentales cuando se comete un delito que podría considerarse como pasional. Cuanto más pasa el tiempo, el asesino o los asesinos tienen mayor ocasión de organizarse y todo se complica.

—A ver si lo entiendo: ¿piensas que se trata de un delito pasional? ¿No era un atraco o un robo que acabó mal?

—No lo sé. Hay aspectos que no encajan: la puerta sin forzar, la posición del cadáver hacia el interior de la casa... Por eso necesitamos conocer lo antes posible el resultado de las pesquisas de la policía científica.

—De acuerdo —convino la juez Piras tras una breve reflexión—. Espera un par de minutos y luego vuelve a entrar. Verás que te reciben de otro modo.

Se tomaron el famoso café y aprovecharon para comer una *pizzetta* de pie. Aragona lamentó lo escaso del almuerzo. Cuando entraron otra vez

en el cuartel había pasado un cuarto de hora. Los recibió un Bistrocchi mortificado, acompañado de una mujer con bata blanca, joven, muy guapa y de aspecto autoritario, que se presentó enseguida.

—El inspector Lojacono, supongo. Buenos días, soy Rosaria Martone, directiva primera. Estoy al frente de la unidad. Le pido disculpas por el malentendido, Bistrocchi no estaba al tanto de la importancia y la urgencia de la investigación. Tenemos toda la documentación —dijo señalando la carpeta que Bistrocchi sostenía en la mano—. ¿Me acompañan a mi despacho?

Los precedió por un largo pasillo, seguida de Bistrocchi, al que Aragona lanzaba suaves pullas vengativas. El despacho era una habitación limpia, ordenada y amplia, iluminada por una ventana que daba al patio interior. Rosaria Martone les indicó dos butacas y un sofá, en el extremo opuesto a la enorme mesa cubierta de papeles y carpetas.

—Sentémonos aquí, estaremos más cómodos.

A ver, Bistrocchi, pónganos al día.

El superintendente, que se había quedado de pie, se miró incómodo la punta de los dedos.

—Lo siento, no sabía que se trataba de una prioridad. Hemos terminado las pesquisas en el apartamento, todavía no hemos redactado el informe...

La Martone hizo un brusco ademán. Lojacono pensó que tras aquellos finos rasgos y la estatura breve se ocultaba una personalidad muy fuerte.

—Bistrocchi, déjese de burocracias, no perdamos el tiempo y no se lo hagamos perder a nuestros colegas. Resúmanos los aspectos importantes, después la comisaría recibirá el informe.

El hombre inspiró hondo, se cambió las gafas por las de lectura y abrió la carpeta.

—A ver, en primer lugar, los accesos al apartamento: no hay signos de fractura, ni en el portón de entrada, que es de madera por fuera y de

metal por dentro, ni en la puerta del rellano, de madera y una sola hoja, ni en la segunda puerta de cristal. El apartamento estaba en perfectas condiciones estructurales e higiénico-sanitarias, con...

—¡Al grano, Bistrocchi, al grano! —rugió la mujer.

El hombre parpadeó.

—Sí, jefa. La única habitación descrita por su desorden es la sala donde se encontró el cadáver. Todas las superficies fueron analizadas a fondo tras esparcir sobre ellas polvos higroscópicos y magnéticos y no se hallaron líneas papilares latentes. Asimismo, al cadáver se le tomaron dos muestras bucales, y se le recortaron las uñas de los dedos de ambas manos. En este caso, tras las pruebas practicadas por nuestro laboratorio encargado de analizar el material de naturaleza biológica, los resultados también han sido negativos.

Esta vez fue Aragona quien parpadeó.

—¿O sea?

—Nada —le explicó la directiva primera—.

Ninguna huella distinta de las de quienes tenían derecho a estar allí, imagino.

Bistrocchi asintió y pasó a la página siguiente.

—Eso es. Solo las de la difunta, la criada y dos del notario, en los picaportes de la puerta que da al interior.

—Y nada en el cadáver —añadió Lojacono más bien como si pensara en voz alta—. Ni piel debajo de las uñas, ni un mordisco. No se defendió.

La Martone asintió.

—Eso parece.

Se hizo un silencio. Después Lojacono preguntó:

—¿Y la presunta arma del delito? La bola de cristal.

Bistrocchi buscó entre sus papeles.

—Aquí está, a ver... Esfera de cristal con base de madera, hallada debajo del sillón, etcétera, en la alfombra, etcétera... entera, sin abrasiones ni roturas, etcétera... presenta en lo alto restos de material biológico, se trata de sangre, se adjunta análisis... y de pelos... paso a comentarles el análisis. Sangre y pelos corresponden a Cecilia de Santis. Los restos son compatibles con la herida en la nuca que presenta el cadáver. Con toda probabilidad se trata del arma del delito.

La Martone resopló, pasándose una mano por la cara.

—Bistrocchi, haga el favor. Creo que el inspector Lojacono quiere saber si hay alguna otra huella en el objeto. ¿Nos lo quiere decir o va a mantener la intriga durante un par de horas más?

Al hombre se le pusieron las orejas coloradas y enseguida se apresuró a contestar:

—Se ha encontrado un fragmento de huella. De un guante. Eso es todo.

Nada. Ni una sola pista. No hay manera de que las cosas se resuelvan con facilidad, pensó Lojacono. Nunca tenemos un golpe de suerte.

—Desde la comisaría —dijo Lojacono dirigiéndose a la Martone— nos dicen que han recibido ustedes unos objetos que podrían ser del botín. Son unos objetos de plata. ¿Pueden darnos algún dato?

—Sí, nos han llegado esta mañana —respondió la Martone—. Estaban en una bolsa de plástico que echaron en un contenedor. Nada. Ni en la bolsa ni en los objetos, dos pequeños floreros, dos marcos y una estatuilla de una dama con traje del siglo diecinueve. Ni siquiera estaban las huellas de la criada. Es evidente que los habían limpiado hacía poco. El ladrón o los ladrones llevaban guantes y no se los quitaron. No hay marcas de ningún tipo.

—No lo entiendo —intervino Aragona rascándose la cabeza—. ¿Para qué robar unos

cuantos objetos de plata en una casa repleta de cosas de gran valor para después tirarlos al primer contenedor que te encuentras?

—Suele pasar —contestó Lojacono—. Quizá se dieron cuenta de lo que acababan de hacer y, dominados por el pánico, lo tiraron todo. O tal vez pensaron que podríamos seguirles el rastro a través del perista, o de quien hubiera comprado los objetos. También es posible que el robo no fuera más que una burda tapadera. Dottoressa, le pido un favor, ¿puedo ver el arma del delito?

¿En qué pensabas? ¿Qué tenías en mente cuando lo hiciste?

En la sala del laboratorio de la policía científica, Lojacono se quedó un rato quieto, con la cabeza apoyada en las manos entrelazadas sobre la mesa. Los ojos almendrados apretados como rendijas, el rostro de rasgos orientales en apariencia falto de expresión. Como si durmiera. Pero no dormía, observaba.

Observaba la esfera de cristal, con una mancha oscura en lo alto. El único objeto encima de la superficie de madera laminada, limpiísimo, blanco, en el suelo blanco, entre paredes blancas, iluminado por la luz blanca de la lámpara del techo. Blanco.

Sobre la superficie curva del cristal destellaba un leve reflejo.

Aragona, única mancha oscura en el ambiente, aparte del propio Lojacono, cambió el peso de un pie al otro, incómodo. Le habría gustado saber qué le pasaba por la cabeza a su colega.

Por la cabeza de Lojacono pasaba la muerte.

Intentaba captar el mensaje de aquel objeto inocente, de mal gusto, que había puesto fin a la existencia de una mujer desconocida. Trataba de intuir cuál había sido el motivo por el que aquella bola de cristal, creada para provocar, en el mejor de los casos, la mueca divertida de un niño, había acabado convirtiéndose en instrumento de un acto definitivo como un homicidio.

¿Sabes, bola de cristal? Un homicidio es algo serio, pensaba Lojacono. Un homicidio es un hecho grave, que moviliza a un montón de gente. ¿Ves este lugar, bola de cristal? Personas que corren de acá para allá, en bata blanca, serias y eficientes; instrumentos, probetas, microscopios. Y ahí fuera coches blindados, teléfonos que suenan,

uniformes y pistolas, lágrimas y carcajadas. Todo eso ha puesto en marcha el homicidio.

Dado que es algo serio, un homicidio tendría derecho a ser perpetrado con un disparo de arma de fuego o, como mucho, un tajo con una cuchilla afilada. Y un homicidio podría poner en marcha una maquinaria compleja, como una silla eléctrica, o un mecanismo refinado como el que sirve para aplicar la inyección letal. Se asocian a un homicidio instrumentos históricos como el garrote vil, la guillotina o la horca. El homicidio es algo serio, no es ninguna broma.

Desde el interior de la bola, una mujer de ojos risueños lo miraba. Era una especie de bailarina caribeña o hawaiana, con un collar de flores, los pechos probablemente desnudos ocultos por una guitarrita, completaba el atuendo una falda de largas hojas verdes.

Ukelele. Así se llamaba la guitarrita, le vino a la cabeza de repente. Ukelele. Lo tocaba Marilyn

Monroe en *Con faldas y a lo loco*, la película protagonizada por Lemmon y Curtis; la había visto como una decena de veces. Qué hermosa era la Monroe.

Sin embargo, la De Santis no era hermosa. Dejando de lado el hecho de que estaba muerta.

Aragona tosió. Lojacono no pestañeó.

No era hermosa, de acuerdo. ¿Y? ¿Acaso por eso merecía morir de forma tan ridícula? ¿Golpeada en la cabeza con una bola de cristal?

Bola de cristal, bola de cristal. No como las que usan las magas para adivinar el futuro. Dentro de esa bola de cristal no está el futuro. Quizá algo del pasado reciente.

Lojacono pensó que la bola de cristal había recorrido varios metros antes de hacer su sucio trabajo en la nuca de Cecilia de Santis. Porque el cadáver yacía boca abajo al final de la pared, en dirección a la puerta que daba al interior, donde se encontraban las bolas de cristal dedicadas a

Europa, en cuyo interior se veían la catedral de Colonia, la torre Eiffel, el puente de Londres y la sirenita de Copenhague; y esta bailarina con el ukelele que le sonreía detrás del cristal debería haber estado en el otro extremo de la habitación, junto a las palmeras y las playas doradas de ultramar, con la quebrada de Acapulco y los moais de la isla de Pascua. ¿Qué hacías tú ahí, bailarina? ¿Por qué estabas debajo del sillón, a unos cinco metros de tu lugar en el estante?

¿Por qué la mano enguantada te agarró y te estampó contra la nuca de tu querida dueña?

Lojacono alzó la cabeza para liberar una mano y levantar el objeto. Martone, la directiva de la científica, le había dicho que debían conservarlo pero que habían terminado las pruebas, de modo que podía tocarlo.

El inspector sacudió la bola por la base. Era de tamaño medio, pesada por el líquido del interior y el bloque de madera oscura que le servía

de pie. La puso boca abajo y luego boca arriba.

En el interior de la bola se formó una pequeña tormenta de nieve. Unos copos, que no encajaban con el clima del lugar representado ni el atuendo de la bailarina, se arremolinaron cubriéndolo todo con un revoloteo resplandeciente. Aragona tosió otra vez.

Poco a poco los fragmentos se depositaron en el fondo, y en absoluto aterida, la bailarina volvió a mirar fijamente a Lojacono, sin preocuparse por la mancha oscura de origen orgánico que embadurnaba lo alto de su casa esférica.

¿En quién pensabas?, se preguntó otra vez Lojacono. Tú, con la mano enguantada, los objetos de plata de la entrada y el salón metidos en la bolsa de plástico, ¿qué tenías en mente? ¿Por qué agarrar un adorno tan inocente y lanzarlo o estamparlo en la cabeza de esa mujer? ¿Por qué matarla de este modo? Si hubiese gritado, si hubiese pedido ayuda, tal vez la habrías asfixiado

o estrangulado. Si hubieses estado cerca y no a cuatro o cinco metros, la habrías matado con las manos, en lugar de servirte del primer objeto que tenías a tu alcance.

Si fue eso lo que pasó, claro. Porque quizá ocurrió de otro modo completamente distinto. Quizá tuvisteis una discusión, y quizá la señora Cecilia de Santis de Festa no fue maleable como esperabas.

Y así, en un arrebato de ira, la mataste, quizá cuando ella dio por terminada la discusión y se dispuso a regresar a su dormitorio. Se volvió de espaldas tan tranquila, sin pensar jamás que podías reaccionar de ese modo, sin pensar jamás que estaba en peligro.

Sin pensar que la matarías; nada menos que con una de sus amadísimas bolas de cristal.

La bailarina le sonrió. Él siguió mirándola en silencio, durante un minuto.

Luego se levantó y salió, seguido de un

Aragona perplejo.

La orden llegó por fax a media mañana, y Di Nardo y Romano salieron enseguida.

En esta ocasión fueron en coche a causa de los negros nubarrones que no presagiaban nada bueno. Se puso al volante Alex, que no se había quitado las gafas oscuras aunque el sol brillara por su ausencia.

Mientras intentaban sortear el tráfico, Romano había telefoneado varias veces a Giorgia; en la enésima ocasión en que la voz grabada le comunicaba que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, el hombre maldijo entre dientes lanzando el móvil al asiento posterior.

Sin apartar la vista de la calzada, Alex comentó:

—Si rompes el móvil, ten por seguro que nadie va a contestar nunca más a tus llamadas.

—Sería lo mejor —comentó Francesco, serio—. Una preocupación menos.

Di Nardo condujo un rato en silencio y luego dijo:

—La verdad es que tengo curiosidad por ver cara a cara a la misteriosa inquilina. Y por saber por qué vive encerrada.

—Para mí que estamos dándole vueltas a una gilipollez. Si la mujer no quiere salir y se queda encerrada en su casa, está en todo su derecho, ¿no? No es justo verse sometido al humor caprichoso de una vieja cotilla que, por cierto, esa sí que nunca sale de su casa. Mañana podría telefonarnos la mujer misteriosa en persona para denunciar que la vieja parapléjica vive recluida, y nosotros tendríamos que ir de la casa de una a la casa de la otra para averiguar lo que está pasando.

La Di Nardo soltó una carcajada y contagió a Romano: la imagen de los dos yendo de una casa a la otra para atender el bombardeo de denuncias

era surrealista.

—Como en la oficina el trabajo no nos sale por las orejas, aprovechamos y tomamos el aire.

—Ya, ya —dijo el hombre con una mueca de disgusto—. Somos los nuevos bastardos de Pizzofalcone, ¿no? Los que damos asco a los demás polis porque lo heredamos de los anteriores; y a los delincuentes porque seguimos siendo polis; y a la gente de a pie, un poco porque lo heredamos y un poco porque seguimos siendo polis. Y a nosotros mismos, porque cada uno siente como una injusticia el haber sido destinado aquí junto a otros parias.

Alex lo miró de reojo.

—¿Te parece? A mí me daba más asco mi destino anterior. Al menos ahora nadie te mira con desprecio por haber cometido una tontería.

Antes de que Romano pudiera contestarle habían llegado a su destino. Aparcaron en zona prohibida, dejaron en el salpicadero la

identificación de la policía y fueron hacia el portón. Un trueno resonó encima de sus cabezas, impulsando a algún viandante a levantar la vista al cielo con preocupación. Antes de cruzar el portón entornado, el asistente jefe echó un vistazo y comprobó si doña Amalia estaba asomada al balcón. Estaba.

—Para mí que con tal de no moverse de su puesto, hace que la criada le lleve la cuña. La mandarían a la cárcel, la mandarían. Cómo detesto a la gente que se mete donde no la llaman.

Subieron al cuarto piso. La agencia inmobiliaria estaba cerrada. Se acercaron a la otra puerta. Romano tocó el timbre.

En el silencio del rellano oyeron susurrar al otro lado de la puerta y luego el ruido de la mirilla al abrirse. Y la voz femenina de la vez anterior.

—¿Quién es?

—Di Nardo y Romano, de la policía, señora. Abra, por favor. Traemos una orden.

Siguió un breve silencio tras el cual oyeron correr un cerrojo complicado.

La puerta se entreabrió y dejó ver un ojo y los dedos de una mano.

—¿Me dejan que vea los documentos, por favor?

Romano le tendió su placa y el fax con la orden. La mano los recogió y la puerta volvió a cerrarse. Di Nardo resopló, Romano tendió los brazos en un gesto de impotencia. La puerta se abrió otra vez.

—Pasen, por favor.

Entraron en una especie de salón. El ambiente era confortable, muebles nuevos, pintura reciente, cuadros en las paredes. Orden, limpieza. Sin embargo, Alex tuvo una impresión desagradable que, en un primer momento, no supo definir; después lo entendió. Aquello no era auténtico. Todo era como uno hubiera esperado verlo en una revista de decoración. Parecía la exposición de

una tienda de muebles.

Todo aquello le pasó por la cabeza en un instante, luego miró a la mujer que les había abierto.

Era casi una niña. Y muy hermosa.

El rostro delataba la edad; la piel luminosa y libre de impurezas, las mejillas apenas redondas, los ojos grandes color avellana y la expresión tensa, casi de susto; pero el cuerpo, embutido en un par de vaqueros y una blusa blanca, causó la admiración de Alex, que se felicitó por haber ido con gafas oscuras. Alta, incluso con zapato bajo, el pecho amplio y turgente, el abdomen plano, las piernas largas; la cabeza inclinada con gracia no estudiada, los labios grandes y sensuales, una peca diminuta en la comisura de la boca. Habría podido ser actriz o modelo.

La agente de policía comprobó que Romano también se había quedado deslumbrado. La boca entreabierta, la mirada perdida; comprensible. Y

seguro que su colega no se imaginaba que ella estaba pensando en cómo habría sabido hacer uso de aquel cuerpo maravilloso mucho mejor que él.

Al final Romano reaccionó.

—Buenos días. ¿Vive... usted vive aquí? ¿Con quién? Hemos venido a efectuar una comprobación, así que...

Se sintió en un aprieto y se volvió hacia Alex, que intervino.

—Buenos días, señorita. ¿Nos da sus datos, por favor?

Antes de que la muchacha pudiera hablar, se oyó una tos a sus espaldas; los dos policías dieron un brinco al percatarse de que un hombre acababa de entrar en la sala.

—Disculpen si los he asustado. Buenos días. Soy el arquitecto Germano Brasco, arrendatario del apartamento. Siéntense, por favor. Nunzia, ¿has invitado a un café a los señores?

Romano lo escrutó; el nombre le sonaba, pero

no se acordaba de qué. Era un hombre de unos sesenta años, alto, elegante, con una tupida melena blanca y un bigotito cuidado del mismo color. Con una mano igualmente cuidada les indicó el sofá y dos butacas de cuero que había en un rincón.

La muchacha preguntó con voz cálida y marcado acento dialectal:

—¿Les traigo café, les apetece? Lo traigo en una bandeja, con el azúcar aparte, ¿les parece bien?

Aunque dirigidas a los huéspedes, formuló las preguntas con los grandes ojos fijos en la cara del hombre, que asintió afable. La muchacha desapareció hacia el interior del apartamento.

—Discúlpenla, Nunzia es muy joven. Todavía no sabe bien cómo comportarse en su papel de dueña de casa. Siéntense, por favor. ¿Qué podemos hacer por ustedes?

Reacio a entrar en confianza con el hombre, Romano siguió de pie; pero Alex calculó que

cuanto más prolongaran la visita, más datos conseguirían reunir, y pensó que había algo en aquella pareja tan dispar que merecía la pena analizar.

De modo que aceptó la invitación y se sentó, obligando a Romano a imitarla.

El hombre también se sentó. Vestía un traje gris claro, con corbata de rayas a tono y camisa azul. En la solapa de la chaqueta lucía el distintivo de una asociación ciudadana exclusiva. Llevaba unas gafas de montura dorada que brillaba bajo el rayo de sol que entraba por el balcón, dado que la cortina estaba abierta. Al sentarse, Romano lanzó un vistazo fuera y se cruzó con la mirada siniestra de doña Amalia; seguía en su puesto montando guardia. Sintió la tentación de saludarla con la mano.

—Ustedes dirán, agentes, ¿qué los trae por aquí? ¿Qué delito hemos cometido?

Fingía seguridad y quería hacerse el simpático.

Romano notó un picor en la mano y la metió en el bolsillo.

—Se trata de una comprobación, señor Brasco. Recibimos una denuncia, probablemente debida a una errónea interpretación de las entradas y salidas de este apartamento y decidimos comprobarlo. Eso es todo.

—Vaya. Como siempre, esta ciudad es fiel a sus costumbres, no hay ningún respeto por la intimidad. Ya lo veo.

—Si yo le contara —intervino Alex—, la de delitos grandes y pequeños que salen a la luz gracias a que no hay respeto por la intimidad, señor Brasco. ¿Cuánto hace que vive aquí?

El hombre rio a gusto.

—No, no, agente. No vivo aquí. Soy titular del contrato de alquiler, pero vivo en Posillipo. Por lo que más quiera, me sería imposible vivir en medio de tanto barullo.

Romano entrecerró los ojos para evitar el

molesto destello que despedía la montura de las gafas y preguntó:

—Perdóneme, pero si vive en Posillipo, ¿para qué alquiló un apartamento en este barrio?

—Verá —dijo Brasco poniendo cara de inocente—, a mí me gusta disponer de distintos sitios donde pasar unas horas y respirar otros aires. Dirijo grandes proyectos urbanísticos, mi estudio trabaja en todo el mundo, participamos en concursos internacionales. De vez en cuando me gusta aislarme en busca de ideas e inspiración. ¡Ah, aquí llega el café! Nunzia prepara un café exquisito. ¿Cuánto azúcar?

La chica había llevado las tacitas en una bandeja y, tras depositarla con cuidado en la mesita, se quedó de pie, con una sonrisa forzada.

Aquella sonrisa le dio escalofríos a Di Nardo. Parecía una máscara. Y preguntó:

—¿Y usted no se sienta, señorita?

Nunzia lanzó una mirada al arquitecto, como

pidiéndole permiso. El hombre asintió y la chica se sentó. A Alex le recordó un animal doméstico amaestrado con esmero.

—O sea que viene por aquí ocasionalmente — prosiguió el asistente jefe—. ¿Podría ser más específico?

A Brasco se le empañó la voz.

—No sabría decirle. Ocasionalmente, como dice usted. Insisto en que me diga si hay algún problema, algo que debería saber.

—¿Y usted, señorita? —preguntó Alex de repente—. ¿Trabaja para el arquitecto?

La pregunta fue recibida con un silencio. Los ojos de Nunzia eran como los de un animal atrapado. Brasco contestó por ella.

—No, no. Nunzia es amiga mía; es decir, hija de unos amigos —se apresuró a aclarar el arquitecto, como queriendo reparar un error—. Es una muchacha joven, a su edad se desea un poco de independencia. Y yo le permito que esté aquí

cuando quiere. Es todo.

Alex se dirigió otra vez a Nunzia.

—O sea, señorita, que usted vive aquí. ¿Y a qué se dedica? ¿Trabaja, estudia?

Romano, que había apuntado algo en una libreta, preguntó:

—Por cierto, indíqueme su nombre y residencia.

Brasco intervino de nuevo para responder:

—Se llama Annunziata Esposito, y reside en el vico Secondo all'Olivella, número veintidós. Es una... está pensando en matricularse en una escuela para sacar el bachillerato. Creo que ha completado la secundaria.

Alex di Nardo lo miró con frialdad.

—¿La señorita tiene problemas para expresarse? ¿Algún defecto serio de pronunciación, dislexia, tartamudeo? Nos gustaría que contestara ella misma las preguntas, gracias.

La dureza de las palabras se vio reforzada por

el tono seco. Romano levantó la vista de la libreta y la miró. Brasco parpadeó varias veces.

—No, claro que no. Es muy tímida. Nunzia, responde a la señora. No me obligues a hablar a mí.

—¿Y qué tengo que decir? Estoy aquí. Eso es todo.

La voz cálida, grave, temblaba de miedo. La muchacha estaba aterrorizada; Alex estaba segura.

—Dígame, señorita, ¿cuánto hace que está aquí... es decir, desde cuándo es invitada del arquitecto?

La vacilación fue intencionada y Brasco acusó el golpe. El aspecto principal, la naturaleza de las relaciones del profesional con la chica, estaba sobre la mesa. Nunzia buscó otra vez los ojos del hombre, pero no los encontró: el arquitecto clavaba la vista en Alex fingiendo un aplomo que no sentía.

—Hace... hace diecisiete días.

Esperaron a que añadiera algo más, pero la muchacha guardó silencio.

—¿Y qué hace? ¿Sale, da paseos, va a ver a alguien...?

Nunzia se retorció las manos, apoyadas en el regazo, y dirigió a Brasco una muda petición de auxilio. Luego respondió:

—No, me... me quedo aquí. No quiero salir. No salgo. Me quedo en casa, me siento a gusto aquí.

Suspiró, satisfecha por el esfuerzo.

—Nunzia tuvo un pequeño problema de salud, los nervios —intervino Brasco—. Y su familia me pidió que la tuviera aquí una temporada para que se recuperase. Y está mejorando, ¿no, Nunzia?

La muchacha asintió con ahínco. Al hablar o gesticular exhibía sus pocos años.

—Me gustaría echarle un vistazo al contrato de arrendamiento, por favor —dijo Romano—. Y los documentos de identidad, el suyo y el de la

señorita.

Brasco asintió y se levantó del sofá.

—Ningún problema, agente. Aunque no entiendo bien el motivo de todas estas preguntas y de tanta atención, como si en esta ciudad no hubiera bastantes delincuentes a los que seguir la pista.

Romano se levantó de un salto con una expresión muy dura. La voz apagada.

—A veces los delincuentes no parecen delincuentes. Tráeme ahora mismo esos documentos y déjate de cuentos.

Todos lo miraron sorprendidos. Estremecida, Alex comprendió que su colega se había sentido ofendido por el comentario del arquitecto y estaba perdiendo los estribos. Se levantó a toda prisa:

—Mi colega le acaba de pedir los documentos, señor Brasco. Le ruego que colabore.

El hombre entregó los documentos con mano temblorosa, tras indicarle por señas a la chica que

hiciera otro tanto. Intentó recuperar una pizca de dignidad.

—Yo... yo conozco a mucha gente... Si me decidiera a pedir explicaciones por este absurdo interrogatorio, a gente de bien que está en su casa, sin molestar a nadie...

Mientras Alex comprobaba los documentos, Romano no le había quitado los ojos de encima al arquitecto, que rehuía su mirada. Al policía le tembló un músculo de la mandíbula y apretaba los labios con tanta fuerza que eran como una rendija pálida.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le dirías a toda esa gente que conoces? ¿Les hablarías de tu apartamento y de la chiquilla que tienes ahí encerrada? ¿Y estás seguro de que obtendrías su apoyo?

Di Nardo le puso una mano en el brazo y dijo con firmeza:

—Basta, Romano. Ya basta. Los documentos están en regla, confirman lo que nos han dicho.

Podemos redactar el atestado.

La tensión se cortaba con cuchillo. Nunzia dio un paso atrás, hacia la pared, como deseando desaparecer. Brasco miraba el suelo y respiraba entrecortadamente. Alex dejó los documentos en la mesita y dijo:

—Gracias por su colaboración, no los molestaremos más. Si la estancia de la señorita se prolongara y decidiese cambiar de domicilio, tendrá que cumplir con los trámites oportunos. Buenos días.

* * *

Cuando se encontraron en la calle, Romano sacó un cigarrillo de un paquete arrugado.

—No sabía que fumaras —comentó Alex.

—Y ya no fumo. Lo he dejado. Pero a veces me entran ganas y me pongo uno entre los labios pero no lo enciendo.

—Qué pareja más rara, ¿eh?

—¿Pareja? ¿Qué coño dices, pareja? ¿Has visto los documentos? ¿Has visto la edad del tipo? Sesenta y tres, ese viejo cerdo. Y ella dieciocho cumplidos el mes pasado. ¡Dieciocho! Podría ser su abuelo.

—A lo mejor es cierto que es un amigo de la familia —comentó Alex tratando de calmar a su colega—. Y que la chica padece de agotamiento nervioso. Tampoco hay que ver cosas malas en todas partes.

Romano alzó la vista hacia el balcón de la vieja Guardascione.

—Ya, y yo soy Maradona. Esperó a que la chica alcanzara la mayoría de edad, así nadie puede hacer nada. Qué asco. Al menos la vieja estará contenta. Lo hemos comprobado y podemos cerrar el tema.

Mientras subían al coche, Alex pensó que aún se podía llevar a cabo alguna que otra pequeña

comprobación.

La mujer del pelo gris camina arrastrando los pies.

Pero nadie se da cuenta.

Es gorda y vieja. La artrosis le ha deformado las caderas, cada paso es una tortura. El trueno retumba con fuerza, la gente camina más deprisa. Ella no. La prisa es para quien sabe adónde va, para quien tiene una sonrisa que ofrecer a alguien, en alguna parte. A la mujer del pelo gris se le han terminado las sonrisas hace mucho tiempo.

La mujer del pelo gris lleva una bolsa de plástico en la mano. Ha comprado dos tomates, una caja de quesitos, una manzana. Sin que ella se lo pidiera, el verdulero ha añadido un manojito de albahaca y una mandarina. Ella ni se ha percatado.

Viste una gruesa chaqueta de lana de un color indefinible que, hace tiempo, tal vez también fuera gris, con unas manchas en la pechera. Una falda deformada le cubre la enagua, que le sirve de camión y que jamás se quita. Luce una cadenita con una cruz de metal. Lleva el pelo sucio; la falta de cepillo ha terminado por formar pequeñas madejas enredadas.

Lleva calcetines de hombre y unas pantuflas destalonadas con agujeros.

La mujer del pelo gris desaparece en las escaleras del metro; baja con parsimonia, apoya primero un pie y luego el compañero en el mismo escalón y vuelta a empezar. Se agarra de la barandilla, una mueca de dolor a cada paso.

Nadie la ve, como si no existiera.

En la escalera mecánica un chico la empuja con fuerza, a ella casi se le cae la bolsa, recobra el equilibrio un instante antes de desplomarse.

El chico no se da cuenta, nadie se da cuenta.

La mujer del pelo gris no cambia de expresión. Sus ojos miran fijamente el suelo.

La mujer del pelo gris vive sola en el apartamento de dos habitaciones donde vivió con su madre. Hace meses que no paga el alquiler porque la ayuda social apenas alcanza para una sola comida al día y los medicamentos que le permiten sobrevivir. Dentro de un día o de diez o de veinte llegará alguien a echarla a la calle y ella no sabrá adónde ir.

La mujer del pelo gris no tiene fuerzas para llorar ni para quejarse. No tiene números de teléfono que marcar para pedir ayuda, no tiene amigos que puedan socorrerla ni parientes que puedan ofrecerle un techo y una comida caliente.

Por no tener, ni sufrimiento tiene la mujer del pelo gris. Ha perdido las fuerzas y las ganas de ver salir otra vez el sol. Vive porque no sabe hacer otra cosa y porque piensa que la voluntad

del que está allá arriba vale más que la suya.

Busca entre la multitud un hueco libre para poder subirse al tren. Las caderas doloridas, el peso, los años la convierten en el animal más lento de los que habitan la jungla: si no quiere quedarse en el andén, debe colocarse delante, cerca de donde se abrirán las puertas.

Es la hora de salida de los colegios. La peor. Los grupos de adolescentes se arremolinan gritando, riendo, empujándose, sin preocuparse por nada.

A poca distancia, un chico ofrece una vulgar imitación de alguien, los demás se parten de risa, se dan alegres palmadas; una chica las esquivo instintivamente y empuja a la mujer del pelo gris y esta se balancea peligrosamente. La chica se vuelve, la ve y se le ríe en la cara; luego se gira hacia sus amigos, se aprieta la nariz y hace como que tiene arcadas. Todos se carcajean. Es entonces cuando alguien se fija en la vieja.

La mujer del pelo gris no aparta la vista del pequeño abismo negro ocupado por las vías del tren.

Vista de atrás, la mujer del pelo gris es el retrato de la desesperación. Los hombros encorvados, la cabeza gacha, los mechones sucios que cuelgan de su cabeza como hojas muertas. A saber qué recuerdos le pasan por la cabeza. A saber qué pensamientos.

Ahora la mujer del pelo gris deposita en el suelo la bolsa con sus escasos alimentos. Pesa muy poco, pero la pobre nota en los dedos incesantes punzadas de dolor. La mujer del pelo gris emite un leve lamento.

Nadie se da cuenta.

La piedad, piensa la mujer del pelo gris, mientras el viento del tren que se aproxima recorre el túnel. Pero qué piedad.

Los chicos siguen riendo, con fuerza, las jóvenes melenas se alborotan con la corriente de

aire. El gentío se prepara ante la llegada del metro.

Una sombra consigue un sitio detrás de la mujer del pelo gris.

Nadie se da cuenta.

No se dan cuenta los chicos, que ríen con una risa floja.

No se da cuenta la pareja de enamorados que, embobados, se miran a los ojos.

No se da cuenta la joven mamá que remete la manta en el cochecito.

No se da cuenta el empleado, a punto de terminar el artículo del diario gratuito para poder tirarlo antes de subir al tren.

No se da cuenta el guardián nocturno, que lucha por mantener los ojos abiertos y vencer el sueño, tras pasar la noche trabajando.

No se da cuenta el carterista, concentrado en comprobar si alguien lleva el bolso abierto o la cartera en el bolsillo de atrás.

No se da cuenta el profesor, que observa fascinado el trasero de una de las estudiantes, embutido en un vaquero que es como una segunda piel.

No se dan cuenta las dos monjas que, en una lengua desconocida, comentan muy enfrascadas a cuál de las dos van a enviar a las misiones de Asia.

No se dan cuenta los revisores que hablan de fútbol a la espera de elegir a alguien de aspecto bondadoso a quien pedir el billete para revisar evitando a los tiparracos, que seguramente se han colado, pero que, a buen seguro, no serán nada sumisos.

No se da cuenta la mujer que regresa del centro comercial cargada de bolsas y preocupada por no perderlas.

Poco antes de que llegue el tren, mientras la mujer del pelo gris pide a quienquiera que esté en los cielos que le dé fuerzas, una mano se posa

amable entre sus omóplatos y la empuja despacio.

La mujer del pelo gris cae sin un suspiro al pequeño abismo de las vías en el preciso instante en que pasa el tren.

Nadie se da cuenta.

Se da cuenta una chica que, lanzando un grito, baja a toda velocidad las escaleras con la esperanza de no perder el tren, que perderá, para encontrarse frente al triste espectáculo de lo que queda de la mujer de gris.

Una mano amable desliza una notita en la bolsa de plástico depositada en el andén.

Con el adiós al mundo que la mujer del pelo gris no tuvo la fuerza de pronunciar.

Pero nadie se da cuenta.

Al llegar a la entrada del círculo náutico La Vela, según se leía en la enorme placa de latón adornada con arabescos, el viento había recobrado fuerza. Durante toda la mañana y el comienzo de la tarde amenazó con llover, y con llover de un modo espectacular, con truenos cada vez más cercanos y relámpagos lejanos sobre el mar; sin embargo, hicieron su aparición nuevas ráfagas de aire cada vez más violentas, y los negros nubarrones volvieron a surcar el cielo.

Aragona y Lojacono bajaron hacia la entrada del edificio señorial rodeado de verde vegetación. Entre las plantas ornamentales entrevieron el muelle privado del círculo, con los palos de las embarcaciones de vela meciéndose como ramas a merced del viento. Pisanelli le había dicho que la entrevista con la baronesa Ruffolo debía ser

informal y estrictamente confidencial, por lo tanto, al presentarse no indicaron sus cargos.

El portero, que parecía salido de una película de los años cincuenta, patilludo, de librea y guantes blancos, escrutó con indisimulado disgusto el bronceado de lámpara, las gafas azuladas y la camisa abierta de Aragona que dejaba ver el pecho; el agente levantó la barbilla y lo miró a través de las gafas con aire desafiante. Dos mundos enfrentados. Luego, con cara de someterse a la violencia, el hombre los acompañó hasta una salita, donde fue a buscarlos un camarero con todo el aspecto de ser hermano gemelo del portero.

Mientras lo seguían a través de una procesión de salones con las paredes tapizadas de copas, placas y trofeos de todo tipo, Aragona susurró a Lojacono:

—¿Dónde nos hemos metido?

Llegaron a una amplia sala cuya única decoración se componía de unas veinte mesas de

juego; sentadas a ellas se agolpaban muchas personas, en su mayoría mujeres con cartas en la mano, y a su alrededor, como moscones en primavera, revoloteaban los camareros cargados de bandejas con cócteles y canapés. A despecho del cartel que desde la pared prohibía fumar, en el aire flotaba una densa nube de humo.

Cruzaron la sala detrás del camarero que iba todo tieso. Algunas miradas se apartaron de las cartas para posarse con curiosidad sobre los dos invitados. Sorprendido, Lojacono captó un par de ojeadas lascivas lanzadas por unas damas decrépitas de más de ochenta, atraídas por la carne fresca. Se estremeció.

En una de las paredes había una amplia cristalera que daba a una galería desierta, excepto por una señora elegante sentada a una mesita. El camarero los acompañó hasta ahí, se inclinó ante la dama y dijo:

—Baronesa, los invitados a los que esperaba.

La mujer era exactamente igual a las que llenaban la sala. La cara cubierta de arrugas y muy maquillada, las grandes gafas negras, un collar de perlas y llamativos pendientes de aspecto antiguo. Contemplaba el maravilloso espectáculo apreciable desde la galería, una vista completa del golfo y la montaña que se cernía sobre él, del mar tempestuoso y las nubes que recorrían veloces el cielo.

—Gracias, Amedeo. Pregunta a los señores qué les apetece, a mí me traes otro margarita. Siéntense, por favor.

La voz sonaba como papel de lija aplicado a un rallador. El tono era seco, típico de los habituados a mandar.

Le pidieron dos cafés a Amedeo, que se alejó sin hacer ruido. Se sentaron.

La mujer se volvió despacio hacia ellos y los miró a través de las gafas. La imposibilidad de no verle los ojos sumada a la maraña de arrugas de su

piel le daban a la cara una fijeza de reptil que los puso incómodos. Aragona se revolvió en el asiento y para ostentar desenvoltura se quitó las gafas y volvió a ponérselas; sin embargo, el gesto no tuvo efecto alguno y la mujer siguió contemplando el mar.

—Soy Anna Ruffolo. Me ha dicho Giorgio Pisanelli que quieren hablar conmigo. Giorgio es amigo mío, no le puedo decir que no, pero tiene que tratarse de algo muy concreto.

La voz estridente calló sin motivo aparente. Poco después el camarero llegó con su bandeja, dejó en la mesita los cafés, el cóctel, un plato con un surtido de pastelitos y desapareció otra vez.

Lojacono se preguntó cómo había hecho la mujer para intuir su llegada. Como si el inspector acabara de pensarlo en voz alta, la baronesa dijo:

—Los camareros de aquí son una especie de repetidor. Ciertas personas les pagan literalmente un sueldo para reproducir los cotilleos y las

noticias, mercancía muy escasa en un mundo como el nuestro donde nunca ocurre un ca... nunca ocurre nada. Y como habrán visto, en este momento ustedes son la noticia.

Sin darse la vuelta les hizo una señal inclinando apenas la cabeza hacia atrás. Aragona observó la sala a través de la cristalera y comprobó que por lo menos unas veinte señoras de cabello azul metalizado y pendientes enormes los observaban con disimulo.

—Como les decía —continuó la baronesa—, quiero que quede clara una cosa, esta conversación nunca ha tenido lugar. No podrán tomar nota, no podrán hablar con nadie de ella, no podrán contar absolutamente nada a nadie, ni siquiera que me han conocido y por supuesto, nunca se han reunido conmigo. O aceptan mis condiciones o pueden marcharse después de tomarse el café. No les he preguntado cómo se llaman, ni quiero saberlo. Ustedes deciden. Ya me

dirán.

—Entendido, señora, y le agradecemos la ayuda —dijo Lojacono—. Nadie sabrá que nos hemos visto, salvo los colegas con los que estamos llevando la investigación. Fuera de la comisaría nadie se enterará de esta entrevista. Y no levantaremos acta de nada. Se lo garantizo.

La mujer volvió la cabeza hacia él, lo miró fijamente y luego se puso otra vez a contemplar el mar.

—¿Qué quieren saber?

—Señora, ya estará al tanto de lo que le ocurrió a Cecilia de Santis, la esposa del notario Arturo Festa. Pisanelli nos comentó que usted era amiga de la víctima. No disponemos de muchos datos, en apariencia fue un robo que acabó mal, pero hay algunos detalles que no encajan. Queríamos saber algo más sobre esta mujer, si tenía preocupaciones, si en su vida había algo o alguien que habría podido desencadenar lo

ocurrido. Si le había hablado de algún acontecimiento, o si tal vez se lo había contado a alguien que pueda guiarnos en nuestras pesquisas.

La mujer guardó silencio mientras bebía a sorbos su cóctel. Luego dijo:

—Cecilia De Santis. Así la llaman, Cecilia de Santis. Nombre y apellido. En eso se ha convertido, pobre Cicia, un nombre y un apellido en un atestado. Para mí era Cicia. Siempre lo fue, desde que la vi por primera vez, recién nacida. Yo tenía quince años, y nuestras madres eran amigas. Igual que nuestras abuelas, por cierto. Y probablemente nuestras bisabuelas. Ya lo ve, nuestro mundo es así: reducido. Somos unos pocos millares, quizá unos tres mil; nos conocemos todos, estamos siempre entre nosotros. Últimamente, de vez en cuando acogemos a alguien nuevo, pero solo si ofrece espectáculo: si tiene mucho dinero o un gran talento artístico. Nos sirve de tema de conversación, para tener algo nuevo de

lo que hablar pero, fundamentalmente, somos siempre los mismos.

Una ráfaga de viento sacudió la cristalera.

—Nuestro mundo. Las vacaciones en Cortina, en Capri. Un viaje de vez en cuando, nada del otro jueves; casa en Nueva York o en París, oficina en Londres. Los salones. Los círculos. Todo sin ventanas, para no ver que en el mundo o en la ciudad ocurren otras cosas, para convencernos de que nuestra vida es en realidad el universo entero. Mírelas, ahí dentro. Se están preguntando, ¿quiénes serán los invitados de la Ruffolo? ¿Qué le estarán contando? ¿Y qué les estará contando ella? Ninguna me preguntará un ca... nada, faltaría más, pero durante semanas no hablarán de otra cosa. Igual que hablarán de Cicia, de cómo murió, durante años, este es nuestro mundo. Qué tristeza.

Aragona tosió.

—¿Y la De San... la víctima era así? ¿Como esas otras mujeres?

—¿Cicia? No. No del todo, al menos. Claro que ella también formaba parte del círculo y tenía casa en Capri y en Cortina, como todos. Pero Cicia tenía algo distinto. Era capaz de amar. De amar en serio, con dolor y sufrimiento, como aman esos de ahí fuera. Y sin grandes alharacas se ocupaba de echar una mano al prójimo. Se dedicaba a la beneficencia, no sé si saben. A escondidas, dos veces por semana iba a enseñar a una guardería de un barrio muy pobre del centro, uno de esos lugares donde una no pasaría ni a bordo de un blindado del ejército. Yo le decía: Págale a alguien para que vaya, así le das trabajo a algún pobre maestro desgraciado; y ella me contestaba: No, tengo que ir yo. Porque soy egoísta, y es una maravilla estar en compañía de esos pequeños tesoros de todos los colores. Cicia era así.

El mar había vuelto a ponerse bravo y azotaba el muelle en el que estaban atracadas las barcas.

La baronesa prosiguió:

—No es que nosotros no amemos. Al contrario, podemos dedicarle al amor todo el tiempo que nos plazca, al amor y a la salud. Para eso sirve el dinero, ¿no? Para poder dedicarse a las cosas hermosas. ¿Y qué hay más hermoso que el amor? Aparte del buraco, naturalmente. —Tomó un sorbo de su cóctel—. Pero Cicia tenía algo único. Se había enamorado una sola vez. Ustedes la vieron... como yo no puedo imaginármela siquiera, y las fotos no dicen nada de ella. No era una belleza. Pero tenía una dulzura, una fascinación en los ojos que atrapaba a las personas. Era hermosa, muy hermosa, pero en el alma. El alma de Cicia tenía mil colores. Yo me burlaba de ella, le decía que hacía méritos para convertirse en santa, y ella reía, pero la verdad era que Cicia era distinta a todos.

Lojacono trató con amabilidad de reconducir la conversación por senderos de mayor interés

para las pesquisas.

—Baronesa, no tenemos dudas de que su amiga fue una persona extraordinaria. Precisamente por eso nos preguntamos quién podía estar interesado en hacerle daño y por qué. Si la ha querido, y sin duda es así, ¿puedo preguntarle si tiene alguna idea al respecto?

El mar aullaba sin tregua. Dos marineros del círculo, con impermeables que ondeaban como banderas enloquecidas, se afanaban en el muelle por reforzar las amarras de las embarcaciones.

La baronesa Ruffolo reflexionó.

—Cicia tenía una sola debilidad. Una sola. Arturo, su marido. Un capullo vanidoso, un gallito ridículo que no pierde la ocasión de echársele encima a la primera gallina que se le pone a tiro. No era nada hasta que tuvo la potra de conocer a Cicia. Nada. Y ella lo convirtió en uno de los notarios más importantes de la ciudad, con una increíble red de contactos que le encarga trabajos

como si fuera el único. A cambio él se hartó de ponerle los cuernos y la dejó en ridículo de tal manera delante de todo el mundo que hacía años que Cicia no veía a nadie. Yo hablaba con ella a diario, le imploraba que lo mandara a paseo, cosa que a él le hubiera encantado, pero me decía que lo quería a pesar de todo. Absurdo, ¿no?

—Sí, baronesa, absurdo —convino Lojacono—. Pero esas cosas pasan. ¿Últimamente había ocurrido algo fuera de lo normal? ¿Alguna pelea o roce, alguna discusión?

—Por desgracia, no. Le repito: pese a mis consejos, Cicia no empezaba nunca una discusión con el cabrón de su marido. Ni siquiera ahora que él había perdido hasta la última pizca de pudor.

Aragona se quitó las gafas para dar mayor realce a su interés.

—¿A qué se refiere con eso de la última pizca de pudor?

La baronesa resopló.

—Tuvo la desfachatez de venir aquí, a una fiesta, con su puta. Aquí, al círculo, donde de no haber sido el marido de Cicia ni siquiera lo habrían contratado de camarero. Tendrían que haber visto a la señorita pelirroja, vestida como una fulana, con unos tacones de un metro, saludar a diestro y siniestro como si ella fuera la esposa.

—¿Sabe cómo se llama la chica? —preguntó Lojacono—. ¿Y quién es?

—Claro que lo sé. ¿A usted le parece que aquí puede pasar algo sin que se sepa enseguida, incluida la visita de ustedes dos? Se llama Iolanda Russo. Una asesora contable, fiscal o vaya usted a saber qué otra tapadera usa para ocultar su verdadero oficio.

—¿Cuál sería? —preguntó Aragona antes de que Lojacono pudiera indicarle por señas que callara.

—El de puta —aclaró la Ruffolo, que prosiguió impertérrita—. Montaron un numerito de

vergüenza ajena, todos los evitaban, no sabían dónde meterse, y él venga a perseguirlos para que la conocieran. Podía ser su hija y la presentaba como «una magnífica profesional que podría resultaros muy útil». Ya sé yo para qué podía resultar útil esa. En fin, el nuevo detalle, que por otra parte no es ninguna novedad, es que había vuelto a exhibir a sus putas por ahí. Durante unos años había estado tranquilo, o al menos había sido discreto. Pero tarde o temprano, los que son como él vuelven a ser fieles a sí mismos.

Lojacono la escuchaba con interés.

—Usted cree, baronesa —le dijo—, que su amiga se sintió insultada por esa presencia. Que haya podido pedir explicaciones y que alguien pueda...

La Ruffolo rió. Su carcajada tenía un punto áspero y fastidioso, como un rastrillo removiendo guijarros.

—¿Quién, Cicia? No. Ella sufría y tragaba.

Creía que su marido era perfecto, un maravilloso regalo de Dios, y que de vez en cuando tenía derecho a divertirse un poco. Así llamaba ella a las relaciones de su marido: divertirse un poco de vez en cuando. Tuvo muchos líos, ¿por qué motivo iba a reprocharle precisamente este?

Fuera, los marineros luchaban con el viento, el mar y los amarres. Aragona los miraba fascinado. Luego le preguntó:

—Baronesa, ¿usted quién cree que pudo haber sido? ¿Quién puede tenerle tanta manía a una persona tan buena y amable?

La baronesa Ruffolo también contemplaba el mar.

—No lo sé. A lo mejor fue un robo. Y sería muy irónico que la persona más generosa que jamás he conocido acabara asesinada por dinero o unas cuantas joyas. Claro que el gallito no tenía ningún interés, sin ella está acabado. Lo que para mí cuenta es que he perdido a mi amiga, la única

con la que hablaba de verdad, y no de las mil tonterías que comparto con esas viejas bobas de ahí dentro. Aunque Cicia era más joven que yo, por la forma de ver claramente las cosas parecía que tenía mil años. Para mí lo que importa es que la echo de menos. Y que con ella ha muerto una parte de mí, la mejor. La única que valía la pena.

Guardaron silencio un momento; los dos policías se dieron cuenta de que la mujer estaba llorando sin lágrimas. Después la baronesa dijo:

—Ahora yo me levantaré, me despediré de ustedes. Besaré en la mejilla al más joven y estrecharé la mano del más viejo. Diré que he recibido a un sobrino que vino con un amigo a pedirme dinero. Algo que aquí nos pasa a todas a menudo. Si necesitan más información, me pueden localizar a través de Pisanelli. Quiero que encuentren a quien lo hizo y que lo metan en la cárcel. Al contrario que Cicia, soy una persona muy vengativa. ¿De acuerdo?

Lojacono asintió. Y de repente le dijo:

—Baronesa, ¿le puedo hacer una pregunta? ¿Por qué su amiga coleccionaba esos objetos, esas bolas con nieve dentro?

La Ruffolo se volvió despacio y a través de las gafas clavó los ojos en la cara de Lojacono.

—¿Para qué quiere saberlo? —dijo—. ¿A qué viene esa pregunta?

—No sé. Creo que si alguien dedica tanto tiempo a algo así es porque ha de tener su importancia. Aunque visto desde fuera pueda parecer irrelevante.

La baronesa siguió mirándolo inexpresiva. Aragona se revolvió incómodo en su asiento. Había algo en aquella mujer que lo inquietaba. Se concentró en un marinero que ataba un cabo a un bolardo, en vilo entre el muelle y el espejo de mar.

La mujer habló dirigiéndose a Lojacono.

—Usted es siciliano, ¿no? Parece oriental, pero es siciliano. Lo noto por el acento. Hermosa

tierra, Sicilia. Tierra de gente competente. —Miró otra vez el mar y dijo—: Las bolas de cristal con nieve dentro. Hacía tiempo que Cicia las coleccionaba, desde que se casó. En el viaje de bodas, no recuerdo adónde, su marido le compró una. Cuando regresó, las dos nos reímos del detalle, y yo le dije que me parecía normal, teniendo en cuenta la falta de buen gusto del sujeto. En cambio ella recibió el regalo como un valioso diamante. Desde entonces las tenía de todas partes; vaya usted a saber, tal vez buscara un destello de aquella felicidad que había sentido. O sencillamente era una manera de emplear su tiempo, visto que su marido había convertido su vida en un desierto. El hecho es que cuando nos íbamos de viaje, nos pedía que le compráramos una. Creo que yo también le regalé un par, que Dios me perdone.

Se levantaron, hicieron la pequeña representación que había pedido la mujer, Aragón

le brindó un afectuoso saludo, Lojacono, otro más formal.

Cruzaron otra vez la sala llena de humo, asaetados por un montón de miradas curiosas.

Fuera, el viento daba lo mejor de sí.

En el trayecto de regreso a la comisaría no hablaron demasiado. La poca gente que se veía en la calle trataba de buscar refugio pegándose a las paredes.

—La verdad es que hasta me dio un poco de lástima —dijo Aragona de pronto—. Te vas a reír, Loja', pero esa vieja me dio lástima. Me transmitió una impresión de soledad, de desesperación muy grande. Y fíjate que ella sola tiene más dinero del que pueda reunir toda la gente que conozco. En fin.

—No te falta razón —comentó Lojacono—. Es mejor morirse de hambre y no tener qué darle de comer a los hijos. Así el día se te pasa más deprisa y no te vuelves adicto al buraco.

El colega lo miró de soslayo, con cara de ofendido.

—No es eso lo que quiero decir. De todos modos no me gustaría estar en sus zapatos. En fin, que a juzgar por la descripción de la amiga de Pisanelli nuestro notario no sale bien parado. Por cierto, ¿cómo se habrán hecho amigos? Entre los dos suman cien años, a lo mejor follaron en el Paleolítico.

—Me trae sin cuidado. Yo, en tu lugar, le estaría agradecido a Pisanelli, sin él no habríamos conseguido todos estos datos. La conversación ha sido interesante, la figura de la nueva amante del notario cobra cada vez más relieve. Habrá que buscar la manera de hablar con ella y evitar que se cierre en banda como él.

En la comisaría había tantas turbulencias como en la calle; Di Nardo y Romano discutían por una inspección que acababan de hacer juntos. Este último estaba diciendo:

—... en resumen, ese tipo es una auténtica mierda, en eso estoy de acuerdo. Y fui el primero

en apuntar que la chica no es en absoluto una amiga suya, sino algo muy distinto. Pero comprobamos sus documentos. Y todo está en orden, ¿o no? Así que, ¿qué podemos hacer?

La Di Nardo, que se había quitado las gafas dejando al descubierto la cara marcada por el cansancio, contestó tranquila pero con dureza:

—Los dos tuvimos la misma impresión, no se trata del viejo verde al uso que le pone piso a una chiquilla. Ahí hay gato encerrado, una voluntad que domina a otra. Es evidente que la chica no es feliz. Está aterrorizada, abatida, angustiada. ¿Hacemos como si nada? ¿Pasamos de todo y así le damos la razón a él, que nos dijo que nos ocupáramos de los verdaderos delincuentes y amenazó con ponerse en contacto con alguien de las altas esferas?

—¿Cómo que con alguien de las altas esferas?
—intervino Palma—. ¿Qué amenaza hizo ese arquitecto?

Romano lanzó una mirada aviesa a Di Nardo; ahora Palma, como todos los comisarios que había conocido, los obligaría a aparcar la investigación para evitar meterse en un embolado.

Describió la amenaza del arquitecto, reconoció haber estado a punto de perder los estribos y que, de no haber sido por Di Nardo, a la que señaló sin mirar, le habría puesto las manos encima.

Palma sorprendió a todos con su respuesta.

—Ah, no, esas cosas se avisan enseguida. Porque entonces es cuando hay que seguir adelante. Pasad por el domicilio de la chica, la casa de sus padres, a ver qué os cuentan. Si encontráis algún detalle que indique que no nos ha contado la verdad, entonces agarramos al tipo y le leemos la cartilla. ¿Estamos?

Se quedaron boquiabiertos. Ottavia Calabrese pensó que Palma era el Hombre Perfecto, y se imaginó besándolo.

Lojacono intervino mientras se quitaba el

abrigo.

—En cambio nosotros pasamos las tardes en el círculo náutico, tomando cócteles con damas de alta cuna. Si queréis, os cedo el puesto.

—Alguien tiene que trabajar, ¿no? —dijo Palma levantando los brazos al cielo—. Venga, cuenta.

El inspector resumió los acontecimientos del día, incluida la visita al portero y a la policía científica. Aragona comentó con amargura:

—No os quiero ni contar la cara que puso el capullo de la científica en cuanto se enteró de dónde veníamos. ¡Para llenarle la cara de bofetadas! De no haber sido por Lojacono que... que hizo una llamada, no nos decían una mierda.

—Te entiendo —asintió Palma—. Pero la próxima vez dejad que me ocupe yo por las vías oficiales. Así dejarán de ponernos palos en las ruedas.

—Lo más increíble es que nos culpen a

nosotros de lo que pasó —comentó Lojacono—. Nosotros llegamos después, ¿a esos quién los conoce?

Del fondo de la sala llegó la voz profunda de Pisanelli:

—Nosotros conocimos a esos, como dices tú. Eran colegas, como tú, como yo, como él, como ella. Gente con un trabajo duro y poco dinero, hijos enfermos que curar y deudas. Gente que cayó en la tentación al verse con una montaña de merca en las manos, como nos pasa a todos a diario.

Se hizo el silencio. Todos miraban al subcomisario.

—Eso no significa que no sean delincuentes, que quede claro. Máxime cuando no se conformaron con meterse el dinero en el bolsillo, sino que revendieron la merca a chicos inocentes y les quemaron el cerebro. Eso es lo que no les perdonan, y lo que no perdonan a quien tiene abierta esta comisaría, el hecho de que esos

colegas podrían ser cualquiera de nosotros.

Palma trató de apartar la conversación de aquellas reflexiones amargas.

—En cualquier caso, todos se acostumbrarán al hecho de que aquí se trabaja mucho y bien. De lo contrario, peor para ellos. A mí esa historia de los bastardos de Pizzofalcone me da risa. Ottavia, ¿tenemos alguna noticia para Lojacono y Aragona?

La Calabrese abrió un par de archivos en la pantalla de su ordenador.

—Alguna cosita hay. Ha llegado el informe de la autopsia, que confirma lo que el forense dice haberos adelantado en el lugar de los hechos. La mujer murió exclusivamente a causa de la fractura craneal. El resto de las condiciones eran buenas, conforme a su edad. En su correo electrónico, el forense prácticamente me dice que si a nadie le hubiera dado por golpearle la cabeza con un objeto contundente, la señora habría vivido hasta los cien años.

—Me encanta —dijo Romano, socarrón—, que un estado de salud perfecto se certifique solo con la autopsia. Mejor que una tomografía, ¿eh? Calabre', felicita al forense.

—Así es —prosiguió Ottavia—, nada mejor que una autopsia para comprobar si gozas de buena salud. En tu caso, Romano, como estás muy entrado en carnes, sería lo recomendable. Sigamos, no es la única noticia que hemos recibido para Lojacono. Me ha llamado mi amigo informático y me ha dicho que el análisis del ordenador de Festa está casi a punto. Y a ver si lo adivináis.

Hizo una pausa, exultante. Palma la encontró irresistible.

—¡Venga, no nos tengas en vilo! ¿Qué ha encontrado tu amigo?

A Ottavia le pareció increíble haber captado la atención del comisario.

—He tenido que amenazarlo y recordarle

todos los trabajos que le pasaba durante el curso para convencerlo de que sacara la información. Bueno, en el disco duro no hay nada especial, lo normal, básicamente escrituras, leyes y documentación de tipo legal. Entonces descriptaron la contraseña del correo electrónico, y, aparte de algún spam, todo lo que encontró está relacionado con el trabajo.

Aragona no consiguió ocultar su decepción.

—Me cago en todo. No me digas que para comunicarse con sus amantes el viejo carcamal usa palomas mensajeras.

Ottavia negó con el dedo.

—Pero justo al final salió algo interesante. Muy interesante. Lo malo es que no conseguí convencerlo de que me enviara copia del informe, que remitirá al juez en cuanto haya terminado el análisis global, pero me lo leyó por teléfono.

Y agitó en el aire una hoja de papel.

—No hay nada que hacer —rió Palma—;

cuando a una mujer se le mete algo entre ceja y ceja, lo consigue. Suéltalo, anda, no nos tengas en vilo.

—Se trata de un correo electrónico —leyó Ottavia— dirigido a la agencia de viajes online Iltuoviaggio.com, una de las más utilizadas en internet. Hace quince días el notario reservó un magnífico viaje a Micronesia para dos personas, con tres escalas y la última parte en biplano. Con fecha de salida pasado mañana.

Todos se quedaron sorprendidos. El primero en reaccionar fue Aragona.

—¿Y dónde coño está Micronesia?

—En Oceanía —contestó Pisanelli—. Más o menos en las antípodas.

—Pero ¿no hay que dar nombres cuando se reserva un viaje así? —preguntó Di Nardo—. No sé, datos de los documentos, los pasaportes...

—Has dado en el clavo, Di Nardo —asintió la Calabrese—. Así es, hay que indicar los

documentos. Y el notario aportó esos datos completos, nombre, apellido, fecha de expedición. Un correo electrónico muy pormenorizado. De hecho, según me dice mi amigo, preguntó si era necesario escanear los documentos.

Lojacono se mostró inexpresivo, como un tibetano a punto de levitar.

—O sea que sabemos los nombres con los que ha reservado el viaje, con fecha de salida cuatro días después de la muerte de su mujer. ¿Y el regreso?

—Abierto —contestó Ottavia—. El viaje era solo de ida.

—¿Quieres decir que el notario quería irse a Micronesia y no volver más? —preguntó Palma, confundido.

—No necesariamente —reflexionó Romano—. A lo mejor quería dejar la fecha abierta y decidir allí cuándo regresar. Se suele hacer, sobre todo en los viajes más largos.

Aragona estaba perplejo.

—Haya o no regreso, me parece que se trata de algo serio desde el punto de vista probatorio. El notario se dispone a viajar con su amante al extranjero con pasaje de ida, y fijate tú por dónde, cuatro días antes de la partida de la feliz pareja, la querida esposa, único obstáculo entre ellos y su sueño de amor, muere tras ser golpeada en la cabeza con una bola de vidrio de esas con nieve artificial dentro. Todo esto algo querrá decir, ¿no?

—Efectivamente —dijo Pisanelli rascándose la frente—, al joven colega no le falta razón. No olvidemos que como Anna Ruffolo nos ha contado, últimamente nuestro notario iba exhibiendo a la chica pelirroja por todas partes.

Pero Ottavia planteó enseguida una objeción:

—¿Por qué antes de sacar conclusiones a nadie le interesa saber si he terminado? ¿No se os ocurre siquiera preguntarme con qué nombres habían reservado los billetes?

Desorientados, todos callaron. Ottavia prosiguió:

—El viaje se reservó a nombre de Arturo Festa, el notario, y de su mujer, Cecilia de Santis, la víctima.

La noticia fue recibida con perplejidad y en medio de un silencio. Ottavia consideró luego que ya los había tenido bastante en vilo y añadió:

—Pero en el correo electrónico para hacer la reserva, el notario solicita explícitamente que le confirmen el artículo del contrato que prevé la posibilidad de cambiar uno de los nombres hasta veinticuatro horas antes de la salida en caso de impedimento grave.

—¡Lo tenemos, muchachos! —saltó Aragona—. ¡Lo tenemos! Hizo la reserva a nombre de su mujer para no levantar sospechas, con la posibilidad de cambiarla a último momento a nombre de su amante. La muerte puede considerarse un impedimento grave, ¿no?

—Qué rara es toda esta historia —dijo el comisario—. Si tienes intención de matar a tu mujer, es imposible que pienses que después te dejarán viajar a Micronesia de la mano de tu amante, con tu camisa de flores y tu sombrero de paja.

—Sin contar con que —concluyó Lojacono como hablando consigo mismo—, al tener que reservar no lo harías desde el ordenador del despacho, el primer lugar donde la policía irá a buscar, como ha hecho.

—Cierto —dijo Alex di Nardo, que no parecía convencida—. Pero también es cierto que quizá no quisieran matarla. A lo mejor, y es solo una posibilidad, él fue a comunicarle que la dejaba y que se iba a Micronesia, ella le montó un escándalo y él la mató.

—Con lo primero que encontró a su alcance —añadió Romano asintiendo—, la bola de cristal con nieve dentro, esperaba que se hiciera pedazos,

así se quitaba las dos cosas de encima.

Intervino Pisanelli para comentar:

—Sin olvidarnos de la hipótesis del ladrón, que quizá la mató justo cuando el pobre notario se disponía a reconciliarse con su mujer regalándole un segundo viaje de bodas, tras haber roto con la amante durante el último y ardiente fin de semana.

—O tal vez preguntó si se podía cambiar el nombre —concluyó Ottavia—, para fingir un compromiso de última hora, enviar a su mujer a Micronesia con una amiga, de ese modo él podía quedarse e ir a lo suyo con la pelirroja, y a ella la mataron durante el robo organizado por alguien de acuerdo con la criada, que la encontró en casa cuando en realidad pensaba que había salido.

—Joder! ¡Y luego me decís a mí que veo series de televisión! —exclamó Aragona, estupefacto—. ¿Alguna vez se os ha ocurrido ser guionistas en lugar de polis? Ganaríais dinero a espuestas. O sea que otra vez como al principio,

¿no?

—Yo no estaría tan seguro —dijo Lojacono tendiendo los brazos para restar importancia a la situación—. Podríamos decir que vamos estrechando el campo de las soluciones, como suele ocurrir cuando se consiguen varios datos a la vez. Ahora, por ejemplo, sabemos que, con su mujer o no, el notario tenía programado un viaje, y eso no me parece un dato menor.

—¿Y qué hacemos? Festa no quiere hablar con nosotros, no podemos ir a ver a la pelirroja porque oficialmente no pinta nada...

—No está tan claro —le aseguró Palma—, que no podamos hablar con el notario y la señorita. Estoy trabajando en ello con la juez Piras. Mientras tanto, tenéis algo más que comprobar, ¿no es así, Lojacono?

—Sí —contestó el inspector—. Debemos ver qué dice la criada, la señorita... —consultó la fotocopia del documento de identidad de la chica

— Mayya Ivanova Nikolaeva. Disponía de las llaves de casa, las de la puerta que no fue forzada. Quizá tiene algo que explicarnos. Venga, Aragona, esta vez vamos en coche, como a ti te gusta. Veamos si al fin conseguimos estamparnos contra una pared.

—Oye, no me creo eso que te dice el abogado. Para mí que estamos cometiendo una inmensa estupidez.

—Cuando uno se pone en manos de un profesional, debe fiarse. Por eso se dice «encomendarse» a alguien, ¿no?

—No me vengas con el rollo de ponerse en manos de un profesional, por favor. A mí no, que lo uso una media de cuatro veces al día. ¿O es que se te ha olvidado a qué me dedico?

—Claro, claro. Pero ni tú ni yo tenemos práctica suficiente en este campo específico, ¿no? Me parece que ya hemos hablado mucho del tema.

—Sí, es cierto. Pero creo que el contexto ha cambiado. Ha ocurrido algo nuevo, ¿no?

—...

—De modo que hay que reexaminar las posturas. Y a toda prisa. ¿Cuándo hablaste por última vez con tu dichoso abogado?

—Hace media hora, ya puedes apostar que si no lo llamo yo, me llama él. Para mí que espera sacar un pastón de todo este asunto.

—Precisamente de eso quería hablarte. Hazme el favor de seguir mi razonamiento. Cuando tú tienes que aconsejar a alguien que va a iniciar determinado trámite, no sé, una fusión, por ejemplo, una compraventa fraccionada o un reparto de herencia, ¿acaso no tienes en mente la manera de ganar más?

—Oye, yo...

—No me mientas, por favor. Es importante, dime la verdad.

—Bueno...

—¿Lo ves? Yo también. Es humano, creo. ¿Y en qué caso este abogado, como ocurriría por otra parte con cualquier abogado al que

decidiéramos encomendarnos, ganaría más?

—Oye, ¿no estarás insinuando...?

—Si a ti, a mí o a los dos nos imputaran, en ese caso. Si entablaran contra nosotros un juicio largo, tortuoso y caro. No olvidemos que algo así nos arruinaría la vida para siempre. Y no solo a nosotros, como bien sabes.

—¿Estás de broma? ¿Sabes lo que estás diciendo? Se trata de uno de los más famosos abogados del colegio más antiguo e ilustre del país, que...

—... que es exactamente igual que todos los demás, la única diferencia es que cuesta muchísimo más. En este caso concreto, no me fiaría ni de mi primo.

—¿Y entonces? ¿Qué quieres hacer? Supongamos que decidiéramos actuar según nuestros criterios, ¿tú qué propondrías?

—Es bien simple, debemos hablar con ellos, sin perder la frialdad y el equilibrio, ajustando

las versiones hasta el menor detalle, diciendo con calma y serenidad las cosas que debemos decir. Para que nadie pueda creer o pensar que tenemos algo que ver con esta historia.

—Estás loca. Loca de remate. Mira que las cárceles están llenas a rebosar de gente que habló con ellos con serenidad y confianza. Hace una semana leí la historia de un tipo que se tragó veintidós años, veintidós, ¿me has oído? Y era inocente, inocente como un niño. Luego apareció otro, acusado de no sé qué, que confesó el delito por el que ese tipo había sido condenado, ¿y qué hicieron? Lo soltaron con un montón de disculpas. ¡Después de veintidós años! ¡Una vida arruinada! ¿Te das cuenta?

—¿Lo ves? Estás perdiendo la calma. Justamente lo que no debes hacer Escúchame, ¿a quién corresponde la carga de la prueba?

—¿Qué?

—¿Nos corresponde a nosotros demostrar que

somos inocentes o son ellos, en definitiva, quienes deben demostrar que somos culpables?

—¿Eso qué tiene que ver? ¿Qué quieres decir? Es obvio que ellos tienen que demostrar la culpabilidad. Pero...

—Precisamente. ¿Y si tú fueras el ministerio fiscal, hacia quién dirigirías la investigación? ¿Hacia quien, por propia iniciativa, se presenta y habla o hacia quien manifiesta que no dirá nada, ni siquiera muerto?

—Ay, Dios, Dios, qué absurdo. Si no hubiese ocurrido, si hubiese logrado hablar con ella...

—¿Otra vez con eso? Déjate de lloriqueos y ponte a pensar. Reflexiona. Y contéstame: ¿tú qué harías?

—Yo... Es lógico, no hablar conduce a más investigaciones, sin duda, hasta el abogado lo dice. Pero en compensación no corres el riesgo de caer en contradicciones, como podría ocurrir fácilmente. ¿O crees que nos tomarían

declaración juntos, a lo mejor delante de una pizza? Tú no los conoces.

—¿Por qué, tú sí? ¿O el ávido de tu abogado? Te digo que estoy segura de que debemos hablar con ellos. Lo presiento. Mostrémonos colaboradores y verás que todo saldrá bien. En el fondo, siguen faltando los objetos de plata, ¿no? Tal vez se centren en la criada, no sé.

—Lo pienso. No lo sé, pero prometo que lo pensaré.

—Y que no se te olvide, no es solo un problema nuestro. Tenemos a alguien en quien pensar. No podemos cometer errores.

—No. No podemos cometer más errores.

Con la parte de su mente no ocupada en desear que no terminaran estrellándose contra un camión en el primer cruce, Lojacono pensaba en aquella ciudad.

Verla así, a bordo de un utilitario sin identificación, a toda pastilla por calles atestadas y callejones estrechísimos, conducido por un Aragona que, entretanto, seguía charlando tan tranquilo como si estuviera en el salón de su casa, era una experiencia peculiar.

Sin darse cuenta, el inspector iba cambiando de idea sobre aquel lugar tan extraño. Había dejado de considerarlo solo una especie de cárcel, un destierro al que lo habían condenado a causa de una maldita difamación, una pena impuesta sin juicio ni procedimiento contradictorio, y estaba intentando conocerlo mejor, aunque más no fuera para poder trabajar ahí; un policía, pensaba, debe

respirar la ciudad en que trabaja. Debe saborear sus silencios, sus vacilaciones; olfatear el miedo y la desconfianza, la indiferencia y la arrogancia para poder combatirlos, de lo contrario, está acabado.

Claro que interpretar un lugar tan complejo no era sencillo, reflexionó mientras Aragona, que le estaba contando la trama de una película que acababa de ver, esquivaba por un milímetro a una moto con tres personas a bordo. Calles pretenciosas, con tiendas de marca y automóviles de lujo, se alternaban con callejuelas estrechas y empinadas, con viviendas paupérrimas y niños apenas destetados que jugaban en la calle, delante de la puerta de sus casas, y respiraban los humos de los tubos de escape. Plazas amplias, cerradas al tráfico y vigiladas por decenas de guardias urbanos, daban acceso a una red de callejones donde se practicaba todo tipo de comercio, con tenderetes y carritos repletos de mercancías que

obstaculizaban el paso de los coches. Las amplias avenidas flanqueadas de rótulos de bancos, por las que transitaban ajetreados profesionales con traje oscuro y abultados portafolios de piel, desembocaban en placitas oscuras a las que asomaban maravillosas iglesias desacralizadas donde, ajenos al viento ululante, los niños con el torso desnudo disputaban eternos partidos de fútbol en medio de un desfile de ciclomotores. Era como si el mercado de Casablanca o el centro de Marrakech hubiesen sido implantados en el centro mismo de Milán. Lojacono se preguntaba qué interpretación podía ofrecerse de un lugar así.

—Una interpretación extraordinaria, te lo juro. Tendrías que haberlo visto, pelo largo, gafas negras, sucio y arrugado, un policía perfecto; sin embargo, sus colegas le hacían el vacío porque creían que era un corrupto. Mientras lo veía pensaba que en cierto modo nosotros también somos así, ¿no?

Lojacono comprendió que ese día a Aragona no había que darle cuerda mientras conducía, si no era peor; su compañero lo miraba y le daba palmaditas en el hombro como si estuviera conversando con él normalmente en un bar, y no levantaba el pie del acelerador ni medio milímetro. A Lojacono le hubiera gustado llevar él el coche, pero no sabía por dónde ir: Mayya Nikolaeva, criada de la difunta señora De Santis, vivía en una perpendicular de no se sabía qué calle por la zona de la estación central.

Lojacono no tardó en darse cuenta de que los vecinos de esa zona eran en su mayoría extranjeros. Hombres y mujeres de color entraban y salían de los edificios cargados de grandes bolsas repletas de mercancía y se colaban entre los coches aparcados en triple fila; indios acompañados de infinidad de niños se saludaban al cruzarse; las tiendas de alimentos exhibían rótulos en italiano y otras lenguas, a menudo en

caracteres incomprensibles.

Aragona enfiló una callejuela, aparcó el coche encima de una acera angosta, obstruyéndola por completo.

—Listo, creo que es por aquí. No hace falta que te diga que no vamos a contar con el elemento sorpresa, ya lo has visto.

Casi todas las personas que bloqueaban la calle se habían esfumado, pese a que el coche no llevaba ningún distintivo que lo identificara como de la policía.

—Nos huelen de lejos. Y enseguida estalla el síndrome de la falta de permiso de residencia, aunque lo tengan al día, aunque su maldito país haya entrado en la Comunidad Europea y ya no lo necesiten.

Sin dejar de rezongar, Aragona miró el número de la casa en la fotocopia del pasaporte de la chica. Asintió y se metió en un zaguán oscuro y húmedo.

Una señora mayor estaba limpiando las escaleras; le preguntaron dónde estaba el apartamento de Mayya y, sin levantar la vista, la mujer contestó con un marcado acento del Este:

—Tercer piso, apartamento con puerta.

Subieron con dificultad, porque oscurecía y no había luz. Se percibía un pesado olor a comida guisada con especias y cebolla, y de algunas viviendas provenían voces que hablaban en lenguas desconocidas. En el tercer piso había, en efecto, una sola puerta; la correspondiente al otro apartamento estaba abierta de par en par y dentro no había nadie.

Llamaron y Mayya les abrió enseguida, como si los hubiese estado esperando.

—Buenas noches, pasen.

Entraron en una habitación que no se parecía en nada al resto del edificio. Una iluminación cálida proveniente de un par de lámparas de pie envolvía un cuarto immaculado, con una mesa y

sillas, un sofá y un sillón, una mesita baja y un televisor de pantalla plana. De las paredes colgaban fotografías, en su mayor parte de Mayya abrazada a un hombre alto y robusto, de pelo castaño y aspecto vagamente incómodo. Aquello se parecía a cualquier apartamento de clase media donde no nadaban en la abundancia, pero donde no pasaban privaciones.

—Señorita —dijo Lojacono—, se acuerda de nosotros, ¿verdad? Nos conocimos... nos vimos anteayer por la mañana, en casa del notario.

La muchacha asintió con expresión afligida. Al verla ahora, a los dos policías les pareció menos joven; una pena sincera, con un punto de agitación, le marcaba la cara. En aquel barrio, encontrarse a dos policías en casa no debía de ser lo mejor de la vida.

—Claro, me acuerdo. Siéntense, por favor. ¿Hago café?

El inspector le indicó que no, mientras

Aragona, de un modo bastante maleducado, recorría la habitación y observaba las fotos.

—No, gracias. Si no le importa, tenemos que hacerle unas preguntas. Preferimos venir aquí en lugar de citarla en la comisaría. No tardaremos mucho, unos minutos.

Mayya se pasó la mano por el pelo con un gesto instintivo porque estaba perfectamente peinada.

—Sí, bien. Nos ponemos aquí.

Señaló el sofá y el sillón, que ocupó ella. Solo sus manos delataban cierto nerviosismo; las restregaba, las separaba, las juntaba sin parar. El resto del cuerpo estaba quieto, rígido; la cara de rasgos regulares, un tanto anodinos, no dejaba ver emoción alguna.

Aragona se detuvo al lado de una foto del hombre castaño y preguntó:

—¿Y este de la foto quién es? ¿Vive aquí contigo?

Lojacono captó la grosería en el tono de su colega; la chica contestó sin darse la vuelta, con calma.

—Mi pareja, Adrian. Él trabaja, vuelve en un rato.

Aragona hizo una mueca astuta y miró a Lojacono asintiendo como si hubiese encontrado al culpable. El inspector no le hizo caso y siguió hablando con la mujer.

—¿Cuánto hacía que trabajaba para la familia Festa?

—Dos años y pico, tres casi. ¿Quieren ver informe vida laboral?

Lojacono levantó la mano con un gesto vago.

—Ahora no, a lo mejor luego. ¿Y qué tal le iba con ellos?

—Notario nunca estaba. Yo iba nueve de la mañana hasta las cinco, yo vi notario pocas veces. La señora es... era buena, amable. Yo la quería. Mucho.

Le tembló un instante el labio y se le nublaron los ojos. Tosió un poco y recuperó el control. Lojacono pensó que estaba realmente unida a la víctima. O tal vez fuera buena actriz. O quizá había tenido un momento de arrepentimiento.

—Cuando llegaba por la mañana, ¿le abría la señora?

—No, tengo llaves. Así, si señora salía, o dormía, yo no despertaba.

Aragona, siempre de pie a espaldas de la chica, preguntó:

—¿Desde cuándo tenías las llaves?

La chica contestó sin dejar de mirar a Lojacono. La hostilidad de Aragona era evidente, y ella había elegido a su interlocutor.

—Después dos semanas la señora me dio llaves. Desde entonces yo tengo llaves.

—O sea que la otra mañana —prosiguió el inspector—, no encontró nada raro, objetos fuera de sitio, no sé...

—No, todo como siempre. Yo no di cuenta de cosas de plata, no miré en repisa, fui hasta cocina, hice desayuno, busqué señora, no estaba en dormitorio, yo...

Se interrumpió, tragó saliva, se llevó la mano a la cara pero no completó el gesto. El labio inferior volvió a temblarle y una lágrima le resbaló por la mejilla. Con esfuerzo recobró la calma y clavó los ojos, ahora enrojecidos, en Lojacono.

—Señora era buena mujer. Buena conmigo, buena con todos. No recuerdo nunca gritos, ella nunca enojada conmigo, con nadie. No entiendo quién pudo ser. No entiendo cómo, por qué. No entiendo.

Aragona resopló. Lojacono le echó una mirada aviesa y le preguntó a la chica:

—¿Alguna vez oyó a la señora De Santis discutir con alguien? Por teléfono, por ejemplo. Con alguien que había ido a su casa, no sé, aunque solo fuera unos minutos. O la vio pelearse con el

notario.

Tras una reflexión, Mayya respondió:

—Cuando yo estaba, nunca venía nadie. Alguna vez una amiga de señora, baronesa, mujer más vieja... Hablaba a señora con voz alta, pero señora reía, no peleaban. Únicamente baronesa se enojaba con señora, señora no se enojaba con baronesa. —Tras una breve pausa, continuó—: Cuando notario estaba, hablaba poco. Estaba en su estudio, cuando comían tampoco hablaba mucho con señora. Yo nunca oí pelear a los dos, no.

Lojacono asintió. Fue como si estuviera oyendo a la baronesa hablar con la víctima para poner verde al marido, e imaginó a la De Santis encajar las críticas sin protestar. Cuadraba con los datos que habían reunido.

—¿Salía a menudo la señora en el horario en que usted estaba en la casa?

—No. A veces venía chófer a buscarla con coche de notaría, entonces salía a comprar algo. A

ella gustaban mucho bolas con nieve dentro, ya vieron cuántas tenía en la sala. A veces volvía con otras nuevas, ella me miraba como para pedir disculpa. No podía resistir.

En ese preciso instante se abrió la puerta y entró una versión con algunos años más del hombre retratado en las fotos de la pared.

Arrugó la frente y le preguntó a Mayya:

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son?

—Policías —contestó Aragona yendo hacia él—. ¿Tú quién eres? Danos nombre y apellido.

Aragona le llegaba a la altura del pecho; el hombre era dueño de una musculatura casi de culturista, por no mencionar su aspecto siniestro, pero el tono del policía era amenazador.

El joven parpadeó y se mostró cauto.

—Adrian Florea. Vivo aquí. ¿Ha pasado algo?

A pocos centímetros, Aragona lo miraba de abajo a arriba sin contestar. Adrian pasó el peso de un pie al otro, incómodo.

—No, nada —lo tranquilizó Lojacono—. Le estamos haciendo unas preguntas a la señorita en relación con lo ocurrido el otro día en su lugar de trabajo. ¿Usted sabe algo?

Antes de que al hombre le diera tiempo a contestar, Aragona rugió:

—Primero quiero saber de dónde eres, cuánto hace que estás aquí y a qué te dedicas.

Lojacono estuvo a punto de pedirle que se calmara, después pensó que los datos les servirían y desistió. Florea miró primero a uno, luego al otro, evidentemente acostumbrado a ese tipo de preguntas.

—Soy de nacionalidad rumana. Tengo treinta años, vivo aquí desde los veinte. Tengo un camioncito y reparto bebidas para una empresa de Poggioreale.

Hablaba un italiano perfecto, casi sin acento, como se podía apreciar por sus palabras. Aragona lo miraba asintiendo, como si lo que acababa de

decir el hombre fuera una confesión que encajaba con lo que él esperaba. Luego dijo:

—Bien, lo comprobaremos. El documento, por favor. Deprisa.

El hombre sacó la cartera. Lojacono suspiró; le molestaba la actitud de Aragona, su manifiesto prejuicio hacia los inmigrantes, pese a que no había motivos para sospechar de él, pero no era de aquellos que planteaba objeciones a un colega en presencia de terceros. Ya hablaría con él más tarde, y sin contemplaciones.

Se dirigió otra vez a Mayya, que no había intervenido en la conversación.

—Señorita, tengo que preguntarle una cosa, ¿siempre tuvo con usted las llaves de la casa de la señora y el notario? ¿No las habrá perdido y encontrado después, no se las habrá dado a alguien aunque fuese por una hora, a un proveedor, el portero del edificio, por ejemplo? Haga memoria, por favor, trate de acordarse.

Adrian, que se había acercado a ella quitándose la cazadora, comentó sarcástico:

—Claro, tiene lógica. Cuando pasa algo y está de por medio un inmigrante, seguro que es el culpable. Aunque tenga la documentación en regla, aunque se deslome para ganarse el pan, aunque sea alguien a quienes todos aprecian. Si hay un inmigrante, van a lo fácil: ya tenemos a quien lo hizo.

Aragona dio un paso al frente, se exhibió con su famoso numerito de las gafas y, levantando la voz, dijo:

—Vamos a ver, tú, nosotros hacemos las preguntas y vosotros contestáis. ¿Te queda claro? Aquí nadie dice que nadie sea culpable. ¿Qué, tienes cola de paja? Ya puestos, ¿dónde estabas tú la noche del domingo, eh?

—¡Bueno, ya basta los dos! —ordenó Lojacono levantándose del sofá—. Créame, Florea, no tenemos ningún prejuicio contra

ustedes. Por lo menos de mi parte. —Y lanzó una mirada elocuente a Aragona, que se puso otra vez las gafas—. Tratamos de reunir la información que necesitamos lo más deprisa posible, así nos podremos ir.

El hombre cruzó los brazos sobre el pecho, y con voz clara y cadenciosa, dijo:

—La noche del domingo estaba aquí, durmiendo. Porque me levanto a las cuatro de la mañana, y a las cuatro y media ya estoy en la calle cargando cajas de agua mineral para repartirlas por la ciudad por cuatro chavos. Y a Dios gracias, porque hay mucha gente que para comer tiene que hacer cosas que yo nunca he hecho, y que nunca haría. Pero las hacen porque tienen que comer, ellos y sus hijos, y en mi país ni siquiera hay alguien a quien robarle. Y quiero aclarar algo, rumano no quiere decir gitano. Están los gitanos y están los rumanos. Yo soy rumano y trabajo todo el día. Honradamente.

—¡Te felicito! —le soltó Aragona—. Pero si tenemos aquí a un político, ¿quién coño eres, el presidente? A mí todas esas excusas me dan risa, eso me dan. He visto a muchos como tú que parecen corderitos, ¡yo no hice nada, soy inocente, soy la mejor persona del mundo, soy un santo! Después, a la que rascas un poco, sale mierda como para llenar un camión más grande que el tuyo. Lo vamos a comprobar, puedes estar seguro. Y si descubrimos que tú o algún amigo tuyo... porque sabemos cómo funcionáis... uno busca el trabajito y otro lo hace... tenéis algo que ver con lo que pasó en la casa de los Festa, te lleno la cara de hostias. Yo, personalmente.

Lojacono pensó que en el futuro próximo y, con el único fin de salvarle la vida, tendría que obligar a Aragona a no pisar los cines más que para ver comedias a la italiana o dibujos animados.

Florea parpadeó otra vez y, desde su metro noventa, dijo al metro setenta de Aragona, con voz

de pronto insegura:

—Yo... yo no he hecho nada, lo juro. Salí temprano, porque para sacar algo más de dinero trabajo incluso los domingos, y estaba hecho polvo... Mayya estaba en casa, me preparó la cena... estábamos solos, los dos aquí y...

Mayya intervino con calma. No se había movido del sillón, no había cambiado de postura y seguía con la vista clavada al frente.

—Las llaves yo nunca dejé a nadie, siempre llevo en el bolso, nunca perdí ni presté. Están aquí, si quieren doy a ustedes. Yo ya no voy más. Nunca más. De noche... cada noche veo pobre señora en suelo, con cabeza llena de sangre... Yo ya no voy más.

* * *

Cuando estuvieron los dos en el coche, Lojacono le preguntó a Aragona:

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado? Atacaste a ese muchacho como si estuvieras seguro de su culpabilidad.

—Si supieras la de tipos como él que he visto en la central —dijo el agente, encogiéndose de hombros—. No tienes ni idea de lo que son capaces, son como una puta tribu, una cadena de montaje. A lo mejor cogió las llaves, y la chica estuvo de acuerdo, hicieron una copia y se la dieron a alguien que fue en coche con otros dos a la casa de la señora para hacer lo que hicieron.

—A lo mejor —admitió Lojacono—. Y a lo mejor no. A lo mejor los detenemos y los metemos en chirona, como hacemos siempre, sencillamente porque no tienen más coartada que su palabra; y el que de veras mató a la señora se va a una playa a tomar el sol en pelotas, a lo mejor a Capri o a Cortina, como nos contó la baronesa, con un cóctel en la mano, encantado de la vida por haber dado un buen golpe, o incluso por haberse zafado

tranquilamente. Sin ánimo de ofender a esos dos capullos de Lojacono y Aragona, que para acabar antes pillaron al primer rumano que se les cruzó por delante y contribuyeron a que lo condenasen a treinta años.

—Supongamos que tienes razón —reflexionó Aragona—. Pero ojo, como simple supuesto, que yo cuando veo a esta gente siempre me pregunto con qué dinero se compran un televisor LED, cuando yo, para conseguir el mío tuve que pedirle ayuda a mi viejo. Pero supongamos que tienes razón. De hecho, estos dos no tienen coartada porque dicen que esa noche estuvieron juntos y solos. Y no contamos con nada más, porque el notario no habla con nosotros, a la amante no podemos ir a verla porque no tenemos motivos y de la baronesa Comocoñosellame no sacamos nada, aparte de lo santa que era la señora. ¿Me quieres decir qué hacemos ahora?

—No lo sé —dijo Lojacono con un suspiro—.

Tratemos de buscar la manera de hablar con el notario. No sé cómo. La cuestión es que esta noche no hay nada más que hacer. Por hoy nos vamos a casa y lo consultamos con la almohada.

Aragona arrancó a toda velocidad sin ceder el paso.

Giorgio Pisanelli se cruzó en el rellano con su vecino, el comendador Lapiana. Intercambiaron un discreto «buenas noches», no se detuvo a charlar porque tenía algo de prisa; como justificación, le señaló someramente un sobre que llevaba bajo el brazo y cerró la puerta a sus espaldas.

No pudo evitar que unas gotas de orina le mojaran los pantalones. Suspiró de dolor durante la micción, tratando de pasar por alto las vetas de sangre en la taza, pulsó el botón de la cisterna y siguió el chorro de agua que se llevaba la preocupación, la angustia y un leve sentimiento de culpa.

Encendió el equipo estéreo, y en el aire rancio del apartamento, Mozart comenzó a hablar de su alma pura. Pisanelli sospechaba que, desde que Lapiana se había jubilado lo escuchaba a

escondidas, y no quería darle la satisfacción de pensar que hablaba solo. Esa noche tenía cosas que contarle a Carmen y no quería que lo oyeran.

Depositó el sobre encima de la mesa del salón, lo abrió y desplegó las fotos y los documentos. Empezó a ponerlos en orden silbando la sinfonía K550.

Ves, cariño, una nueva, dijo. Según Leonardo debo librarme de los fantasmas; dice que proyecto y transfiero en los demás mis angustias, los pesos que llevo en el alma. Pero, amor mío de mi alma, tú y yo sabemos que no es así.

Fíjate en esta, por ejemplo. La semana pasada, bien lejos de los límites del distrito, en la piazza Dante. El metro: esperó hasta un segundo antes de que pasara el tren y se tiró. Es increíble, nadie se dio cuenta: una mujer se tira a las vías del metro en hora punta, miles de viajeros dentro del tren y centenares fuera, ya se sabe que con una frecuencia de quince minutos es una auténtica guerra subirse

al metro, y nadie se da cuenta. ¿No te parece absurdo?

Son muchas las cosas absurdas, en esta ocasión también. Como te iba diciendo: fuera de los límites de la comisaría. Ahora tú me preguntarás, y sé que lo harás porque eres inteligente, ¿cómo te has enterado? ¿Y encaja con los demás «suicidios» que tienes en la otra habitación, expuestos en la pared con fotos y recortes de periódico? Bien sencillo. La señora Carmela del Grosso, setenta y nueve años, vive, mejor dicho, vivía en el vico Terzo Nocelle. Por poco tiempo, porque hacía bastante que había recibido el aviso de desahucio y estaba a punto de vencer el plazo para que intervinieran las fuerzas del orden. ¿Y? ¿Es un buen motivo para acabar con todo? Si en esta ciudad tuvieran que tirarse a las vías del tren todos los que han recibido un aviso de desahucio, entonces sí que deberían aumentar la frecuencia de los trenes de metro.

Así que me dicen: Pisane', resígnate, la mujer acabó con su vida porque era pobre, pobrísima, no pagaba el alquiler y no tenía dónde ir. Pero yo contesto, y dime si me equivoco, amor mío: ¿Cómo es posible que una mujer dispuesta a acabar con todo, a quitarse la vida, vaya en metro hasta la piazza Dante? ¿Y que haga el viaje para ir a la verdulería de un amigo, que no le cobra las cuatro cositas que come, y que, dicho sea de paso, llevaba en una bolsa de plástico que dejó en el andén?

Sí, cariño, tienes razón: tal cual. Una no va hasta la piazza Dante para tirarse a las vías del metro. Acaba con su vida en su casa, así esos cabrones, que quieren echarla por la fuerza, se encuentran con un bonito cadáver y tendrán que hacer examen de conciencia. Pero no, la Del Grosso recorre kilómetros a pie para no tener que pagar... a ver qué pone el atestado... dos tomates, un manojo de albahaca, una manzana y una

mandarina. Y una caja de quesitos. ¿Cuánto, cinco o seis euros? ¿Una mujer que quiere morirse?

Y los muy idiotas, con tal de no abrir un expediente, con tal de no tener que salir y hacer algunas preguntas por ahí, lo archivan todo corriendo. Suicidio, Pisane'. Resígnate. Suicidio. ¿Por qué lo dicen? Porque encuentran la maldita notita.

Vamos a ver la famosa notita: escrita en letra de imprenta, como de costumbre, sin un solo temblor de la mano (¡a una vieja de casi ochenta años le sale la letra como si estuviera impresa!), ni una falta de ortografía, y eso que solo estudió hasta quinto de primaria y en su casa no tenía ni libros ni diarios, solo un viejo televisor. Escribió: «No aguanto más. Me voy de este mundo por mi propio pie. Pido perdón a Dios». Y digo yo, cariño, ¿a ti te parecen palabras con las que una persona así decide suicidarse?

La nota la encontraron en la bolsa. Con los

quesitos. Yo creo que una mujer así deja en su casa el mensaje de despedida. De una cierta manera, quizá en medio de la mesa. Pero si decide ir hasta la piazza Dante, entonces no deja ninguna nota, no señor.

Sigo pensando lo mismo, cariño; mejor dicho, lo pienso cada vez más. Hay alguien, una persona o varias, que mata a la gente y lo hace pasar como suicidio. Ya pueden hablar Leonardo, Ottavia, el comisario Palma, los colegas, cuantos piensan que me falta un tornillo y dicen que soy un viejo obsesionado, ¿te crees que no sé que piensan que estoy loco?

Pero no estoy loco, no. Amor mío, tú y yo sabemos que no estoy loco. ¿Y sabes por qué sé que no son suicidios? ¿Lo sabes?

Sí que lo sabes, cariño. Lo sabes. Porque estás donde todo se sabe. Pero no es solo por eso. Lo sabes porque tú lo has hecho. Sabes el miedo que se siente ante una montaña de dolor por escalar,

sabes cómo se encoge el corazón en el pecho ante la sentencia de un médico.

Tú, amor mío, no aguantaste más.

Poco a poco vi cómo desaparecían de tus ojos las ganas de vivir. Noté cómo se alargaban tus silencios y tu mirada se perdía en el vacío. Sentí cómo dejabas de hablar, cómo dejabas de prestarme atención en aquellas vagas e inútiles charlas que te soltaba con la esperanza de ahuyentar al fantasma de la muerte que te nublaba el alma.

Tú querías irte, amor mío. Y cuando encontraste la manera y el momento, ni pensaste en escribir notas inútiles, ni que fuera una fiesta, o una película lacrimógena. Lo hiciste y punto. Te tomaste todas las pastillas que tenías a mano, las tragaste con método, de una en una. Quién sabe cuánto tardaste.

Y quizá desde el principio supiste que sufrirías. Que morirías ahogada en tu propio

vómito, entre mil espasmos de dolor, pobre amor mío, mientras yo... a saber dónde estaba yo, tras la pista de algún delincuente mal nacido, persiguiendo una justicia que en esta tierra no existe.

Tú querías morirte, amor mío. Querías que yo te dejara marchar. Y la noche antes, cuando me sostuviste la mano mirándome a los ojos con todo el amor del mundo, a través de las lágrimas, pensé que te dolía e intenté distraerte. Sin embargo, con esa mirada, me estabas escribiendo tu nota de despedida.

La señora Carmela del Grosso, con su bolsita de tomates y quesitos, no quería irse. Tú sí. Por eso lo sé, por eso tengo que seguir buscando, por eso no debo detenerme, debo vivir, y antes de dejar que este estúpido cáncer acabe conmigo, debo averiguar quién mata a esta gente y por qué.

Total, después nos volveremos a ver, amor mío.

Y nunca más nos separaremos.

El asistente jefe Francesco Romano no quería volver a su casa. Tenía un mal presentimiento.

Durante todo el día había intentado ponerse en contacto con su mujer, pero el teléfono de Giorgia estaba apagado. Le hubiera gustado decirle que lo sentía mucho; que quería morir de solo pensar que había sido violento con ella; que el nerviosismo de esos últimos tiempos se debía al trabajo, al hecho de que lo habían echado de la comisaría de Posillipo donde, por lo demás, nunca había estado a gusto, entre aquellos lameculos sin carácter, y en cambio, para su sorpresa, los primeros días en ese lugar nuevo y extraño no habían estado tan mal; que tenía la certeza de que ahora todo se arreglaría, que entre ellos reinaría otra vez la calma y se reirían como antes.

Si el maldito teléfono no hubiese estado

apagado, le habría dicho que la seguía queriendo. Que sin ella su vida no tenía sentido. Que dentro de él, bajo aquella actitud de gorila obtuso de la que era consciente, seguía estando el muchacho introvertido que en la universidad la había sorprendido con un enorme ramo de rosas el día de su cumpleaños. Si esa puta voz grabada no le hubiese comunicado cada cinco minutos que el teléfono al que usted llama está apagado o fuera de cobertura, le habría dicho que la falta de hijos no puede acabar con un amor tan fuerte, de tantos años. Que deseaba hablar con ella y oír su voz, más que nada en este puto mundo.

Pero el teléfono había seguido apagado. Y ahora, el asistente jefe Francesco Romano seguía dando vueltas en su coche como un imbécil para retrasar la vuelta a casa, aterrado por su propia fragilidad, porque si no encontraba a Giorgia, se derrumbaría.

La naturaleza, pensó, es una mala bestia. La

naturaleza siempre sale a la superficie. Lo hace de improviso y te enfrenta a todos tus fantasmas.

Al final aparcó un poco más lejos y dio un paseo hasta llegar delante del portón. Al viento le traía al fresco que ya fuera de noche, seguía azotando como siempre, con algunos intervalos, desde hacía días. Hojas, papeles, bolsas de plástico, ramas: todo tipo de basura revoloteaba en el aire como para servir de escenografía a las elucubraciones de Romano.

Había pensado un millón de veces en lo que le ocurría en esos momentos, en el velo rojo que le caía sobre los ojos, en cómo perdía el control de sus actos, como si alguien a bordo de un coche con él dentro se apoderara del volante y lo llevara a donde le venía en gana. En esos momentos, habría dicho Romano si alguien hubiese conseguido convencerlo de que hablara libremente, en esos momentos todo era lógico. Y era lo contrario de cuanto estaba dispuesto a creer. No era absurdo,

sino lógico. Era tremendamente natural agarrar a un hombre por el cuello; era obvio darle un revés a su mujer; era normal sacudir a un tipo hasta casi hacerle perder el conocimiento. En esos momentos, lo contrario era imposible.

Romano le habría preguntado a ese hipotético interlocutor: ¿Y crees que eres sincero? ¿Todas las veces que piensas: yo a este lo mataría, y en cambio sonríes? Todas las veces en que, de buena gana, agarrarías a mordiscos la bonita cara que te dice: en ciertos momentos yo te entiendo, y en cambio contestas con voz calma y educada: déjame que te lo explique. ¿Te crees que eres sincero, gilipollas?

Y así llegó hasta el portón y se lo quedó mirando. Sacó la llave y abrió. Por las escaleras, nada de subir en el ascensor, para interponer unos minutos más entre él y la posibilidad de un descubrimiento que lo enfrentaría a las consecuencias de sí mismo. Contó los escalones,

veinte, treinta, cuarenta. Controló la respiración y entró en su casa.

Oscuridad. Silencio. Fuera, el viento sacudía las persianas tratando de entrar. En la oscuridad del recibidor Romano se quedó escuchando y pensó que aunque te quedes quieto en la oscuridad, los ruidos de las casas van cambiando; ahora estaba él; momentos antes no había nadie. Nadie. Aquella casa estaba vacía. La persona con la que quería hablar no estaba disponible.

Lanzó un profundo suspiro y encendió la luz. Nada parecía haber cambiado. Todo estaba como siempre, los adornos, el perchero, la alfombra. Todo igual. No olía a comida, nada de cena. No se oía como fondo el televisor encendido. Ni ruido de platos. Ni beso.

Se quitó el abrigo, lo colgó. Tuvo la sensación de estar moviéndose debajo del agua, con gestos lentos, medidos. Notó el corazón latiéndole con fuerza en la garganta, en los oídos, con un

estruendo insoportable.

La sala. Como suponía, la mesa no estaba puesta; no había señales de cariño, ni en el aire ni en ninguna otra parte. Mejor dicho, algo había: justo lo que había imaginado de forma subconsciente durante todo el día, mientras había ido construyendo la imagen, detalle a detalle, fotograma a fotograma cada vez que llamaba y nadie contestaba.

Una nota.

Doblada en dos, en medio de la mesa. Con un bolígrafo encima, el que presumiblemente había servido para escribir algo. ¿Qué? Su mente de policía comenzó a plantear hipótesis, antes de que el otro que llevaba dentro, el que de vez en cuando se adueñaba del volante, empezara a partirse de la risa: ¿qué coño imaginas, capullo? Imaginas por qué no tienes el valor de tocar la nota, abrirla y leerla. Y de paso, te limpias el culo con ella.

Tendió la mano y cogió la nota. Hizo una

mueca al reconocer la letra de su mujer, en recuerdo de todas las veces que le había tomado el pelo por aquella letra redonda, como de adolescente.

¿Y si no la leyera?, se preguntó. ¿Si la arrugara y la tirara? Tal vez todo volvería a ser como antes...

Pero no, empezó a leer.

Y siguió hasta el final.

Querido Francesco:

Lo sabías. Siempre has sabido que llegaríamos a esto. Porque te has empeñado en ir hasta el fondo. Y la otra noche tocamos ese fondo.

Siempre te he querido, siempre pensé que serías el hombre de mi vida, mi marido, el padre de mis hijos. Que envejeceríamos juntos, de la mano. Ya sabes que desde chicos, cada vez que me

venía a la cabeza la palabra amor, pensaba en ti. Sabía que llevas dentro algo terrible, que tu naturaleza no era solo la del hombre dulce, capaz de conmoverme hasta las lágrimas. Que a veces en tus ojos había algo que daba miedo.

Ya sabes que las mujeres se quedan con un hombre al que eligen entre todos. Ven sus defectos y creen que podrán cambiarlo, pero los hombres no cambian. En compensación, los hombres se quedan con una mujer esperando que no cambie nunca, pero las mujeres siempre cambian.

Yo he cambiado; tú sigues siendo el mismo. Hemos tomado caminos distintos pese a seguir juntos.

Hasta la otra noche.

Nunca me habías pegado. Sé que muchas veces sentiste la tentación; entonces apretabas los brazos del sillón

con las manos, tus músculos se movían debajo de la camisa, cerrabas con fuerza la mandíbula. Tus ojos miraban el vacío, sin expresión. Pero nunca me habías pegado.

Sin embargo, la otra noche me pegaste.

La bofetada no tiene importancia. El labio hinchado no tiene importancia. El ojo morado no tiene importancia.

Pero el miedo que te tengo ahora sí tiene importancia. Y no podría, jamás podré estar con un hombre al que le tengo miedo.

No sé qué fue lo que pasó ni cuándo. En mi caso, quizá haya sido no poder tener un hijo. En el tuyo, puede que fuera el cariz que había tomado tu trabajo. Pero siento que muy dentro de mí se ha roto algo que ya no se arreglará.

Me voy. Por favor, no me busques. Resultaría muy penoso decirte a la cara

estas cosas, más por ti que por mí. Me parece que después de lo de la otra noche será mejor que no nos veamos a solas: me das miedo. No quiero borrar todos los recuerdos maravillosos que tenemos en común y sustituirlos por el miedo.

Con dolor y ternura,

GIORGIA

Como un autómatas, Romano depositó la nota sobre la mesa, despacio, con suavidad, como si fuera el cadáver de un pajarito que hubiera dejado de cantar para siempre.

Después, moviéndose siempre con lentitud, fue al dormitorio.

La cama estaba hecha con esmero, las dos almohadas perfectamente alineadas, la colcha, immaculada. Levantó una esquina: las sábanas estaban limpias, recién lavadas. Quiso llevarse también su olor.

Querido Francesco, escribió. Querido Francesco. No Fra, como solía llamarlo. No amor, ni cariño mío, como lo llamaba en la intimidad. No. Querido Francesco. Como si fuese un extraño o un puto conocido. Como un amigo de mierda, un compañero de trabajo. Querido Francesco.

Y la despedida, pensó, mientras fue hasta el armario con el corazón latiéndole a todo volumen en las orejas: con ternura y dolor. ¿Qué carajo quería decir? La ternura es para los perros, para los niños; y el dolor para cuando alguien se muere, ¿no? Y aquí no hay perros ni se ha muerto nadie. Estamos vivos, Giorgia, de manera que todo se puede arreglar, ¿no te parece? Es decir, se podría.

Si se quisiera.

Un vistazo a lo alto del armario le confirmó lo que pensaba: faltaba la maleta grande. La nota, las sábanas, la maleta: tres indicios constituyen una prueba, asistente jefe Francesco Romano.

Abrió el armario. Vacío. En un rincón una

bolsita con lavanda, el antipolillas. Recordó cuando lo habían comprado, aquel día entero que habían pasado en Ikea. Terrible.

Te das cuenta, Giorgia, pensó cerrando despacio la puerta del armario. Hasta pasé un día entero en Ikea para contentarte. ¿Eso no cuenta? No cuenta una mierda, ¿eh? Nada cuenta una mierda. El número que ha marcado no está disponible, asistente jefe Francesco Romano. Nunca más.

Con un movimiento veloz del brazo encajó un puñetazo a la puerta del armario y la hundió.

Y por fin se echó a llorar.

Noche. Otra noche. La tercera.

La tercera después del mar en el aire, después de toda aquella agua suspendida que se te metía en los ojos, en el pelo, en los pulmones, la noche del viento y la sangre, del corazón doliente.

La tercera sin dormir, sobresaltándome al pensar en ti, al recordar tu voz que me decía esa última palabra.

No.

La noche del ruido. Ese ruido absurdo, de madera desfondada, ese pequeño crac, un ruido húmedo. Como cuando se aplasta un insecto grande. Y la bola que salía rodando tras haber cumplido su cometido. A saber dónde habrá rodado la bola. Quizá estuviera horrorizada de lo que había hecho y corrió a esconderse.

Tu espalda y el ruido. Hiciste mal en darme la espalda. No debiste darme la espalda. Ese fue tu error. Darme la espalda, eso causó tu muerte.

En alguna parte leí que las posibilidades de que se descubra al autor de un crimen disminuyen el sesenta por ciento pasadas las primeras setenta y dos horas. No se quedan en cero, está claro, pero merman considerablemente.

A saber si lograrán dilucidarlo. A saber si al final vendrán a prenderme. Eso sí, siempre me acordaré de ese crac, seguro, segurísimo.

Ningún arrepentimiento. No debiste darme la espalda ni pronunciar esa palabra.

No.

No se da la espalda. Menos a mí. Además, no se debe obstaculizar el camino del amor. El camino del amor —alguien como tú que tanto había leído debía saberlo— es imparable. Al amor hay que secundarlo, seguirlo, aplaudirlo. El amor es un primer actor, un protagonista: no

acepta que lo subestimen, ni que lo manden a esperar entre bambalinas.

Sobre todo no se le da la espalda al amor.

y además el mar. Después del crac caminé, ¿sabes? Caminé mucho. Era invisible en el viento que se convertía en mar en el aire.

Tenía que pensar, necesitaba la soledad. Si pienso en soledad, encuentro la solución. Siempre la encuentro.

Esta es la tercera noche. No debo caminar esta noche. Esta noche me quedo en casa, tan ricamente.

Recuerdo la palabra, no, la palabra que me dijiste. Y la cara triste, cansada. Y tu espalda.

A saber, tal vez querías que lo hiciera. Tal vez hasta te lo esperabas.

La tercera noche: de hoy en adelante, según las estadísticas, un sesenta por ciento menos.

La tercera noche.

Crac.

Ay, si pudiera dormir.

Ottavia llegó a la oficina muy temprano. A Gaetano le había dicho que requerían su presencia de madrugada; en realidad, solo pretendía reducir aún más el tiempo que pasaba en casa.

Desde el episodio de la piscina que, por otra parte, había conseguido ocultar al marido, Riccardo se había vuelto aún más opresivo. No se separaba de ella un solo centímetro, la seguía a todas partes, se colgaba de su brazo y le impedía cocinar o hacer cualquier tarea doméstica. Cuando iba al baño, el chico se sentaba fuera, delante de la puerta y la golpeaba despacio con la cabeza, bong, bong, bong, a golpe por segundo, como un reloj de péndulo. Para volverse loca. Al salir mucho antes de que su hijo despertara, al menos ese día se había ahorrado el tener que echarlo a empujones y evitar su mudo intento de retenerla. Una parte

oculta de sí misma le recordó hastiada el enésimo intento de Gaetano de hacer el amor.

Saludó a Guida que, soñoliento pero impecable, estaba en la entrada; la metamorfosis del guardia era tan evidente que no pudo evitar preguntarse otra vez qué le había pasado para convertirse en un policía modélico. Entró en la oficina; en la semipenumbra de la lucha entre la noche y el alba, la puerta entreabierta del despacho del comisario le devolvió un débil resplandor.

Pensó en una intrusión, en un control sorpresa. Cuando había ocurrido aquella mala historia con la droga y sus colegas corruptos, proliferaron las inspecciones por parte de distintos organismos, la magistratura, la policía, incluso organizaciones secretas acreditadas con faxes anónimos. Pero aquello había terminado, ¿no?

Se asomó por la rendija. Vio una parte de la mesa, una lámpara encendida, documentos

esparcidos encima, un bolígrafo y un marcador fluorescente, tres dedos apoyados sobre una hoja. Quietos.

Ottavia notó que el corazón le daba un vuelco.

Cuando tenía dieciséis años había entrado en el despacho de su padre, abogado, para enseñarle un dibujo que había hecho de él, una caricatura de su propia invención. Se le daba bien el dibujo, y, siendo la última de cuatro hijos y la única chica, la unía a su padre una relación especial; se adoraban.

Se había quedado en la puerta del despacho, con la caricatura en la mano, la boca congelada en una sonrisa que jamás volvería a ser la misma. Se había quedado en la puerta del despacho, la vista clavada en el cadáver de su padre abatido por un infarto, la cabeza caída entre los papeles, una mano apoyada sobre la mesa. Nunca más volvió a dibujar.

Sintió extenderse en su alma, fresco como si acabara de nacer en ese momento, el horror de

veinticinco años antes. Emitió un ruido seco, a medio camino entre el grito y el gemido, la mano en la boca, los ojos desorbitados frente a Palma que yacía en la misma posición que su padre, la última vez que había visto su cuerpo antes de tener que vestirlo para su postrero viaje.

Sin embargo, al oír el breve grito de Ottavia, el supuesto cadáver del difunto comisario Luigi Palma, apodado Gigi, se incorporó de golpe, mirando a su alrededor, desorientado, con los ojos enrojecidos y la ropa más desaliñada de lo habitual. Un mechón de pelo en la frente, la marca del borde del escritorio en la cara como una herida de cuchillo, barba de dos días, la camisa arrugada. Ottavia pensó que nunca en su vida había visto nada tan hermoso.

—Pero qué... Ah, hola, Ottavia. Me temo que me he quedado dormido. ¿Qué hora es?

La mujer consiguió con dificultad respirar acompasadamente y miró su reloj.

—Buenos días, comisario. Siento haberlo asustado, es temprano, son las... las seis menos cuarto. A lo mejor se quedó traspuesto, cuando se llega al trabajo demasiado temprano...

Palma bostezó, se restregó los ojos, recuperó el dominio de la situación. Luego dijo:

—Ojalá fuera eso. Es que ayer no me fui a mi casa. Por suerte, como me conozco, guardo aquí una muda y una camisa limpias. Y lo necesario para afeitarme y darme una ducha. Qué pena, ¿no? Cómo acabamos cuando dejamos que el trabajo se imponga al resto de la vida.

Ottavia se movió, vacilante.

—Lo dejo tranquilo, así puede arreglarse. Voy a encender el ordenador.

Palma la detuvo con un gesto.

—No, no, espera. Hazme compañía. Pido que nos traigan algo del bar de enfrente, ese que está abierto toda la noche. ¿Qué te tomas, un capuchino y un cruasán?

Ya tenía el teléfono en la mano; Ottavia estaba incómoda, pero dio un paso al frente y entró en el despacho.

—Un café, nada más, gracias. Por la mañana, en casa solo me tomo un vaso de leche, trato de... bueno, procuro controlar lo que como.

Palma hizo la comanda, para él pidió café con leche, brioche y zumo de naranja.

—Haces mal, el desayuno es la comida más importante del día. Y perdona si me meto donde no me llaman, pero ¿ni se te ocurra adelgazar un solo gramo! Así estás perfecta. Siéntate, anda.

Ottavia se sonrojó ante el cumplido, y se odió por ello; mortificada se sentó delante de la mesa.

—Gracias, ya me gustaría. Me sobran un par de kilos. Si puedo preguntar, ¿qué ha pasado? ¿Hay algún problema, que ha tenido que quedarse en la oficina?

No sabía qué decir. Tenía la sensación de que las fantasías, los pensamientos que él le inspiraba

desde hacía unos días ya no fuesen una manera de huir de una realidad insatisfactoria, sino un mensaje explícito, que llevara grabado a fuego en su expresión; por ello trató de recobrar su aire profesional y serio.

Por su parte, Palma parecía contento de poder charlar un rato, se puso a recoger los documentos para darle a su mesa una apariencia de orden.

—No, no. Ya sabes que siempre hay cosas que hacer. Las cuatro quintas partes de nuestro trabajo es burocracia, y alguien tiene que ocuparse. Además, estas semanas son vitales para convencer al jefe de policía de que no cierre la comisaría.

—Vaya... Yo creía que ese peligro había pasado —se asombró Ottavia—. Que la asignación de los cuatro nuevos empleados y la reorganización de la plantilla...

—Por desgracia no es así. No todavía. El jefe de policía fue muy claro. Si no conseguimos recuperar puntos, sobre todo en la confianza del

barrio, prescindirán de nosotros. Tanto en la jefatura provincial como en el gobierno civil hay una corriente de pensamiento muy arraigada, que estaría muy contenta de poder redistribuir los recursos entre las demás comisarías. Además ya sabes que aquí cerca tenemos también un cuartel de los carabineros, así que...

La Calabrese notó una punzada en el estómago.

—¿Y nosotros no podemos hacer nada?

Palma levantó la vista y la miró. Con el pelo todavía alborotado, la camisa arrugada y la marca en la cara, parecía un chico que regresa a casa después de jugar un partido de fútbol en la calle. La mujer se sintió invadida por la ternura.

—Estáis todos trabajando estupendamente, es lo máximo que podemos hacer. Los muchachos en la calle van bien, y Pisanelli y tú estáis dando el apoyo que yo esperaba. Claro que si pudiéramos echarle el guante ya mismo al asesino o los asesinos de la mujer del notario, sería un puntazo.

Pero me temo que si no conseguimos dar un buen paso adelante, a más tardar la próxima semana nos apartarán del caso. Hay demasiada gente importante interesada en el asunto.

La mujer trató de infundirle ánimos.

—El Chino es muy competente, diría yo. A lo mejor el caso del Cocodrilo no fue pura cuestión de suerte, como dicen las malas lenguas de siempre.

—Conque el Chino, ¿eh? Ya he oído que a Lojacono lo llaman así. La verdad es que con esa cara parece un verdadero oriental. Pero es un tipo francamente eficiente. Yo lo vi en esa investigación. Cuando todos nosotros seguíamos mirando en la dirección equivocada, él ya lo tenía claro. Si le hubiéramos hecho caso antes... En fin, ojalá salgamos adelante, hay que ser optimistas. ¿Y tú qué haces aquí tan temprano?

Ottavia se miró la punta de los zapatos, incómoda.

—Pues... no sé, no podía dormir y como no quería seguir dando vueltas en la cama, decidí venir para adelantar trabajo. Estoy haciendo una investigación para Di Nardo y Romano sobre ese arquitecto, Germano Brasco. Un tipo muy poderoso, de él dependen un montón de empresas, tiene obras por todas partes y...

Palma la observó con más atención. Intuyó que la mujer había tratado de desviar la conversación y eso lo intrigó.

—¿Y por qué no puedes dormir? ¿No tendrás problemas con tu hijo?

Ottavia levantó la cabeza de golpe y arrugó la frente.

—No, claro que no. Además, ¿qué sabe usted de mi hijo?

—Perdón, perdón —dijo el comisario levantando las manos—. Leí los expedientes y... Bueno, pero no era mi intención meterme donde no me llaman, lo siento.

Ottavia suspiró con tristeza.

—No, no. Perdóneme usted. Es que... se hace muy cuesta arriba, ¿sabe? Hay veces en que la compasión de la gente se convierte en un peso insoportable, eso es todo.

—Lo entiendo. Yo tenía un hermano con síndrome de Down. Era un año mayor que yo. Hace tiempo que se nos fue, murió a los veinte años. A mis padres les costaba asimilarlo, tal vez se avergonzaban de él. Yo lo quería mucho y pasaba mucho tiempo con él. Cuando murió yo era jovencito, pero fue el dolor más grande de mi vida. Claro que yo no era su madre y no puedo entender ciertas repercusiones; pero es difícil y lo comprendo mejor que mucha gente.

Ottavia le preguntó en un impulso:

—¿Y usted no tiene hijos?

—Cómo te cuesta tutearme, ¿eh? Pero ya verás que conseguiré convencerte, ya lo verás. Soy muy tozudo. No, no tengo hijos. Y ya habrás deducido

que tampoco tengo una mujer a la que le preocupe saber qué me ha pasado si una noche no vuelvo a casa. Al menos ya no causo esos problemas. Soy divorciado.

Le tocó a Ottavia mostrarse incómoda.

—Perdóneme. No sabía que...

—Faltaría más. —Palma rió, pasándose una mano por el pelo alborotado—. Han pasado tres años, ya estoy acostumbrado. Además, recuerdo el divorcio como una auténtica liberación, los últimos tiempos fueron un infierno. El matrimonio puede ser peor que la cárcel.

Peor que la cárcel, pensó Ottavia. Mucho peor. La cárcel por lo menos tiene una fecha de finalización, y se pueden ir tachando los días en el calendario. Y añadió:

—Claro que si se usa esa libertad para dormir en el despacho, más valía no conquistarla, ¿no?

—Verás, Ottavia —reflexionó Palma—, cuando se pasa mucho tiempo en la oficina puede

ser por dos motivos; el primero, porque fuera de aquí uno no tiene otra cosa que hacer; el segundo, porque en la oficina uno se encuentra bien. Mejor que en otros sitios. ¿No te parece?

Un empleado muy dormido del bar llegó providencialmente con una bandeja en precario equilibrio en una mano y pidió permiso.

—¡Aquí llega nuestro desayuno! Pero te tienes que comer la mitad del brioche. De lo contrario pensaré que recién despierto estoy tan repugnante que quieres limitar al máximo el tiempo que pasas en mi despacho.

Y le guiñó el ojo.

Ottavia rió. Buenos días, pensó.

Buenos días, pensó Palma.

La bomba estalló a media mañana, en el momento justo.

En la comisaría no reinaba el optimismo.

Ottavia no había apartado la vista de la pantalla del ordenador, la punta de la lengua asomada entre los labios apretados, la frente arrugada; trabajaba sin pausa para no pensar, para no tener que hacer examen de conciencia.

Pisanelli, aparte de sus pausas frecuentes para ir al baño, de las que nadie se percataba, hojeaba los papeles contenidos en viejas carpetas y comparaba las fotocopias de las notas con las cuales una docena de personas se había despedido de este mundo.

Di Nardo y Romano se disponían a salir para hacer la comprobación que habían acordado en el domicilio de Annunziata Esposito, sita en el vico

Segundo all'Olivella, 22. La mujer observaba la cara de su colega, que parecía de piedra, sin ninguna expresión y el color grisáceo del que no ha pegado ojo; Romano no había dicho una sola palabra desde que había llegado a la oficina, a las siete y media.

Aragona y Lojacono estaban redactando el informe de los interrogatorios efectuados el día anterior a la criada y al portero del edificio de la víctima. Eran conscientes de que se encontraban en un punto muerto. No habían sido capaces de eliminar con certeza ninguna de las hipótesis originarias: la posibilidad de que se tratase de un robo que salió mal seguía en pie, igual que la del homicidio por motivos pasionales o económicos. Si al menos hubiesen forzado la puerta, había dicho Aragona; me entran ganas de forzarla a mí, a posteriori. Así, había añadido, podría meter en la cárcel a ese payaso rumano, el novio de la criada.

Lojacono, por su parte, andaba distraído con

sus preocupaciones de orden personal. La noche anterior, mientras cenaba en el restaurante de Letizia y le contaba que estaba vivo de milagro después de haber paseado por la ciudad con el loco de su colega, había recibido una llamada de Marinella, en un horario insólito.

Entre lágrimas, la chica le comentó que había tenido una violenta discusión con su madre.

—La muy cabrona —le había dicho entre sollozos—, encima que pasa de todo y va a la suya, pretende tenerme encerrada, ¿te das cuenta?

—Cariño, no hables así de tu madre —había intentado calmarla Lojacono—. Lo que te dice es por tu bien. ¿No?

Le resultaba paradójico que justamente él tuviera que defender a Sonia ante su hija, cuyas palabras compartía al pie de la letra; pero estando tan lejos no podía hacer otra cosa.

—¡Te digo que es una cabrona! Yo estaba en mi cuarto, con una amiga, y ella, mi amiga, estaba

fumando un cigarrillo. ¡Ella, no yo! Y la imbécil entra hecha una furia, se pone a gritar y a mí me deja como el culo. Mi amiga me miraba y no sabía cómo aguantar la risa. ¡Que ya no soy una niña, coño! ¡Lo entiendes tú, que estás lejos, pero ella, que vive conmigo, no lo entiende!

Lojacono había tardado un cuarto de hora en conseguir que se calmara y dejara de gritar y llorar. También había logrado que le prometiera que esa noche se quedaría en casa, encerrada en su cuarto, eso sí, pero que no iría a dormir a casa de una amiga para fastidiar a su madre.

Cuando pudo entrar otra vez en el restaurante, Letizia le había hecho preparar otro plato de *rigatoni*, porque el otro se le había enfriado. Le había comentado la llamada telefónica y ella trató de consolarlo restándole importancia.

—De lejos todo parece más grave —le había dicho—, especialmente las peleas entre dos mujeres. En eso tiene razón Marinella, ya no es

una niña sino una mujer, y los padres, como siempre, son los últimos en darse cuenta.

Vestía un suéter azul de lana de angora con un escote pronunciado que, al resaltar sus espléndidos pechos, había causado más de una pelea entre las parejas que esa noche cenaban en el local. De forma inconsciente, aunque no del todo, trataba de sacar partido de sus mejores argumentos con tal de fascinar al policía, que, por su parte, parecía tan enfrascado en sus problemas que no se habría fijado en ella aunque hubiese bailado desnuda encima de la mesa.

—Menos mal que conmigo habla —había añadido Lojacono, desconsolado—. Ya es algo. Si hubiese ocurrido, qué sé yo, hace seis meses, tendría que haberse arreglado sola y a saber lo que habría hecho. Esta situación me tiene muy preocupado.

Letizia se había reído y luego le había comentado:

—Aquí cerca hay un instituto; a veces vienen a comer los chicos en grupo, les hago precio especial y cuando tienen otras actividades por la tarde y no les da tiempo a ir a su casa vienen y se regalan una comida de las mías. Los observo y los oigo charlar. Son mejores de lo que nosotros nos imaginamos. Más dulces, apasionados, idealistas. A nosotros nos parecen cínicos, faltos de entusiasmo. Pues no, saben lo que quieren, y quieren estar bien en un mundo mejor. Excepto unos pocos y, en cualquier caso, menos que los adultos, no son delincuentes, no son más que muchachos, como éramos nosotros a su edad. Yo en tu lugar me quedaría tranquilo, es normal que una chica se pelee con su madre, si me hubieras visto a mí a su edad.

Le había acariciado la mano encima de la mesa. Y él le había sonreído.

Pero ahora, tras una noche sin dormir, pensar en Marinella, que no hablaba con nadie, que iba a

la escuela con el corazón acongojado, lo asaltaba la melancolía; y eso no era nada bueno para su trabajo. La atmósfera reinante, otra vez negra, no contribuía al optimismo.

Pero, precisamente, la bomba estaba a punto de estallar.

* * *

La bomba se apeó de un coche azul que, sigiloso, había entrado en el patio de la comisaría.

Embutida en un traje chaqueta oscuro incapaz de mortificar sus curvas, como de costumbre, se adelantó al chófer que quería abrirle la puerta, y a grandes pasos fue hacia la entrada. Guida se levantó a medias para preguntarle quién era, pero ella pasó veloz y acometió la subida de las escaleras.

Irrumpió en la sala de agentes. A pesar de su baja estatura, llenó con su presencia el ambiente,

atrayendo la atención de todos los presentes. Los ojos negros se detuvieron un instante imperceptible en las mujeres, Ottavia y Alex; esta última devolvió la mirada, con evidente aprecio del buen cuerpo de la recién llegada, que vio al fin a Lojacono y, con marcado acento sardo, dijo:

—Ahí estás, Lojacono. Acompáñame a ver al comisario, tenemos que hablar.

Al verla, Palma se levantó alegre de la silla, pero sus ojos delataron su preocupación.

—¡Dottorressa Piras, qué sorpresa! Hablamos ayer, no la esperaba...

Laura le pidió que se sentara y eso hizo ella también. Lojacono se quedó de pie.

—¿Qué tal, Palma? He preferido venir personalmente, hay novedades. Aquí dentro podemos hablar con tranquilidad, ¿no?

—Desde luego, dottorressa. Usted dirá.

—Le he pedido a Lojacono que estuviera presente porque, como sabemos, está a cargo de la

investigación de la muerte de Cecilia de Santis, ¿no es así?

Palma asintió.

—En efecto, él y el agente especial Aragona.

¿Le digo que venga?

—¡No, por favor! —exclamó la juez Piras levantando la mano—. En última instancia, Lojacono ya lo pondrá al corriente. Bien, ¿cómo tenemos el tema?

Palma le hizo una seña a Lojacono y este explicó:

—Por desgracia, nos encontramos en un punto muerto. Hemos hablado con todos, la criada, el portero, los empleados de la notaría, e incluso, extraoficialmente y gracias a la mediación de nuestro colega Pisanelli, con una amiga íntima de la víctima. Aparte del supuesto del robo que acabó mal, que sigue teniendo sentido aunque se encontraron los objetos robados, la idea de que pueda tratarse de un hecho derivado de una

reacción del marido, de sus continuas traiciones, me parece cada vez más viable. Pero como no podemos hablar con él ni con la señorita...

La juez Piras asintió.

—Ahí quería llegar. Todo encaja con la idea que me había hecho yo. Pues bien, hace media hora recibí una llamada telefónica. Era el abogado del notario, un viejo penalista muy conocido en la ciudad, uno de los hijos de puta más retorcidos, latosos e hipócritas con los que he tenido la mala suerte de tratar.

Palma suspiró; los ricos siempre son los mejor defendidos. Pero la juez Piras tenía una bomba e iba a hacerla estallar:

—En resumidas cuentas, el notario acepta que lo interroguen.

Lojacono y Palma no daban crédito. ¿Qué sentido podía tener esa maniobra? Satisfecha del efecto que la noticia había provocado en los dos hombres, Laura continuó su relato.

—Me soltó un buen rollo, dijo que él no estaba de acuerdo; que le había implorado a su cliente hasta el final, por los motivos de siempre, la posibilidad de equívocos, nuestra conocida capacidad de interpretar mal las cosas y demás. Pero parece que el notario se mostró firme, dice que no tiene nada que ocultar, que es inocente, que no teme a nada y cosas por el estilo. No solo eso, confidencialmente y siempre con la premisa de que eso no supone una admisión por su parte, parece ser que el notario ha hablado con su amiga y ella también considera que es mejor hablar.

Lojacono se mostró sorprendido.

—¿Tú cómo lo ves, Laura? ¿Por qué este cambio de postura tan repentino?

—Puede querer decir que no tienen nada que ocultar —intervino Palma—, pero que no pueden probarlo. De modo que esperan que ayudándonos con la investigación, de alguna manera lo probemos nosotros.

La juez Piras hizo una mueca y añadió:

—O tal vez que en los días pasados organizaron las cosas y encontraron el modo de probar que no tienen nada que ver. No sería la primera vez.

Lojacono se metió las manos en los bolsillos.

—Bueno, al menos podemos interrogarlos. Y mirar a la cara a la famosa pelirroja, esa a la que nuestro amigo, el notario, se atrevió a llevar al círculo y durante unos días se convirtió en la comidilla de la ciudad.

Antes de que la Piras pudiera responder, Ottavia se asomó a la puerta:

—Comisario, Di Nardo y Romano salen ahora a hacer esa comprobación. ¿Quiere que les diga algo?

—No, gracias, Ottavia. Pero que me informen enseguida.

La juez captó la mirada que intercambiaron los dos. La mujer era guapa, estaba colada por el

comisario y viceversa. Divertido, mejor así. Se preguntó por qué sentía alivio; prefirió no contestarse. Y dijo:

—El abogado solicitó que no hiciéramos declarar a su cliente en la comisaría ni la fiscalía, para evitar que los periodistas, que le pisan los talones, recarguen las tintas. Y muy a su pesar, reconoció que el notario no quiere que su abogado lo acompañe; no me extraña, a saber cuánto cobra para estar presente en un interrogatorio.

—Entonces, dottoressa, ¿prefiere que lo hagamos aquí, en la comisaría? —preguntó Palma—. ¿O quiere ir usted a su casa?

—No, por eso he venido aquí enseguida. Creo que en esta fase lo mejor es que Lojacono y Aragona vayan solos a la notaría. Mi presencia sería demasiado oficial, y a lo mejor nuestro amigo se pondría otra vez a la defensiva. Pero en su ambiente y frente a los dos que ya fueron la primera vez, es posible que se sienta seguro y se

abra más. Además, todavía queda el otro punto.

Lojacono y Palma se miraron con aire interrogante. La Piras suspiró y dijo:

—Ya sabéis que la continuación de esta comisaría sigue en el aire. Si se consigue algún resultado, lo mejor será que se deba a la plantilla de Pizzofalcone. Si intervengo yo, no sería lo mismo.

—Dottoressa —dijo Palma agradecido—, es todo un detalle por su parte. Ojalá que...

Con un gesto veloz, Laura contestó expeditiva:

—Déjelo correr, por otra parte, tengo la máxima confianza en Lojacono, ya lo hemos hablado. Estoy segura de que sacará adelante la investigación con la competencia debida. Más bien, ojo con Aragona, que no monte follones como tiene costumbre según parece.

Lojacono acompañó a Laura hasta el coche, que la esperaba en el patio. Cuando pasaron, Guida se puso en posición de firmes, mirando

asustado al inspector. La juez Piras reprimió una carcajada.

—Debo reconocer que la comisaría ha experimentado un cambio radical desde la última vez que vine. ¿Te encuentras a gusto?

—El trabajo es el trabajo —contestó Lojacono encogiéndose de hombros—. A fin de cuentas, me parecen todos competentes, con muchas ganas de hacerlo bien. Pero apenas llevamos una semana.

—Vaya, aquí está el Lojacono de siempre, la personificación del optimismo. Podrías conformarte, ¿no? Bueno, tratemos de que la comisaría siga abierta. Todavía no está dicha la última palabra.

El inspector pensó que su forma de hablar y ese hoyuelo en la barbilla inspiraban pensamientos muy alejados del respeto debido a una representante del ministerio fiscal.

—Te prometo que lo haremos lo mejor posible. Como siempre.

Lo miró desde abajo con sus penetrantes ojos negros.

—Y como siempre, no se te olvide vivir de vez en cuando.

Se metió en el coche e indicó al chófer que arrancara. Dejó a Lojacono preguntándose qué diablos había querido decir.

No era nada fácil llegar al vico Secondo all'Olivella, 22.

Se encontraba en el centro de una red de callejuelas idénticas, una perpendicular a la otra, entre cuestras y bajadas; se interponían en el camino los andamios, montados con tubos Innocenti en defensa de una precaria estabilidad, donde, por lo demás, no había nadie trabajando, las tiendas de pescado, fruta y verdura, que invadían con arrogancia la calzada de por sí bastante estrecha, las sillas dispuestas en la acera para evitar que nadie aparicara. Y las motocicletas raudas que por el tubo de escape pedorreaban humo en la cara de los niños que iban corriendo de un bajo a otro, y los perros vagabundos dormidos en plena acera, y las furgonetas que cargaban y descargaban tranquilamente, sin preocuparse por

las colas de coches que tocaban la bocina.

El resultado era un caos magnético en constante movimiento, como en un caldero en el que hirviera sin parar un líquido negro y apestoso. Alex se preguntaba cómo era posible vivir ahí.

También se preguntaba qué diablos le había pasado a Romano, más silencioso que de costumbre, más ceñudo que de costumbre. A su lado se percibía un ruido sordo, parecido a un trueno lejano, el presagio de un temporal a punto de estallar.

Avanzaban a pie, comprobando los poquísimos números impresos en las paredes de los antiguos edificios. Imposible pensar en llegar ahí en coche. De vez en cuando, como un rayo de luz en la oscuridad, a través de los desvencijados portones entreabiertos se veían espléndidos jardines y plantas de largos tallos agitados por el viento.

Al llegar a la altura del que debía de ser el número 22, se encontraron una furgoneta aparcada

en la acera que obstruía la entrada de una vivienda decadente con salida a la calle. Dos hombres cargaban enseres, cajas y unos muebles en estado deplorable. Una mujer de mediana edad, gorda, el pelo negro recogido en lo alto de la cabeza con una gruesa pinza de plástico, supervisaba la operación y con voz ronca daba instrucciones en dialecto.

Se acercaron y llamaron su atención. Romano le dijo:

—Disculpe, señora, ¿este es el número veintidós?

La mujer se volvió, arisca.

—Depende. ¿A quién buscan?

Estaba claro que de un solo vistazo la mujer había adivinado quiénes eran las dos personas que tenía enfrente. Por esas latitudes, pensó Alex, a los policías se los reconoce a distancia y por el olor. Suponiendo, naturalmente, que un equipo de relevos formado por críos no se hubiese puesto en

marcha en el momento mismo en que ellos dos habían entrado en el barrio para gritar a los cuatro vientos: que vienen los maderos.

Pero Romano no estaba para formalidades.

—Señora, o es el veintidós o no lo es, independientemente de a quién estemos buscando. Y para mí que es el veintidós y usted es la señora Esposito.

Alex apreció la franqueza de su colega y, tras observar mejor, comprobó que en los rasgos porcinos de la mujer, medio hundidos en la grasa acumulada por efecto de la pésima alimentación y el envejecimiento precoz, se apreciaba cierto parecido con la hermosa muchacha que habían conocido en el apartamento cerrado.

La mujer soltó una carcajada chabacana.

—Lo tiene claro. Aquí casi todos nos apellidamos Esposito. Yo qué sé, ¿a quién está buscando? Y sí, yo soy Assunta Esposito. ¿Y usted?

Los dos hombres habían dejado de cargar, y, aunque a distancia, seguían la conversación. Otros dos personajes, un hombre y una mujer, se asomaron a una ventana de enfrente.

La hostilidad iba cuajando. A través del bolsillo del abrigo, Alex apoyó la mano en el bulto que tenía en la cadera y enseguida recuperó la seguridad.

Romano no había apartado los ojos de la cara de su interlocutora. Empezó a temblarle un músculo de la mandíbula, y Alex pensó que aquello no presagiaba nada bueno.

—Su hija se llama Annunziata Esposito y tiene dieciocho años, ¿es así? Si es así, tenemos que hablar con usted y con su marido.

La mujer vio a la pareja asomada a la ventana y dijo:

—Entren.

Dio media vuelta y se metió en el edificio enseñando a los policías el trasero enorme y

ondulante. Alex se preguntó si la maravillosa criatura que había admirado el día anterior estaba genéticamente destinada a convertirse en eso o si solo era cuestión de que se dedicara un cuidado personal distinto.

En el interior del apartamento de la planta baja se encontraron con el caos propio de una mudanza. La marimacho se dejó caer en una silla tambaleante que gimió bajo su peso. Romano y Di Nardo trataron de encontrar un sitio donde sentarse, al no encontrarlo, se quedaron de pie.

—¿Qué ha hecho mi hija? ¿Por qué la buscan?

—¿Quién ha dicho que la buscamos? —preguntó Di Nardo—. Es a usted a quien buscamos. Me llamo Di Nardo, y mi colega Romano, somos de la comisaría de Pizzofalcone.

La mujer se carcajeó mientras encendía un cigarrillo.

—Comisario, está fuera de su zona. Aquí dependemos de Montecalvario.

Romano asintió.

—Tenemos aquí una experta en jurisdicciones. ¿Qué pasa, tiene mucho trato con las comisarías?

Uno de los dos hombres que habían estado cargando la furgoneta intervino.

—¿Y con eso qué quiere decir?

Di Nardo dio un paso a un lado para mantener vigilados a la mujer y a los dos hombres. Eran jóvenes, apenas unos muchachos, y uno de ellos guardaba un gran parecido con la mujer y la chica.

—¿Quiénes son estos dos señores? —preguntó Romano sin darse la vuelta—. ¿Por qué no me los presenta, señora? Si no, pensaremos que son dos maleducados.

El que había hablado dio un paso al frente, pero la mujer levantó la mano y lo detuvo.

—Son mis hijos, comisario. Pietro y Costanzo. Discúlpelos, están nerviosos porque los hago trabajar y no tienen costumbre. Como ve, nos estamos mudando.

—No soy comisario, mi compañera tampoco.
¿Y adónde se mudan?

La mujer adoptó un ridículo aire altivo y contestó:

—Hemos alquilado un apartamento un poco mejor.

Romano señaló a su alrededor.

—¿Y por qué? Si esto es una delicia. ¿Y adónde van?

—Al corso Vittorio Emanuele —contestó la mujer—. Un edificio rehabilitado hace poco.

—Ya me imagino quién es el dueño del edificio y de la empresa de rehabilitación —comentó Di Nardo—. ¿Y sus hijos trabajan?

—Claro que trabajamos —contestó el segundo hombre, un muchachote de aspecto amenazante—. En la misma empresa que...

—Cállate, cretino —lo interrumpió bruscamente su madre—. Habla cuando te pregunten, ¿no has oído al comisario? No seas

maleducado.

Romano puso una expresión tensa más cercana a una mueca de disgusto.

—Nuevo trabajo, se mudan a un apartamento nuevo. Todo nuevo. ¿Y a qué viene tanto cambio en su familia, señora? Si no es indiscreción, ¿dónde está su marido?

La mujer lo miraba fijamente, entornando los ojos por el humo del cigarrillo.

—En el trabajo. Es la persona de confianza de un tipo importante. Le hace los ingresos en el banco, es el chófer de su mujer y sus hijos y los lleva a todas partes. Gana bien.

—En resumidas cuentas —dijo Romano bajando un tono la voz—, viven bien. Todos colocados, con buenos trabajos legales, en nómina, con seguridad social y todo. Apartamento, dinero. Bienestar. Todo sobre las espaldas de esa pobre chica. Todo a cambio de su hija.

El muchacho que estaba detrás de Romano

susurró:

—*Omm' 'e merda!*

Y se le echó encima.

Di Nardo hizo ademán de desenfundar la pistola pero, sin darse la vuelta, Romano soltó un rápido codazo hacia atrás que alcanzó en el plexo solar al muchacho. Este cayó al suelo, sacudido por las arcadas, mientras el otro se iba acercando muy poquito a poco; sin girarse del todo, Romano le advirtió:

—Yo que tú no lo haría.

El hombre se detuvo, pasmado. Su madre no había movido un músculo. Empezó a hablar en voz baja:

—Mi hija está bien. Está mejor que nunca, mi hija. Vive en una casa bonita, muy bonita. Tiene para comer, buena ropa, televisor. Mi hija tiene muebles, cocina, el frigorífico lleno. ¿Quién había visto nunca tanta abundancia en el frigorífico? Mi hija está bien. Mejor que nunca.

Di Nardo había sacado la pistola, y la mantenía apuntada al suelo. Por el rabillo del ojo observaba a los dos muchachos, al que se levantaba tosiendo y masajeándose el pecho y al otro, petrificado por la amenaza de Romano. Di Nardo tuvo la impresión de que su colega había sonreído satisfecho después del codazo; debía reconocer que Romano iba ganando puntos en la clasificación de los poquísimos hombres que apreciaba.

—¿Está bien, señora? —le preguntó a la mujer sin mirarla—. ¿Encerrada en un piso, sin salir a tomar el aire fresco, una chica de dieciocho años? ¿En manos de un tipo que podría ser su abuelo? ¿Y eso le parece que es estar bien?

Siguió un silencio. Un ciclomotor pasó por el callejón tocando el claxon y ganándose la maldición de uno de los hombres.

—Pregúntenle a ella —susurró la mujer—. Y a ver qué les contesta mi hija. La belleza no dura

para siempre, ya se sabe. Además, todas esas golfas de la tele, que mueven el culo a petición, ¿a ustedes qué les parece que hacen, no van con hombres que les triplican la edad? Los hijos deben echarle una mano a la familia. Tengan por seguro que mi hija es feliz. Y ahora, si me dicen qué necesitan, nosotros tenemos que terminar con la mudanza.

Romano dio un paso al frente, sacó las manos de los bolsillos del abrigo. Di Nardo vio que abría y cerraba la mano derecha, como si se le hubiese dormido.

—Vaya, ya entiendo. Tienen que terminar la mudanza. ¿Cuándo van a tener otra ocasión así? Verá, señora, le aconsejo que le saque el máximo partido a la situación, porque tiene razón, la belleza no dura para siempre. Y después vienen las épocas duras. Durísimas. Ah, y nosotros no necesitamos nada. Aunque ustedes sí. Porque le juro por mi honor, señora, que en cuanto se pasen

tanto así de la raya, no le quedará culo con el que sentarse.

Su voz fue apenas un susurro, pero se oyó con claridad. El muchacho que se había levantado del suelo y recobrado el aliento, de improviso rugió como una fiera, metió la mano en el bolsillo, sacó una navaja y se abalanzó sobre Romano.

Alex flexionó las piernas y aferrando el arma con ambas manos apuntó al otro hermano, que acababa de agacharse y coger una barra del suelo.

—¡Quieto, no te muevas!

Romano se giró a toda velocidad, frenó en el aire la mano del otro muchacho y le apretó con fuerza la muñeca. La navaja cayó al suelo con un tintineo. Todo había durado menos de un segundo. Con la otra mano el policía aferró al chico por el cuello y empezó a apretar. Su madre se quejó en voz baja, como una perra que gañe. El muchacho más corpulento dejó caer la barra sin apartar la vista de la pistola de Alex como si fuera un animal

con un solo ojo.

La agente advirtió un extraño brillo en la mirada de su colega. El joven al que agarraba del cuello se estaba poniendo morado y jadeaba.

—Francesco —dijo Alex en voz baja—. Francesco, basta. Basta.

Como si despertara de un sueño, Romano soltó de golpe al muchacho, que se desplomó en el suelo tragando aire con desesperación. Romano inspiró hondo, luego se volvió otra vez hacia la gorda y le dijo:

—Esta vez es un obsequio de la casa, señora. Esta vez no detengo a sus hijos. Me parece feo que de tres hijos tenga a tres en la cárcel. Aunque a su hija fue usted quien la mandó a la cárcel. Acuérdesse de lo que le he dicho. Que se le quede bien grabado. Porque a mí no se me olvidará.

Y salió de la planta baja seguido de Alex, que aún tenía el arma en la mano, aunque oculta por el abrigo.

En la ventana de enfrente ya no había nadie.

* * *

Guardaron silencio hasta que Romano arrancó. Entonces le dijo a su colega:

—Tengo que darte las gracias. Si no me hubieras parado, yo... Estoy pasando por una mala época y...

—Olvidalo —lo interrumpió Alex—. Yo no he visto nada. De todos modos, tuviste que defenderte, ese cabrón te agredió dos veces.

Romano condujo en silencio durante un rato. Luego dijo:

—No podemos hacer nada, ¿lo sabes, no? Nada de nada. Si la chica da su consentimiento, no podemos sacarla de ahí. Es mayor de edad.

Di Nardo asintió.

—Lo sé. Pero me gustaría darme otra vuelta por el apartamento. Sola, si no te importa. Si estás

tú, la chica quizá no hable. En una de esas conmigo, que soy mujer, se abre.

Romano lo pensó y luego dijo:

—De acuerdo, adelante. Pero ten cuidado, no te espongas. Debe ser una visita no oficial, porque si luego la chica llega a poner una denuncia, te meterás en un buen lío. No olvides que tienes antecedentes, como todos nosotros.

—Ya, como todos nosotros. Pero yo quiero que me diga a la cara que quiere estar encerrada ahí dentro. Si no, no me resigno.

Siguieron un rato más en silencio, mientras fuera del habitáculo la ciudad y el viento lanzaban su aullido disonante. Al fin Romano dijo:

—Di Nardo, eres una tía legal. Es un honor trabajar contigo.

Alex sonrió sin volverse.

Cuando llegaron a la notaría comprobaron de inmediato que, desde la última visita, la atmósfera había cambiado.

En la entrada, seis o siete personas hacían cola con unas notificaciones en la mano, a la espera de su turno, y detrás de una ventanilla con cristal blindado estaba Imma Arace, la encargada de la caja y de tramitar las letras de cambio; contaba dinero y devolvía los efectos con su póliza. Detrás de la puerta de cristal se veían más personas que iban de un escritorio a otro, mientras los empleados trabajaban. Del notario, ni rastro.

La chica de la ventanilla levantó los ojos; su mirada se cruzó con la de los policías; arrugó la frente, miró hacia el interior de la oficina, apretó los labios y le dijo al cliente al que le tocaba atender que esperase; salió de la caja, cerró la

puerta con un manajo de llaves que llevaba consigo y se acercó a los dos policías:

—Buenos días, los estábamos esperando. Nos han avisado que vendrían. Acompañenme, el notario está ocupado, los recibirá en cuanto termine.

Los llevó a la salita donde la vez anterior habían hablado con los empleados. Cruzaron la oficina, percatándose de las miradas vagamente hostiles de los otros tres empleados, todos atendían a algún cliente. De repente, Aragona le dio un codazo a Lojacono y susurró:

—Fíjate en esa.

Se refería a la señora Rea, la vieja empleada que había experimentado una auténtica metamorfosis: el personaje anterior, con el pelo veteado de canas, arrugada, los labios apretados y los ojitos detrás de lentes gruesos, había dado paso a una mujer por completo diferente, recién salida de la peluquería, teñida de caoba cobrizo,

los labios sabiamente delineados con carmín, las arrugas ocultas bajo una gruesa capa de maquillaje, y las gafas sustituidas probablemente por lentes de contacto. Aragona se quitó sus gafas con la meditada lentitud de siempre y sostuvo la mirada malévola de la mujer para comentar luego con Lojacono de forma perfectamente audible:

—Se cree que ahora es una tía buena, pero sigue siendo igual de adefesio que antes.

Acompañó la frase con un guiño cautivador a Marina, la rubita que estaba registrando una escritura en el ordenador, al que ella respondió un tanto incómoda.

Lojacono saludó con un gesto a De Lucia, el empleado que de vez en cuando había servido de chófer a la víctima.

Reflexionó que podría aprovechar la espera para hacer algunas preguntas más que se le habían ocurrido en el curso de los interrogatorios anteriores; por ello le dijo a Imma Arace que

pidiera a Rea y De Lucia que se reunieran con ellos en cuanto estuvieran disponibles.

La muchacha asintió y se alejó deprisa, posiblemente tenían instrucciones en ese sentido.

El primero en reunirse con ellos fue precisamente De Lucia, en un evidente estado de inquietud; Lojacono pensó que el notario y su abogado debían de haber amenazado a los empleados para que no dijeran nada y quiso mostrarse decidido desde el principio.

—De Lucia, mientras esperamos a que el notario nos reciba, les haremos unas preguntas sobre un par de cosas, a usted y a su colega. Como comprenderá, preferimos hacerlo así en lugar de mandarlos a buscar y llevarlos a la comisaría. Mejor para ustedes, ¿no?

Con mano temblorosa, el hombrecito se arregló el mechón de pelo con el que disimulaba la calva y dijo:

—Mejor para nosotros, claro que sí, inspector.

Usted dirá.

Aragona alzó los ojos al cielo; había olvidado la pésima costumbre que tenía el hombre de comenzar sus respuestas con la última frase pronunciada por su interlocutor.

—Algunas veces usted le hacía de chófer a la señora, ¿es así?

—Hacía de chófer a la señora, sí. Con el coche del notario, cuando ella lo pedía, él me mandaba siempre a acompañarla a donde ella quería.

—¿Recuerda si en los últimos días la llevó a algún lugar fuera de lo habitual? Qué sé yo, una tienda de ropa donde no había estado nunca, la consulta de un médico...

El hombre intentó recordar y al cabo de un momento respondió:

—¿Una tienda de ropa, la consulta de un médico? No, la verdad es que no. La señora iba siempre a los mismos sitios, era una persona

rutinaria. Asistía a distintas galas benéficas, iba a la tienda de la via Duomo, donde venden bolas de vidrio con nieve dentro, en ocasiones iba a casa de su amiga, la baronesa Ruffolo. Un par de veces al círculo náutico, pero hacía meses que no aparecía por ahí. Esos eran los únicos sitios que frecuentaba.

Lojacono asintió.

—¿Y cuándo fue la última vez que la acompañó?

—¿La última vez que la acompañé? Hará unos días, creo. En la última semana el notario nunca me mandó a recoger a la señora.

—¿Y la vio usted nerviosa, tensa? ¿Preocupada por algo?

—Preocupada por algo, no —contestó el hombre—. Sonreía siempre y era amable. Ya se lo dije la otra vez, la señora era una santa. No se enojaba nunca, siempre estaba tranquila. Nunca la vi enfadada. Pobre señora.

Lojacono suspiró, solo faltaba que el hombre rompiera a llorar ahí mismo. Lo despidió y le pidió que hiciera pasar a su colega.

La metamorfosis de Raffaella Rea no se había limitado a la cara; tal como pudieron comprobar los policías cuando entró, con mejor o peor fortuna la mujer había tratado de hacer otro tanto con el resto del cuerpo. Un traje ceñido, sexy en la intención y ridículo en la esencia, dejaba ver unos despiadados michelines abdominales y amordazaba las piernas sin piedad, dándole a la empleada andares de geisha caricaturizados por unos tacones. El efecto era francamente grotesco.

Lojacono trató de mantenerse serio, mientras que Aragona reprimió la carcajada simulando un ataque de tos que no engañó a nadie. La mujer le lanzó una mirada envenenada y dijo:

—Podrían ahorrarme la escena, ya tengo suficiente con mis colegas ahí fuera, que andan todo el día riéndose a mis espaldas. Pero yo paso

olímpicamente de lo que piensen todos. Estuve demasiado tiempo ocultando mi feminidad. Ha llegado el momento de mostrarla.

—Señora, usted puede hacer lo que le parezca —dijo Lojacono con un gesto resignado—. Yo solo quería hacerle unas preguntas sobre su puesto en la notaría.

—Soy la empleada con más antigüedad y de mayor confianza del notario —proclamó la señora Rea sacando pecho—. Mi profesionalidad está fuera de toda duda y no consiento...

—¡Por favor! —exclamó el inspector levantando la mano—. Aquí nadie ha puesto en duda nada. A lo que me refería es que siendo usted la más estrecha colaboradora del notario, podría decirme algo sobre la actividad de su jefe dentro y fuera de la notaría. Por ejemplo...

—¿Y usted me cree tan desleal como para contarle cosas relacionadas con la notaría a espaldas de mi jefe? —preguntó la mujer, airada

—. ¡Para mí el interés del notario está por encima de todo, incluso de mi propia reputación!

—No, señora —la calmó Lojacono—, me habrá usted entendido mal. Simplemente me preguntaba si tenía acceso al ordenador del notario o, en caso de que parte de su actividad se lleve a cabo fuera de la oficina, quién va con él. Es todo.

La señora Rea lo miró fijamente entrecerrando más los ojos. Era el vivo retrato de la desconfianza.

—Obviamente De Lucia y yo, que somos los empleados más antiguos, tenemos acceso a toda la documentación de la notaría, en papel y en archivos digitales. Lanza, que es la última en llegar, se ocupa de la red. Es torpe, solo sabe de ordenadores, las cosas importantes de la notaría son bien otras y a esas no tiene acceso.

Aragona se ofendió porque la mujer que había demostrado sentirse fascinada por él acababa de ser tachada de torpe.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles serían esas cosas importantes de la notaría, si puede saberse?

La mujer le contestó con altivez, sin dignarse a mirarlo:

—Las cosas más importantes son las escrituras *mortis causa*, que se redactan a mano y se registran en un protocolo especial, con indicación del año, el día y la hora en que se extienden. Se trata sobre todo de testamentos, aunque hay otro tipo de escrituras, y deben estipularse todas en presencia del notario. De eso me ocupo yo, solo yo; y eso porque soy la persona de mayor confianza de la notaría.

—¿Y cómo funcionan esos trámites? —preguntó Lojacono, que parecía interesado—. ¿El notario recibe a los clientes y la llama para transcribir la escritura?

—No solo eso, obviamente —resopló la señora Rea—. A veces también se desplaza cuando se trata de enfermos terminales, personas

muy ancianas. Yo soy la empleada que lo acompaña. Vamos solos, él y yo.

Pronunció la última frase con tono empalagoso. Aragona lanzó a Lojacono una mirada asqueada. El inspector añadió:

—De modo que ese protocolo especial en realidad es una especie de registro en el que se anotan cronológicamente este tipo de escrituras, ¿no es así?

La mujer asintió, seria, con un breve tintineo de quincalla de sus llamativos pendientes.

—Así es. Y ahora, si me permite, vuelvo a mi trabajo antes de que esos de ahí fuera hagan alguna barrabasada. Mandaré a alguien para que les avise en cuanto el notario esté libre.

Aragona la observó abandonar la sala. Luego le dijo a Lojacono:

—Loja', fíjate bien lo que te digo, si no fuera idiota, esa mujer sería una auténtica malvada. Para mí que una vez muerta la señora, se cree que el

notario se quedará con ella. ¡Madre mía de mi alma, si es más fea que el pecado!

—Así es —asintió el inspector—, parece que se lo cree. Podría tener información útil para nosotros, pero dudo de que nos la diera si cree que puede perjudicar a su amado notario.

Minutos después se asomó De Lucia:

—El notario ya puede recibirlos.
Acompañenme, por favor.

Qué distinto estaba el notario Arturo Festa. Cuánto había cambiado en muy pocas horas.

El hombre alegre, atlético y juvenil, bronceado y optimista que vieron entrar en la notaría de regreso de un fin de semana evidentemente placentero, había dejado paso a un viejo atormentado y herido, con el alma rota. Cuando entró en el amplio despacho donde el notario los esperaba, Lojacono tuvo la sensación de que para ese hombre nada volvería a ser igual.

El cambio no hizo que descartara la posibilidad de que el notario fuese el asesino; en su historia profesional había podido comprobar con demasiada frecuencia que el homicida sufría daños enormes a raíz del delito que había cometido, y que la víctima, al dirigirse hacia su oscuridad sin retorno, a veces se llevaba consigo

una parte del alma de su asesino que, a su vez, seguía viviendo con el remordimiento auestas.

Festa estaba destrozado. Dos profundas ojeras destacaban en su rostro grisáceo, recorrido por un retículo de arrugas que apenas unos días antes no se notaban. O no estaban. Tenía el pelo alborotado, el cuello de la camisa desabrochado y el nudo de la corbata flojo; la chaqueta era una pura arruga, como si se la hubiese puesto sin fijarse qué sacaba del armario y llevara días sin quitársela.

Al intercambiar una mirada con Lojacono, el notario hizo una mueca de tristeza.

—Buenos días, inspector. Por favor, siéntense, gracias por haber aceptado venir a mi despacho para guardar las formas. Aprecio mucho la sensibilidad de la dottoressa Piras, que ha querido evitarme desagradables visitas a la comisaría. Esos buitres de la prensa me están crucificando, solo esperan poder definirme como «el principal sospechoso». —Se pasó una mano temblorosa por

la cara—. Disculpen, llevo tres días sin dormir. Temo ese instante... ese instante en que te despiertas y no te acuerdas de lo que ha pasado. Y después todo te viene a la cabeza. Los recuerdos te asaltan y vuelves a sentir todo el dolor, la misma sensación.

Aragona se quitó las gafas, sin más, tal vez por solidaridad. Lojacono preguntó:

—¿Por qué ha querido vernos, señor Festa?
¿Por qué ha cambiado de idea?

El notario lo miró como si no hubiese entendido la pregunta. Después levantó el auricular del teléfono y dijo:

—¿Quieren tomar un café? Yo necesito uno. Desde hace tres días vivo a base de cafés.

Lojacono y Aragona asintieron, él susurró su petición en el auricular. Luego contestó:

—Simplemente porque he pensado que no fui yo. Que yo no... que yo no hice eso tan horrible. Y que, por desgracia, no tengo una forma cierta de

demostrarlo. Así que exponiéndoles las cosas, a lo mejor ustedes mismos me podrían ayudar a salir de esta situación. Además...

—¿Además qué? —dijo Aragona inclinándose hacia delante.

—Además he hablado con... con la persona que estaba conmigo, a la que al principio no quería comprometer. Y ella me ha dicho que podía, mejor dicho, que debía hablar con ustedes. Y dar su nombre. Porque, como ya he dicho, ella y yo estábamos juntos; estuvimos juntos todo el tiempo.

Entró Rea, traía una bandeja con tres tazas y el azúcar. Caminaba haciendo equilibrio sobre los altos tacones, lanzó una sonrisa de intenciones seductoras al notario, pero este no se dignó mirarla siquiera. Festa le dijo:

—Gracias, Lina, ya nos ponemos nosotros el azúcar. Puedes retirarte.

La mujer salió con aire vagamente ofendido. Aragona la observó marcharse con asco. Lojacono

preguntó:

—De modo que confirma la versión del lunes por la mañana, ¿es así?

—Claro que sí —respondió el notario con convicción—, porque es la verdad. Me fui a Sorrento el sábado por la mañana después de decirle a la pobre Cecilia que tenía un congreso en Capri. Sabía que no me acompañaría dada su aversión a estos acontecimientos tan... digamos, tan formales. Luego recogí a esta persona y nos fuimos a la casa de unos amigos, que me dejaron las llaves. Se trata de unos acaudalados empresarios canadienses que vienen por aquí muy de vez en cuando. No salimos para nada hasta el lunes por la mañana, cuando regresamos.

Aragona, que tomaba apuntes de todo, preguntó:

—Más tarde nos podrá dar el nombre de esos amigos y la dirección de la casa. ¿Y cómo se llama esa persona?

Habían llegado al punto crucial. El notario vaciló una vez más, tomó un sorbo de café, suspiró y dijo:

—Iolanda Russo.

—Sería la persona que desde hace un tiempo es su pareja fija, ¿no es así? —dijo Lojacono—. La que lo acompañó hace poco a una fiesta en un conocido club de la ciudad, ¿no es así?

Un fulgor indignado resplandeció en los ojos de Festa, pero duró un instante. La melancolía volvió a imponerse.

—La Ruffolo, ¿eh? La muy bruja estará disfrutando como una loca esta situación. Siempre me odió, y, junto con ella, muchos de esos libertinos soberbios que forman la alta burguesía de esta ciudad. He de reconocer que al menos ella no lo ocultó nunca.

Lojacono no negó ni confirmó, se limitó a aclarar:

—De modo que era ella la señorita que lo

acompañó en esa ocasión, ¿no es así?

—Sí, era ella —asintió Festa, abatido—. Verá, inspector, yo nací pobre. Mi familia es originaria de la Basilicata, gente de campo, mis padres eran agricultores. Se deslomaron para que yo pudiera estudiar, y no hubo un momento, ni un solo momento, en que no fuera consciente de que el estudio y la profesión eran mi única oportunidad de no acabar como mi padre, que una noche murió bajo la lluvia de un infarto. Y esa posibilidad estaba ligada a Cecilia.

Aragona se detuvo con el bolígrafo en el aire, sin saber si continuar. Lojacono le hizo una señal imperceptible para que siguiera tomando notas.

—No era una mujer hermosa. Pero me daba todo aquello que necesitaba, y no me refiero al dinero ni a los contactos sociales, de los que también disponía: me daba serenidad. Teniéndola a ella, yo podía dedicarme a mejorar, a ser competente. Sé lo que pudo haberles dicho Anna

Ruffolo u otras personas enviadas por ella: que trabajo gracias a las amistades de Cecilia. No es cierto, o al menos solo lo fue al principio. Trabajo porque soy competente. Muy competente. Y en este oficio se trabaja únicamente si uno es competente y reservado.

—¿Usted cree que tiene enemigos, Festa? — preguntó Lojacono tras reflexionar un momento—. Alguien que pueda...

Festa lo interrumpió.

—No. Lo he pensado, ¿sabe usted? Lo he pensado mucho. Eso de las puertas... Cecilia nunca le hubiera abierto a un desconocido. Pero nadie, nadie con quien tenga relaciones de trabajo tenía motivos para hacer algo así. Las personas confían en el notario y yo los protejo. No soy juez, tampoco abogado. No me enfrento a los clientes, jamás. Ni puedo perjudicarlos.

—Acaba de decir —intervino Aragona—, que Cecilia nunca le hubiera abierto la puerta a un

desconocido. Entonces ¿qué cree usted que ocurrió? ¿Cree que alguien tenía las llaves?

Lojacono pensó que su compañero no lograba abandonar la pista del novio de Mayya, el rumano que habría podido quitarle las llaves a la muchacha.

—Es posible, claro —contestó el notario—. Lo único que sé es que esa noche Cecilia estaba tranquila. Hablé con ella sobre las diez y... ay, Dios...

Se le quebró la voz; los dos policías pensaron que se echaría a llorar; pero el notario se pasó las manos por la cara y recobró la calma.

—Le mentí. Le mentía siempre, para mí se había convertido en una costumbre. Le mentía. Y ella hacía como que me creía, o me creía de veras, no sé. Era inteligente, mi mujer, muy inteligente. Tal vez había decidido aceptar que le mintiera; tal vez sabía que nunca la dejaría, o al menos lo esperaba. Y escuchaba mis mentiras como si

fuesen verdades. —Clavó la mirada cansada en Lojacono y prosiguió—: Le dije que estaba en Capri, que todo estaba en orden. Que había hecho bien en no acompañarme, porque me aburría de lo lindo.

—¿Y qué le dijo la señora?

—Que estaba bien, que se acostaría temprano, que ya estaba en bata. Que fuera soplaban un vendaval y había cerrado todas las ventanas, era algo que no hacía nunca, pero el viento le daba miedo. Que el portero le había reparado un postigo, no recuerdo cuál. Y yo, que Dios me perdone, tenía prisa, no quería charlar; si hubiese sabido... Si hubiese podido imaginar siquiera... Pero quería interrumpir la conversación porque a la persona que me acompañaba... A Iolanda no le hacía gracia que le robara mucho tiempo. En fin, que estaba a punto de irse a la cama; si hubiese esperado a alguien, seguro que me lo habría dicho.

—¿Y entonces? —preguntó Aragona.

—Entonces o fue alguien a quien conocía tan bien como para abrirle la puerta en bata, cosa que jamás habría hecho de haberse tratado de un desconocido, o fue alguien que abrió la puerta con las llaves y ella se lo encontró delante. De eso no tengo dudas.

—Señor Festa —intervino Lojacono—, siento tener que hacerle esta pregunta, pero es necesario. ¿De qué naturaleza son las relaciones que mantiene con la señorita Russo? ¿Tienen ustedes planes o intenciones para el futuro? De ser así, ¿cree que la señora estaba al corriente?

La pregunta de Lojacono cayó en el vacío. El notario se miró la punta de los dedos, mordiéndose pensativamente el labio inferior. El silencio se prolongó tanto que el inspector dudó de que Festa quisiera responderle. Pero lo hizo.

—Muchas veces, en el pasado, tuve... Tuve aventuras. Incluso con amigas de Cecilia, de lo cual no me enorgullezco. Es algo a lo que no me

pude resistir. Pero esta vez era distinto. Iolanda es... es una mujer especial, ella no admite permanecer oculta, ni que no le den todo. Y cuando te das cuenta, es demasiado tarde. Además, las cosas entre nosotros... Inspector, nuestra relación es irreversible, no puedo dejarla. Se lo habría dicho a Cecilia. Iolanda me presionaba cada vez más, y estaba casi a punto de arreglarlo todo.

—¿Y en esos dos días no se separaron nunca? ¿La señorita no se alejó en ningún momento?

Festa parpadeó, como si por primera vez le viniera a la cabeza una hipótesis absurda.

—¿Quién, Iolanda? Pero... ¿Cómo se les ocurre? ¡No! Estuvimos siempre juntos, ni siquiera salimos a comer, nos llevamos todo lo necesario.

Lojacono y Aragona se miraron. La situación estaba clara, y sabían bien que se basaba en declaraciones que no habrían podido probar. De ese modo, el notario seguía siendo el principal sospechoso, junto con la señorita Iolanda Russo,

los únicos interesados en que la señora Cecilia de Santis de Festa dejara al mencionado notario libre y muy rico.

En relación con eso, Lojacono preguntó:

—Señor Festa, su condición económica... en fin, la señora...

—Esperaba esa pregunta. Todo estaba a nombre de ella. Para evitar cierto tipo de atención fiscal, todo lo que teníamos estaba a nombre de mi mujer.

Eso confirmaba lo que Lojacono había imaginado.

Quedaba un último punto por aclarar, pero era necesario ir con pies de plomo, porque todavía no disponían del informe oficial del departamento de informática y no querían arriesgarse a que el notario se pusiera a la defensiva.

—Hemos sabido de un viaje que tenía intención de hacer con la señora. Un viaje a un lugar muy lejano. Había pedido usted información

a una agencia online. ¿Puede decirnos algo al respecto?

El notario adoptó una expresión perpleja.

—Hace tiempo mi mujer me había pedido que hiciéramos un viaje. Para reencontrar el equilibrio entre nosotros, a saber. Pero yo le había dicho que tenía entre manos un par de temas de trabajo complicados, y no podía irme. Es posible que haya pedido alguna información, pero ni siquiera recuerdo haber pensado en algo más concreto.

Aragona y Lojacono tuvieron claro que el profesional no les diría nada más sobre esa cuestión. Cuando recibieran el informe oficial, si se terciaba, profundizarían un poco más.

Le pidieron al notario todos los datos, incluida la dirección de la señorita y su teléfono para citarla. Le solicitaron también permiso para acceder, con su colaboración, a toda la información necesaria para proseguir con la investigación.

Festa respondió sin vacilar:

—Lo que digan. ¿Acaso piensan que no lo sé?

Ustedes son mi única esperanza.

Alex Di Nardo se apostó en una esquina, oculta detrás de un portón.

A pesar del viento, aunque había atenuado su furia, el cuello del abrigo levantado y las gafas de sol que le daban un toque de agente secreto o detective privado de película de serie B, de esas que apasionaban a su colega Aragona, esperaba ahí tranquila, con los ojos vueltos hacia lo alto.

Así ataviada vigilaba a la vieja huraña, la que montaba guardia desde su ventana, a la que no se le escapaba nada de lo que se movía en el tramo de calle visible desde su punto de observación.

Claro que habría podido entrar, y a quién le importa un pito la Guardascione, plantificada en su butaca mientras con un solo ojo hacía ganchillo y completaba el enésimo tapetito que encontraría su sitio quizá en la tapa del váter, suponiendo que ya

no hubiera uno, y de paso, crucificaba a la criada llamándola «golfa» y, malévola, la vigilaba a ella también.

Pero, a saber por qué, no quería darle a la vieja la satisfacción de haber identificado un delito en curso y de haber tenido buena vista; habría tenido la sensación de premiar, en cierto modo, una actitud que la asqueaba. Además, desde que había visto los ojos de Nunzia Esposito, ojos desesperados, de animal acosado, que contrastaban mucho con su sonrisa de plástico, y desde que había sentido en su propia piel la asquerosidad del arquitecto y la miserable mezquindad de la madre de la presunta reclusa, se había hecho una idea bien clara de quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos en aquella historia.

Mientras miraba hacia arriba y se preguntaba por enésima vez cuándo cedería la vieja bruja a alguna necesidad fisiológica, le pasó por la cabeza

Francesco Romano. Por una colega de la comisaría de Posillipo se había enterado de que era un tipo que se dejaba llevar por la ira; y por eso el comisario se libró de él en cuanto se le había presentado la oportunidad. Sin embargo, en la circunstancia de la que había sido testigo, no se veía con ánimo de condenarlo. Con el índice en el gatillo ella misma había notado cierta comezón, no era ninguna novedad. Claro que hacían buena pareja, pensó riéndose para sus adentros; para la película *Arma letal*, aunque no en las calles de una ciudad como esa.

Eso sí, le estaba agradecida por haber comprendido su exigencia de ir sola a ver a la chica. Quería averiguar algo más, a ver qué pasaba. Estaba segura de que la tenían encerrada en el apartamento en contra de su voluntad. Si Alex hubiese descubierto la naturaleza de la constricción, si hubiese recibido alguna petición de ayuda, la habría liberado. Encontraría la forma

de hacerlo.

Por fin la Guardascione abandonó la ventana; lo había esperado durante tanto rato que, al final, cuando ocurrió, le resultó inesperado, y el detalle estuvo a punto de escapársele a Alex, que se coló rauda por el portón del edificio de Nunzia. Primer obstáculo superado.

Subió las escaleras y llamó a la puerta. Al cabo de unos segundos oyó la voz de la muchacha:

—¿Quién es?

—Soy yo. La... la agente Di Nardo. Pero no vengo en visita oficial. ¿Puedo pasar?

Siguió un largo silencio. Alex lanzó una mirada nerviosa a la puerta entornada de la agencia inmobiliaria; ante la posible curiosidad de la empleada, no habría sabido cómo justificar esa visita.

Al otro lado de la puerta, la muchacha preguntó:

—¿Qué quiere? ¿Se olvidó de algo la otra vez?

Tal como había previsto, Nunzia exhibió una actitud renuente. Tal vez no podía abrirle porque no tenía la llave. Pero Alex quería asegurarse.

—No, no me olvidé de nada. Quería hablar contigo un momento.

Otra pausa. Después la voz de la muchacha, con temblorosa incertidumbre:

—Yo... prefiero no abrirle, la verdad. ¿No me puede hablar desde donde está?

A Alex le daba pena Nunzia.

—Estás encerrada, ¿no? Estás encerrada ahí dentro. No me podrías abrir aunque quisieras. Lo sé. Conozco tu situación. Hemos ido a casa de tus padres y lo hemos visto. Estás encerrada, lo sé. Y si es así, te puedo ayudar, ¿entiendes?

A la agente le pareció oír un suspiro, tal vez un sollozo. Cuando ya estaba segura de que no recibiría respuesta, oyó otra vez la voz:

—¿Viene sola? El otro, el hombre, ¿está con usted ahora, ahí fuera?

Alex se apresuró a contestar:

—No, no. Vengo sola. Te lo he dicho, esta no es una visita oficial. Quiero entender. Entender, nada más.

—Entender, nada más —murmuró para sus adentros, como si hubiese querido justificarse.

Después, para gran sorpresa de la agente, se oyó descorrer el cerrojo y la puerta se abrió.

El ambiente había cambiado desde la última vez; se veía que la muchacha no esperaba a nadie. Abierta en el sofá había una revista de moda y cotilleos, una bolsa de patatas fritas en la mesita y el suelo cubierto de migajas, un vaso mediado con una bebida oscura, tal vez Coca-Cola; una música cálida, jazz años sesenta, se oía en todo el apartamento a través de los altavoces ocultos en el falso techo.

La chica vestía una bata ceñida en la cintura con un fajín. Estaba descalza, despeinada, sin maquillar. Y guapísima. Aparentaba exactamente

su edad. A Alex le llamó la atención el notable parecido con la madre y al mismo tiempo la increíble diferencia que separaba a la chica de aquel ser horrendo que habían visto esa mañana.

Las dos mujeres se miraron a corta distancia. Incluso sin zapatos, Nunzia era más alta que Alex. Ahora que la tenía delante, la agente se dio cuenta de que había estado tan segura de la imposibilidad de que la muchacha abriera la puerta que ahora no sabía qué decir.

—Perdona por haber venido. No quería molestar. Es que yo... yo pensaba que...

La muchacha señaló el aire.

—La música es suya. Yo no la entiendo, a mí me gusta Tiziano Ferro. Pero a él solo le gusta esta música, así que es esto o nada.

Dio un par de pasos, balanceándose con la melodía, se sentó con gracia en el sofá, recogió las piernas debajo del cuerpo y se estiró para coger una patata frita.

Alex, en cambio, estaba incómoda. Se sentía pillada por sorpresa, y se preguntaba qué hacía ahí. No era una reclusa, no, la chica que tenía delante.

—Perdona, no debería haber venido. Lo siento. Había pensado que...

Nunzia la miró con cara seria.

—Ya sé lo que pensaron. ¿Qué se creen, que no lo sé? Es lo que le dije cuando lo llamé por teléfono. A él. Y él me dijo que vendría para que lo vieran aquí. Ustedes creyeron que yo no podía salir. Que me tenían en una especie de cárcel. ¿Es así?

Alex asintió. Nunzia prosiguió:

—Lo sabe mejor que yo, señorita. A veces las cosas parecen de una manera, y después resulta que son de otra. Pero otras veces no. Aunque es cierto, ¿sabe usted? No puedo salir.

Di Nardo no entendía, ¿acaso la chica le estaba tomando el pelo? Miró la puerta y dijo:

—Pero... ¡si acabas de abrirme la puerta!

En vez de contestar, Nunzia se levantó y espió a través de la cortina.

—Ahí la tiene. Está siempre ahí, quieta cerca de la ventana. Estamos yo y ella, la vieja. Nos miramos, ella me mira a mí y yo la miro a ella. Algunas veces se duerme con la boca abierta, y se le cae la dentadura. Da asco. Por dentro y por fuera.

Se volvió hacia Alex:

—Se ha vuelto loco, ¿sabe usted? Hará unos meses, pasó con el coche cerca del bajo donde vivimos nosotros. Un coche enorme, iba a ver un edificio viejo que compró en el barrio, dice que quiere hacer un aparthotel, un hotel de lujo. A mí me parece una chorrada, ¿quién va a ir a un hotel en ese barrio de mierda?

Se sentó otra vez y cogió otra patata frita.

—Tengo que ir con ojo con las patatas, que si no, me pondré peor que mi madre; la ha visto, ¿no?

Rió socarrona tapándose la boca con la mano. Alex pensó que era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

—En fin, que se había perdido y no encontraba la calle. Se para, se asoma por la ventanilla para preguntar. Yo estaba en la puerta de casa, esperaba a una amiga. Dice que fue verme y perder la chaveta. Está como un cencerro. Y desde ese momento volvió todos los días, a veces andando, a veces en taxi, a veces alguien lo llevaba.

Alex se había sentado en un sillón.

—¿Y tú? ¿Tú qué pensabas?

—¿Qué iba a pensar? Ya hacía dos años que los hombres se portaban así conmigo. Hasta mis hermanos, para qué negarlo. Pero él era amable, llevaba regalos, para mí y mi familia. Un montón de regalos. Una vez unos pendientes, otra vez una pulsera. Y un buen día, le pidió a mi padre si me podía llevar con él, un par de días, tenía que ir a ver una obra en el norte. Y mi padre dijo: De

acuerdo.

Alex escuchaba embelesada. El tono de la muchacha era leve, como si hablara del tiempo.

—Yo creí que le iba a dar un infarto, es viejo. Pero no le dio un infarto. Ahora sí, la primera vez que me vio desnuda, un poco más y los ojos se le salen de la cabeza.

Rió socarrona, como si hubiese contado un chiste divertido. Después, como si acabara de tener una idea curiosa, se levantó con agilidad, se abrió la bata con un gesto rápido. Estaba desnuda.

—Usted que es mujer, dígame la verdad, ¿qué le parezco?

Di Nardo cerró la boca con un chasquido y tragó saliva. El cuerpo de Nunzia era perfecto, con pechos abundantes pero firmes, el abdomen plano, los muslos largos y el pubis apenas visible.

—Eres preciosa. Preciosa.

La muchacha rio y se cerró la bata con una pirueta.

—Lo sé. Él no para de repetírmelo. Es por eso por lo que no quiere que salga. Es celoso. No quiere que me vean, porque después los hombres empiezan a revolotear por aquí como moscardones sobre la mierda. Me lo pidió y yo se lo prometí. Para mí que también tiene miedo de que alguien se lo vaya a decir a la mujer. La vi una vez, fui a curiosear delante de su casa. ¡Mi madre! Tiene tres años menos que él, pero parece más vieja.

—Y si sabes que está casado, ¿por qué estás con él?

Nunzia se puso seria. Bajó el tono de voz.

—¿No ha visto esta casa? ¿Ha visto dónde vivía yo antes? ¿Ha visto a mi madre? ¿Y el callejón, ha visto el callejón? ¿Qué preguntas hace?

—Pero es viejo y tú eres... eres tan... en fin, tan joven.

—¿Y? A mí lo que me importa es la casa y cómo me trata. ¿Según usted es mejor un tipo joven

que se pasa todo el día ñaca ñaca, te hace diez hijos y te tiene en un bajo en medio de las ratas? Él es bueno, amable y me llena de regalos. Y además ha ayudado a mi familia, y me alegro por ellos. En cuanto a eso otro, dura dos minutos, y después se duerme. Yo ni cuenta me doy casi, pienso en otra cosa y ya. Me parece un buen precio por todo esto, ¿no?

Alex no daba crédito a sus oídos.

—Pero ¿y la libertad? Estar siempre encerrada aquí dentro, no poder salir. ¿No te falta el aire?

Nunzia reflexionó y dijo:

—A veces sí, la verdad. Pero es cuestión de tiempo. ¿Sabe qué quiero hacer yo? Lo que me ha aconsejado mi madre.

—¿Qué?

—Quiero que ponga un apartamento a mi nombre. Por ahora está en alquiler, pero yo quiero convencerlo para que lo compre y lo ponga a mi nombre. Después me hago abrir una cuenta

corriente con algo de dinero. Y entonces, como se dice en mi tierra, el gorrino está en mis manos. Pero, mientras, tengo que tenerlo contento, tengo que darle lo que quiere. Y si él quiere que no salga, porque es celoso y tiene miedo de su mujer, a mí ya me va bien, porque yo aquí tengo televisión, radio, comida. ¿Qué me falta?

—Entiendo. Perdona, antes no había entendido, pero ahora sí. Lo entiendo. Cuando vinimos, la otra vez con mi colega, nos había parecido que tenías miedo. La verdad es que tenías una cara de susto que no veas. Y pensamos que necesitabas ayuda. Eso es todo.

—Y tenían razón, así era, tenía miedo. El miedo era que él decidiera que esto era demasiado peligroso; vino la policía, nada menos. Esa vieja cabrona que se mete donde no la llaman. Y el miedo era que me llevara de vuelta al bajo, otra vez a esa vida horrible que tenía antes. Ese era mi miedo. Tendrían que haber visto cómo temblaba

cuando ustedes se fueron, ese colega suyo le dio un susto muy grande. Pero después lo convencí. Yo sé cómo convencerlo.

Rió socarrona tapándose la boca con la mano, con su aire de jovencita pícara.

Alex se levantó de golpe. De pronto no quería estar ahí ni un minuto más, quería irse.

—Muy bien, me voy. Te dejo mi tarjeta, por si... en fin, si me necesitas, aquí me localizas. También tienes mi número de móvil.

Nunzia se levantó del sofá con un gesto agraciado, se acercó a Alex y le dio un leve beso en los labios.

—Venga a verme alguna vez, si tiene ganas. Él viene de vez en cuando, y siempre de día. Por la noche estoy siempre sola. Tráigame una pizza, si le parece, que me encanta.

Algo.

A Lojacono algo le daba vueltas en la cabeza, como una pieza desanclada del puente de una embarcación en alta mar. Demasiado hundida debajo del nivel de la conciencia como para ver de qué se trataba, pero lo suficiente para causarle una sensación de desorden, de fastidio.

¿Algo que había oído? ¿Algo que había visto? ¿Algo que le habían dicho, que no le habían dicho?

Trataba de centrarse mientras jugueteaba con la pasta de su plato. De vez en cuando Aragona lo miraba de reojo y seguía charlando. Se habían parado a comer en un pequeño restaurante para, hacer tiempo antes de la cita con la misteriosa asesora fiscal Iolanda Russo, amante del notario y, quizá, una clave más para interpretar el homicidio de la señora Cecilia.

El agente especial estaba diciendo:

—... así que si quieren organizar bien un atraco, saben cómo hacerlo. No son unos ladrones cualquiera, a veces hacen unos trabajitos que son la envidia de nuestros profesionales, te lo puedo garantizar. O sea que fueron a la casa con el duplicado de las llaves, empezaron a juntar la plata de las dos primeras habitaciones y en eso llegó la señora y todo se fue a tomar por saco.

Lojacono contestó al instante:

—¿Y, según tú, alguien se molesta en organizarlo todo tan bien, con el duplicado de las llaves, etcétera, y no tiene en cuenta que el domingo por la noche es posible que la mujer esté en casa a punto de irse a dormir? ¿Y además van y eligen justamente ese momento, pudiendo abrir tranquilamente con las llaves de madrugada, cuando es más difícil que, con la tormenta que había, te oigan o te vean? Lo dudo mucho.

Apegado a la idea del robo, Aragona se mostró

contrariado por las objeciones del inspector, a las que no sabía cómo responder.

—Bueno, de acuerdo, a lo mejor eran unos quinquis, drogados y borrachos. Se meten de todo cuando tienen que dar un golpe, y después no se enteran de nada. Vieron a la mujer, agarraron lo primero que encontraron, la bola de vidrio, y la mataron. Por otra parte, los objetos de plata que se llevaron son lo único concreto que tenemos, ¿no?

Lojacono tuvo que reconocer que así era. Aparte de ese algo que le daba vueltas en la cabeza y no lograba precisar.

Al menos de momento.

* * *

El despacho de la asesora fiscal Iolanda Russo se encontraba en la zona de bancos y oficinas, la única área, más bien reducida, donde la ciudad recordaba su calidad de plaza financiera. El

edificio era amplio, dotado de un vestíbulo inmenso donde, a primeras horas de la tarde, no había mucha gente.

En ausencia del portero, encontraron indicados en una placa de bronce, alineada junto con una docena más, el piso y el despacho que buscaban.

Salió a abrirles la mujer.

—Buenas tardes. Por favor, pasen por aquí. Les he pedido que vinieran ahora porque mis empleados están comiendo, prefiero contar con un poco de discreción.

Aragona ojeó el trasero de la mujer, que los precedió para conducirlos a un despacho del interior.

La dottoressa Russo era notable: abundante melena leonada, ojos verdes y penetrantes, alta y sinuosa, vestía falda corta que dejaba al descubierto unas piernas largas y decididas. Era hermosa, lo sabía y no lo ocultaba. También resultaba igual de evidente su agresividad.

—Sé que hablaron con Arturo. Les dijo dónde estuvimos este fin de semana y lo que hicimos. Por tanto, también saben que no tuvimos contacto con nadie y no disponemos de testigos.

Aragona adoptó una pose plástica, apoyó el codo en el brazo del sillón, y, bajando la voz un par de tonos respecto a lo habitual, dijo:

—¿Cómo es que no tuvieron contacto con nadie?

—Veo que no ha quedado clara la situación. Si una se marcha de fin de semana con un hombre casado, muy conocido, que para colmo le ha dicho a su mujer que está en Capri, en un congreso de lo más aburrido, después no puede ir a la plaza a tomarse un helado. Agente, comprendo que eso a usted no le pase a menudo, pero es así como funciona.

Aragona parpadeó como si acabaran de abofetearlo. Lojacono preguntó.

—¿Cuándo conoció al notario Festa?

—Hace cinco años, pero hace un año y unos meses que nos vemos. Quiero decir, que estamos juntos.

El inspector apreció la franqueza. Al menos la mujer estaba dispuesta a hablar sin hipocresías inútiles que habrían resultado una pérdida de tiempo.

—¿Conocía a la señora Cecilia de Santis?

—La habré visto en un par de ocasiones, en reuniones sociales. Una vez en el teatro San Carlo, otra, la pasada Navidad, en una venta de beneficencia organizada por ella. Arturo me había rogado que no fuese, estaba aterrorizado. Le había dicho que se quedara tranquilo, que no pondría ahí los pies, pero me decidí a último momento y me presenté. Debo decir que demostró una presencia de ánimo que jamás hubiera esperado.

—¿Por qué —preguntó Aragona—, la señora sabía que... bueno, lo suyo con el notario?

La Russo le lanzó otra mirada de entomóloga.

—Claro que lo sabía. Lo sabía toda la ciudad, fue y sigue siendo el principal tema de conversación de todas las chismosas que animan lo mejor de la sociedad, ¿usted cree que precisamente ella no iba a saberlo? Hacía meses que lo sabía. No hay duda.

—¿Y pasó algo? —inquirió Aragona, fascinado—. ¿La señora se enfrentó a usted, hubo un intercambio de palabras, una pelea?

La mujer rió, dejando ver una dentadura fuerte y perfecta, de depredador.

—No, ¿cómo se le ocurre? Era lo bastante inteligente como para saber que una reacción de ese tipo habría supuesto su derrota definitiva. Ya me hubiera gustado, habría sido maravilloso. Pero no lo hizo. Me agradeció cuando compré a un precio exorbitante una de sus horribles bolas de cristal.

Lojacono escuchaba con atención.

—De modo que la señora lo sabía. Y usted y el

notario sabían que ella lo sabía. ¿Y cómo se sale de una situación así? ¿Qué estaban esperando?

La Russo se levantó y caminó hasta la ventana. Fuera, las nubes se arremolinaban otra vez, negras y amenazantes.

—Inspector, ¿usted conoce esta ciudad? En realidad son tres las ciudades. Una, la que cuenta de verdad, es un pueblecito de unos cuantos miles de habitantes. La segunda está formada por quienes cuentan con un trabajo, un salario, y viven de final de mes en final de mes con la esperanza de poder permitirse unas vacaciones en la playa. La tercera, más de un millón de habitantes, se las arregla y trata de sobrevivir lo mejor posible.

Una gruesa gota de agua golpeó el cristal y empezó a deslizarse hacia abajo.

—Entrar en la primera ciudad no es fácil. No porque esté habitada por personas mejores que las demás, que conste, en su mayoría se trata de idiotas, personajes superficiales e ineptos que

desde hace generaciones no tienen problemas y, de tenerlos, no sabrían cómo enfrentarse a ellos. Pero tienen dinero. Mucho dinero. Y no lo sueltan por nada del mundo.

Lojacono y Aragona notaron que la descripción se correspondía con la que la baronesa Ruffolo había hecho de su propio ambiente en el círculo náutico; aunque desde frentes opuestos, las dos estaban totalmente de acuerdo.

—Ni Arturo ni yo nacimos en ese mundo. No entramos en él por derecho de sangre, no nos confirieron un cargo o un papel institucional. Pero somos mejores que ellos, mucho mejores. Nosotros hemos tenido problemas, conocemos los problemas, sabemos sopesarlos y superarlos. De modo que también sabemos resolver los problemas de ellos, de hecho, los resolvemos. — Se dio la vuelta hacia los policías, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Por eso nos utilizan.

No pueden hacer otra cosa. Pero de ahí a acogernos, hay un abismo. Cecilia, la mujer de Arturo, sabía que tenía una posición de fuerza y le sacaba partido. Fingía no conocer lo mío con su marido, creía poder mantener su posición. Pero digamos que no había tenido en cuenta un detalle.

Hizo una pausa. Aragona preguntó:

—¿Cuál?

—Estoy embarazada. Espero un hijo de Arturo.

La frase estalló en el silencio como un disparo.

Lojacono preguntó:

—¿La señora lo sabía?

—No lo sabía, es algo de lo que yo misma me enteré hace poco, hará un par de semanas. Soy muy regular, me hice la prueba al segundo día de retraso. Lo sabemos Arturo y yo; fui a decírselo en persona, a su notaría. Quería ver qué cara ponía.

—¿Y qué cara puso?

Iolanda Russo rodeó su escritorio y se sentó.

—De entrada, se alegró, se alegró mucho. Él

viene de una familia de campesinos, está acostumbrado a pensar en los hijos como una bendición, y ella no se los dio. No podía tenerlos. Después, ya me lo esperaba, empezó a plantear una serie de problemas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, cómo se lo digo, qué pasará ahora, cómo hago con todo el patrimonio a nombre de ella, cómo hago con los clientes amigos de ella, etcétera. Todo giraba en torno a ella.

En el silencio otras gotas golpearon el cristal.

La mujer clavó los ojos verdes en la cara de Lojacono y dijo:

—Inspector, vayamos al grano. La existencia de esa mujer era el único, el verdadero obstáculo que se interponía entre mis fines y yo. Reconocí a este hombre y me apoderé de él mucho antes de que él se diera cuenta de mi existencia. Las mujeres, las auténticas, las que saben lo que quieren, actúan así. Somos de la misma raza,

somos despiertas y tenemos garras. Al principio, a él le sirvió la posición de su mujer, pero ahora puede caminar solo. Podemos caminar solos. Me faltaba convencerlo, y ahora, gracias también a este hijo, lo había conseguido. Era cuestión de tiempo.

—¿Qué tiempo? —preguntó Aragona.

Iolanda Russo siguió hablando sin apartar la vista de Lojacono.

—El tiempo de hablar con ella, él lo habría hecho. Faltaba poco para que lo hiciera.

El inspector la miraba fijamente, inexpresivo.

—Pero todavía no lo había hecho. Y entretanto, la señora murió. Asesinada, para ser más exactos.

—Sí. Y comprendo que para ustedes la conclusión es obvia. Pero no fue como piensan, no lo hicimos nosotros. Estábamos juntos, en la casa de Sorrento, donde hacíamos una pálida imitación de la vida normal, en la que una mujer cocina para

su hombre, un hombre habla con su mujer, y se ríen como si el mundo de fuera no existiera. No lo hicimos nosotros. Pero no podemos probarlo.

Lojacono le hizo a ella la misma pregunta que al notario:

—¿Y por qué ha aceptado hablar con nosotros, señora Russo? ¿Qué la ha impulsado?

—Ustedes deben encontrar al culpable, ¿no? Si no hubiese hablado, se habrían convencido de que teníamos algo que ocultar. Y el abogado de Arturo temía que pudiéramos caer en contradicciones. Pero ¿cómo caer en contradicciones si les decimos la verdad?

Lojacono asintió.

—Comprendo. Pero no tienen pruebas. Y lo único cierto es la muerte de la señora.

—Así es, la muerte de ella es segura. Y no le niego que, pensando en el futuro, eso me resuelve algún problema; aunque solo si consiguen encontrar al que lo hizo de veras. Pero, hoy por

hoy, para mí es peor, porque Arturo no se librará fácilmente de los recuerdos, las imágenes, los testimonios de toda una vida juntos. Una cosa es una cara llorosa que grita, que te reprocha una traición, otra muy distinta es una sonrisa dulce y el recuerdo de una caricia. ¿Cómo se lucha contra una fotografía?

Lojacono asintió.

—Señora Russo, ¿usted quién cree que pudo haber sido? ¿Tiene alguna sospecha, alguna idea?

La mujer reflexionó un buen rato y al cabo respondió:

—No, no lo sé. Tal vez unos quinquis, esta ciudad da miedo, hay poco control, sin ánimo de ofender. Y yo, en realidad, de la vida de ella no sé demasiado. Pero debo reconocer que nunca he oído a nadie hablar mal de ella, y créame, en ciertos ambientes eso es algo muy raro, porque a muchos les hubiera encantado venir a soltarme algún cotilleo. Pero no, nunca nada. Ella solo tenía

una pasión inocente, las bolas de cristal, vaya usted a saber si en ellas no vería el futuro. Era una buena mujer, y yo no tenía nada contra ella. Las cosas pasan, la gente se encuentra. Es todo.

* * *

Cuando salieron ya estaba lloviendo y con creciente intensidad. Corrieron un trecho y se encerraron en el coche sin mojarse demasiado.

Aragona se secó las gafas con un pañuelo de papel; llevó a cabo la operación con precisión sacerdotal.

—Fíjate, interrogas a una persona con una convicción y, nunca falla, tienes que dejarlo. Yo me la esperaba distinta, pero esta es una mujer cualquiera que se dejó preñar por el primer cabrón que se le cruzó por delante; no tiene nada de vampiresa que empuja al profesional maduro al homicidio. Y estamos otra vez como al principio.

Lojacono se pasó una mano entre el pelo húmedo.

—Pero ha sido sincera, ha dicho claramente que la De Santis era un obstáculo en su camino para conseguir a su marido. Y no hay que subestimar el hecho de que esté embarazada. Con frecuencia, las mujeres en ese estado cambian su forma de ver las cosas.

Aragona analizó el comentario de su colega.

—Puede ser, pero a mí solo me ha parecido una mujer preocupada por el futuro. Yo no la veo enfrentándose a la De Santis y matándola, tampoco la veo en el papel de embaucar al notario para que se cargara a su mujer. Ahora sí, me hubiera gustado estar presente cuando fue a la notaría a contarle lo del niño, y él empezó a farfullar que si no se podía, que si los amigos, que si los clientes, que si el ambiente, etcétera. Me imagino los gritos de la señorita; la habrán oído a un kilómetro, la habrán oído.

Se carcajeó sin dejar de limpiar las gafas. Y no notó, en un primer momento, que Lojacono, sentado a su lado, había abierto los ojos como platos y se había girado para mirarlo.

Cuando lo vio se quedó inmóvil, con las gafas y el pañuelo en la mano.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

Su colega empezó a sonreír. La sonrisa se fue ampliando más y más hasta llegarle de oreja a oreja.

—¿Sabes una cosa, Arago'? Te he subestimado. Pero eres un genio, un maldito genio. ¡Un genio como la copa de un pino, Arago'!

Aragona no tenía la menor idea de a qué se refería Lojacono.

Fuera, la lluvia se estaba transformando en granizo; unas piedras grandes rodaron sobre el parabrisas.

En el interior de la cabeza de Lojacono ya no rodaba nada: todo había acabado en su sitio.

Fue como una fiebre. A partir de ese momento, el tiempo aceleró su fluir, como si alguien hubiese pulsado la tecla de avance rápido de su jornada.

Lojacono le explicó su teoría a Aragona, y, mientras la enunciaba en voz alta, descubrió que todas las piezas iban encajando, cada elemento tenía su explicación, todas las incongruencias quedaban resueltas.

El muchacho se mostró feliz, como si acabara de recibir un regalo preciado.

—Fantástico. Fantástico. Y teníamos todo delante de los ojos. Bueno, ¿qué esperamos? ¡Rematemos el asunto!

Lojacono negó con la cabeza.

—Todavía no. Antes debemos completar unas pruebas. Manos a la obra.

Se separaron, cada cual por su camino.

Lojacono regresó al cuartel donde tenía su sede la policía científica.

Lo dejaron un rato en la sala de espera escurriéndose la lluvia; luego salió a recibirlo Bistrocchi; llegó con la lengua fuera y escarmentado por el papelón que había hecho la vez anterior, no dudó en ponerse totalmente a disposición de su colega.

Lojacono pidió enseguida lo que le interesaba. El hombre de la bata blanca hizo un gesto de impotencia y dijo:

—Por desgracia, inspector, ahí tampoco había huellas. Evidentemente usaron guantes. Aunque he de decir que rara vez se encuentran huellas definidas en este tipo de objetos. Casi nunca hay un contacto directo de las yemas de los dedos...

Lojacono lo interrumpió; no tenía tiempo para asistir a una clase sobre la recogida de pruebas.

—Oiga, Bistrocchi, yo solo quiero ver el objeto. ¿Es posible?

Decepcionado, Bistrocchi se esfumó y regresó con una bolsa de plástico transparente. Se calzó un par de guantes de látex y extrajo el contenido.

Otra bolsa.

—La plata robada estaba en esta bolsa. Como ve, tiene un desgarrón en un costado, tal vez provocado por uno de los objetos durante el transporte, o quizá se hizo cuando la echaron al contenedor de basura.

A Lojacono le interesaba otra cosa. En un lateral de la bolsa había una especie de logotipo con un texto. Se dirigió a Bistrocchi:

—Perdone, ¿puede darle la vuelta hacia mí, de modo que pueda leer mejor lo que pone?

Se acercó y leyó.

La primera confirmación.

* * *

Aragona se dirigía a la notaría; como siempre, conducía a toda pastilla y duchaba a los transeúntes con las oleadas de agua que lanzaba a las aceras, mientras trajinaba con el móvil; debía ponerse en contacto de inmediato con Ottavia Calabrese.

Por suerte, ella misma atendió la llamada.

—¿Qué tal, Aragona? Te iba a llamar. ¿Te acuerdas del informe que me pediste sobre Adrian Florea, el compañero de la criada del notario? Está limpio. No tiene antecedentes, ni está en contacto con personas que los tengan, ni...

—Claro, me lo imaginaba —resopló Aragona—. Quise investigar más a fondo para dejarlo todo bien atado, me di cuenta enseguida de que es un buen tipo. ¡Y acabemos de una vez con el prejuicio ese por el que todo inmigrante es impenablemente un delincuente! Quería saber otra cosa, ¿por casualidad ha llegado el informe oficial de la sección de análisis informático?

—Todavía no —contestó Ottavia, carcajeándose—, se lo toman con calma. ¿Qué necesitas?

—La fecha y la hora del envío de los correos con los que se reservaba el viaje a ese sitio como se llamara desde la oficina del notario. ¿Puedes hacer algo?

Al llegar a la notaría contaba con la información. Preguntó por el notario, que lo hizo pasar enseguida a su despacho. Tuvo que hacer un esfuerzo para no intercambiar miradas al pasar entre los empleados, tal como Lojacono le había recomendado numerosas veces.

Una vez en el despacho, tras asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada, le pidió al notario lo que le hacía falta.

El profesional se mostró perplejo.

—Se trata de datos muy, muy reservados. No se pueden mostrar a cualquiera, tenemos la obligación de mantener la máxima

confidencialidad...

El inspector Lojacono también había advertido a Aragona de esta posible resistencia; pero el tiempo apremiaba y no era cuestión de quedarse atascado por un detalle formal. De modo que Aragona dijo lo que había acordado con su colega:

—Verá, señor Festa, si quiere salir de este lío, no hay otra manera. Si no lo hace por la memoria de su esposa, hágalo por usted.

Tras una breve reflexión, el notario descolgó el teléfono y, con brusca decisión, llamó a la señora Lina Rea.

* * *

Lojacono tomó un taxi y para él fue un feliz paréntesis cruzar la ciudad sin la certeza de morir o matar a una decena de inocentes.

La lluvia caía sin pausa, el tráfico ya alucinante se intensificaba, las calles se iban

inundando. El inspector le preguntó al taxista cuánto tardaría, y por respuesta recibió un elocuente encogimiento de hombros. Trató de telefonar a Marinella, tras la última llamada tormentosa después de la pelea con su madre no había vuelto a oírla, pero tenía el móvil apagado.

Llamó entonces a Laura Piras, para comentarle cómo marchaba la investigación. La mujer contestó al segundo timbrazo:

—¡Hola! ¿Qué pasa, hay novedades?

—Creo que sí. Para mí que ya lo tenemos.

—¿En serio? Anda, cuéntamelo, sin omitir nada.

Lojacono se lo contó, empezando por la visita a la oficina del notario, luego le refirió la conversación con la Russo. Y le contó, sobre todo, cómo la frase de Aragona había rasgado el velo al plantear una nueva hipótesis que ahora estaba comprobando.

La fiscal Piras escuchó con suma atención,

interviniendo con preguntas breves y monosílabos de confirmación. Luego dijo:

—Increíble. Realmente increíble. Lo que más me sorprende de todo este asunto es que parece ser que la existencia de Aragona tiene sentido. ¿Cómo piensas proceder ahora?

Lojacono le habló de las comprobaciones que estaban haciendo, Aragona en la notaría y él en la científica.

—Ahora vas a la tienda, ¿no? —preguntó la fiscal—. A comprobar el texto de la bolsa. Bien, la cosa cuadra. Y, para qué negarlo, sería una bendición, un éxito para restregárselo por la cara a cuantos decían que había que cerrar de inmediato Pizzofalcone. Yo en vuestro lugar iría con pies de plomo, debéis conseguir una confesión completa y en toda regla, de lo contrario, un picapleitos cualquiera te desmonta la teoría en dos segundos. Contáis con una serie de indicios, pero ni una sola prueba.

—¿Cómo que indicios? —protestó Lojacono—. Te lo he explicado con detalle, no pudo haber ocurrido de otro modo. Ya lo tenemos, sabemos quién lo hizo y, probablemente, también por qué.

—Sí, pero yo no podría autorizarte una detención con esas bases. Ya sabes que no se puede obrar por exclusión, se necesitan pruebas, certezas, y en este momento, tú no tienes ni una sola prueba. Tampoco certezas, hazme caso. De modo que solo te queda una posibilidad: obtener una confesión, y ya sabes que es algo sumamente difícil. Y yo desde aquí no te puedo ayudar.

Preso de una nueva angustia Lojacono llegó a la tienda, y en una distancia de pocos metros, del taxi a la entrada, se caló hasta los huesos. Le preguntó a una dependienta, que le dio las indicaciones que necesitaba: debía ir al piso de abajo. En un rincón, al final de un pasillo con una amplia exposición de platos y copas acompañados de participaciones de boda, había una vitrina que

parecía la copia de los estantes que había visto en el lugar del delito.

Se acercó con las manos en los bolsillos, mientras su abrigo iba dejando en el suelo reluciente un reguero de agua. Al otro lado de los cristales, una bailarina con un ukelele lo miró fijamente, sonriendo con gracia. Él no respondió a la sonrisa.

Al cabo de unos minutos salía de la tienda llevando una bolsa idéntica —excepto por el desgarrón lateral— a la que guardaban en el laboratorio de la policía científica.

En ese mismo momento, el móvil vibró en su bolsillo: era Aragona. Nerviosísimo, su colega le aseguró que en la notaría había hallado las confirmaciones que necesitaban.

Ahora debían rematar el asunto, como había sugerido Aragona.

Y, como había dicho la fiscal Piras, eso era lo más difícil.

Una vez en posesión de todos los datos, regresaron a la comisaría.

La reunión, en la que Palma quiso que participaran todos, había sido breve pero intensa: estaba claro que de la decisión de la estrategia y su éxito dependía, además de la solución del caso, la supervivencia de la comisaría.

Lojacono y Aragona habían dicho quién era el asesino de Cecilia de Santis y cómo habían logrado descubrir quién era. La confirmación llegó tras reunir todos los datos recogidos en la científica, en la notaría, en la tienda de artículos de lujo para el hogar. Terminaron de hablar y se había producido una pausa de silencio concentrado.

Romano y Di Nardo habían compartido la opinión de Aragona, que quería proceder sin más a

la detención, pues consideraba que los elementos eran suficientes para armar la acusación; por su parte, Palma y Pisanelli habían invitado a una mayor calma; en sus largos años de experiencia habían visto cómo las prisas excesivas a la hora de cerrar una investigación habían permitido que muchos delincuentes acabaran libres.

—Es cierto —había dicho Ottavia—. Pero no es menos cierto que si remitimos al magistrado la información, tal como la tenemos, corresponderá a otros completar la investigación; y si nosotros estamos convencidos, y lo estamos todos, de que sabemos quién cometió el homicidio, no es justo que sean otros quienes cierren el tema. Máxime cuando de ello puede depender nuestro futuro. Así que, por mi parte, me fío de Lojacono y Aragona; para mí que conseguirán una confesión. Yo dejaría que lo intentaran.

Pisanelli había comentado suavemente que existía el peligro de que al intentarlo pusieran

sobre aviso al culpable dándole la oportunidad de preparar una defensa adecuada; pero había tenido que reconocer que, si había alguna manera de salvar la comisaría, era esa.

De modo que por eso Lojacono y Aragona se encontraban ahora de pie, tratando de cobijarse en parte de la lluvia que caía a raudales de un estrecho alero, escasamente iluminados por una farola ondulante suspendida de un cable en el centro de la calle, a la espera de que quien había matado a la señora Cecilia de Santis se dignara salir del edificio de enfrente.

Se palpaba la tensión, y desde hacía un rato ninguno de los dos hablaba. De vez en cuando, Aragona se quitaba las gafas y las secaba con un pañuelito empapado; Lojacono se preguntaba cómo diablos hacía para ver con esas improbables gafas azuladas, surcadas de gotas de lluvia.

Al final, quien había matado a la señora Cecilia de Santis salió por el portón. Se detuvo en

el umbral a ver la lluvia caer copiosa y a analizar la distancia que lo separaba del lujoso sedán listo para ser guardado en el garaje. Suspiró y sacó un par de guantes negros de piel.

Lojacono y Aragona se apartaron de la sombra y cruzaron rápidamente la calle sin preocuparse por los charcos; se acercaron a quien había matado a la señora Cecilia de Santis, cada uno a un lado. Lojacono dijo:

—Subamos al coche. Así charlamos un momento.

Cuando se encontraron a cobijo dentro del automóvil, Aragona en el centro del asiento posterior y Lojacono en el del copiloto, el asesino dijo:

—Así charlamos un momento. ¿Y de qué vamos a charlar, inspector? Ya les he dicho todo lo que sabía, les he dicho.

—No, De Lucia —lo interrumpió Lojacono—. No nos lo ha dicho todo. Lo sabemos porque la

primera vez que hablamos, dijo que la pobre señora estaba encerrada en su casa, y eso no podía usted saberlo, porque el notario nos contó que cuando habló por teléfono con su mujer, ella le había dicho que acababa de cerrar las ventanas, incluida la que el portero había reparado hacía poco, pero que normalmente no era esa su costumbre. Lo sabemos porque solo usted y la señora Rea tenían las contraseñas para acceder al ordenador del notario, y la señora Rea no sabe usar los ordenadores; y desde ese ordenador se hizo la reserva de un viaje con la petición de poder cambiar uno de los nombres hasta el día antes de la partida, y el nombre que había que cambiar no era el del notario, porque quienes iban a hacer ese viaje eran usted y la señora. Lo sabemos porque el correo electrónico se envió a las diez y trece minutos del 5 de marzo, y a esa hora, según consta en el protocolo de las escrituras *mortis causa*, el notario se encontraba

precisamente con la señora Rea autorizando un testamento en la vía Posillipo. Lo sabemos, porque la bolsa en la que se llevaron los objetos de plata falsamente robados y que luego se echó a un contenedor, era la misma en la que la bola de cristal, el arma del delito, había llegado a la casa, porque antes no estaba; y la compró usted en la tienda a la que acompañaba a la señora, donde recuerdan muy bien quién la adquirió y dijo que se trataba, precisamente, de un encargo por cuenta de la propia señora. Lo sabemos, porque la falta de huellas en la escena del delito se deriva del hecho de que usted llevaba esos mismos guantes, con los que conduce el sedán del notario, para no ensuciar el volante de madera con la tinta de las letras de cambio que tramita. Y lo sabemos, porque su relación y su colaboración con el notario hacen admisible que la señora le abriera la puerta, en bata, a esa hora de la noche del domingo. Lo sabemos todo. Lo que no sabemos es por qué lo

hizo.

Siguió un silencio que a los dos policías se les antojó de mil años.

El hombrecillo rechoncho siguió con la cabeza inclinada, el mechón de pelo con que disimulaba la calva mojado y tristemente caído sobre su cráneo, las gruesas gafas empañadas, las manos enguantadas posadas sobre el regazo, inmóviles. Fuera, una ráfaga de lluvia azotó el parabrisas.

Al final levantó la cabeza siguiendo con los ojos recuerdos y pensamientos. Y habló repitiendo, como siempre, la última frase que le habían dirigido.

* * *

Lo que no saben es por qué lo hice.

¿Les parece a ustedes que no me lo he preguntado?

¿Les parece que no me lo estoy preguntando

cada minuto desde que ocurrió hasta ahora?

A saber por qué lo hice.

Lo único que sé es que lo hice, y que mi vida terminó en ese momento, con la de ella.

No se la merecía, ¿saben? Él no se la merecía. Es un cabrón, un cabrón engreído, superficial. Le gustan las mujeres, no deja escapar ni una sola, si ustedes supieran cuántas he visto pasar por sus manos a lo largo de todos estos años, chicas, señoras, incluso niñas apenas mayores de edad. Y ya sé yo por qué me usaba, el muy cabrón, para cubrirse las espaldas. La de mentiras que tuve que decir, a todos, cuando en lugar de trabajar o estar en su casa se iba por ahí de putas.

Se lo debía todo a ella, que le había dado incluso el dinero para las oposiciones a notario. Y los clientes, las amistades de las que tanto se jactaba, los conseguía gracias a ella. Todo se lo debía.

Mi puesto es como una butaca en primera fila, ¿saben? Se ven muchas cosas, se entienden muchas cosas. En todos estos años he visto qué hombre es él, y qué mujer maravillosa es ella. Era ella. Porque ahora está muerta, ¿no? Está muerta. Y yo la maté.

Él me decía: Rino, hazme el favor, mi mujer quiere que la lleven aquí o allá, tómatelo con calma, alarga el viaje; o bien, finge que el coche se ha averiado, déjame un poco de margen para regresar, tú ya me entiendes, ¿no? Y reía, y me hacía un guiño. Qué asco me daba ese guiño. Y me decía: entre hombres nos entendemos, ¿eh? ¿Qué tenía que entender yo, en mi habitación amueblada, con un libro en la mano o una película de la televisión, mientras él disfrutaba de los mejores hoteles de cinco estrellas, acompañado de hermosas mujeres, y se gastaba el dinero que ganaba gracias a ella?

Pero yo me conformaba igual. Me

conformaba porque podía estar con ella. Era una mujer maravillosa, ¿saben? Sufría, cómo sufría. Él creía que la engañaba, pero ella se enteraba de todo, lo sabía todo. Se guardaba el dolor y ya casi no veía a nadie, porque cada amiga, cada amigo, en cuanto se encontraba con ella, no perdía la ocasión de contarle las últimas empresas del marido. Es una gente de mierda, ¿saben? Disfrutaban viendo sufrir a los demás. A veces aquí mismo, en el coche, conmigo al volante, le decían: ¿Es que no lo sabes, es que no lo ves? Menganita lo vio en Capri con esa, Fulanita lo vio en Sorrento con esa otra. Y ella sonreía, y contestaba: No me interesa, y cambiaba de tema, pero yo sabía el desgarró que ella tenía por dentro.

Conmigo hablaba. Era la única que hablaba conmigo. Yo no hablo con nadie; la oficina es un nido de víboras, ponga tres mujeres juntas y es la guerra perenne, peor que en la Franja de Gaza.

Mejor no meterse. Yo llevo una vida retirada, no soy de los que salen por la noche. Ella era la única que hablaba conmigo.

¿Qué íbamos a hacer? Ella en su lujo, yo en mi pobreza, éramos dos personas solas. Al menos entre los dos podíamos apoyarnos. Y nos apoyábamos.

Habíamos tomado la costumbre de irnos a Bagnoli, cerca del mar. Hay allí un bar pequeñito, una especie de quiosco con dos o tres mesitas. Un lugar tranquilo, donde seguramente no pasaba nadie que ella pudiera conocer. Ella me mandaba llamar, le decía a su marido que quería ir a comprar alguna tontería, y él enseguida: Rino, ve a recoger a mi mujer, y tarda lo más posible. Y me hacía un guiño. Ella se reía, decía que era la única ocasión en que era ella la que lo engañaba a él.

Nos sentábamos y hablábamos y hablábamos. Ella pedía un té, caliente en invierno y frío en

verano. La invitaba yo. Para mí era importante. Es el hombre el que invita a su propia mujer, ¿no? Aunque ella sea rica y tú seas un pobretón.

Él es rico, fascinante, apuesto, pero de plástico. Siempre vivió a costa de ella, pero yo a ella no le permitía pagar ni siquiera el té. Y así estábamos, agarraditos de la mano. Recuerdo la primera vez, fue ella quien me agarró la mano, yo nunca me habría atrevido.

Yo le preguntaba por qué aguantaba todo lo que aguantaba. Ella me decía triste: Es mi marido. Para mí que se sentía culpable, culpable ante ese cabrón; porque no había tenido hijos, porque según ella no era guapa. Pero era hermosísima, ¿saben? Ustedes no la conocieron, no la vieron mientras observaba el mar, o cuando se reía de repente. Era hermosísima.

El último año fue un infierno para ella. Porque apareció la otra, la pelirroja. Esta no era como todas las demás, las putas con las que él

salía dos días y luego fuera, un almuerzo, una cena de lujo, el hotel, un ramo de rosas la mañana después que me mandaba comprar, poniéndome el dinero y una notita en el bolsillo, haciéndome el puto guiño. Esta era distinta.

Yo me di cuenta desde el primer momento, cuando vino a la notaría por un tema de trabajo. Una tipa obstinada, expeditiva, agresiva. Él puso ojos de carnero degollado, y ella sonrió como sonreían todas en general, pero en aquella sonrisa yo vi la bestia feroz cuando descubre a su presa. No me sorprendí cuando se convirtieron en pareja estable.

Ella se enteró enseguida, como que iban a esperar para irle con el cuento. Pobre Cecilia. Intentó creer que se le pasaría, pero la otra no lo soltó.

Yo creo que ella se aferraba a la idea de ser, por encima de todo, la esposa; porque él, más allá de las aventuras, al final volvía siempre a

casa con ella. Que las otras eran para pasar el tiempo, la exigencia de una gratificación, la necesidad de no sentir que estaba envejeciendo; pero ella, ella era el puerto seguro donde él podía mostrar sus debilidades y acurrucarse en brazos de su mamá. Tal vez él fuese ese hijo que no habían tenido. Tal vez ella se sentía su madre, y a la madre no se la abandona.

Pero la otra, la pelirroja, no estaba dispuesta a dejarse tratar como las demás. La pelirroja lo quería, lo quería todo para ella. Le servía, prestigio, dinero, contactos. Al final, había encontrado una como él. Incluso peor que él.

Es inteligente, la pelirroja. Es lista. Poco a poco lo obligó incluso a exhibirla en público, a él no le importó quedar como el culo y hacer quedar como el culo a su pobre esposa. Pero cuando a una mujer como la pelirroja se le mete algo entre ceja y ceja, no hay nada que hacer.

Un día ella me mandó llamar, la encontré con

unas gafas negras enormes, la cara desfigurada por el llanto. Él no había vuelto a casa a dormir, ni le había avisado; ella lo había llamado al teléfono, él le había dicho: Déjame en paz. Y por teléfono había oído la risa de una mujer. Me lo contó desesperada, en nuestro lugar junto al mar. Yo traté de calmarla. Ella me dijo: Un hombre como tú, debí conocer. Lo busqué fuera de mi ambiente, porque mi ambiente me da asco, pero debería haber encontrado uno como tú.

Entonces, solo entonces, a mí me dio por ponerme a pensar. Antes ni siquiera se me había ocurrido soñar con que una mujer como ella, una reina, una diosa, pudiera fijarse siquiera en un tipo como yo. Pero lo había dicho ella, ¿no? Lo había dicho ella, que debería haber encontrado un hombre como yo. ¿Y entonces?

Siempre me decía que el día menos pensado sería ella la que se largaría. Lejos, a algún sitio con mar, arena blanca y palmeras. Riendo, me

decía que ya sabía que era el sueño de toda dependienta o ayudante de peluquería. Y yo le decía que a lo mejor la llevaba yo, justamente yo, y ella volvía a reír. Decía que para llevarla hasta ahí tendríamos que escondernos en la bodega de un barco, como los esclavos africanos que llevaron a América. Qué guapa era cuando se reía, ustedes ni se lo imaginan.

Y un buen día la pelirroja se presentó en la notaría, se encerró en el despacho de él y se puso a chillar como una loca, los gritos llegaban hasta fuera. La Rea puso una cara, ustedes ya la vieron, ella está perdidamente enamorada del notario, imagínense si un tipo como él se fija en una mujer como ella, poco faltó para que entrara a defenderlo. En fin, que la pelirroja grita que ahora, con el niño en camino, ya no puede soportar que la mantengan en la sombra. Que ella, que le da un hijo, cosa que esa pobre vieja no le pudo dar, quiere el lugar que le

corresponde. Lo dijo tal cual: esa pobre vieja. Imma y Marina, las muy imbéciles, se miraron y se echaron a reír. Insoportable: dos pavas que se reían de la mejor mujer del mundo por culpa de ese cabrón, incapaz de mantener la bragueta cerrada.

Entonces, fue entonces cuando me decidí. Tenía el dinero, poco a poco lo había ahorrado; pero no para el viaje. Para eso tenía que usar la cuenta de la notaría, la que usamos para tramitar las letras de cambio, con la que gestionamos los importes cobrados. Son sumas importantes, siempre tiene un saldo abultado, lo hubieran descubierto al cabo de un mes y ya habría sido tarde, porque entonces ella y yo habríamos estado en la playa. Felices. Por fin. Porque si conseguíamos ser felices en Bagnoli, sentados a una mesa oxidada, junto a un mar contaminado, en ese otro lugar mágico habríamos estado en el paraíso.

Hice la reserva a nombre de él, pero pregunté hasta cuándo se podía cambiar a uno de los pasajeros. Disponía de todo el tiempo. Solo me quedaba decírselo a ella.

Esperé el momento adecuado, cuando el cabrón se organizó su fin de semana habitual con la pelirroja. Los había acompañado yo, sabía que hasta el lunes no regresarían. Me preparé bien, tendría que decírselo con dulzura, pero también con firmeza, era una decisión difícil, lo entendía. Pero era necesario, ¿me comprenden? La única manera de que nosotros también encontráramos un poco de felicidad. Teníamos derecho, ¿no? ¿Acaso nosotros no tenemos también derecho a un poco de felicidad?

Pensé en llevarle un regalito adecuado, que le hiciera comprender que podía contar conmigo. Fui a la tienda de la via Duomo, de la que ella era cliente. Íbamos a menudo, le gustaban mucho las bolas de cristal, las boules de neige, qué bien

lo pronunciaba. Una vez le pregunté por qué le gustaban tanto, y ella me dijo que mirando dentro de esas bolas se podía soñar con un futuro que no existía, que parecía real. Era hermosísima cuando sonreía; ya se lo he dicho, ¿no?

Y fui a la tienda, busqué una bola que describiera el lugar al que quería llevarla. Quería decírselo así. Ahora ya no podía mentirse a sí misma, no podía fingir que ignoraba la realidad: la pelirroja iba a tener un hijo, y él iba a dejarla. Estaba claro.

De modo que daba lo mismo adelantarnos a él y marcharnos. Que se quedara con todo el dinero, porque yo me ocuparía de ella, algo habría hecho, algo habría encontrado.

Me abrió enseguida, con ojos asustados. Fuera había tormenta, el mar llegaba hasta el cuarto piso, se había encerrado en casa. Pero me abrió enseguida, y lo primero que me preguntó fue si a él le había pasado algo. Al cabrón. Mal

comienzo, ¿verdad? Tal vez debería haberme dado cuenta por esa pregunta, y no seguir adelante. Al menos ahora estaría viva. Y yo, libre. Pero ¿libre para qué?

Yo le dije que no, que él estaba estupendamente, es más, mucho mejor que ella y yo juntos. Le dije que, como de costumbre, él estaba encerrado en una casa de Sorrento, bebiendo champán en cueros con la pelirroja, pensando en el futuro que les esperaba, un futuro de familia feliz, él, ella, el niño y el dinero de Cecilia. Fui duro: me parecía que ya era hora de que ella abriera los ojos y entendiera lo que para mí estaba claro. Clarísimo.

Me escuchó. Me miraba sin hablar. Yo tenía que levantar la voz, fuera el viento y el mar golpeaban las ventanas como si quisieran entrar. Parecía una película.

Le dije que debíamos marcharnos, que nosotros también tenemos derecho a ser felices.

Le dije que había reservado el viaje, que no debía llevar nada, solo a sí misma, que yo me ocuparía de todo. Ella paseaba la mirada por todas aquellas bolas de cristal, ustedes las vieron, ¿no? Centenares de bolas de cristal ordenadas por países, llenas de un futuro imaginario como las de la adivina gitana del circo.

Después habló. Y me dijo que en su corazón, en su futuro, no había sitio para la felicidad si no estaba él. Que lo amaba, que siempre lo amaría. Que él volvería a su lado, que siempre volvía. Que lo aceptaría otra vez, con el hijo. Que al final todo se arreglaría con dinero, como siempre. Que lo sentía por mí, mucho; pero que no tenía intención de ir a ninguna parte.

Y se volvió de espaldas.

Yo no sé si fue por sus palabras, eso de que lo sentía por mí, o porque se volvió para irse. Pero me sentí anulado, expulsado. Y burlado. ¿Cómo

se atrevía a darme la espalda y marcharse? ¿Acaso yo no era nadie? ¿No me merecía, yo qué sé, una caricia, una lágrima? ¿Una disculpa?

Recuerdo la rabia de ese momento. No recuerdo qué pensé, no recuerdo haberlo hecho. Pero lo hice. Me quedé ahí de pie, en medio de la sala, con los guantes con que conduzco este coche, la bolsa en una mano y la bola de cristal con la bailarina en la otra. Y ella se da la vuelta y se marcha.

Quizá yo solo quería detenerla. Quizá quería deshacerme de esa bola de cristal, que representaba todas mis ilusiones. Quién sabe. La cuestión es que la lancé. Contra ella, mientras se retiraba a su dormitorio, a llorar sobre la almohada como todas las noches.

Después de no sé cuánto tiempo la vi en el suelo, ya no respiraba. Entonces traté de pensar deprisa, tenía miedo. Reuní unos cuantos objetos de plata, los que encontré a mano, los metí en la

bolsa y me fui. Encontré un contenedor de la basura y tiré la bolsa. Y me senté en un murete, esperando que el mar se embraveciera más y más y me llevara. Tal vez hasta esa isla.

Tal vez la encontraría ahí, en la playa, esperándome con una sonrisa.

Era hermosa cuando sonreía. Hermosísima.

¿Les he dicho que era hermosísima?

Fray Leonardo, párroco de la Santissima Annunziata, suspiró teatralmente:

—Teodo', ¿cuándo vas a entender que somos frailes? No puedes venir todos los días a preguntarme qué queremos para el almuerzo y proponerme unos platos que ni en el restaurante. Haz lo que quieras, y gasta lo menos posible, que andamos cortos de dinero, como bien sabes.

Fray Teodoro se rascó la cabeza calva.

—¿Y eso qué significa, que por ser frailes no debemos comer? Yo respeto todos los preceptos, Leonardo, ya lo sabes. Lo que se puede comer, lo que no, la carne hay que evitarla cuando se puede, y gasto lo mínimo. Pero ¿qué hay de malo en servir lo mejor posible, aunque sea un plato de lentejas? Es siempre comida, ¿no?

Leonardo adoptó una pose de desconsuelo con

su metro y medio escaso de estatura. Sabía que una polémica con el cocinero del convento era lo peor, sobre todo cuando fuera de la sacristía había fieles esperando ser confesados.

—De acuerdo, haz como te parezca, Teodo'. Me esperan las confesiones, por cierto, dicho sea de paso, de vez en cuando tú también podrías echarme una mano en lugar de escudarte en las tareas del huerto y la cocina. Si no, nuestros fieles cambian de idea, y en lugar de confesar los viejos pecados se van a cometer otros nuevos.

Teodoro, que a diferencia de Leonardo era un hombretón alto y fornido, equipado de un abdomen notable, se sonrojó.

—Leona', ya sabes que a mí eso de confesar... si puedo, prefiero evitarlo. Me da corte, no sé explicarme, lo hemos hablado muchas veces. Tengo la sensación de meterme en la casa de la gente, en sus cuartos más oscuros.

El fraile diminuto detuvo a medio camino el

gesto de colocarse los ornamentos litúrgicos y miró desconcertado a su cofrade:

—Teodo', espero que estés bromeando, porque si no, el tuyo sería un pecado muy grave. Ya sé que no es fácil, es más, puede decirse que se trata de la tarea más gravosa para todos nosotros, pero ¿te imaginas si no nos ocupáramos de ella? ¿Quién daría consuelo a estas pobres almas atormentadas? ¿Quién las ayudaría a encontrar la paz? ¡No quiero oírte decir esas cosas!

—Tienes razón, lo sé —contestó Teodoro, avergonzado, los ojos clavados en el suelo—. Pero si fuera posible, me gustaría que se me dispensara, yo me puedo ocupar de todo lo demás, y tú siempre tienes a Pietro, Roberto y Samuele, ¿no? Quiero decir, si es necesario, yo estoy aquí, pero si fuera posible evitarlo...

Leonardo sintió pena por aquel hombre corpulento de corazón tan débil. Se le acercó y le dio una palmada en el hombro.

—Tranquilo, Teodo', no te preocupes. Sé que no te gusta, y si puedo evitártelo, te lo evito. Pero ahora deja que me vaya. En cuanto al almuerzo, como siempre, haz lo que quieras, estoy seguro de que, como siempre, nos chuparemos los dedos, y pensaremos que nuestra decisión de meternos a frailes fue de lo más acertada, incluso por el bien de nuestras barrigas.

Fray Leonardo fue recibido por el frescor de la iglesia. El ruido rabioso de la lluvia llegaba amortiguado; a través de las grandes vidrieras de colores se filtraba una luz gris. Con mirada experta el fraile recorrió los bancos: aparte de las tres viejecitas de siempre que, todas las tardes, para matar el tiempo iban a rezar algún rosario, había un grupito de chicos con dos guitarras que ensayaban las canciones del domingo, y cuatro personas alrededor del confesionario más alejado del altar.

El fraile le guiñó el ojo a una viejecita con la

cabeza cubierta por un pañuelo, se entretuvo con los chicos para manifestarles su aprecio por el esmero con que ensayaban el contracanto de *Laudato si'*, y finalmente se acercó a quienes lo esperaban para confesar.

Suspiró. A Teodoro no le faltaba razón, a veces resultaba duro hacerse cargo de los dolores y las sombras que cada cual llevaba dentro. Por suerte, el párroco conocía a la mayoría, en ese caso, a tres de los cuatro que esperaban: una viuda entrada en años que seguía teniendo pensamientos impuros que se traducían en sueños bastante picantes, de los que sin falta se arrepentía al despertar; un pío adolescente en plena crisis del crecimiento, que a veces cedía al impulso de torturar animalitos y ensuciar las paredes con espray, una esposa que engañaba al marido con un vecino, verdadero padre de su hijo. Pequeños pecadores en serie, que limpiaban su alma con alguna plegaria antes de volver a mancharla

siempre de la misma forma.

El cuarto personaje, en cambio, era nuevo. Mientras el fraile se acercaba a toda prisa al confesionario con sus ornamentos demasiado anchos, en todo similar al niño disfrazado con un vestido de su madre que le sobra por los cuatro costados, a fray Leonardo le vino a la cabeza Giorgio Pisanelli. Algo en la postura del hombre que rezaba de rodillas, o de su cara contrita, le recordó a su amigo.

Mientras confesaba a la viuda y al chico, Leonardo pensaba en el policía; tras el suicidio de su mujer, poco a poco se había ido alejando de las ganas de vivir y de todo vínculo con el mundo. Hasta las llamadas telefónicas a su hijo eran más espaciadas y breves, el propio Giorgio le había confiado que a veces se sentía incómodo al preguntar por la vida del que ya se había convertido en un hombre distante también en el recuerdo. Y luego estaba esa enfermedad que,

aunque él le insistía, el subcomisario se negaba a tratarse.

Leonardo le tenía un gran cariño a Giorgio. Le dolía que su amigo no encontrara consuelo en la fe, pero sabía que no podía imponérsela; hubiera deseado que siguiera aferrado a la vida, o que se desprendiera del todo. Ese estado de desesperación relativa, esa obsesión por los casos de suicidio que investigaba, alentaban una valentía negativa, una supervivencia obstinada que tenía algo de perverso.

El hombre que nunca había ido a confesarse se aproximó al sacramento, arrodillándose con un suspiro. Padre, perdóneme porque he pecado, dijo.

Le contó que acababa de jubilarse, estaba solo desde hacía años, que hasta unas semanas antes había vivido únicamente para su trabajo y ahora no veía a nadie, ni amigos ni parientes; a Leonardo le recordó aún más a Giorgio y notó una punzada de melancolía. El hombre le habló del tierno vínculo

que había mantenido durante muchos años con una compañera de la oficina, casada, con la que había vivido un amor largo y desesperado. Le habló de la súbita muerte de ella y del vacío inmenso que había dejado en su corazón.

Le dijo que no había cometido faltas graves, al menos no en el sentido convencional, pero que desde hacía un tiempo sentía un deseo inmenso de morir. Era un hombre religioso, y sabía que jugar con la idea de la muerte era pecado, pecado grave. No tenía el valor de poner fin a su vida, por lo demás, no era su dueño, lo sabía bien. Pero desearlo con tanto fervor, padre, y pedirle a Dios la muerte en cada plegaria, todos los santos días, ¿no constituía una forma de darle la espalda a la voluntad del Señor?

Gas, pensó Leonardo. Un claro candidato al gas. Vive solo en su casa, no tiene a nadie; nadie va a verlo; ni una sola visita de cortesía, ni una sola llamada telefónica. Con las ventanas bien

cerradas lo encontrarán demasiado tarde.

Giorgio, Giorgio, pensó Leonardo, pobre amigo mío. ¿No comprendes la gracia inmensa que supone para quien quiere marcharse de una vida dolorosa, de una existencia hecha de silencios y sombras, en la que cada recuerdo es una punzada en el corazón, encontrar a alguien que se ocupe de esa carga? ¿No te das cuenta de lo difícil que resulta ayudar a estos pobrecillos, sin que sus almas se manchen con el más horrible de los pecados? ¿No ves que quien cumple este acto de caridad suprema les regala el Paraíso?

Mientras el hombre interrumpía la confesión para llorar su propia soledad, fray Leonardo esperó a que se calmara y, entretanto, pensó en el coro de ángeles que le abriría paso cuando entrara en el Reino de los Cielos: ángeles a los que su mano amable había acompañado en el último paso, ese que no habían tenido el valor de dar, y que sabrían decir al Señor qué clase de hombre santo

había sido en realidad.

Susurró la absolución al hombre. Y sacando bolígrafo y papel del sayo, le dijo:

—Hijo mío, dime dónde vives. Yo mismo iré alguna vez a hacerte compañía. Y a llevarte consuelo.

La idea fue de Ottavia. Se le ocurrió al final de una mañana caótica.

El teléfono no había parado de sonar un solo instante; los furgones de las televisiones nacionales habían llegado temprano, estaban aparcados en la entrada y dificultaban el paso de los coches que, bajo la lluvia, tocaban la bocina inquietos; en la puerta, Guida dirigía el tránsito de los periodistas, acompañados por operadores que portaban a hombros enormes cámaras.

Además, a Palma lo habían llamado de la jefatura provincial de policía; debía participar en una conferencia de prensa para informar sobre cómo se había procedido a identificar y detener al culpable. En la sala de agentes, el comisario contó que se había defendido diciendo que, en realidad, el resultado era la consecuencia natural de los

profesionales adecuados que había elegido; que las conferencias de prensa las dieran los que estaban acostumbrados a esas cosas: ellos no buscaban los focos. Ellos eran policías.

Acordaron no hacer pública, más allá de los atestados internos, la identidad de Lojacono y Aragona como encargados de la investigación específica: se trataba de un éxito común y convenía atribuirlo a todo el personal de la comisaría; y a ver si ahora nos cierran, había comentado ácido Aragona, que para sus adentros reconocía que se hubiera divertido mucho ante las cámaras. Por otra parte, de no haber sido porque Aragona comentó que la Russo había gritado para que todos se enteraran de su embarazo, Lojacono nunca habría pensado en el efecto que la noticia habría tenido en De Lucia, el cual, a esas alturas, se había sentido con derecho a organizar una fuga de enamorados con la víctima.

El asesino, que había firmado su propia

confesión, no había pedido abogado, por lo que se le asignó uno de oficio. Parecía haber perdido interés por su propia suerte. Palma había procedido a informar al notario, que no daba crédito a la noticia; el comisario sospechaba que el hombre se sentía en cierto modo culpable por lo ocurrido.

Hacia la una, observando desconsolada el teléfono que, impertérrito, seguía sonando, Ottavia dijo:

—¿Qué os parece si esta noche nos vamos a comer una pizza a algún lugar donde no suene el teléfono y los móviles no tengan señal?

Palma, de pie junto a la ventana surcada por la lluvia, exclamó:

—¡Una idea estupenda! ¡Invito yo!

Romano y Pisanelli asintieron y Di Nardo dijo:

—Contad conmigo.

—Yo conozco el sitio adecuado —intervino Lojacono—. Ahora mismo llamo y reservo.

—¡Lo que faltaba! El único que no es de aquí y conoce el lugar adecuado —comentó Aragona, y se echó a reír—. Vaya papelón hacemos.

* * *

Letizia les había reservado una salita entera. Palma había dicho: podéis llevar a quien queráis; nadie fue acompañado.

Aragona comentó que para eso podían haberse quedado en la sala de agentes y pedido la pizza por teléfono, y como el comentario confirmaba que el policía es una figura triste y solitaria, cita de alguna película americana, le valió un «vete a la mierda» gritado a coro por el resto del equipo. Palma le preguntó a Ottavia por qué no había ido con su marido, ella se sonrojó y dijo que él prefería quedarse con el niño; no tuvo valor de confesar que ni siquiera se lo había dicho.

Letizia se comportó como una dueña de casa

atenta y espléndida. Sacó la guitarra e interpretó para ellos algunas canciones en dialecto que arrancaron aplausos embelesados. Los colegas hicieron varios comentarios divertidos sobre las miradas de Letizia a Lojacono, que les contó que se habían hecho amigos porque cenaba ahí todas las noches.

—¿Y cómo es que no pesas ciento cincuenta kilos? —preguntó Pisanelli rebañando el plato del ragú con un poco más de pan.

—Y sobre todo, ¿por qué no te acuestas con ella? —comentó Aragona mientras lanzaba una mirada soñadora al opulento pecho de Letizia, ocupada en servir una mesa de la otra sala, y recibía un codazo de Romano—. ¿Por qué, qué he dicho? ¿Qué tiene de malo? Es simpática, cocina de maravilla, está como un tren y Lojacono le gusta mucho, se nota. ¡Es policía, no cura!

—La amistad es algo bonito, Arago' —replicó Lojacono—. No hay que echarla a perder.

—¿Por qué? —preguntó Di Nardo en voz baja —. El sexo no echa a perder las amistades. Es otra forma de comunicarse, nada más.

Lojacono reflexionó, y le vino a la cabeza Laura Piras. Otra forma de comunicarse. Entretanto, Marinella no había vuelto a contestar sus llamadas; al día siguiente se vería obligado a telefonar a su ex para tener noticias de su hija. Esperaba de todo corazón que no hubiese pasado nada.

La comida deliciosa, el buen vino, la música y la euforia hicieron que la velada fuera todo un éxito, a pesar de las previsiones desfavorables generalizadas.

Decididamente achispado, Aragona se puso de pie y dijo:

—Quiero ver si ahora seguirán llamándonos los bastardos de Pizzofalcone. Ahora que lo pienso... ¡que sigan haciéndolo! Es un magnífico nombre de guerra, ¿no? La verdad es que entre

nosotros deberíamos usar apodos. Sería bonito, ¿no os parece? Le da un toque «todos los polis son unos cabrones». Lojacono, tú serías el Chino; aquí, el amigo Romano —y le dio una palmada en el hombro a su colega—, sería Hulk.

—No te conviene —dijo Romano, amenazante—, porque entonces tú serías el Huevón.

Mientras todos reían entró Laura Piras, y en ella se centraron las miradas de todos los hombres allí presentes. Llevaba un vaquero claro, botas y un impermeable azul sobre una camisa blanca; la ropa deportiva le daba un aspecto aún más joven, acentuado por el pelo recogido en una cola de caballo.

—Buenas noches a todos, ¿molesto?

—¡Pero si es Laura Piras, qué placer inesperado! —dijo Palma y se levantó para recibirla—. Por favor, siéntese con nosotros, le pediremos algo.

—No, gracias, ya he cenado. Pero me tomaría

una copa de vino.

Letizia, como equipada con un receptor, se había materializado en la salita. Las dos mujeres se encontraron de frente; la dueña del restaurante, alta y exuberante, la sarda, pequeña y provocativa; solo Ottavia percibió un pico de tensión en la sonrisa que intercambiaron. Era la primera vez que se veían, pero las dos habían oído a Lojacono hablar de la otra.

—¿Qué le sirvo, señora? —dijo Letizia.

—Nada, gracias. Me voy enseguida —contestó la Piras. Se volvió hacia el grupo de comensales —: He pasado para decirles que, a la luz del resultado de la investigación, esta tarde en la jefatura provincial se celebró una reunión reservada al más alto nivel. Se acordó que, a todos los efectos, la comisaría de Pizzofalcone seguirá abierta y a ella se asignará definitivamente el personal con que ya cuenta. Palma, recibirá usted una comunicación oficial en los próximos días.

Espero que estén todos contentos, yo lo estoy.

Esas palabras fueron recibidas con un aplauso; en la otra sala alguien se volvió para espiar, intrigado.

La velada había terminado; se despidieron hasta la mañana siguiente. No eran amigos, y a saber si llegarían a serlo; pero formaban un equipo, y sobre eso no había dudas.

En cuanto salió del restaurante, la Piras se acercó a Lojacono y le dijo:

—He venido en coche. Si quieres, te acerco a tu casa.

Letizia, que fingía atender una mesa de comensales llegados a último momento, intentaba enterarse de qué hablaban; el inspector se había despedido de ella besándola en la mejilla con dulzura y ella se había alegrado, pero ahora lo veía con esa retacona de pecho grande y ojos lánguidos, y estaba preocupada.

Lojacono se aseguró de que sus colegas se

hubiesen marchado, sabía que atraería el recochineo de todos, en especial de Aragona, si lo veían irse de noche con la famosa, inconquistable y codiciada dottoressa Piras. Aceptó y se fue con ella, sin darse cuenta de que le estaba rompiendo el corazón a Letizia, que los vio alejarse y decidió que, si quería guerra, entonces no pensaba echarse atrás.

El trayecto en coche bajo la lluvia no fue animado por una gran conversación. Laura Piras conducía veloz y segura respetando semáforos y señales de tráfico; para Lojacono, después de tres días en coche con Aragona, aquello fue una agradable novedad. Cada vez que cambiaba de marcha, la mano de la magistrada rozaba el muslo del policía.

De vez en cuando, Lojacono miraba de reojo su perfil, delineado por la luz de las farolas a través de la lluvia. Le parecía exótico pero en cierto modo conocido, como si la hubiese

rescatado de un pasado olvidado.

Ella lo miró, apartando un momento la vista de la calzada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras?

Lojacono no dijo nada. Una parte de él se preguntaba qué pasaría cuando llegaran a su casa; si le pediría que subiera, si ella aceptaría o no. Se besarían. Pensó también, no sin cierta preocupación, en el desorden de su apartamento de soltero, el frigorífico con restos de comida y ropa interior amontonada en los rincones; pero se tranquilizó al recordar que por lo menos tenía una botella de vino blanco refrescándose.

Llegaron a su destino justamente cuando la lluvia caía con más fuerza. Laura dijo:

—Te acompaño a la puerta, no llevas paraguas —aplazando unos segundos más las preocupaciones de Lojacono.

Cruzaron la calzada, riendo y saltando los charcos.

Atravesaron el portón todavía riendo sin motivo, y no advirtieron la silueta oscura en el zaguán.

La silueta salió de las sombras, dio un paso al frente y finalmente quedó iluminada por la luz de neón.

La muchacha clavó los ojos almendrados en los de Lojacono, se sorbió los mocos y dijo:

—Hola, papá.

Agradecimientos

Hay historias con muchos ojos. Cruzas una mirada con esos ojos y puedes construirlas y, por tanto, contarlas. Los ojos de esta historia están aquí.

Ed McBain, insuperable modelo.

Los ángeles de la ciudad, Fabiola Mancone, Valeria Moffa, Luigi Bonagura, Luigi Merolla, que me hablaron del bien y del mal.

Giulio di Mizio, que me habló de la muerte.

Dino Falconio, mi hermano, que me contó cómo funciona una notaría por dentro. Y Anna Giulia, ella sabe por qué.

Laura Pace y Annamaria Torroncelli, que me hablaron del autismo.

Eliana y Chiara, que me hablaron del amor.

Mi Roberto, que me habló del dolor.

Francesco Colombo, que encontró mis palabras.

Sevenno Cesari, que reconoció mi historia entre las demás.

Paolo Repetti, que creyó en ella y la apoyó contra todo y contra todos.

Maria Paola Romeo, que se la lleva al mundo.

Los componentes del blog Corpi Freddi, con los que nació, y que la cuidarán por mí.

Mis ojos, mi encuentro y todas mis palabras para mi Paola.